

ELIZABETH EYRE

Santo fúnebre para un duque

UN MISTERIO EN LA ITALIA RENACENTISTA

SEGISMUNDO VI



Lectulandia

Un noble veneciano muere asesinado en su despacho. La joven viuda, Isabella, acusa al primogénito de la víctima, fruto de un matrimonio anterior. Sin embargo, la aparición de una carta de amor dirigida a Isabella por Pasquale, hijo del dux de Venecia, desvía hacia él las sospechas. Pasquale, sometido a brutales torturas, se declara culpable. No satisfecho con este desenlace, Segismundo investiga el caso y descubre turbias intrigas en las altas esferas de la República Serenísima.

Lectulandia

Elizabeth Eyre

Canto fúnebre para un duque

Segismundo - 6

ePub r1.1

Titivillus 31.12.16

Título original: *Dirge for a Doge*
Elizabeth Eyre, 1996
Traducción: Jofre Homedes
Ilustración de portada: © Bill Gregory

Gracias a los *papyreros* que son los primeros que se lo curraron

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PERSONAJES

EN VENEZIA

NICCOLÒ ERMOLIN, rico aristócrata

ISABELLA, su nueva esposa

MARCO Y BEATRICE, hijos de Niccolò y Emilia, su primera esposa

RINALDO ERMOLIN, su hermano y socio comercial

ZENOBIA, su esclava, amante y ama de llaves

COSMO, hijo de Niccolò y Zenobia

CHIARA, doncella de Isabella

VETTOR DARIN, padre de la primera esposa de Niccolò

CLAUDIA DARIN, esposa de Vettor

EL DUX SCOLAR

PASQUALE SCOLAR, su hijo

PICO GAMBONI, aristócrata arruinado

ATTILIO DA CASTAGNA, capitán general de la flota

ANDREA BAROLO, excapitán general de la flota

MIRIAM DA SILVA, viuda del prestamista Josué da Silva

Miembros de la Señoría, criados, carceleros, gondoleros, comerciantes, etc.

EN TIERRA FIRME

GUIDO, duque de Montano

II LUPO, su condotiero

VISITANTES EN VENEZIA

OTTAVIO Y NONO MARSILI, condotieros

EL MAESTRO DE PADUA, torturador

BRUNELLI, arquitecto y pintor

LEONE LECONTI, artista

EL CARDENAL PANTERA, legado papal

EL MAESTRO VALENTINO, médico

DION, asesino

SEGISMUNDO, un aventurero

BENNO, su sirviente

BIONDELLO, un perro

El libro secreto

Los reflejos del agua entraban por la ventana, ondulando por el techo en círculos dorados. También la mesa estaba cubierta de círculos dorados. Niccolò Ermolin se dedicaba a una labor que en familias menos aristocráticas se habría descrito como hacer cuentas. Los montones de monedas de oro desparramados por la mesa del estudio, montones que las diestras manos de Niccolò estaban colocando en pulcras pilas, eran una parte insignificante del oro que poseía. Acaso el valor de ese oro pudiera deducirse del libro en que tomaba notas con elegante caligrafía, libro que, aparte de él, nadie había visto jamás.

Si bien tener un libro de esa clase, un *libro secreto*, era una costumbre más propia de florentinos que de venecianos, lo cierto es que Niccolò Ermolin confiaba al suyo secretos de mucho peso. Su familia era una de las más distinguidas de Venecia, y a diferencia de otras de su misma categoría poseía medios para hacer justicia a sus orígenes. Esos medios saltaban a la vista en la persona de Niccolò. Una gruesa cadena doble de oro descansaba sobre los hombros de su toga de terciopelo rojo; adornaban sus dedos zafiros y rubíes engastados en oro, y de oro eran también los anteojos que acababa de colocar sobre su nariz.

Su vista ya no era la de antes. El dinero permitía comprar anteojos. De hecho, incluso había permitido comprar a su nueva y jovencísima esposa; no así su buen humor, según había quedado demostrado esa misma mañana. Lo que por desgracia no podía comprarse era una segunda juventud. Los gratificantes asientos en el *libro secreto* eran para Ermolin un antídoto contra la melancolía.

Su nueva esposa figuraba en el libro, con la fecha de los esponsales y matrimonio pulcramente inscrita al margen, junto a cierta transacción que efectuara con Vettor Darin con motivo de un cargamento de seda procedente de Constantinopla. Los ducados de la dote habían cubierto el precio de la seda. El resto de lo aportado por la joven, lencería bordada, joyas y un número considerable de vestidos hechos con materiales tan nobles como pieles, perlas e hilo de oro, reposaba en los arcones matrimoniales que Niccolò había hecho confeccionar y pintar para su esposa.

Este último recuerdo le hizo fruncir el entrecejo. El pintor había decorado los arcones con preciosas escenas en que un grupo de cupidos sujetaba a los esposos con guirnaldas de flores y los conducía a través de un paraje de bosques y colinas; por ese trabajo había cobrado una cantidad absurda, sólo porque su último cliente había sido un duque. Tras preguntarse si también éste se habría sentido ofendido por el precio, Ermolin inscribió el nombre de Leone Leconti en su lista negra personal. Bastaría con

avisar a un amigo, y aquel tipo se las vería y desearía para volver a trabajar en Venecia. Que se buscara otro duque.

Dejó la pluma y contempló el baile de círculos dorados en el techo. ¿Podía decirse que el enlace lo había valido? La joven era de excelente familia; en ese sentido no había quejas, si bien era una pena que sus padres hubieran muerto de forma repentina dejando la herencia en manos de un hermano con quien Ermolin no hacía buenas migas. Al menos la dote no se había hecho de rogar. Y, además de ser bastante más bella que su anterior esposa, Isabella era veinte años más joven. No cabía duda de que se había ganado a su nueva familia: Rinaldo, el hermano de Niccolò, era propenso a las críticas; su suegro podría haberse opuesto a que alguien ocupara el lugar de su hija, y su hijo Marco podría haber rechazado a una madrastra de su misma edad.

No; el problema estribaba más bien en que, esperando quizá revivir su juventud en brazos de Isabella, Ermolin se enfrentaba con la cruda realidad de su vejez. La joven era terca, con esa arrogancia desdeñosa que sólo engendra la juventud unida a la belleza. Hasta se había sentido obligado a demostrarle que tampoco ella hacía mal negocio: una semana atrás le había enseñado todas las habitaciones del palacio, subrayando el valor de los mármoles, frescos y dorados y recordándole que había contratado al famoso Brunelli para las modificaciones y ampliaciones que acrecentarían aún más el valor de la mansión. La había hecho entrar en su estudio, al que no solía tener acceso nadie más que él. Había abierto las arcas con gesto solemne, haciendo ostentación del oro y monedas que encerraban; seguidamente había señalado los libros de cuentas con goznes y cierres de latón, donde estaban registradas sus demás posesiones.

Lo que no le había enseñado era su libro secreto. Ni su propio hijo lo conocía, aunque en un futuro que esperaba lejano la llave dejaría de colgar de su cuello y Marco abriría aquel volumen en que ahora descansaban sus manos, descubriendo lo que su padre había ocultado celosamente. Entonces Marco sabría qué familias venecianas le debían favores y cuáles eran acreedoras a ellos, datos que, amén de influir en sus futuros negocios dentro y fuera de la ciudad, le proporcionarían indicios sobre cómo tratar con cada miembro de la Signoria, y hasta con los mismísimos Diez. Marco se familiarizaría con el comercio de Oriente, aquellos provechosos lazos con el infiel sobre los que había erigido su fortuna la familia Ermolin, pero que, mientras durara la guerra con el turco, más valía no remover. Y había otras anotaciones, cosas que quizá un día pudieran revelarse sin peligro, pero no ahora.

Retrocediendo unas páginas, Marco tendría a su disposición los detalles de la boda de sus padres... Niccolò echó una ojeada. En efecto, ahí estaban la fecha de los esponsales, la del nacimiento de Marco, de su hermana Beatriz, y también de sus hermanos (junto al año de su muerte, frecuentemente el mismo). Y, si su interés daba para tanto, Marco podría leer el tributo de su padre al recuerdo de su madre, el reconocimiento de que la difunta siempre había procurado complacerlo en todo.

¿E Isabella? ¿Hasta qué punto estaría dispuesta a complacerlo?

He ahí la cuestión. Sí, pues de momento, más allá de la reciente riña matinal en que se había visto obligado a ponerse firme, era Niccolò quien trataba de complacerla a ella. Hasta recordaba de cuando en cuando los tiempos en que procuraba complacer a la madre de Marco, poco después de casarse.

Los gritos de un gondolero que doblaba la esquina del palacio Ermolin interrumpieron sus cavilaciones. Cerró el libro con llave, retiró los anteojos y se frotó el ojo izquierdo, que últimamente le causaba molestias.

Aunque no por mucho tiempo, pues faltaba poco para que un estilete se le clavara en el cerebro, borrando todo rastro de cavilaciones, recuerdos y hasta de vida. En el estudio cuya puerta siempre cerraba con llave, Niccolò Ermolin yacía de bruces sobre su libro secreto, muerto.

Alguien os llama

Benno estaba perplejo.

Cualquiera habría sido capaz de leerlo en sus rasgos, en esos ojos desmesuradamente abiertos como los de un búho sorprendido por la luz del día, en esa boca abierta como para beber siempre que algo sobrepasaba su entendimiento. Y abierta estaba la boca de Benno, enmarcada en su corta barba negra, aunque sus ganas de beber en Venecia estaban mitigadas por una extrema cautela.

Aquello era sencillamente mágico.

Su señor le había explicado que en realidad aquella ciudad que veía flotar ante sus ojos estaba construida sobre grandes pilares, enormes estacas clavadas al lecho de la laguna, y que las casas eran tan seguras como las de cualquier lugar. Segismundo había añadido que Venecia llevaba mil años ahí, y que probablemente seguiría mil años más. Benno se había quedado con él «probablemente». ¿Quién puede fiarse de un «probablemente»?

Y no es que desconfiase de su señor, que todo lo sabía; pero el propio Segismundo convenía en que uno nunca puede estar seguro de qué va a suceder. Por lo tanto, era igual de «probable» que Venecia se hundiera repentinamente. Entrar en aquella ciudad era tentar al destino. Benno se sobrepuso a duras penas a la convicción de que las piedras que pisaba tenían que moverse.

Segismundo no le había explicado el motivo de su viaje a Venecia, ni Benno esperaba que lo hiciera. Que él supiera, ningún habitante de la ciudad había requerido los servicios de su señor, aunque juzgaba muy probable que al conocerse su presencia la cosa cambiara. En el momento de entrar en la ciudad Segismundo había dado su nombre al aduanero; y teniendo en cuenta su estatura, porte marcial y cabeza rapada, no le sería fácil pasar inadvertido.

De momento, sin embargo, la cabeza rapada permanecía cubierta en señal de respeto, al igual que la de Benno. Éste, educado en la costumbre de quitarse la gorra cuando se requería de él una actitud respetuosa, se sintió violento; pero, hallándose en un hogar judío donde había muerto alguien, no había más remedio que seguir con la cabeza cubierta. Benno permaneció al fondo de la pequeña habitación respirando por la boca, y, mientras reprimía el impulso de llevarse las manos a la cabeza, observó a la dama que tenía delante. Aunque vestida de negro, su aspecto era robusto, y su cara redonda no parecía acostumbrada a reflejar sufrimiento; se habría dicho que no estaba hecha para el duelo.

El señor de Benno no había tenido suerte. Había tardado demasiado en acudir a

ver al esposo de la dama, su amigo. Ya sólo podía rendirle aquel último homenaje. Benno, que sólo conocía del pasado de su señor los episodios recientes que habían vivido juntos, escuchó la conversación con sumo interés. La viuda había proporcionado a Segismundo una cálida acogida; sus palabras dieron a entender que lo había conocido en España, durante la época en que Segismundo se había alojado en casa de Josué da Silva, mientras cursaba estudios universitarios en un lugar cuyo nombre Benno fue incapaz de reconocer; el hecho, de todos modos, no revestía gravedad, puesto que Benno apenas habría sabido decir dónde quedaba España.

—Te lo debemos todo. —Miriam, según la había llamado Segismundo sin anteponer ningún tratamiento, como si fueran hermanos, había abrazado al visitante, entre lágrimas vertidas por el esposo que ya no podía darle las gracias en persona—. Nos sacaste de ahí a tiempo. De habernos quedado —dijo, mirándolo con ojos anegados en llanto—, y sé que si Josué me hubiera hecho caso nos habríamos quedado, ya hace tiempo que estaríamos muertos. El año pasado supimos que mi hermano había sido encarcelado, y todas sus pertenencias confiscadas por el Santo Oficio. ¡Ojalá él también te hubiera hecho caso!

Segismundo hizo sentar a la mujer y enjugó sus lágrimas con dulzura.

—¿Aquí te tratan bien?

La viuda abarcó con la mirada la pequeña habitación revestida de paneles y suntuosas colgaduras de seda; al contemplar los vidrios de una ventana que daba a una plaza donde jugaban unos niños, su sonrisa se llenó de tristeza.

—La República nos protege más de lo habitual. Tuviste razón al traernos aquí, Cristóbal. Claro que hay regulaciones, pero tenemos una sinagoga, y nadie nos impide practicar nuestra religión y costumbres, ni tampoco dedicarnos al comercio. Venecia nos necesita.

De pronto alguien empezó a salmodiar en otra habitación. Benno, que ya había topado con serias dificultades a la hora de entender el dialecto veneciano, advirtió que ni siquiera cantaban en latín, idioma que al menos era consciente de ignorar.

Dos jóvenes entraron en la habitación. Al ver al primero, Benno se preguntó por qué llevaría una toga de tan buena calidad desgarrada por el cuello, pero no tardó en comprobar que el segundo iba vestido del mismo modo, por lo que dedujo que sería una de esas costumbres toleradas por Venecia. Cuando la viuda estaba a punto de presentar ambos jóvenes a Segismundo, unos golpes bruscos en la puerta hicieron que los tres volvieran la cabeza con expresión asustada. Benno tuvo ocasión de intuir lo que suponía ser judío, siempre bajo amenaza. Había oído historias de judíos aislados en sus guetos, quemados vivos como ratas sólo porque la ciudad había sufrido alguna epidemia, derrota o catástrofe. ¿Acaso habían surgido problemas en Venecia?

Por lo visto sí, aunque los judíos no tenían nada que temer. Los golpes en la puerta fueron investigados con rapidez y cautela, resultando no suponer mayor amenaza que la de un mensajero en busca de un cristiano en aquella casa. Segismundo besó la mano de la viuda y partió, seguido con alivio por Benno.

—¿Sois el señor Segismundo, agente del duque de Rocca? —El mensajero parecía nervioso, quizá por el recado en sí, o bien por el hecho de entrar en el barrio judío.

—Soy Segismundo, en efecto, pero ya no estoy al servicio del duque. ¿Quién me busca?

El mensajero miró alrededor, como si la respuesta no debiera llegar a oídos de la preciosa chiquillería de tez morena agolpada en torno a los extraños.

—Debéis venir a... —Hizo señas a Segismundo de que se acercara y susurró algo.

Benno sólo oyó unos sonidos sibilantes, mas no por ello perdió la paciencia. A fin de cuentas no tardaría en averiguar adonde iban. Su señor era aficionado a los misterios.

Cuando el gondolero de librea que esperaba al mensajero acercó su elegante embarcación a los mojados escalones del palacio Ermolin, Benno se fijó en el mármol esculpido, las pilastras y el porfirio, concluyendo que en todo caso se trataba de un misterio muy caro. Ni siquiera los trabajadores que los miraban desde el tejado como gárgolas animadas deslucieron el efecto.

El imponente y pesado portón de paneles claveteados permaneció cerrado, a todas luces inexpugnable. Como por arte de magia, mientras subían por las escaleras se abrió una portezuela en uno de los batientes. Segismundo se metió sin vacilar en la oscura abertura, seguido por Benno, que no deseaba quedarse solo en una ciudad que podía irse a pique en cualquier momento.

Se hallaban en un vestíbulo separado de un enorme salón, con columnas de mármol de vetas rojizas y suelo de mármol blanco y verde. Segismundo fue recibido por un robusto anciano, una especie de gnomo vestido con suntuosos brocados granates.

—No me conocéis, señor, pero yo sí os conozco a vos. Soy Vettor Darin, padre de la difunta esposa de Niccolò Ermolin, en cuyo palacio os encontráis. —Hizo una breve pausa, como si lo que acababa de decir requiriese algunas correcciones. Sin embargo añadió—: Tengo entendido que acabáis de perder a un amigo. Espero que queráis perdonarnos por interrumpiros en un momento así, pero la República ha sido puesta al corriente de vuestros servicios al duque de Rocca, al que nos unen tratados de paz, así como a Gatta, o mejor dicho Ridolfo Ridolfi, a quien Venecia tuvo que agradecer en tiempos más de un favor.

Mientras las palabras de Darin demostraban que conocía a Segismundo, Benno recordó uno de los favores del condotiero Gatta: una cabeza cortada envuelta en espléndido brocado y sujeta con cintas, regalo al que la Serenísima había contestado con el correspondiente agradecimiento. Confió en que el anciano caballero no esperara nada parecido de Segismundo.

Éste se mostró tan cortés como siempre y, entre reverencia y reverencia, estudió el rostro que tenía delante, dotado de ojos redondos y claros de desconcertante

intensidad. Aquel hombre era presa de una emoción muy fuerte, pero todavía era pronto para decir cuál.

—En efecto, he servido a su excelencia de Rocca y luchado junto a Ridolfi —respondió Segismundo—, pero os habrán informado de que estoy en Venecia sólo para honrar lazos de amistad. Sin embargo, no dudo que el motivo por el cual el señor Darin me ha mandado llamar debe de revestir suma gravedad.

Vettor Darin contestó a aquella pregunta disfrazada de afirmación tirando de la manga de Segismundo y llevándolo a un aparte, junto a una de las ventanas que filtraban la luz del canal. Al igual que el mensajero del gueto, le susurró algo al oído. Benno no cabía en sí de curiosidad. ¿Qué sucedería en aquel dorado mausoleo para que tuviera que ocultarse a la gente de a pie?

No había nada que hacer. Después de contestar a Darin en voz baja, Segismundo empezó a subir por la escalera de bruñido mármol sin volver la cabeza. Comprendiendo que no debía seguirlo, Benno se resignó a sonsacar cuanto pudiera a los criados. Cualquier incidente grave los tendría agitados, y por muy cautelosos que fueran los venecianos, por muy extraño que fuera su acento, no había ningún criado que se resistiera a los chismorreos, aunque la nobleza fuera un dechado de discreción. Advirtiendo el gesto del mensajero, Benno fue tras él con renovadas esperanzas. Dentro de su sucio jubón, *Biondello*, el perrito, se revolvió. También él tenía hambre. Benno intuyó que en la cocina habría alguna sirvienta dispuesta a apiadarse de ellos, indiferente a los horrores del piso superior.

Una vez en la cocina le bastó sacar a *Biondello* del jubón para oír el esperado coro de admiradas exclamaciones, lógicamente con acento veneciano.

Entretanto Segismundo contemplaba los horrores del piso superior.

Relajado como no había llegado a estarlo en vida, Niccolò Ermolin yacía boca arriba sobre el diván de su estudio, con los ojos cubiertos por la banda de tela que solía colocar bajo su mano al escribir. Parecía estar participando en algún juego, como contar hasta cien antes de incorporarse y salir en busca de los que se habían escondido.

Al oír que Vettor hacía entrar a Segismundo, la hermosa joven acuclillada junto al cadáver se volvió; como una de sus trenzas estaba a medio hacer, su oscuro cabello le cubrió parcialmente el rostro.

—He aquí al hombre del que te he hablado, querida. Nadie mejor que él para ayudarnos en estos momentos. Segismundo, os presento a la señora Isabella, esposa de mi yerno.

—¿Cuándo empezaré a ser su viuda? —A juzgar por la suave curva que formaban su barbilla y su largo cuello, la señora Isabella no podía tener más de diecisiete años; sin embargo, se puso en pie con el aplomo de alguien mucho mayor. Los ojos grandes y negros que escrutaban a Segismundo no estaban enrojecidos por el llanto. Tampoco había rastro de lágrimas en sus blancas mejillas. Posó a un lado la mano inerte de su marido antes de soltarla, y se irguió en toda su esbelta estatura, enfundada en un

vestido de seda estampada y tonos cobrizos—. ¿Y en qué puede ayudarnos un extraño?

—Querida —dijo Vettor, sonriendo ante su juventud y falta de experiencia—, no podremos seguir ocultándolo durante mucho tiempo. Quizá el señor Segismundo logre hallar al bellaco que ha asesinado a Niccolò. A veces los ojos de un extraño son los más perspicaces.

Isabella avanzó una mano hacia el escritorio contiguo a la ventana, dotado de ingeniosos compartimentos que contenían todo lo menester: pesados tinteros de plata para tinta roja y negra, un reloj de arena, reglas y un recipiente vidriado de color violeta lleno de plumas, plumas que su dueño nunca volvería a sostener. En el escritorio descansaban unos anteojos dorados, con las lentes intactas pese a lo abollado de su montura; se hallaban al lado de un libro encuadernado en piel rojo oscuro, con manchas de un rojo todavía más oscuro.

—¿Hace falta un extraño para decirnos que Niccolò estaba encerrado en su estudio, y que aun así ha muerto atravesado por la daga de un asesino? ¿No está suficientemente claro?

Viendo que la ventana estaba abierta, Segismundo dejó de inspeccionar el escritorio y fue hacia ella. Primero examinó el alféizar; después sacó la cabeza y miró al canal. Sin dejar de sonreír dulcemente a la señora Isabella, Vettor dijo:

—En efecto, es muy posible que el asesino entrase por ahí. Al ver que no obteníamos respuesta de su padre, mi nieto Marco se ha visto obligado a meterse en la habitación pasando por el balcón de la sala contigua. Ha encontrado a Niccolò de bruces sobre el escritorio, muerto, con este libro debajo.

La voz profunda de Segismundo se hizo oír por primera vez desde que había entrado en el estudio. No se dirigió a Vettor Darin, sino a la señora Isabella.

—¿Qué os hace pensar que el asesino ha entrado por la ventana, señora?

La joven hizo un movimiento con la cabeza que liberó algunas hebras más de su oscura cabellera.

—Si Marco ha podido hacerlo una vez, ¿por qué no dos?

¿Quién tiene las llaves?

—¿Quién es?

El joven que había irrumpido en la habitación miró a Segismundo con un recelo todavía mayor que el mostrado por Isabella. Vettor Darin se adelantó con la mano tendida, en un gesto de apaciguamiento o de dominio.

—Ten paciencia, Marco. Ya te lo explicaré. Dime, ¿has encontrado a tu tío?

Contestando a la pregunta, un hombre de edad avanzada apareció a espaldas de Marco. Apartó al joven y se acercó al cuerpo inmóvil que yacía sobre el diván, como si no hubiera nadie más en la sala. Retiró suavemente el recorte de brocado que cubría los ojos y emitió un siseo como el del agua sobre el metal ardiente.

—¡Malditos demonios! ¿Quién ha hecho esto?

Dio media vuelta y clavó en Segismundo una fiera mirada, como si el único hombre que le resultase desconocido tuviera que ser necesariamente el culpable. Vettor lo tranquilizó.

—Rinaldo, os presento al señor Segismundo, cuya discreción y astucia en la persecución de criminales llegó tiempo ha a mis oídos. Ha servido al duque de Rocca y otros príncipes, y está dispuesto a ayudarnos a averiguar quién mató a vuestro hermano.

Segismundo asintió con la cabeza, pese a que no había dado más señas de aceptar el cometido que seguir al mensajero de Darin. Rinaldo Ermolin no pareció impresionado por las referencias de Vettor. Así pues, tres de las cinco personas que ocupaban la pequeña habitación eran hostiles a las otras dos. La única indiferente yacía sobre el diván.

—¿Y cómo proponéis que lo averigüemos? —preguntó Rinaldo con tono inflexible, un tono que, sin ser severo, carecía de matices. Era un hombre que rondaba los cuarenta años, alto y apuesto, de frente ancha y ojos alargados y estrechos, como alargada y estrecha era su boca. Su tez era cetrina; sus abundantes cabellos castaños despuntaban bajo el birrete de terciopelo rojizo. Llevaba una cadena de oro sobre la toga de color aceituna. Hasta ese momento había sido Vettor la personalidad dominante en la habitación.

Segismundo se inclinó, haciendo honor a tanta autoridad.

—Examinando el cadáver de vuestro hermano. Interrogando a toda persona que pueda echar luz sobre el asunto. Realizando pesquisas en privado por toda la ciudad. Por supuesto, todo ello con vuestro permiso. —Segismundo aguardó, tranquilamente apoyado contra el marco de la ventana. Vestida de negro, su figura era imponente;

sólo su rostro y su cabeza rapada destacaban del sombrío conjunto, iluminados por los dorados reflejos del agua.

—Tenemos que hacer algo cuanto antes, Rinaldo. Y hay que informar a la Señoría. El culpable no puede estar lejos.

Un ruido extraño, como un bufido, hizo que Rinaldo se volviera hacia la joven viuda, que se había sentado a los pies del diván para hacer compañía al cadáver. Se acercó a ella y la ayudó a levantarse.

—Pobre hermana mía. No temas, esos villanos serán descubiertos y ajusticiados. —Escrutó a Segismundo por encima de la cabeza de la joven—. Muy bien, señor, haced lo posible, y rápido. Si conseguís que los asesinos comparezcan ante la justicia seréis recompensado.

Segismundo, que había recibido sacos de oro de manos de príncipes agradecidos y podría haber mostrado cierta cadena, regalo de un duque a cuyo lado la de Rinaldo quedaría reducida a chuchería sin valor, se limitó a inclinar la cabeza. Marco, arrodillado junto al cadáver de su padre, intervino con expresión más petulante que airada.

—¡Me toca a mí decidir lo que se hará en esta casa! ¡Soy el heredero de mi padre!

El rostro del agraciado joven era tan aniñado como anguloso el de su tío. Siguiendo la moda del momento, su cabello estaba adornado de bucles; su corto jubón azul absorbía toda la luz de la sala. A juicio del silencioso y observador Segismundo, la insolencia de Marco Ermolin nacía de la escasa atención que solían prestarle los demás. Su abuelo le dio unos golpecitos en la espalda, apresurándose el joven a apartarse de ellos.

—Marco, todo esto es por el bien de la familia. Por tu honor y el de todos nosotros.

—¿No estamos perdiendo el tiempo? —Era la voz de la joven viuda, que señalaba con el dedo el cuerpo inmóvil sobre el diván—. Si es cierto que el señor Segismundo va a averiguar quien asesinó a mi esposo, ¿no sería mejor empezar cuanto antes? ¿Y no deberíamos mandar llamar a un sacerdote que se ocupara del alma de mi esposo? —El sarcástico énfasis que se hizo notar de principio a fin en su intervención parecía indicar que, si por un lado la salvación de su marido le parecía imposible, por el otro le traía sin cuidado.

Marco se levantó presuroso.

—Iré a buscar al padre Domenico...

—Espera. —Rinaldo lo detuvo antes de llegar a la puerta—. No comentes a nadie lo que ha pasado aquí, ni siquiera a tus amigos. Según me has dicho, los criados sólo saben que su señor ha muerto. Que piensen que ha sido el corazón, o un accidente. Quizá el señor Segismundo —añadió, posando su oscura mirada en el hombre de la ventana— halle conveniente aprovechar su ignorancia en el interrogatorio.

Marco asintió con impaciencia antes de salir. Cuando Rinaldo se hizo a un lado y le hizo señas, Segismundo se acercó al diván y se inclinó sobre Niccolò Ermolin,

cuyo único ojo intacto lo miró sin pestañear. Bajo la atenta mirada de la viuda, Segismundo desabrochó la toga de terciopelo y, apartando la fina camisa de hilo, examinó el pecho en busca de otras heridas. No hallándolas en la parte delantera del tronco, pasó una mano por la espalda del cadáver y lo colocó en posición erecta, sujetando la cabeza. Al ver que el rostro ensangrentado del muerto se incorporaba y parecía observar la habitación, la viuda se encogió por primera vez al pie del lecho mortuario.

Segismundo, pensativo, emitió un murmullo antes de hablar.

—Mmm... Fijaos en esto.

La viuda no hizo el menor esfuerzo por sumarse a quienes acudían a examinar la nuca de Niccolò. Se llevó la mano a la boca, como si temiese enterarse de algo desagradable. Inmóvil y alerta bajo la terrible mirada de su esposo, oyó a Segismundo añadir:

—También podría haber muerto de esta herida.

Vettor reaccionó con asombro, y aun con contrariedad.

—Lo ha encontrado Marco, pero no ha dicho nada de esto. Mirad, tiene sangre por toda la espalda.

Después de recostar al cadáver, Segismundo volvió a ponerle la tela sobre los ojos, cada uno de los cuales parecía acusar a su modo.

—La sangre ha corrido dentro del jubón. Sin duda vuestro nieto lo habrá encontrado de bruces sobre el escritorio, y se habrá apresurado a levantarlo para ver qué pasaba. —Todos imaginaron lo que debía de haber visto Marco. Segismundo rompió el paréntesis de silencio con su voz cavernosa—. Le habrá parecido que la herida en el ojo lo explicaba todo.

—¿Significa que el asesino llegó por detrás... —Rinaldo había cogido las manos de su hermano, como queriendo comunicar al alma del difunto que la frialdad con que discutían acerca de sus heridas no era señal de indiferencia. Hizo una pausa. Su voz cortante se había quedado sin palabras—, luego le atravesó la nuca y después lo levantó para hacer esto? —Con la mano que le quedaba libre, señaló el rostro oculto bajo la tela—. Directo al ojo.

—¡Qué monstruosidad! —dijo Vettor, acalorado por primera vez—. Sólo un demonio sería capaz de algo así. ¿Y quién pudo acercarse a él sin que se diera cuenta, estando la habitación cerrada con llave?

Isabella se puso en pie con un frufú de seda semejante al susurro del viento entre las hojas. Su palidez, su deshecha cabellera, le daban el aspecto de una Furia.

—¿Por qué no se lo preguntamos al ama de llaves, que es quien las tiene?

¿La llave de la puerta?

El ama de llaves era negra y hermosa, y estaba afligida. Rinaldo parecía dispuesto a hacerla subir al estudio, pero Segismundo se opuso. Dijo con firmeza, mas también con una deferencia que pareció agradar a Vettor, que necesitaba cierto grado de libertad en su investigación. Quizá al verse en presencia de sus señores el ama de llaves se sintiera demasiado intimidada para hablar con libertad. La señora Isabella volvió a emitir una especie de bufido desdeñoso, pero tanto Rinaldo como Vettor accedieron a que Segismundo fuera solo a la habitación de Zenobia, delegando el cometido de acompañarlo hasta ahí en un criado que esperaba fuera. Al salir del estudio, Segismundo se agachó para examinar la cerradura.

Llamó a la puerta de la habitación del ama de llaves, no sin antes despedir al criado. Zenobia abrió la puerta de golpe, como si estuviera acostumbrada a que la franquearan sin ceremonias.

Era alta y esbelta. Su largo cuello sostenía una cabeza pequeña y orgullosa, rematada por una especie de turbante cuya blancura, como la del delantal sobre el vestido gris, resaltaba el satinado tono marrón de su piel. Era una mujer de nariz recta, ojos grandes y porte majestuoso. Su cara estaba anegada en llanto.

—Zenobia, me han pedido que ayude a esclarecer la muerte de tu señor. Me llamo Segismundo. ¿Querrás contestar a unas preguntas?

Zenobia acabó de abrir la puerta de par en par y, tras efectuar una mecánica reverencia, retrocedió hacia la habitación. Ésta, situada en la planta baja junto al majestuoso salón, reflejaba la importancia del papel de ama de llaves más que el de quien lo desempeñaba. Se abría a un canal secundario por dos anchas ventanas, y sus paredes estaban cubiertas de estantes y armarios, uno de los cuales, abierto, dejaba ver rollos de tela y abundantes sábanas, fundas de almohada y toallas pulcramente dobladas y apiladas. Había también una mesa de pino con un libro de cuentas, un ábaco, un fajo de listas, un tintero, un pote lleno de plumas y una silla. Tras añadir una nueva reverencia a la anterior, Zenobia ofreció asiento a Segismundo sin decir palabra. Éste se sentó y examinó la mesa.

—¿Interrumpo tu trabajo? —preguntó amablemente.

Zenobia negó con la cabeza; el movimiento hizo que se le corriera una lágrima, obligándola a pasarse rápidamente el borde del delantal por la cara. Segismundo la miró con seriedad.

—¿Lo amabas?

Más lágrimas. Zenobia cogió el delantal y apartó la cara. Segismundo asintió

lentamente con la cabeza, interpretando el llanto como una respuesta. Después continuó.

—¿Cuánto tiempo llevabas a su servicio?

Zenobia, pensativa, inclinó su elegante cabeza.

—Veinte años, señor. Cuando me compraron me reconocían catorce años.

Segismundo no preguntó por qué una muchacha de catorce años había sido comprada por un hombre diez años mayor. Un buen porte y estructura ósea no mejoran con los años; a esa edad ya debía de ser hermosa. Más que un ama de llaves, lo que necesita un joven soltero es alguien que le caliente la cama. A diferencia de las amantes, las esclavas no hacen muchas preguntas. Sin duda a lo largo de sus dos matrimonios Niccolò Ermolin había conservado aquella exótica criatura so pretexto de darle un cargo útil, aunque su belleza debía de haberlo puesto en evidencia.

—¿Por qué piensas que asesinaron a tu señor?

Zenobia abrió los ojos de par en par y dejó caer el delantal; se volvió con todo el cuerpo en tensión, presa de un profundo horror.

—Asesinado... —Segismundo la observó—. No han dicho nada de un asesinato.

—¿Cómo creías que había muerto?

—Del corazón. Llevaba un tiempo quejándose de dolores en el corazón. Pero ¿quién lo ha matado?

Segismundo la miró de hito en hito y contestó con otra pregunta. Su cabeza rapada resaltaba el color oscuro de sus ojos y sus cejas.

—¿A qué pensabas que me refería con lo de esclarecer la muerte de tu señor? ¿Por qué iban a pedirme ayuda si hubiera fallecido de muerte natural?

Zenobia entrelazó sus dedos largos y oscuros; pero no bajó la cabeza.

—Yo no pienso, señor. No es mi trabajo.

Segismundo, sonriente, levantó la mano de la mesa y pasó una de las cuentas del ábaco. Después señaló con gesto casi imperceptible las listas y el libro de cuentas.

—Pues yo no creo que puedas hacer esto sin pensar.

La reacción de Zenobia no se avenía del todo con su supuesta sumisión.

—A los esclavos no se les permite pensar, señor. Me ocupo de la ropa de cama y las especias, y encargo o reparto provisiones, pero no tengo opinión.

Segismundo había cogido una pluma y empezó a alisarle la punta.

—No te dejan tener opinión, pero sentimientos sí tendrás, ¿eh? Zenobia, esta mañana han apuñalado a tu señor. Ha sido en su estudio, donde, siguiendo su costumbre, se había encerrado. ¿Sabes dónde guardaba la llave?

Zenobia se señaló el cuello.

—Nunca se separaba de ella. El señor no permitía que nadie entrara en su estudio sin él, ni siquiera su hijo. Hace unos días, sin ir más lejos, mostró a la señora Isabella todas las habitaciones de la casa, incluido el estudio. En esa ocasión la señora debió de verlo, aunque no todo lo que contiene.

—¿Qué fue lo que no quiso mostrarle?

—Su libro secreto. Una vez me enseñó la tapa, diciéndome que había apuntado la fecha y precio de mi compra. Todo lo relacionado con el dinero figuraba en ese libro. —Puso en «dinero» un énfasis teñido de amargura—. Pero sólo sus ojos tenían derecho a verlo.

Buen momento para que Segismundo recordara el estado en que acababa de ver dichos ojos.

—¿Y qué hay de tus llaves? ¿De verdad nadie tenía permiso para limpiar la habitación, aunque fuera bajo tu vigilancia?

Zenobia sonrió por primera vez.

—Decía que el polvo no hacía daño a sus riquezas. Los tapices estaban enrollados, la plata resguardada de la luz y las joyas metidas bajo llave en los armarios. No había nada que corriera peligro.

Segismundo se acercó a la ventana para contemplar el agua. Un hombre conducía un bote con un montón de limones a sus pies, promocionando su mercancía con gritos que rebotaban entre los muros de ladrillo que limitaban el canal. Desde la ventana, Segismundo seguía viendo el rostro de Zenobia sin que ella se diera cuenta.

—¿Tienes idea de quién podía odiarlo hasta el punto de desear su muerte?

Zenobia contrajo violentamente el rostro y se estremeció.

—¿Odiarlo? ¡Tenía muchos enemigos! Lo odiaban por sus riquezas, por su influencia sobre el Gran Consejo y sobre los Diez. Guardaba muchos secretos.

No aclaró cuál era la relación de esos secretos con el odio. Segismundo tampoco lo preguntó. Pasó junto a ella y se acercó a un armario en cuyo interior había visto colgar algo. Lo cogió y se lo mostró a Zenobia: se trataba de una anilla de la que pendían toda clase de llaves, algunas lo bastante grandes para abrir la puerta de un sótano, otras lo bastante pequeñas para pertenecer a un joyero.

—¿Sabes a qué corresponde cada una? —Segismundo las hizo entrechocar.

Zenobia fue cogiéndolas una a una.

—Esta y estas son de almacenes. También las llevo en el cinturón. —Apartó el delantal para mostrar otro manojito de llaves que colgaba de una cadena sujeta a su cintura—. Hay copia, por si se pierde o se estropea alguna. De las otras no estoy muy segura. El ama de llaves anterior me las dio todas a la vez. Dijo que algunas eran de antiguas habitaciones, de antes de que el padre de mi señor hiciera reformas. No le gustaba la idea de tirarlas; a mí tampoco, pero hice una selección de las que uso más a menudo.

—¿No hay peligro de que algún criado robe este manojito? —Lo agitó con expresión interrogante.

—Ya habéis visto que cuelgan por dentro de la puerta del armario. Siempre lo cierro, y nunca dejo la habitación abierta. Las llaves las llevo aquí. —Dio un golpecito al manojito posado en su muslo.

Segismundo tanteó las llaves que tenía en sus manos, seleccionando una.

—¿Dices que nunca dejas abierta la habitación ni el armario? Toca.

Con expresión dubitativa, Zenobia pasó los dedos por la pequeña llave de latón.

—Cera, Zenobia. Pienso que si probaras a meter esta llave en la cerradura del estudio verías que coincide. Alguien debió de pensar lo mismo.

El hijo de Zenobia

Las dependencias de servicio del palacio Ermolin no decepcionaron a Benno. *Biondello*, inmejorable pasaporte, movió coquetamente la cabeza y miró a la cocinera, que, encantada, lo arrebató de manos de su dueño y se lo llevó al pecho, cubriendo de besos su sucio pelaje. Pese a la cantinela veneciana, Benno logró entender que decía:

—¡Qué angelito! ¿Y su oreja?

Benno se encogió de hombros y adelantó el labio inferior; tan pobre era el pueblo donde había encontrado a *Biondello* que aquella única oreja probablemente era testimonio de la destreza con que el perro había escapado de la olla.

La aparición de perro y amo había interrumpido un agitado intercambio de opiniones en torno a la muerte del señor de la casa. Las dos ayudantas de cocina, que recibían con gusto a cualquier extraño que introdujera cierto alivio en su dura faena, no hicieron ascos a la cara de pasmarote de Benno y pusieron en sus manos un tazón de delicioso caldo, además de un trozo de pan recién salido del horno. Una de ellas, que estaba explicando con entusiasmo cómo su joven señor, observado desde todas las ventanas en aquel lado de la casa, había trepado por el balcón hasta la ventana del estudio de su padre, hizo un alto en la descripción y preguntó:

—¿Y tu señor? ¿Qué está haciendo aquí?

Benno volvió a encogerse de hombros, recurso apto para toda clase de situaciones. Tras contemplar por unos momentos su barba salpicada de caldo y su expresión boquiabierta, adecuada por una vez al propósito de ingerir un trozo de pan mojado, los criados acordaron tácitamente obviar la pregunta y siguieron alabando al joven Marco. Benno advirtió que no se esmeraban en lamentar la muerte de su padre.

Así se lo comunicó más tarde a Segismundo, mientras bebían un vino blanco muy suave y comían gambas a la brasa y huevos duros en la posada que les daba albergue, situada en un estrecho callejón. Benno se alegró de ver que la ventana diera a una calle; de ese modo tenía cierta sensación de hallarse en tierra firme, no sobre las aguas traicioneras. Mientras pelaba una gamba explicó:

—En la cocina del palacio Ermolin no parece que compadezcan mucho al muerto.

—Mmm. Yo he visto algunas lágrimas, aunque no en sus familiares. Están demasiado ocupados pensando en lo que vendrá. La muerte de un hombre rico nunca es un suceso del todo lamentable.

—¿Y su esposa y su hijo? ¿Tampoco lo sienten?

Benno, que carecía de una y otro, estaba escandalizado.

—A su esposa no le hace demasiada gracia quedarse viuda a los... diecisiete, diría yo. Llevaba poco tiempo rasada. —Segismundo escanció más vino. Habían colocado la mesa y los bancos en el balcón, junto al plato de huevos y gambas y una jarra grande de loza para el agua—. Esa pobre muchacha no ha tenido mucho tiempo para disfrutar de su condición. Quizá considere la muerte de su esposo como una especie de traición.

Benno ahuyentó a una paloma que picoteaba en la baranda del balcón. Echó un vistazo alrededor, al dormitorio cuyo mobiliario se reducía a una cama, a la calle atestada de paseantes y tenderos que anunciaban a gritos sus mercancías; se fijó incluso en las ventanas del piso de arriba, preguntando en voz baja:

—¿Cómo ha muerto? Aún no lo habéis dicho.

Segismundo, tan sibarita como siempre, hincó el diente a un huevo duro.

—Alguien le ha clavado un estilete por la nuca, en plena médula, y después le ha atravesado el ojo izquierdo. O quizá al revés; el resultado habría sido el mismo.

Benno asoció la textura elástica del huevo que acababa de coger con la de un globo ocular. Asqueado, lo dejó sobre la mesa.

—¿Y eso por qué? ¡Vaya asco!

—El porqué es problema mío. La familia desea que todo se resuelva con la mayor rapidez y discreción. Tienen que comunicar la muerte a las autoridades, pero no sé si harán públicas las circunstancias antes de descubrir el motivo o el autor. Por lo visto el caballero que me ha hecho llamar tiene ciertas aspiraciones, y a nadie le gusta que un asesinato manche el buen nombre de su familia. Los del libro de oro no quieren problemas.

Benno olvidaba a base de gambas el tema de los globos oculares.

—¿El libro de oro? ¿Qué es?

Su señor, que no ponía reparos a preguntas tan concretas como aquélla, le obsequió con una rápida respuesta.

—Venecia es un negocio con reglas muy estrictas, Benno. O estás en el libro de oro o es como si no existieras.

—O sea, que eres un simple campesino, como yo. O como ellos. —Con la punta de una gamba, Benno señaló la bulliciosa calle, donde dos asnos que circulaban en direcciones opuestas esperaban pacientemente con sus respectivas cargas apoyadas una contra la otra a que sus dueños acabaran de discutir sobre quién pasaba primero; mientras tanto, la gente apiñada a ambos lados no dejaba de gritar. Benno dejó caer cáscaras de gamba sobre el asno más cercano—. Si éstos tuvieran un libro sería de color boñiga.

Segismundo apuró su copa entre risas.

—Tú lo has dicho. Para entrar en el libro de oro hay que nacer en la familia adecuada, y casarse con la persona adecuada para quedarse en él.

—Y procurar que no te asesinen, digo yo.

Mmm... sí, bueno, eso puede pasarle a cualquiera. Ahora bien, que te maten así,

en una habitación cerrada con llave, con tu libro secreto delante...

—¿Un libro secreto?

Todos los libros eran secretos para Benno, y la idea de que existiera uno vetado incluso a quienes sabían leer le intrigaba.

—Algunos mercaderes llevan un registro de uso exclusivamente personal, y no quieren que lo vea nadie. Venecia tiene tratos con gente muy curiosa.

Benno ya había advertido con sorpresa el gran número de rostros morenos cubiertos con turbantes, señal de que había gente todavía más extraña y fuera de lo común que la que había visto desde su salida del pueblo, gente que hablaba con acentos todavía más impenetrables.

—¿Queréis decir que los cristianos no deberían comerciar con los turcos?

—¡Yo qué voy a decir eso! Donde fueres haz lo que vieres. Yo hago como los venecianos: no abro la boca. —Segismundo juntó a la fuerza los labios de Benno sobre el bocado de gambas y pan, haciendo que hinchara los carrillos y abriera los ojos desmesuradamente—. Cuando habla el dinero, el sabio calla. —Lo soltó y le dio una palmadita en la cara.

Una vez mascada y engullida la comida, Benno continuó.

—Entonces he sido muy sabio en esa cocina. No he dicho nada y he dejado que hablaran. —Acompañó su último bocado con un generoso trago de vino, guiñando después uno de sus ojos redondos y marrones—. ¿Os sorprendería saber que dejó más de un hijo?

Segismundo arqueó una ceja.

—Sólo he conocido a uno. ¿Hay más? ¿Debería sorprenderme?

Benno levantó un índice regordete adornado con patas de gamba.

—Sólo uno. Pero pasa que es negro, hijo de esclava, y ha desaparecido.

Segismundo emitió un suave silbido y, mirando por encima de la ajetreada multitud, se topó con el desconchado muro de la casa de enfrente; un gato de dos colores que descansaba entre los hierros de un balcón sostuvo su ausente mirada.

—De modo que Zenobia tiene un hijo. Ya decía yo que era demasiado hermosa.

Benno parpadeó.

—¿Zenobia...? Ah, sí, claro, será el ama de llaves de que hablaban. La esclava. Aunque la verdad es que bailan al compás que les marca. La cocinera misma, o la trata como es debido o se queda sin el azúcar y las especias caras. Por lo que decían nunca se ha recuperado de que sacaran de casa a Cosmo, que es como se llama su hijo. El tal señor Vettor perdió los estribos cuando lo vio cenar con su hija.

Segismundo asintió.

—Y la primera esposa, la señora Emilia... ¿Has averiguado qué le irritaba de ella?

—No lo dijeron, ni lo pregunté. Comentaban todo el rato lo injusto de que Cosmo no vaya a sacar nada de la muerte de su padre, y se preguntaban si algún día volvería a presentarse por ahí.

Segismundo propuso un brindis al gato de la casa de enfrente, que lo miraba sin parpadear al otro lado de los barrotes.

—¡Hombre, eso no se sabe! Quizá lo haya hecho ya.

La llave del libro

Cuando Segismundo le relató lo de Zenobia y sus llaves, Benno se pasó la mano por la cabeza una y otra vez hasta quedar con el pelo de punta, totalmente revuelto.

—¿Creéis que ese Cosmo podría haber vuelto para vengarse de su padre, por haberlo sacado de casa? Pero entonces ¿por qué no le dio la llave su madre?

Segismundo se encogió de hombros.

—Puede que quisiera tanto a Niccolò como a su hijo. Ha sido la única persona a la que he visto llorar.

Benno la emprendió con la cabeza de *Biondello*, sintiendo que la suya no le era de gran ayuda.

—La llave... Si había todo un manojo, ¿cómo iba a saber Cosmo cuál era la buena, si no se lo decía ella?

—Mmm... Dijo que no lo había hecho, pero no olvidemos una cosa, Benno: a veces la gente no dice la verdad.

—Así que pudo haberle explicado para qué servía la llave y después fingir que no lo había hecho. Pero ¿cómo habría podido volver sin que lo viera ningún criado? Ya sabéis cómo son, lo ven todo.

—Quizá ella suela ir al mercado. Tiene la casa a su cargo. Y siempre hay gente vendiendo mercancías en el embarcadero que cae al lado de su ventana. La puerta de servicio daba a la habitación donde trabaja. Además, es posible que no lo reconocieran. ¿Qué edad tenía el tal Cosmo cuando lo expulsó su padre?

—Me pareció entender que aún era un chiquillo. La cocinera dijo que unos siete años, y que le había dado mucha pena. Era un niño muy guapo que siempre iba a la suya; convertía al pequeño señor Marco en cómplice de sus travesuras, pero quien llevaba la batuta era él.

—Pues ahí está —dijo Segismundo con cordialidad—. Acabas de explicar el repentino cambio de domicilio del muchacho. Se entiende que el señor Vettor no quisiera ver a su nieto siguiendo las órdenes de un hijo bastardo de su yerno.

—Y para colmo negro, y de madre esclava.

Segismundo se había puesto en pie y, apoyado contra la baranda del balcón, hizo tratos con alguien. Puesto que los dos asnos seguían obstruyendo la calle, el hombre en cuestión aprovechó su forzosa inmovilidad para regatear con las alturas. Segundos después, Segismundo había tirado una moneda y cogía un melón al vuelo.

Se sentó, cortó el melón en dos trozos y dio a Benno la mitad. *Biondello* había seguido atentamente las negociaciones, metiendo, como el gato, su cabeza entre los

barrotes del balcón. Anonadado por las consecuencias, se tumbó a los pies de Benno.

—No, Cosmo no nació precisamente con buena estrella; aunque si vivió en casa de su padre hasta los siete años y le permitieron jugar con su hermanastro, se supone que la madre de Marco no tendría nada en contra del chico. Si lo sacaron de casa fue por el padre de ella, el señor Vettor, que se sintió ofendido por su presencia. Me ha parecido un hombre que se toma muy en serio las cuestiones de linaje.

—Será por eso que os ha hecho llamar, supongo; para evitar escándalos. ¿Cómo supo dónde estabais?

Segismundo colocó un dedo a lo largo de su perfil romano.

—Los venecianos controlan a todo el mundo, en particular a quien tiene reputación de resultar útil. Y tienen espías...

Fue interrumpido por *Biondello*, que, saliendo de su aburrimiento, descubrió en el gato de enfrente a uno de esos espías y se puso a gruñirle con fiereza poco habitual, sin impresionar para nada al felino.

Benno dejó el melón sobre la mesa y se limpió la boca con la manga del jubón, pensando todavía en Cosmo.

—Si el culpable es él, el hijo negro, ¿cómo vais a encontrarlo en esta ciudad? Aquí hay gente de todas partes. Bastará con que vaya al sitio ese, Rialto, y ya no habrá manera de distinguirlo entre tantas caras oscuras.

—No sabemos si la suya es oscura o no, Benno. La mezcla de razas puede producir matices muy distintos. Y aun suponiendo que lo encontrara, no estoy muy seguro de querer entregárselo al señor Vettor, por muy contento que se pusiera al tenerlo entre manos, listo para desollar, romperle los huesos en la rueda o cualquier otro suplicio que reserven los venecianos a un parricida.

—Creí que sospechabais de él por lo de la llave. —Benno tiró de *Biondello*, que, movido por sus deseos de vigilar al gato de cerca, había sacado medio cuerpo fuera de los barrotes, aunque sin gruñir—. ¿Qué otros sospechosos hay? ¿Y si el otro hijo se hubiera enfadado con su papá?

Una risa gutural brotó del pecho de Segismundo.

—Cierto, tampoco hay que olvidar eso. La viuda ha expresado su opinión en mi presencia. Esta mañana Marco ha entrado en el estudio por la ventana, para averiguar por qué su padre no contestaba; pues bien, según la viuda podría no haber sido la primera vez.

—O sea, que hubiera subido antes con un estilete... pero ¿no lo habría encontrado un poco raro su padre? ¿Ver al nene trepando por la ventana?

—Casi no habría tenido tiempo de sorprenderse —dijo Segismundo—. Como mucho habría podido decir «No me ensucies la mesa con tus pies».

Benno, que estaba bebiendo vino, halló el comentario tan gracioso que poco le faltó para ahogarse. Le asomaron lágrimas a los ojos. Segismundo lo ayudó a recuperarse con unos golpecitos en la espalda; Benno se limpió los ojos y la barba.

—Pongamos por caso que el padre muere y su hijo legítimo se queda con todo el

dinero —dijo—. Buena razón para darle prisas al viejo, ¿no? Sobre todo si al nene le hace falta dinero.

Segismundo se desperezó y cambió de posición para no exponer su cabeza desnuda a los rayos del sol, ya no obstruidos, como hasta entonces, por una abarracada chimenea. Al otro lado de la calle, el gato levantó una pata e inició con insolencia su higiene personal, bajo la atenta mirada de *Biondello*.

—¡Si le hace falta dinero! ¡Mmm...! ¿Hay algún joven que no esté en esa situación? Aunque quizá Marco descubra que acceder al negocio familiar no es tan fácil como cree.

—Pero el otro caballero, su abuelo, se llama Darin de apellido ¿no? No es un Ermolin, sólo un pariente político. O sea, que no puede meterse demasiado. ¿O sí?

—No, si no lo digo por él; de todos modos no es hombre al que convenga ofender, vista su influencia en el Gran consejo.

—¿Era de eso que presumía su gondolero mientras nos llevaba al palacio?

—No. Marco se las tiene con su tío, que es socio en el negocio de su padre y ya es otro cantar. Después de hablar con el ama de llaves he subido para volver a examinar la puerta del estudio, con esa llave llena de cera. Marco y su tío seguían ahí, y estaban riñendo.

—¡Rezar por el difunto, eso deberían haber hecho! Todos los criados iban a subir a rezar por él en su dormitorio en cuanto estuviera amortajado. Me han invitado a acompañarlos, pero he contestado que tenía que estar preparado por si me llamabais.

—Marco y Rinaldo discutían sobre quién tiene derecho al libro secreto de Niccolò, donde figuran todos sus negocios. Yo apuesto por Rinaldo; se le veía muy tranquilo, mientras que Marco echaba humo por las orejas.

Rinaldo había sorprendido a Marco en el acto de llevarse el libro, y se lo había quitado de las manos. Parecían... —El recuerdo hizo sonreír a Segismundo—. Parecían a punto de matarse. Interesante escena. El libro estaba cerrado con llave, y por lo visto Niccolò siempre llevaba la llave colgando del cuello en una cadena. Cuando he examinado su cadáver en busca de heridas, esa llave ya no estaba.

Cuando Benno pensaba, parecía más tonto que nunca.

—Si Marco tenía el libro y estaba a punto de leerlo es que había cogido la llave después de subir y encontrar muerto a su padre.

—O de haberlo matado, como dice su madrastra.

—Un poco sospechoso, ¿no?

—Más que eso.

Segismundo cogió la última gamba y se la llevó a la boca.

Hígado con cebolla junto a los generales

Los dos hombres, a la vez tan semejantes y distintos, habían subido por la escalera entre miradas de curiosidad procedentes del patio interior. El último tramo que llevaba al piso superior fue salvado por el segundo hombre con creciente irritación; se trataba de un enano, y para los enanos siempre es problemático subir escaleras.

La antecámara en que desembocaba la escalera no los entretuvo mucho tiempo, pues se les invitó a pasar entre reverencias a una sala mucho mayor donde la República Serenísima solía hacer esperar a los embajadores. Permanecieron ahí un tiempo contemplando los frescos y dorados, tan notables como suelen serlo los frescos y dorados concebidos para impresionar a los embajadores. De todos modos ya los habían visto antes. El enano, aburrido, se acercó a la ventana pisando fuerte y miró al exterior, sobresaltando a una paloma posada en el alféizar. Mientras hacía muecas a otra, un lacayo abrió de par en par las puertas del otro extremo de la sala y los hizo pasar al salón donde se hallaban el dux y su Consejo.

La entrevista con el dux duró cerca de una hora. El suelo se cubrió de mapas. El hombre alto y robusto se deshizo en sonrisas. El enano mostró los dientes. Ambos se mostraron muy compenetrados, y dux y Consejo asintieron complacidos a sus palabras. La República Serenísima no tenía costumbre de recurrir a nadie cuya procedencia y trayectoria no hubiera sido examinada antes con sumo cuidado, y aquellos dos hombres habían demostrado merecer su pintoresca reputación.

Ottavio Marsili era el octavo hijo de una familia de campesinos. De haberse divulgado las hazañas de su madre contra toda una serie de bandidos que habían intentado asaltar el pueblo, hazañas que en cierta ocasión habían llegado al extremo de descalabrar al cabecilla con una sartén, la buena mujer se habría hecho acreedora al honroso calificativo de marimacho. Nono, el enano, era el noveno hijo; ambos eran los únicos que habían heredado la inteligencia y coraje de su progenitora.

También habían heredado su mano izquierda en cuestión de bandidos, puesto que habían llegado a liderar una banda cuya excelente organización había captado a muchos nuevos miembros, alcanzando tales proporciones que pronto se vieron en la situación de poder ofrecerse a gran escala como *condotta*, fuerza alquilada por estados incapaces de dedicarse al pillaje por sus propios medios.

En esos momentos trabajaban para la Serenísima, si bien el pillaje recibía el eufemismo de «guerra». Venecia era consciente de que su comercio sufriría daños irreparables si, en aquella coyuntura de guerra contra el turco, no se anexionaba algunas ciudades de tierra firme que estaban comerciando por su cuenta más de lo

debido, ciudades que pertenecían al duque de Montano. He ahí lo malo del comercio: se establece una red y, como podría atestiguar cualquier araña, se hace necesario atender al menor movimiento. ¿Que se quiere cazar una mosca bien gorda? Para eso están Ottavio y Nono Marsili.

La entrevista con el dux había llegado a su fin. Les esperaba otra, más importante. Cruzaron el salón de espera para embajadores (donde en esos momentos había uno esperando, menos impresionado por los frescos que por la presencia de los dos famosos condotieros) y fueron introducidos en otra habitación.

Aquella habitación suscitaba aprensión en todo aquel que hubiera servido mal a la República. Los traidores le tenían pánico. En ella se reunía el Consejo de los Diez, en cuyas manos descansaba la seguridad de Venecia. Ahí era donde daba sus órdenes secretas e interrogaba a los acusados.

Ottavio Marsili salió de la habitación con la misma sonrisa con que había entrado. Su hermano apretaba los labios; en cuanto oyó que se cerraba la puerta se secó el sudor de la frente. Bajaron en silencio por las escaleras del patio interior y el exterior. Por fin, ante los ojos fascinados de todos los presentes en el patio, Nono tomó la palabra:

—Me muero de hambre. Vamos a comer algo.

Salió sin esperar a su hermano y, una vez en la atestada Piazzetta, miró alrededor en busca de un vendedor ambulante. Pese a su fama de devorador de niños bien tostaditos, la auténtica pasión de Nono era el hígado frito con cebolla, plato que constituía el orgullo de Venecia. No por ello pensaba hacer ascos a cualquier otra cosa en que pudiera hincar el diente y aplacar su punzante apetito, como por ejemplo el pincho de calamares que acababa de ver no muy lejos dando vueltas sobre una sartén. Mientras Nono trotaba hacia su objetivo entre un revoloteo de palomas, su hermano lo alcanzó y, poniéndole una mano en el hombro, señaló un lugar concreto.

Un hombre alto y vestido de negro caminaba entre la multitud, reflejando los rayos del sol con su cabeza rapada. Los hermanos Marsili se miraron; Ottavio arqueó las cejas y ambos echaron a caminar, dejando los calamares para otro momento. No llegaron a fijarse en el astroso hombrecillo de barba negra y recortada que seguía al más alto llevando en brazos un pequeño perro de lanas, sobre todo porque era la persona menos llamativa que uno pudiera imaginarse.

Ottavio se puso al lado del hombre alto y dijo con voz queda:

—¿Me equivoco o sois Segismundo?

Su discreción, si era tal, recibió recompensa. Benno se detuvo en seco a fin de no topar con aquellos dos hombres enzarzados en un abrazo cuya cordialidad lindaba con la violencia. Segismundo se desprendió de él con una amplia sonrisa y, mirando hacia abajo, estrechó con fuerza la mano de Nono. Benno sabía que la alegría de su señor no garantizaba que se hallaran en presencia de amigos. Había comprobado que es posible sonreír a una posible víctima mientras se espera la ocasión de asesinarlo. De hecho, una vez se presenta esa ocasión tampoco hay por qué dejar de sonreír.

—¡Quita, quita, ya lo sé! ¿Qué otra cosa puede traer a Venecia a los hermanos Marsili? —Segismundo sonrió al rostro alzado de Nono—. ¡Hígado con cebolla! ¿A que sí?

El sonriente enano dio una palmada.

—Vamos a ver si encontramos. Tengo tanta hambre que me comería una paloma de esas con plumas y todo.

Benno advirtió que los tres hombres que tenía delante se abrían camino entre la muchedumbre de un modo que le permitía seguirlos sin problemas. Mucha gente se volvía a mirarlos. Ya había notado que Venecia estaba llena de extranjeros y no andaba escasa de enanos, pero aquel trío imponía respeto.

Benno no tardó en saber más cosas de los hermanos Marsili, además de su efecto sobre la multitud; por ejemplo sus gustos culinarios, que él mismo les ayudó a satisfacer en una apartada taberna a la que los condujo Nono, frotándose las manos con satisfacción anticipada. Después de acomodar a *Biondello* en su jubón, Benno cogió la jarra de vino de manos del mozo y sirvió a su señor y los dos desconocidos. El más alto, de hombros que rivalizaban con los de Segismundo y cabellos grises cortados al estilo militar (es decir, siguiendo la forma del casco por encima de las orejas), poseía un rostro amplio y atractivo; daba la impresión de haber asistido a escenas de gran crudeza sin pestañear, quizá incluso con cierto deleite. Mojó el pulgar en el vino que había caído de la jarra y empezó a dibujar sobre la mesa, mostrándolo a Segismundo. Nono, que no participaba del interés de este último, se volvía una y otra vez con la esperanza de atisbar su hígado con cebolla.

—No tienen ninguna posibilidad. —La sonrisa de Ottavio se ensanchó, descubriendo unos cuantos dientes más—. Si no se rinden pronto morirán de hambre. Los tenemos rodeados.

—El otro día les enviamos una cabeza de burro con la catapulta —intervino Nono—, pero no captaron la indirecta. Imagino que estarían demasiado ocupados comiéndosela, aunque estuviera podrida. Seguro que ya han acabado con sus existencias de ratas, y eso que debían de ser bien gordas. Cuando hay muertos sin enterrar siempre salen ratas a montones. —La mueca burlona de Nono descubrió el mismo número de dientes que su hermano, a excepción de uno que le faltaba. Aunque el cabello de Nono era fino y negro, en conjunto se parecía mucho a su hermano; era algo que iba más allá de cualquier similitud objetiva de rasgos, residiendo quizá en la energía que los caracterizaba a ambos.

Ottavio tiró de la manga de Segismundo sin dejar de sonreír.

—Ven con nosotros. No sería la primera vez que lucháramos juntos.

—Sí, pero en bandos distintos, ¿recuerdas?

—Si hubieras estado a mi lado, quizá no me hubiera dado cuenta de lo que hacías. Lástima que a tu jefe le entrara el canguelo y se retirara. Estuviste a punto de hacernos perder la escaramuza.

El mozo depositó en la mesa unos platos de hígado frito con cebolla. Cogiendo el

suyo, Benno se apoyó contra la pared y fue chupándose los dedos en el proceso. Nono, más arrimado a su plato que los demás, no perdió el tiempo. Mientras engullía el segundo bocado dijo:

—Decídate. Necesitamos de hombres como tú.

—Como tú no hay nadie. Pero si el duque Guido sale de la cama el tiempo suficiente para montar a caballo, quizá traiga otro ejército. Entonces sí que verías un buen combate. ¿No quieres venir? ¡Hay buen botín!

Ottavio había adoptado un tono de flagrante marrullería, convirtiendo en caricatura sus vivos deseos de convencer a Segismundo; sin embargo, a juicio de Benno ninguna máscara podía ocultar lo peligroso que era aquel hombre. Quien se atreviera a negarle algo corría el riesgo no sólo de acabar con toda la dentadura metida en el gorro, sino de no volver a necesitar gorro nunca más.

—Estoy comprometido, Marsili. Mi tiempo no me pertenece.

Nono dejó de masticar con la boca abierta y miró a Segismundo con una expresión de curiosidad que era réplica exacta de la de Ottavio.

—¡Has ido a ver a los Diez!

—No he tenido ese honor. No; es un encargo privado de una familia de la ciudad.

—¡Privado! —bufó Nono, salpicando la mesa de cebolla frita—. ¡Estos venecianos lo hacen todo en privado! ¡Apuesto a que debajo de esta mesa hay un espía! —Se agachó para comprobarlo, y al levantarse vio que la cabecita de *Biondello* lo miraba desde el jubón de Benno—. ¿Lo ves? ¡Vayas donde vayas te están vigilando! —Soltó una estrepitosa carcajada y, cogiendo un trozo de hígado, lo acercó al jubón—. Uno que ha quedado contento. —Sus ojos, pequeños y sagaces, examinaron a Benno—. ¿Y este qué hace con un perro faldero, como si fuera una damisela? —Antes de que Segismundo alcanzara a contestar Nono tuvo ocasión de ver por entero la cabeza de *Biondello*, pues el animal la había sacado con la esperanza de recibir más obsequios—. ¡Anda, mercancía tarada! —Soltó otra carcajada—. Parece recién salido de un asedio.

—Y ese asedio —dijo Segismundo con tono serio, captando la atención de ambos hermanos—, ¿cuánto calculáis que durará?

Ottavio proyectó la mandíbula hacia adelante y se la acarició con aire meditabundo.

—Si piensas unirte a nosotros no tardes demasiado. No podrán aguantar mucho más; o salen a pelear o se mueren de hambre.

—Pues lucharemos con esqueletos. —Nono sacaba brillo al plato con un trozo de pan, bajo la mirada anhelante de *Biondello*. Se lo metió en la boca y masticó sin perder su siniestra sonrisa—. Menos mal que el oro no adelgaza en los asedios; sino ya no valdría la pena.

—Costes de guerra. Necesitamos oro para seguir luchando. —Ottavio redujo su voz a un murmullo casi imperceptible para Benno—. Venecia está tosiendo sangre para pagar los suministros.

—¿Y sus patrióticos ciudadanos? —La voz de Segismundo no desmereció de la de Ottavio, pero Benno estaba acostumbrado a interpretar su ronco murmullo—. ¿No contribuyen a los gastos de la República?

Nono se apoyó en la mesa y esbozó una mueca.

—Eso si no los matan. Dicen que a uno de los más ricos le han atravesado el pellejo esta mañana...

Segismundo movió la cabeza con gravedad.

—Los ricos no deberían mezclarse en riñas callejeras.

—¡Qué riñas ni qué...! Ha sido en su propio palacio, en su estudio. Que se sepa no se había peleado con nadie, aunque... —Los gestos con que Nono pretendía llamar la atención del mozo estuvieron a punto de hacerlo caer de la silla—. Aunque muchos tenían motivos de sobra para hacerlo. ¡Y eso que un estudio parece lugar seguro! —Volvió hacia Segismundo un rostro lleno de pérfido regocijo—. Donde está ahora ya no hay quien lo ayude, ni su antigua y encopetada familia ni todo su dinero. Hace años que Niccolò Ermolin había vendido su alma al diablo.

Al agua, patos

Pasquale Scolar, el hijo del dux, dedicaba su vida al placer con el fanatismo de un sacerdote presa de una ardiente vocación. Era joven, apuesto e irremediamente tonto: el niño mimado de su padre, y su mayor desgracia. El dinero se disolvía en sus manos. Escuchaba los sermones sobre su extravagancia con inalterable buen humor, y al final pedía más dinero. Quería ver cumplidos todos sus caprichos (chicas, caballos o joyas) y la fortuna de los Scolar, amasada con prudencia por generaciones de comerciantes, estaba menguando a alarmante velocidad. Los venecianos, que escogían a su dux por su fortuna personal además de por sus relaciones familiares, estaban irritados. Se trataba de un cargo vitalicio, y si el joven mantenía su actual nivel de gastos, Venecia corría el riesgo de acabar con un dux en bancarrota.

A base de consejos y presiones, se había conseguido persuadir al amantísimo padre de que quizá el matrimonio calmara a su hijo. La novia era de excelente familia y aportaba una dote en consonancia con tan honrosa unión, aunque quizá no tanto con la capacidad adquisitiva del novio. Las celebraciones públicas habían durado tres días, y su fastuosidad pareció indicar que las arcas del dux carecían de fondo. Doscientos jóvenes cubiertos de terciopelo rojo y brocado de plata cruzaron el Gran Canal en un puente de barcos para acompañar a la novia. La misa dio paso a un banquete, a cuyo término los contrayentes subieron a la galera personal del dux, el *Bucintoro*, y, rodeados por ciento cincuenta damas y un grupo de músicos, fueron llevados al palacio Scolar, iniciándose ahí un baile que se prolongó más allá del amanecer. Se habían programado festejos, justas en la Piazzetta y regatas. Marco Ermolin, carente de novia que lo distrajera, se proponía celebrar las nupcias de su mejor amigo no durmiendo ni un minuto mientras duraran las fiestas.

De eso hacía meses, y en cierto modo podía decir se que los festejos habían sido inútiles. Finalizados los regocijos, nadie se sorprendió de ver a la novia exhausta. Su incapacidad de sobreponerse al cansancio alarmó a toda Venecia. Le sobrevino entonces una fiebre. En diez días había muerto. Nunca se supo si habría podido calmar al hijo del dux.

Aquella mañana, el joven se sentía indeciso y con ganas de fiesta. Su compañero predilecto, Marco Ermolin, no estaba disponible, pero algo habría que hacer para dar salida a tanta alegría contenida. El grupo de jóvenes vagaba sin rumbo por la Riva; alguien sugirió ir a dar el pésame al amigo ausente, pero Pasquale rehusó con la primera excusa que se le ocurrió. Los jóvenes supusieron que no tendría ganas de verse envuelto en una embarazosa y tediosa conversación sólo porque Niccolò

Ermolin hubiera tenido la mala suerte, o el mal gusto, de ser asesinado. A fin de cuentas, el padre de Marco era un hombre de edad avanzada; sin llegar a la vejez antinatural del de Pasquale, no dejaba de estar lo bastante cerca del fin para que su muerte no sorprendiera a nadie. Todos intuían que había que idear algo; notaban la efervescencia del joven, aunque sin comprender sus motivos.

De repente Pasquale mandó que trajeran caballos y vino. Contempló a sus acompañantes. Lástima que Marco fuese tan superior a ellos a la hora de inventar diversiones, diversiones cuya eficacia nacía en gran medida del hecho de que irritaban a bastante más gente de la que complacían. Alguien sugirió una carrera.

—Buf, vaya aburrimiento. ¡Una carrera!

—Tampoco está tan mal —dijo Pasquale, aferrándose a la idea—. De acuerdo, una carrera, pero sólo por calles estrechas.

—Llenas de obstáculos...

—¡De gente, por ejemplo!

Aunque no todos estaban igual de entusiasmados, nadie puso reparos. Montaron en un tris y salieron disparados entre gritos de emoción, azuzándose unos a otros y dejando, lógicamente, que Pasquale se adelantara, mientras veían fugazmente a los peatones echarse a un lado con ridículas muecas de alarma o miedo, y oían el eco de sus cascos entre pared y pared. Obligaron a sus caballos a salvar toda clase de obstáculos, niños jugando, o un anciano caído de bruces en el suelo. Pasquale topó con dos asnos de carga que circulaban en pacífica reata. Tras dar un grito al dueño, apartó su caballo a un lado, se acercó al fardo que tenía más cerca y lo abrió de un corte, sembrando el suelo de aceitunas. Ya podía seguir adelante. El segundo fardo era más difícil de cortar, pero también acabó por verter su contenido y, una vez menguado en volumen, dejar paso al jinete. Los enloquecidos asnos entretuvieron mucho más tiempo a sus amigos; los caballos estuvieron a punto de atropellar al dueño, mientras luchaban con el obstáculo de las aceitunas y los furiosos corcoveos de las bestias de carga. Antes de que sus seguidores pudieran espolear a sus monturas, Pasquale desapareció como un torbellino por una esquina. Cuando el que iba en cabeza apareció a cincuenta yardas detrás de él, el hijo del dux volvió la cabeza y lanzó un estentóreo desafío. Galopaban a lo largo de un canal. Un circunspecto patricio se apresuró a saltar a su góndola antes de que Pasquale lo arrollara. El joven miró atrás entre risas, y no llegó a ver al niño que se interponía en su camino, ni tampoco a la mujer que se abalanzó hacia él para salvarlo. Su caballo se encabritó, resbaló y cayó sobre la grupa, tirando a su jinete al canal.

Asustado y sin aliento, Pasquale se hundió como una piedra; sus débiles esfuerzos lo devolvieron a la superficie por breves instantes. «Esto no puede estar pasándome a mí», pensó mientras el agua se le metía por la nariz. Algo se aferró a su brazo de forma dolorosa, y el agua dio paso al aire, al cielo y a los altos muros de las casas. Un hombre lo estaba arrastrando con el agua al pecho; después sintió unas manos que lo cogían y lo alzaban en vilo, depositándolo sobre el empedrado. Quiso quejarse de que

le hacían daño, pero, presa de convulsiones, vomitó en vez de hablar. Unas manos fuertes colocaron su cabeza al borde del agua, y echó el resto al canal.

Las mismas manos lo ayudaron a sentarse. Los hermanos Marsili lo estaban mirando, recortados contra el cielo azul. Detrás de ellos, sus alarmados compañeros de carrera sujetaban a sus caballos, y también al suyo. Todavía más allá se arremolinaba un pequeño grupo de observadores.

Pasquale se dio cuenta de que el hombre en quien se apoyaba estaba riendo silenciosamente.

—¿A qué noble rata ahogada acabo de pescar? —dijo una voz profunda y risueña por encima de él.

Nono Marsili acercó inquisitivamente su cabeza de gárgola, apoyando las manos en las rodillas.

—Es el hijo del dux.

—La rata ahogada más noble que quepa imaginar —dijo la voz profunda.

Los métodos de la república

Segismundo no tuvo problemas para acceder a la presencia del dux. Todo lo que Pasquale Scolar tenía de tonto lo tenía también de generoso; de ahí que no dejara a su salvador marcharse sin más, como parecía ser la intención del extraño personaje. Se alegró de que los Marsili tuvieran cosas que hacer, pues nada le apetecía menos que seguir teniéndolos a su lado. Habían presenciado su humillación. Con todo, deseaba que su padre recompensara al hombre que se había zambullido en el canal para rescatarlo.

Así pues, el dux Scolar fue interrumpido en plena sesión del Consejo para descubrir a su amado hijo chorreando sobre el mármol, mientras, sin hacer caso a los sirvientes que se afanaban en torno a su persona, se aferraba a la manga de otro hombre no menos empapado que él. El sol que entraba por las ventanas daba pinceladas de oro al suelo mojado.

—¡Pasquale! ¿Qué ha sucedido?

—El caballo me ha tirado al canal. Él me ha sacado del agua.

Un tirón de mangas a la camisa de Segismundo hizo que éste doblara el cuerpo en una airosa reverencia; el dux corrió a abrazar a su hijo, no sin antes echar un vistazo a su salvador.

No se trataba de uno de los amigotes de su hijo, de esos que lo alentaban en sus absurdas hazañas. Su rostro era más propio de un condotiero, o incluso de un miembro del Gran Consejo; el rostro de un hombre que había presenciado el peligro, y se había enfrentado con él. Tras comprobar que su hijo sólo tenía leves contusiones, el dux se volvió para examinar al desconocido. Ojos negros y hundidos, perfil romano, boca reservada pese a lo grueso de sus labios, cráneo desnudo y moreno... Sí, tenía que ser el hombre de quien le habían hablado.

—¿Sois el señor Segismundo, agente del duque de Rocca?

—Para serviros, excelencia. El duque Ludovico es uno de los príncipes para quienes he trabajado.

La expresión «para quienes he trabajado» llamó la atención del dux, que esperaba oír un «a quienes he tenido el honor de servir».

Otra cosa que le llamó la atención fue la mancha de humedad que había aparecido en su toga de brocado después de abrazar a su hijo.

—Antes de daros las gracias como es debido, señor, tanto vos como mi hijo debéis secaros y cambiaros de ropa...

—¡Lo que tengo que hacer es bañarme, padre! ¡He estado a punto de tragarme

una rata! Hasta que no me quite el regusto del agua del canal con una jarra de vino no me sentiré limpio. Venid, Segismundo...

El dux los vio alejarse rodeados de pajes y sirvientes; llegados a la puerta, el extranjero se volvió para hacer una reverencia, mientras Pasquale empezaba a reírse de su infortunio. El dux se dispuso a pedir excusas al Consejo; sabía que hasta que no saliera de la sala no empezarían a sonreír. El hijo pródigo tenía la costumbre de volver sano y salvo, aunque más de un miembro del Consejo no habría puesto objeciones a que no volviera nunca más. Pasquale necesitaba amigos que no fueran ni tontos ni serviles. Si era cuestión de dinero, compraría la compañía de aquel hombre; sin embargo, algo en la expresión de Segismundo daba a entender que el dinero no era el centro de sus intereses. Habría que ser prudente.

Limpio, seco y ataviado con ropa interior nueva y una amplia toga de seda añil perteneciente al dux, Segismundo examinó a su vez al hombre que volvía a estrecharle la mano y darle las gracias. El dux Scolar era efectivamente muy viejo para tener un hijo de tan joven edad. A primera vista le faltaba poco para cumplir los ochenta años, aunque no se apreciaba en él aquella posición encorvada que hace que tantos ancianos parezcan buscar una tumba para meterse en ella. Obviamente la apostura de su hijo era cuestión de herencia, si bien el padre llevaba la suya con dignidad, acentuando sus profundas arrugas la austeridad y energía de su rostro. Apretó con ambas manos una de las de Segismundo y lo invitó a sentarse junto a la ventana, ahí donde unas horas antes Nono había ahuyentado una paloma, quizá la misma que en esos instantes se pavoneaba entre arrullos a lo largo y ancho del alféizar.

—Hemos sido informados de vuestra presencia en la ciudad, señor.

Segismundo asintió con una sonrisa.

—Excelencia, sé muy bien que nada escapa a la atención de la República, ni siquiera un asunto tan trivial como es mi estancia sobre sus aguas.

—¡No encima, mi querido señor, sino dentro de ellas! —También el dux sabía sonreír, gesto que comunicaba a su arrugado rostro un gran encanto—. Y, para mi fortuna, justo cuando mi hijo caía en ellas. Creo que ni él ni sus amigos saben nadar. ¡Ay de mí! Mucha gente ha acabado ahogada en el canal, o atragantada hasta morir por los desechos que en ellos flotan, tal como acaba de sugerir el muchacho. Espero que os hayáis recuperado...

—Por completo, excelencia; vuestro hijo me ha pedido que os diga que tardará un poco.

Segismundo no mencionó la jarra de vino que Pasquale había dejado casi vacía, ni sus pocas prisas por emerger del baño caliente de aguas perfumadas. La vaga sonrisa del dux indicó a las claras que lo sabía.

—Mejor así, señor Segismundo. Deseo haceros unas preguntas.

En el silencio que siguió, el dux examinó sus anillos y Segismundo permaneció inmóvil en su asiento; mientras, con sus necios arrullos y su inflado buche, el palomo

intentaba impresionar a la hembra que contemplaba la ciudad desde el otro extremo del alféizar. El macho se pavoneaba arriba y abajo arrastrando su cola abierta por la piedra, profiriendo arrullos llenos de pasión y optimismo.

El dux alzó la cabeza, mostrando sus ojos claros rodeados de bolsas.

—¿Habéis venido por orden del duque Ludovico?

Segismundo se encogió de hombros y mostró la palma de sus manos nudosas.

—Como acabo de explicaros, excelencia...

—¿Trabajáis para alguien de Venecia?

—Se trata de un encargo privado.

—Estáis investigando el asesinato de Ermolin.

Tanto podía ser una pregunta como una afirmación. Segismundo no dijo nada, provocando la risa del dux.

—Vettor Darin ha venido esta mañana a informar de la muerte de su yerno, y me lo ha dicho. Un asunto muy feo, aunque confieso que no me sorprende demasiado. Niccolò Ermolin no era hombre que se preocupara de los sentimientos ajenos; hay quien se enriquece a base de pisotear a la misma gente con la que comercia. ¿Tenéis ya alguna idea sobre el modo en que el asesino llegó a él?

—De momento no está claro, excelencia. Quizá treparan desde el piso de abajo, o directamente del canal. Hay un embarcadero que permite subir sin grandes dificultades al balcón contiguo a la ventana del estudio del señor Ermolin. Fue por ahí por donde llegó su hijo, después de que el señor Darin no recibiera respuesta. En cuanto a testigos, se trata de un canal poco frecuentado, y delante sólo hay un convento con pocas ventanas.

El dux movió la cabeza de un lado a otro, como si las palabras de Segismundo implicaran más de lo que parecía.

—Marco... Para desgracia de mi hijo, ese chico es uno de sus amigos. —Calló, posando sus ojos claros sobre Segismundo—. No sospecharéis de Marco, ¿verdad? —Quizá una condena por asesinato le pareciera un buen modo de alejar a Marco de Pasquale.

Segismundo sostuvo la mirada del dux con expresión grave.

—¿Sabe acaso su excelencia de alguna razón por la que Marco deseara la muerte de su padre?

El dux volvió a concentrarse en sus anillos.

—No, no... Sólo rumores. Por lo que dice mi hijo, Marco siempre está sin blanca, pero ¿qué joven no lo está? —Cambió de tema, suponiendo quizá que la formidable habilidad con que Pasquale dilapidaba la fortuna paterna ya habría llegado a oídos de Segismundo—. Pero estoy seguro de que no tendréis que llegar hasta ahí. Los enemigos de Niccolò Ermolin nunca han ocultado su odio.

—¿Conocéis a muchos, excelencia?

El dux, cuya intención no era tanto contestar preguntas como formularlas, arqueó las cejas y mostró el revés de sus anillos con gesto de impotencia.

—Como mínimo hay uno conocido por toda Venecia: desde el día en que se arruinó, Pico Gamboni no ha dejado de hostigar a Ermolin ni un solo instante. Mucha gente os lo dirá.

El dux Scola se puso en pie, seguido por Segismundo. Pese a estar desprovista de las cadenas y anillos del dignatario, de sus brocados, tocado oficial con hilo de oro y manos cargadas de sortijas, la erguida silueta de Segismundo parecía intimidar a su interlocutor, que dio un paso atrás. Viendo tendida la mano que llevaba el anillo de dux, Segismundo se inclinó para besarla; en ese momento, el dux pareció vencer una especie de resistencia interna y dijo bruscamente:

—Recordad que la República no permite que sus ciudadanos actúen en contra de su prestigio.

Informado de las palabras del dux, Benno exclamó:

—¿Y qué querría decir con eso? No se refería a que vos pudierais hacer nada malo; sois un visitante, no un ciudadano. ¿Por qué lo dijo?

—Es probable que... —empezó a decir Segismundo, cuya toga de seda añil desconcertaba a Benno y ofrecía un contraste inverosímil con los sucios cojines del bote alquilado—. Puede que quisiera dar a entender que ha sido la propia República la que se ha deshecho de Ermolin.

Sólo hacía un año que Benno había aprendido a remar. Dio impulso a la pala, erró el golpe y cayó de espaldas sobre el ovillo de ropa mojada de Segismundo. *Biondello* ladró.

¿No hay secretos?

—No querréis decir que lo ordenó el dux, ¿verdad?

Segismundo observó cómo Benno volvía a su sitio y se hacía de nuevo con ambos remos. Su respuesta fue precedida por un largo murmullo.

—Mmm... Veo que no sabes gran cosa del dux. Lleva un tocado precioso y se une al mar en matrimonio con un anillo muy grande, pero no tiene mucha mano en lo que decide la República Serenísima. Eso sí, posee voto e influencia.

Consciente del eco que reverberaba entre los altos edificios situados a ambos lados del oscuro canal, Benno bajó la voz y, antes de formular su pregunta, esperó a adelantar el cuerpo en la siguiente remadura.

—Y esa gente... —Imaginó a un grupo de vagas siluetas que controlaban al dux como a un títere—. ¿Matarían así, sin más? De esa manera, quiero decir. —Se señaló el ojo izquierdo y estuvo a punto de perder un remo—. ¿No preferirían ejecutarlo de la forma habitual?

—En esta ciudad no siempre hace falta que la justicia se vea; basta con que se sepa. Si los Diez se decidieran a dar la nota no tardarías en enterarte.

—¿Los Diez? —La imagen de los titiriteros del dux adquirió proporciones descontroladas en la mente de Benno.

Segismundo se llevó un dedo a la boca, sin dejar por ello de sonreír.

—Este no es lugar para preguntas como ésta, Benno; de todos modos te repetiré un refrán veneciano: «Los Diez te envían a la sala de torturas, y los Tres a la tumba». ¡Eh, gira a la derecha!

Benno volvió la cabeza y forcejeó con denuedo, mientras le caía encima una lluvia de imprecaciones; había pasado rozando junto a un bote que descargaba mercancías en un pequeño embarcadero. El barquero y los criados de la casa dieron vía libre a toda clase de suposiciones acerca de la familia de Benno, quien de hecho compartía su ignorancia al respecto, aunque no su pesimismo; por suerte, el destinatario de tamañas injurias salió indemne del vapuleo gracias a su desconocimiento del dialecto veneciano. Tardó poco en ser clasificado como forastero y rematado idiota, quedando su manejo de la embarcación como algo normal, ya que no excusable. La sarta de improperios se interrumpió en cuanto vieron al pasajero de Benno. Difícil tarea la de clasificar a aquel hombre, que viajaba en un bote sin pretensiones de elegancia al mando de un majadero; no obstante, había algo en él que los hizo callar, un aplomo, un sosiego muy peculiar, por no hablar de la reciedumbre que se adivinaba bajo su toga de seda añil. Preguntados por Segismundo

acerca de su librea, los hombres contestaron con gran respeto. Benno siguió remando y sudando hasta que logró doblar la esquina sin contratiempos, emergiendo del pequeño canal lateral.

La fachada de la casa junto a cuya puerta de servicio acababan de pasar no podía ser más distinta. Un juego de columnas adosadas recibía el peso de un arco, sobre el que dos grifos de expresión severa sostenían un escudo de piedra. El escudo mostraba a una especie de pájaro en pleno vuelo, que parecía haber escapado por los pelos de las garras de los grifos. Bajo el arco se abrían dos enormes batientes de roble. En el embarcadero, dos mujeres a bordo de una vistosa góndola recibían ayuda de un grupo de criados con librea. Segismundo hizo señas a Benno de que se detuvieran; una vez depositados los remos, Benno volvió la cabeza y se fijó en las dos mujeres. La primera era una dama de cierta edad, alta y de porte imperioso, vestida con brocado de color burdeos y un velo de ribetes dorados que le cubría sus trenzas grises. La segunda acababa de rechazar la mano que le tendían y subía los escalones de dos en dos sin cuidarse de sus zapatillas bordadas; se había echado el velo de viaje hacia atrás con impaciencia, y era poco más que una niña. Su cabellera era cobriza, color que Benno empezaba a asociar con las venecianas, y estaba dispuesta según la última moda: una diadema de finas trenzas sujetas con hilos de plata, y largos rizos que se derramaban por encima de los hombros.

Ambas desaparecieron por el portón sin mirar atrás, dejando a Benno con un palmo de narices; en efecto, la más joven le había parecido digna de un examen detenido. Los criados que descargaban el equipaje en la puerta de servicio los habían informado de que aquel palacio era Ca'Darin, hogar del patricio que había contratado a Segismundo. Éste, dando pruebas una vez más de un extraño don innato para la orientación, había sabido en todo momento adonde se dirigían.

La góndola zarpó, Benno ocupó su lugar y Segismundo avanzó a grandes zancadas por el mármol.

—¿Está en casa el señor Darin?

—¿Quién pregunta por él?

Una vez más Segismundo planteaba un dilema. Había llegado en una barca de aspecto humilde, conducida por un bobo, y con un perrito sucio y mutilado asomando por la borda. Por otro lado, nada en aquel hombre autorizaba a despedirlo con cajas destempladas; además, llevaba una toga digna del mismísimo dux. El criado modificó la pregunta.

—¿En qué puedo ayudaros, caballero? Mi señor no está en casa.

—Averiguad si vuestra señora estaría dispuesta a recibirme.

Por unos momentos el criado no se movió de la puerta, desconcertado por tan poco ortodoxa petición; no obstante, antes de que tuviera tiempo de oponerse o hacer más preguntas, una voz resonó en el enorme salón y le hizo volverse. Segismundo pasó junto a él e hizo una reverencia.

—Segismundo, señora, para servirlos. He venido a informar al señor Vettor.

—¿Informar? ¿De qué?

Dos ojos negros y vivaces lo observaron con una mezcla de interés y sorpresa, rematados por un par de cejas igual de oscuras. Quizá los informadores de su esposo tuviesen costumbre de entrar por la puerta de servicio, no vestir togas de seda añil adecuadas al gusto del propio Vettor y llevar la cabeza cubierta de forma más normal.

—¿Me permitís que hablemos en privado, señora?

—¡Abuela! —Apoyada contra la suntuosa baranda de la escalera, una muchacha pelirroja examinaba al inesperado visitante.

Benno estaba en lo cierto: era digna de ser contemplada. La otra mujer era bien parecida, pero la belleza de su nieta era espectacular. Su rostro pálido y anguloso, cubierto de pecas que ni el polvo de arroz lograba disimular, no desmerecía del marco de sus cabellos. Sus ojos, enormes y negros, siguieron examinando a Segismundo. Poco acostumbrada, como muchacha de buena familia, a ver hombres que no fuesen parientes suyos, estaba aprovechando la oportunidad al máximo.

Su abuela le dirigió un imperioso ademán que significaba: «Vete de aquí». Antes, sin embargo, la joven dedicó a Segismundo una mirada cordial.

—De acuerdo. Tomaremos vino en el piso de arriba. Primero debo quitarme estas ropas de viaje. Acabamos de llegar de la villa de mi hermana, al otro lado de la laguna; os aseguro, señor, que ha sido de lo más desagradable tener que pasar por tantos canales embarrados.

Segismundo, que conocía el problema por experiencia, inclinó la cabeza por segunda vez antes de ver desaparecer a la dama escaleras arriba. Separándose del grupo que daba la bienvenida a la dueña de la casa, dos criados corrieron tras ella con apremiantes susurros de «Señora, señora...». Un sirviente de librea se acercó a Segismundo para acompañarlo al piso de arriba y guiarlo a la gran sala de visitas. Segismundo se colocó junto a una ventana para observar a Benno, que había sujetado la amarra a uno de los postes estriados rematados por un grifo. El contraste del bote con la suntuosa góndola venía a ser como el que habría ofrecido *Biondello* al lado de un perro lobo. Ignorante de que lo estaban observando, Benno atendía a las palabras de uno de los sirvientes de librea, que señalaba en dirección al canal. Segismundo sonrió. Benno debía de estar entendiendo bastantes cosas, dado el detenimiento con que, enfrentado a la evidente falta de luces de su interlocutor, el criado pronunciaba las palabras en dialecto. *Biondello*, apenas visible a tanta distancia, vio a Segismundo y, con un ladrido que los muros de la casa se ocuparon de amplificar, casi hizo que el criado cayera del susto.

Segismundo se volvió al oír que abrían la puerta.

—Si sois portador de malas noticias, caballero, llegáis demasiado tarde. —El vestido de damasco negro prestaba un aspecto majestuoso a la señora de la casa, pero su rostro y voz delataban tristeza—. Los criados son como ratas, corren de casa en casa para alimentarse de las sobras. Mi esposo ya debe de estar al corriente; me han informado de que esta mañana pensaba ir al palacio Ermolin para visitar a nuestro

yerno.

Entró un criado cargado con vino y galletas.

—Donna Claudia —dijo a su señora—, la señorita Beatrice está muy afligida.

—Lo sé. —Donna Claudia despidió al criado con un gesto impaciente de la mano—. Iré en cuanto pueda. Cuidad de la pobre niña.

Después de que saliera el criado, la doncella sirvió el vino, ofreció las galletas y permaneció apostada junto a la puerta.

Donna Claudia se sentó e hizo señas a Segismundo de que se acercara.

—¿Qué nuevas traéis? Mi esposo no me oculta nada.

El fugaz extravío de su mirada pareció indicar que, más que una realidad, sus palabras expresaban un deseo. Segismundo no dejó traslucir sus dudas.

—Señora, si estoy aquí es justamente por no haber encontrado al señor Vettor en el palacio Ermolin. Esta mañana me ha encargado que investigue el asesinato del señor Ermolin. Vengo a informar de lo que he averiguado.

—¡Estabais ahí! ¿Acaso habéis visto...? —Donna Claudia titubeó, presa sin duda de una horrible visión—. Me han dicho que lo han... mutilado. —Su mano esbozó un movimiento—. ¿El ojo?

—Me temo que sí, señora. Y el cuello.

—¡Qué espanto! —Donna Claudia se puso en pie y caminó por la sala, suscitando un frufú de sedas sobre el mármol—. ¡Qué espanto! ¿Quién podía odiarlo hasta ese punto? —Dio media vuelta y volvió a su asiento, aplicando a sus sienes la punta de los dedos como en acto de conjurar mentalmente al enemigo—. Cierto, era implacable en sus negocios; todos los que tienen éxito lo son. Pero... ¿enemigos? —Hizo una pausa y miró a lo lejos, negando después con la cabeza—. No, no. No es posible.

—¿Me permitís una pregunta, señora? ¿Qué estáis calificando de imposible?

—Que un loco haya asesinado a Niccolò. Sin embargo... —Se tocó el párpado—. Tiene que haber sido obra de un loco.

—Sólo un loco muy especial podría trepar a una casa y atacar a un hombre que no le ha hecho ningún daño. Es más fácil apuñalar a cualquier transeúnte.

—Pero ¿y si creyera que Niccolò lo había perjudicado?

—Decidme, señora, ¿a qué loco os referís?

Donna Claudia volvió a alejarse; el movimiento de su cabeza hizo brillar la gasa de ribetes dorados que protegía sus trenzas grises. Segismundo permaneció inmóvil, sin dar señales de impaciencia. Al pasar junto a una de las ventanas, donna Claudia oyó voces y miró al exterior.

—Aquí está mi esposo. Ahora podréis hacerle todas las preguntas que queráis.

Segismundo contestó con una reverencia. Había estado a punto de oír algo que quizá Vettor prefiriera ocultarle.

Demasiados sospechosos

Vettor Darin entró en la sala sujetando a su nieta por los hombros; no parecían haberlo informado de que hubiera un desconocido esperándolo, ni que de resultas de ello donna Claudia hubiera confinado a Beatrice en sus aposentos. La muchacha estaba llorosa; se había puesto un vestido negro que acentuaba su extrema palidez. El señor Vettor la empujó suavemente en dirección a su esposa y acto seguido se encaró con Segismundo. Su avanzada calvicie y lo redondo de sus ojos verdes daban la impresión de una suma de círculos; habló casi sin abrir la boca, como si temiera que se le escaparan las palabras.

—¿Alguna novedad?

—He venido a pedirnos ayuda sobre el tema, señor. Donna Claudia estaba a punto de mencionar a una persona que acaso deseara la muerte del señor Ermolin.

Vettor se volvió hacia su esposa con expresión interrogante. Leyendo quizá cierta reprobación en su mirada, donna Claudia arqueó las cejas y dijo:

—Pensaba tan sólo en Pico Gamboni.

Vettor se echó a reír.

—¿Gamboni? Sí, claro. Llevaba años pregonando que soñaba con ver muerto a Niccolò. ¿Qué ataque de locura podría haberlo llevado a convertir sus deseos en realidad?

—Pero... —Donna Claudia volvía a ocupar su sillón, en uno de cuyos brazos se apoyaba Beatrice. El brillo de sus cabellos revelaba que la joven estaba temblando. Su abuela la cogió de la mano—. Pico se habría dado cuenta de que las sospechas recaerían automáticamente sobre él, ¿no?

—A veces, señora, el principal sospechoso es también el culpable. ¿Qué motivos tenía Pico Gamboni para acumular tanto odio?

Marido y mujer intercambiaron miradas, pero fue Beatrice la primera en hablar.

—¡Decía que mi padre le había echado una maldición! —exclamó bruscamente—. ¡Culpaba a mi padre de todo lo que le pasaba, de todas sus desgracias!

Donna Claudia se levantó y, tomando entre sus manos el rostro pálido y lloroso de su nieta, lo besó con ternura.

—Sal, hija mía. Estas cosas no son para tus oídos. Ve a la capilla y reza por tu padre.

La muchacha recibió un segundo beso en la frente, pero enseguida se zafó de manos de su abuela, corrió hacia Segismundo y lo miró a los ojos.

—Encontrad al asesino de mi padre y matadlo. No tengáis piedad. ¡Matadlo!

Donna Claudia corrió tras ella y buscó su mano, pero la joven dio media vuelta y salió de la habitación como una exhalación.

Vettor hizo chasquear la lengua.

—Debéis perdonarla. Es joven, y quería a su padre tanto como él a ella.

¿Cómo no pensar que era de las pocas? Aquella mañana, su hermano Marco no se había mostrado excepcionalmente dolido; quizá porque a diferencia de los hijos varones, sujetos a una férrea disciplina, las hijas tienen la suerte de recibir todos los mimos, sobre todo cuando son hermosas. Contestando al comentario con una inclinación de cabeza, Segismundo retomó su anterior pregunta.

—Decidme, señor, ¿ese tal Pico Gamboni se halla en la ciudad? ¿Ha tenido ocasión de cometer el asesinato?

—Sin duda. Su partida nos habría sido comunicada de inmediato.

Era una forma de recordar la constante vigilancia a que eran sometidos todos los súbditos de la República, escalofriante realidad que convertía en todavía más digno de nota el hecho de que se hubiera convocado a un forastero como Segismundo, aunque fuese por iniciativa de los familiares de la víctima.

—No sé decirnos dónde vive —prosiguió Vettor—, pero aparece a diario por la Piazza, mendigando.

—¿Mendigando?

Donna Claudia intervino con un expresivo gesto de manos.

—¡Mendigando, sí! Dice que está arruinado, que Niccolò lo dejó sin un céntimo. ¡Qué absurdo! Su caso no tiene nada de excepcional: un hijo que emprende un viaje de negocios y deja a su padre graves deudas de juego que éste desconoce...

—Y así, en cuanto los barcos de Gamboni llegan a puerto, son vendidos para saldar dichas deudas. —Vettor sobrepuso su voz a la de su esposa, al tiempo que negaba con la cabeza. Tomó la mano de donna Claudia y la acarició sin dejar de hablar—. El hijo muere de peste en una ciudad lejana, y poco después fallece la mujer de Gamboni; de pena, afirma éste, pero el hecho es que ya estaba enferma. Para colmo, la casa de Gamboni sufre un incendio.

Segismundo miró a sus dos interlocutores, el hombrecillo calvo y su alta y digna esposa.

—¿Y culpa de todo al señor Ermolin? Como maldición, no cabe duda de que es eficaz.

—¿Os dais cuenta de lo loco que está? —Un brillo de seda negra acompañó el amplio ademán de donna Claudia—. Vaga por las calles diciendo al primero que encuentra que Niccolò lo arruinó.

—A estas alturas casi todo el mundo está al corriente —la interrumpió Vettor con sequedad—. Hasta acusó a Niccolò ante los Diez.

Hecho que donna Claudia ignoraba, a juzgar por la forma de mirar a su esposo.

—Lógicamente, no se le hizo el menor caso —continuó Vettor—. Ni siquiera tuvo que comparecer por falsas acusaciones; a un hombre enloquecido por el dolor no

se le trata como a las demás personas. —Dio un paso en dirección a Segismundo; sus ojos redondos se mantenían igual de inexpresivos, pero su voz había cobrado dureza—. Quizá haya que empezar a tomarle en serio.

Segismundo inclinó la cabeza. Vettor, que parecía esperar otra clase de respuesta, acabó por asentir y volverse hacia su esposa.

—¡Ah, sí! Otra cosa, querida. Confiaba en que viniera Isabella, pero ha dicho que prefiere quedarse en casa, por lo menos hasta el funeral. Eso sí, está de acuerdo en que Beatrice siga con nosotros.

—Iré a verla. ¡Pobrecilla! Acababa de casarse.

Nada más lógico que preguntarse en qué términos estaría aquella enérgica mujer con una muchacha de diecisiete años que había ocupado el lugar de su hija muerta.

A continuación, Vettor adoptó el tono de quien se ve solicitado por múltiples ocupaciones.

—No tardaré en salir. Esta tarde Attilio da Castagna vendrá a recibir el mando de nuestra flota contra el turco. Debo asistir a la ceremonia que se celebrará en la basílica. Perseverad en vuestro esfuerzo por descubrir al asesino, señor. ¡Hay que hacer justicia! Por las calles de esta ciudad hallaréis a mucha gente capaz de ayudaros. Y también de recibir vuestra ayuda, por lo que he oído. —Torció la boca en una sonrisa que no se transmitió a sus ojos verdes—. Tengo entendido que el mismísimo dux os debe un favor.

—He tenido la suerte de hallarme en el lugar indicado.

—Es Pasquale Scolar —explicó Vettor a su esposa, que había aguzado el oído ante la posibilidad de enterarse de algo nuevo—. Lo han arrojado a un canal. No te alarmes, querida; el culpable es un caballo, su propio caballo...

—Y esa manera tan suya de cabalgar, supongo.

—Sin duda. Pues bien, este caballero lo ha rescatado, permitiendo así que siga afligiendo a su padre. En fin, señor mío —la sonrisa acabó por comunicarse a los ojos de Vettor—, no hay buena acción que redunde en beneficio de todos. Quizá acabéis provocando la muerte de otra persona, no preservando su vida. Os veré más tarde.

—Señor, os participaré cualquier novedad digna de interés. Nos veremos entonces —dijo Segismundo con voz firme y profunda. Vettor se sorprendió de oír lo que iba a suceder, y no lo que él ordenaba. Pasados unos instantes, besó a su esposa en la mejilla y salió de la sala, asintiendo a la reverencia de Segismundo.

Donna Claudia, pensativa, se pasó un dedo por los labios. Viendo que Segismundo se acercaba para presentarle sus respetos, tendió la mano y dijo:

—Attilio da Castagna no es la única persona que viene a la ciudad para recibir instrucciones. Mis doncellas me han dicho que los hermanos Marsili han comparecido ante el Gran Consejo. ¿Los conocéis?

Guardando para sí la convicción de que el almuerzo común con los Marsili ya habría llegado a oídos de quienes llevaban el registro de forasteros, Segismundo se limitó a asentir con una sonrisa.

—No sé si serán o no amigos vuestros —continuó donna Claudia—, pero debo informaros de que Nono Marsili tenía motivos para no apreciar a mi yerno.

—¿De veras, señora? ¿Qué motivos?

—Algo absurdo. En cierto modo, casi tanto como las fantasías de Pico Gamboni. Quizá no sepáis que Pasquale Scolar, el joven a quien habéis rescatado, se casó hace unos meses, y que su difunta esposa, la pobre, fue escoltada en procesión por la habitual cohorte de doncellas de buena familia, entre ellas mi nieta. La chiquilla... —Acompañó sus palabras con un gesto de manos que parecía querer quitar importancia al orgullo que le inspiraba su nieta—. En fin, ya la habéis visto. Poco después Niccolò recibió una visita. —Estuvo a punto de echarse a reír—. Nono Marsili vino a pedir la mano de Beatrice. Claro, como no es veneciano no se daba cuenta de la situación. Es un condotiero famoso, cierto, y se ha hecho rico a base de botines, pero... ¡qué familia la suya! Todos campesinos, todos sin excepción; y el propio Nono es como es. Me temo que Niccolò lo dejó bien claro.

Donna Claudia, sonriente, se mordió el labio. Segismundo arqueó las cejas.

—Le dijo que...

—Al contárnoslo, Niccolò confesó haberse enfurecido por la ofensa que infligían a su familia. Dijo sin rodeos a Nono Marsili que los Ermolin no se casaban con campesinos ni con enanos, y que no deseaba tener nietos deformes... Para seros sincera, sospecho que fue excesivamente duro. Por lo visto Nono salió hecho una fiera, jurando que algún día Niccolò lamentaría sus palabras.

Guardaron silencio por espacio de un minuto, visualizando sin duda la escena singular de Nono trepando a la ventana del estudio a fin de asestar la estocada mortal a un ojo lleno de sorpresa. Después, respondiendo a una señal de donna Claudia, la doncella abrió la puerta. Tras inclinarse sobre una mano cargada de anillos, Segismundo abandonó la sala.

Viendo que su señor salía por el portón de roble, bajo la adusta mirada de los grifos de piedra, Benno aprestó los remos. Segismundo, pensativo, subió a bordo del bote y se sentó; *Biondello* saltó a su regazo sin respetar la calidad de la tela.

Cohibido por la expresión de Segismundo, Benno se puso a remar sin hacer preguntas, y sin tener la menor idea de cómo había crecido la lista de sospechosos.

El cabeza de familia

Cada vez que el elegido de la República acude a la basílica para recibir el bastón de mando que lo señala como capitán de la flota, Venecia dispone de una inmejorable ocasión para lucirse, y no la desaprovecha.

Ahí estaba, pues, el palio rojo y dorado, oscilando ligeramente en manos de cuatro sacerdotes con deslumbrantes vestiduras entretejidas de oro. Ahí estaban las innumerables togas de brocado, terciopelo o raso, algunas bordadas de oro, otras adornadas con joyas o ribeteadas de piel. Por todas partes se veían tocados de seda, piel y brocado, turbantes, sombreros con pañuelos a guisa de festón, con alas, sin alas... Todo eran broches, cadenas, anillos, brazaletes y relucientes cinturones. Por encima de las cabezas, las banderas enarbolaban sus vivos colores, mecidas por el aire cálido. Pífanos y ataba les hacían oír su música.

Un público cosmopolita asistía desde la plaza al paso de la comitiva. El esplendor sin parangón de la República llegaría a los lugares más remotos, desde la fría Escocia a la nevada Moscovia; no permanecerían ajenos a tan fastuoso despliegue ni el cristianísimo rey de Francia, ni el emperador de Alemania, ni el sultán de Turquía ni el Papa de Roma, no por más próximo menos importante. Todo veneciano conocía la importancia de esas ceremonias en que parecían haberse derrochado fortunas enteras, respondiera ello o no a la verdad. Aquella procesión, en concreto, ostentaba una opulencia que sólo podía obtenerse con miles de ducados.

Durante el camino de vuelta al palacio Ermolin, que para alivio de los doloridos brazos del remero resultó no hallarse lejos, Segismundo y Benno habían visto por todas partes grupos de gente que acudía a ver la procesión, algunos en góndola, otros cruzando los puentes, otros engañosamente próximos en la desembocadura de un canal. Benno se resignó a esperar fuera del palacio, privado de la diversión; se consolaba pensando que si la gente fina tenía que dar la vuelta a la plaza y asistir a misa, como le había dicho Segismundo, quizá tuvieran tiempo de verlos salir de la basílica. Estaba impaciente por ver al dux. Hasta el momento sólo había visto una de sus togas amoldándose al cuerpo de Segismundo de forma harto satisfactoria.

De hecho, cuando el sirviente de los Ermolin, anciano de aire tristón cuyo porte, sin embargo, no desmerecía de su librea, amarró el bote, Benno distinguió a lo lejos parte de la Piazzetta atestada de gente, y oyó en alas de la brisa un eco de pífanos y tambores. Sostuvo en alto a *Biondello* para que echara una ojeada, mientras Segismundo, tan imponente como antes en su toga añil, era admitido en el interior del palacio.

Un criado lo dejó en una sala con frívolas escenas de ninfas y sátiros pintadas al fresco, rogándole que esperara ahí mientras informaba al señor Rinaldo de su presencia. Los altos ventanales estaban abiertos, y, a medida que avanzaba la procesión, también Segismundo oyó a lo lejos el redoble de los tambores y las estridentes notas de los pífanos. El criado cruzó la habitación y llamó a una puerta, apareciendo de nuevo momentos después para decir que el señor Rinaldo no tardaría en estar disponible; después siguió con sus ocupaciones, pero una serie de exclamaciones furibundas indicaron que había olvidado ajustar la puerta. Tras cruzar con sigilo el suelo de mármol, Segismundo se apostó junto a la puerta y ensanchó la rendija con un empujón casi imperceptible.

—Permite que te diga —como suele suceder, el segundo interlocutor no esperó a que le concedieran el permiso que parecía requerir— que no estás en condiciones de suceder a tu padre. —El tono era más incisivo que violento—. ¿Ocupar su puesto, tú? No tienes ni idea de negocios.

—No, ¿eh? ¿Y de quién es la culpa, di? Si mi padre...

—La culpa es tuya, sin discusión. Tu padre hizo cuanto estaba en su mano para instruirte, con una paciencia digna de asuntos de más fuste; pero perdía el tiempo. Tú nunca le escuchabas.

Enfrentada a un desdén tan pronunciado, la otra voz se hizo más aguda.

—¡Pues claro que escuchaba! Lo que decía era muy complicado, para morirse de aburrimiento...

—Entonces ¿por qué te interesa tanto? Déjalo en mis manos, que es donde tiene que estar. Como socio de tu padre estaba al corriente de todos sus negocios...

—¿Incluso los del libro secreto?

—Sería absurdo pensar que tu padre me ocultaba asuntos importantes.

—¿Pues por qué no tenías una copia de la llave? —dijo Marco con tono desafiante—. Mi padre te tenía tan poca confianza como a...

Se oyó un ruido de forcejeo, después un grito y finalmente un golpe sordo, como si alguien hubiera tropezado y caído de espaldas contra la puerta, cerrándola con un chasquido.

Cuando, pasados unos instantes, Rinaldo Ermolin abrió la puerta y paseó su mirada por la sala, vio a Segismundo asomado a la ventana, atento a lo que sucedía en la Piazzetta. Rinaldo tuvo que llamarlo dos veces antes de captar su atención.

—Disculpadme, señor. He venido a pedir permiso para examinar más detenidamente la habitación donde murió el señor Niccolò. Me gustaría hacerme una idea más precisa de a qué distancia se hallan la ventana y la cuerda que usan los albañiles, calculada desde el interior.

Como ambos sabían, la habitación de que hablaba Segismundo era la misma que Rinaldo acababa de abandonar. Rinaldo titubeó, quizá en busca de alguna razón que impidiera a Segismundo examinarla. Su expresión daba fe de cuánto le habría complacido hallar una buena excusa; sin embargo, acabó por abrir la puerta del

estudio y hacer señas a Segismundo de que entrara, al tiempo que esbozaba una sonrisa.

Marco no esperaba la irrupción de un extraño. Estaba inclinado sobre la mesa, concentrado en algún objeto; al abrirse la puerta se volvió, mostrando sus ojos desorbitados y su boca en tensión.

Tenía en la mano una llavecilla de oro colgada de un fino cordel verde; sobre la mesa descansaba un libro encuadernado con piel roja. Rinaldo pasó como un rayo al lado de Segismundo y arrebató la llave de manos de Marco. Los dos se miraron con odio, ajenos por un instante a la presencia de terceros.

A través de la ventana abierta, esa ventana por la que quizá horas atrás hubiese entrado un asesino, llegó un eco de gritos y vítores, sumándose a las trompetas que acogían con estrépito la aparición del dux. Como si el ruido les hubiera hecho entrar en razón, tío y sobrino se volvieron hacia Segismundo.

Anticipándose a sus palabras, unos golpes los sobresaltaron y condujeron sus miradas hacia lo que Segismundo había observado con interés segundos atrás. Al otro lado de la ventana, un hombre cubierto con una sucia gorra roja se balanceaba suavemente de una cuerda, cómodamente sentado en un cestón que lo hacía parecer un gigantesco bebé. Puso un pie en el alféizar y sonrió con cordialidad; una vez obtenida la atención de los presentes, descubrió su negra y revuelta pelambarrera y dijo, gorra en mano:

—Con permiso, señores, hemos acabado con las tejas. ¿Arreglamos hoy lo del parapeto o lo dejamos para mañana? Es que como aún estamos a tiempo de pillar a su excelencia y el capitán general saliendo de la iglesia...

Sonrió con aire esperanzado, mientras apretaba la gorra contra el pecho y sujetaba la cuerda con la otra mano. Segismundo le sonrió desde la puerta. Los otros dos no parecían muy divertidos.

—Déjanos en paz. —Rinaldo echó las manos hacia delante, en un gesto que, de haber sido menor la distancia, habría hecho que el albañil oscilara peligrosamente por encima del canal—. ¡Pregunta al mayordomo! Interrumpe a la gente de tu calaña, no a tus superiores.

—Como ordenéis, señor.

La sonrisa del albañil se mantuvo incólume. Volvió a ponerse la gorra con una reverencia y, emitiendo un silbido ensordecedor con la ayuda de dos dedos, siguió bajando sin dejar de sonreír, como si la gente importante fuera lo más divertido del mundo.

—Si me permitís, señor... —dijo Segismundo, conteniendo la risa. Rinaldo se volvió—. Quisiera interrogar a ese hombre antes de que se vaya. Si estaba en el tejado esta mañana...

—Haced lo que os plazca. —Rinaldo había enrojecido, como si le costara trabajo contener la ira—. El señor Darin os pidió que investigarais el asunto, pero ahora que me he convertido en el cabeza de familia...

—¡En casa de mi padre doy yo las órdenes!

Los cabellos de Marco le habían caído sobre la frente, otorgándole un aspecto de absurda juventud y clara desventaja.

—¿Y cuáles son esas órdenes? —preguntó Rinaldo con desdén.

Marco vaciló; al cabo, cogiendo el libro con firmeza como si le infundiera confianza, farfulló:

—Encontrad al asesino de mi padre. No creo que esté muy lejos.

No les gustan los fracasos

Segismundo tuvo suerte de que el mayordomo, hombre de malas pulgas, hubiera interceptado al albañil. Desde su observatorio de proa, expuesto a la fuerte brisa que doblaba hacia atrás su única oreja como un pequeño estandarte, *Biondello* atrajo de inmediato la atención del trabajador, que se puso a acariciarlo y rascarle la cabeza mientras conversaba con Benno, a pesar de que sus compañeros ya habían recogido los bártulos y abandonado el palacio a toda prisa para ver la procesión. El placer de Segismundo al ver al albañil no fue mayor que el de Benno al ver a Segismundo. A diferencia de *Biondello*, el dialecto veneciano seguía poniéndolo en aprietos.

A la alegría de ambos se sumó la del albañil, obsequiado por Segismundo con una moneda. Sí, claro, estaba al tanto del asesinato. ¿Quién no? Aun así no pudo añadir gran cosa; parecía preocupado sobre todo de que las sospechas pudieran recaer sobre él y sus compañeros.

—¿Estabas sobre el tejado esta mañana? ¿En la parte de delante? ¿Veías el canal y los barcos que pasaban por él?

El hombre se quitó la gorra para rascarse, volviendo la cabeza hacia el tejado.

—Estábamos aquí, en este lado. Encima de esa ventana donde acabáis de verme. Y el Zeno subió para echar un vistazo a una parte del parapeto que se estaba cayendo a trozos.

—¿Pasó por dentro de la casa?

—¡Qué va! El mayordomo cree que vamos a ensuciarle la casa sólo de mirarla. El Zeno subió por la cuerda, igual que todos.

Una prolongada fanfarria hizo que *Biondello* se pusiera a ladrar, y que el trabajador volviera ansiosamente la vista hacia la Piazzetta.

—¿Nos llevas?

Segismundo mostró en su mano otra moneda. En cuestión de segundos estaban deslizándose entre las casas a sorprendente velocidad, saliendo poco después al Gran canal. Cuando llegaron a la plaza la procesión sólo había cubierto la mitad del circuito. El trabajador se desprendió de los remos, saltó a tierra y desapareció entre la multitud.

—Corre o te perderás al dux —advirtió Segismundo a Benno, que estaba amarrando el bote—. No me comprometo a salvar a su hijo cada día.

Viendo que la inconfundible cabeza de Segismundo se abría camino por el gentío, Benno fue tras ella sin resentirse de los empujones, al tiempo que protegía con un brazo el lugar que *Biondello* ocupaba en su jubón. Alcanzó a Segismundo casi en

primera fila.

La visión del dux majestuosamente cubierto de oro satisfizo por completo la curiosidad de Benno. Sintió cierta compasión hacia aquel hombre obligado a arrastrarse bajo palio de aquí para allá entre el fragor de las trompetas. Por el contrario, el hombre que acababa de ser nombrado capitán general de la flota veneciana y respondía con saludos a los vítores de la multitud parecía inasequible al cansancio. Al pasar junto a Benno, Attilio da Castagna se volvió, como si hubiera distinguido una mirada de especial intensidad. Acostumbrado a pasar desapercibido, Benno tuvo esta vez la desconcertante sensación de que la penetrante y oscura mirada del capitán tomaba nota de él antes de posarse en Segismundo. Su rostro era severo, si bien, a juzgar por las comisuras de los labios y el rabillo del ojo, no carecía de humor; daba la impresión de ser un hombre lleno de energía y recursos, tan correoso de mente como de cuerpo. Benno vaticinó duros reveses para los turcos.

Tenía además un parche en el ojo, detalle que añadía un toque siniestro a la severidad del conjunto. Benno pensó que si el culpable de la pérdida del ojo pertenecía al bando turco, haría bien el enemigo en andarse con cuidado. Justo en ese momento Attilio de Castagna guiñó el ojo que le quedaba y, alzando el bastón de mando que lo proclamaba capitán general de la flota veneciana, saludó a Segismundo.

—¿Lo conocéis? —dijo Benno por encima del hombro de su señor, mientras la procesión proseguía su lento avance. Los majestuosos y graves patricios ataviados de seda roja no parecían oír el clamor desatado de la multitud; sin duda vivían en un mundo superior, un mundo donde no había lugar para perros que los observaran desde el jubón de un campesino.

La respuesta de Segismundo, si acaso la hubo, se perdió en el fragor de las trompetas; sin embargo, Benno vio que asentía con la cabeza, y supuso que Attilio da Castagna sería otro de los que habían conocido a Segismundo en el campo de batalla y luchado junto a él o en bandos opuestos. En ambos casos el resultado parecía ser el mismo, puesto que el encuentro se traducía invariablemente en sentimientos de respeto y profundo aprecio. Benno también se había acostumbrado a que esos hombres conocieran a Segismundo por múltiples seudónimos, detalle que lo llevaba a preguntarse cuál sería el nombre verdadero de su señor. De hecho, pensó, si Segismundo hubiera seguido combatiendo en lugar de entretenerse persiguiendo asesinos, nada habría impedido que los venecianos lo pusieran al mando de una flota, como era el caso del tal Attilio.

Más tarde descubrió que quizá la idea no fuera tan buena como parecía. De regreso a la posada, mientras tendía a Segismundo una camisa limpia y doblaba con cuidado la toga de seda añil, Benno hizo el siguiente comentario:

—Con eso de que el dux os esté tan agradecido, seguro que si quisierais también podríais recibir ese bastón de mando.

Segismundo ahogó una carcajada en los pliegues de la camisa que se estaba

poniendo. Aún le duraba la risa cuando Benno extrajo su sencillo jubón negro del equipaje abierto sobre la cama y se lo ofreció.

—Me temo que para eso hace falta algo más que sacar del agua a un joven de alta cuna. Y también algo más que ganar un par de batallas, o mejor dicho ayudar a ganarlas.

—Creía que Venecia había perdido su última batalla contra los turcos.

—Cierto, cierto. —Segismundo esperó de pie a que Benno atara el cordón negro al cuello de la camisa, y abrochara después el jubón—. Pero te recomiendo que no vayas por ahí diciéndolo en voz alta. Attilio da Castagna, a quien, dicho sea de paso, conozco por otro nombre, no perdió esa batalla; si no no le habrían dedicado una procesión tan estupenda.

—Pero alguien la perdería. —Benno regañó a *Biondello*, que estaba tratando de hacerse una cama en el equipaje—. Alguien estaría al mando, ¿no?

—Sí, y ahora está en la cárcel.

—¿En la cárcel? —se extrañó Benno—. ¿Lo atraparon los turcos? Creía que tenían costumbre de hacer picadillo a sus prisioneros. O que... empalar, me parece que se llama.

Sólo de pensarlo se le revolvía el estómago. Hasta a los animales se los mataba antes de pasarles el asador. Segismundo contestó con un largo y reflexivo murmullo.

—No, en la cárcel de aquí. Si lo declaran culpable no lo empalarán; la República Serenísima es demasiado civilizada, y a fin de cuentas era capitán general. Yo apostaría por una sencilla decapitación.

—¿Decapitarlo? ¿Por qué? ¿Los vendió a los turcos o algo así?

Segismundo estaba pasando su hermoso cinturón de cuero por los agujeros del cinto de la espada. Miró a Benno con una sonrisa.

—¡Benno, por Dios! ¡Si perdió la batalla! Ese hombre fracasó, y a los venecianos no les gustan los fracasos. Buena razón para que nos demos prisa en descubrir al asesino de Ermolin, antes de que empiecen a verme a mí como un ejemplo de fracaso.

Consejo de familia

—¿Está bien que celebremos un consejo de familia sin el abuelo?

La pregunta de Marco se dirigía más a su tío que a su madrastra, y Rinaldo contestó con un tono más amable que el que habría empleado de no hallarse Isabella en la habitación, con su tez marfileña enmarcada en gasas negras sobre trenzas negras con perlas engarzadas.

—Vettor está muy ocupado con la recepción del capitán general, y hay asuntos urgentes de que discutir. Ya le comunicaremos nuestra decisión.

Sobre el regazo de Isabella, el pelaje de un gato blanco y marrón contrastaba con la seda negra del vestido. La joven, que estaba acariciando al animal, alzó la cabeza para mirar a Rinaldo.

—No es un Ermolin —dijo—. ¿Tenemos que esperar a que dé su aprobación?

—Su hija se convirtió en una Ermolin, igual que tú. —Por unos instantes Rinaldo sostuvo la mirada de Isabella—. Tenemos intereses comunes. Si tus padres vivieran, ocuparían el mismo lugar que él en nuestros consejos. Por desgracia...

Bajó la vista y se miró las manos. La joven siguió acariciando al gato sin decir nada. Sus padres habían fallecido de indigestión poco antes del matrimonio, al igual que su anciana aya, que había comido las sobras. Su padre, loco por el marisco, no se arredraba siquiera ante el de la laguna, cuyo alimento, de todos conocido, consistía en cadáveres de convictos que la República ordenaba estrangular o atar a una estaca para que se ahogaran. Sólo quedaba una persona para defender los intereses de la viuda, un hermano que nunca se había llevado bien con ella y que ya había excusado su asistencia, alegando que tenía que acudir a la recepción oficial. A ojos de la República, el asesinato de un aristócrata no tenía por qué eximir de sus deberes a quien no formara parte de su familia más próxima.

Si de su hermano dependiera, habría bastado con meterla en un convento para tener la conciencia tranquila. Una viuda joven y sin hijos corría el riesgo de no ser bien vista por la familia de su esposo, y habiendo tantos venecianos que optaban por la soltería, encontrar otro marido no era cosa fácil.

—No temas. —Marco se había acercado a Isabella, y le sonrió—. Te cuidaremos. Tendrás todo lo que te haga falta.

Su tentativa de tocar la mano que acariciaba al gato no fue bien recibida: el gato soltó un bufido. Rinaldo miró a ambos jóvenes como si considerara que el tono de Marco excedía lo puramente diplomático. Las viudas suelen verse obligadas a echar en falta unas cuantas cosas.

—Lo primero a tener en cuenta son los deseos de tu padre.

La censura implícita en el tono de Rinaldo recordó a Marco que todas sus especulaciones e intentos de consolar a Isabella serían vanos mientras no conocieran la voluntad de Niccolò. Esa mañana, al volver a casa después de disponer con el padre Domenico una serie de misas por el alma de su padre, y una vez supervisado el amortajamiento del cadáver, Marco había comprobado con rabia que ya no tendría ocasión de buscar el testamento. La puerta del estudio estaba entreabierta. Experimentó una sensación extraña. Aquella habitación en que había entrado tan pocas veces, y que contenía todos los tesoros de su padre, estaba ahora tan desprotegida como el propio cadáver que había contemplado hacía unos instantes.

Interrumpió sus reflexiones al entrar y topar con el rostro severo de su tío. Obviamente había encontrado el testamento, puesto que lo tenía debajo de su mano, aquella mano larga, sin más adorno que el sello de la familia.

—¡Me toca a mí leerlo! ¡Dámelo!

Rinaldo, sorprendentemente, se lo entregó con una sonrisa. Marco se peleó con el sello y acabó por quebrar la cera con su daga. Era consciente de que aquel sello era el de su padre, de que Niccolò Ermolin había posado sobre la cera el anillo que horas antes su hijo le había quitado del dedo. Eso, por lo menos, no se lo iban a disputar.

El pergamino crujió al ser desenrollado, provocando la curiosidad del gato de Isabella. Marco, con ojos turbios, tardó un poco en poder leer la hermosa caligrafía del notario. Ahí podía estar la solución a sus problemas, el inicio de su libertad, su verdadero ingreso en la edad adulta. Empezó a leer. Su tío lo interrumpió con voz sardónica.

—En voz alta, Marco, haz el favor. Todos queremos oírlo.

Lleno de impaciencia, Marco volvió a la primera línea y recitó con premura las encomiendas a la Virgen, seguidas por solemnes garantías de que el mayor deseo de su padre era velar por quienes tenía a su cargo, y comparecer limpio de espíritu ante el trono de Dios. ¿Y bien? ¿Qué pensaba dar a los que tenía a su cargo?

—«... Para mi amada esposa Isabella, en caso de no darme descendencia... —absurdo, puesto que en caso contrario lo primero en modificarse habría sido el testamento— la parte de mis propiedades que le corresponde como viuda, así como las joyas y atavíos que aportó como dote». —Justo, pero mezquino. ¡Ajá, por fin!—: «Para mi querido hijo Marco, cien mil ducados...».

¿Cien mil? ¿Cien mil nada más? Marco prosiguió con voz temblorosa, pero no tardó en quedarse mudo.

—Sigue, sobrino.

Marco, con la cabeza gacha, dejó que su tío le arrebatara el documento y, una vez localizado el punto preciso, leyera con voz melosa.

—«En cuanto a mi hermano y socio Rinaldo, dispongo que controle el negocio familiar del modo que juzgue conveniente, a fin de que el nombre y fortuna de los Ermolin se perpetúen en las generaciones venideras...».

—¡No es justo! —Marco se llevó las manos a la cabeza, como si quisiera contener los pensamientos que parecían a punto de hacer estallar su cerebro—. ¡Soy su hijo! ¡Soy yo quien debe manejar los negocios de la familia!

Isabella no había dejado de acariciar al gato ni un solo instante, ni siquiera al serle gentilmente cedidas sus propias ropas y joyas. Dejó de mirar a Marco y se volvió hacia Rinaldo, como si estuviera asistiendo a una obra de teatro; y algo en la expresión de su boca sugería que se trataba de una comedia.

El rostro de Rinaldo se había llenado de bondad.

—No olvides las costumbres de nuestra ciudad, sobrino. Renuncié a casarme y tener hijos por el bien de tu padre y por el tuyo, dedicando todos mis esfuerzos a acrecentar la prosperidad y buen nombre de los Ermolin. Lo mismo hizo el hermano de tu abuelo. Siendo así, ¿no te parece justo que siga sirviendo a la familia según lo que tu padre y yo decidimos tiempo atrás?

Bajo la mirada de Rinaldo e Isabella, Marco dejó de mesarse los cabellos y negó con la cabeza. Su rostro de aññada apostura pasó de la rabia a la desesperación, entre ímprobos esfuerzos por contener las lágrimas que anegaban sus ojos grandes y negros.

—Aún te ha tocado más que a mí —dijo Isabella, ajena a toda muestra de compasión; no así Rinaldo, cuyo rostro reflejaba cierta preocupación.

—No dirás que cien mil ducados no es buena cantidad. Piensa en lo que obtendrás por intereses. No pretendo darte consejos, visto que ese dinero es todo tuyo; no obstante, recuerda que los intereses te garantizarían unos ingresos nada despreciables. Recuerda también que la cosa no acaba aquí. —Dio unos golpecitos al documento que sostenía bajo el brazo—. Tu padre me dijo, y sin duda lo consignó aquí, que había dispuesto una generosa suma adicional para cuando te casaras.

Cogió el testamento, pero justo cuando empezaba a leer Marco se incorporó ágilmente y aporreó la mesa con ambas manos. El gato huyó con presteza.

—¡No! ¡No! Jamás me casaré con María Gondi. Puesto que estás al cargo de nuestras fortunas, tío —dijo con sorna demasiado evidente para surtir efecto—, te autorizo a interrumpir inmediatamente las negociaciones.

Rinaldo lo miró sin decir nada durante unos segundos, al igual que Isabella, cuyas manos se habían entrelazado encima de su regazo.

—¿Y eso por qué, sobrino? Más vale que tengas buenas razones. Los Gondi constan en el libro de oro, son ricos, ofrecerán una excelente dote...

—Me dobla en estatura, y es más fea que un mono. ¿Por qué tengo que casarme con lo que nadie desea? ¿Cómo puedes pensar algo así? —Sus ojos, como por casualidad, se habían posado en el rostro pálido y sereno de Isabella—. ¿Vivir sin amor?

—Marco. —La dura voz de su tío destilaba una gran dulzura—. Nadie busca amor en el matrimonio. Disculpa, hermana —dijo, volviéndose hacia el otro lado de la mesa—. Es posible que el amor nazca con el tiempo, pero los jóvenes pueden

buscar otra salida a sus deseos, y de hecho lo hacen. Lo sabes muy bien.

Se produjo un breve silencio.

—Hay otro matrimonio en perspectiva. —Rinaldo volvió a mirar el testamento—. Niccolò ha dejado instrucciones muy precisas sobre la dote de Beatrice. —Observó con ojos entornados y vigilantes el rostro de sus interlocutores—. Lo que no tardaremos en averiguar es cómo nos ven después del asesinato. Esperemos que nadie rehúya un enlace con los Ermolin por miedo a alguna ojeriza o hado nefasto.

Con tono que indicaba una curiosidad cortés, como si la víctima no fuera su esposo y no lo hubiera visto por última vez esa misma mañana, Isabella preguntó:

—¿Quién creéis que lo hizo?

—¿El loco de Gamboni?

—¿Por qué esperar tantos años? —inquirió Marco, vuelto de espaldas y mirando al suelo—. No habrá sido esta la primera vez que mi padre dejaba abierta la ventana de su estudio.

—Quizá fuera la primera en que había una cuerda colgando al lado.

—La respuesta —dijo Isabella con desapego— está en las llaves de Zenobia, como ya he dicho antes a ese valentón alquilado por Vettor. —Rinaldo emitió un curioso sonido, mezcla de indignación y desprecio. Isabella siguió adelante—. Nada impide que Niccolò se equivocara al pensar que sólo él podía abrir la cerradura de su estudio.

Marco, horrorizado, se volvió con la prontitud de un resorte.

—No irás a decir que... ¡No se te ocurrirá que Zenobia...!

—Respecto a Zenobia —observó Rinaldo—, repetiré lo dicho sobre Gamboni: ¿por qué esperar tantos años? ¿O sea, que todos estos años habría estado planeando vengarse de mi hermano por sacar de casa al hijo de ambos?

Isabella arqueó las cejas.

—Dicen que la venganza es un plato que se sirve mejor frío.

Rinaldo alisó el pergamino que tenía en sus manos con gesto reflexivo.

—Es cierto —dijo, revisando el documento y señalando un nombre con el dedo— que deja algo de dinero a su hijo. No mucho, pero algo es algo. También a Zenobia.

—Veo que te sabes al dedillo el testamento de mi padre, incluso antes de leerlo. Puesto que tienes tanta intimidad con sus asuntos, ¿qué falta te hace esto?

Marco empujó hacia adelante el libro sobre el que había estado descansando el brazo, un volumen encuadernado en piel roja. El *libro segreto* de Niccolò. Más que sonreír, Rinaldo parecía estar enseñando los dientes.

—¿No lo he explicado ya? Me parecía que sí. Si respeto la voluntad de tu padre y me hago cargo de todos los asuntos familiares, necesito tener a la vista sus anotaciones privadas, donde constan absolutamente todos los tratos y transacciones realizados. Eso lo sabe cualquiera que conozca un poco el mundo de los negocios. —Rinaldo hablaba como si estuviera echando mano a todas sus reservas de paciencia.

De pronto Marco levantó el libro y lo lanzó con fuerza sobre la mesa.

—Pues ahí lo tienes. Para mí carece de utilidad.

Pese a lo dicho, todo indicaba que Marco se había esforzado al máximo por encontrarle alguna. Rinaldo seguía en posesión de la llave, pero la cerradura había sido forzada y el libro se abrió al caer, mostrando a todos los presentes el motivo por el cual Marco renunciaba a él.

El libro estaba escrito en clave.

Recompensa por un buen trabajo

Horas antes del asesinato de Ermolin, a poco de caer la noche, la esposa de Giulio da Tolentino recibió la visita de un amigo de su marido, encargado de anunciar la inminente llegada de éste. El regreso se producía antes de lo previsto, y a decir verdad se alegraba de ello; no porque tuviera demasiadas ganas de ver a su esposo, sino porque el aviso le permitiría no estar junto a su amante cuando días más tarde, de no oponerse el clima, su marido llegara a puerto.

El amigo de Giulio le era desconocido; no obstante, una vez la doncella hubo traído vino y quedaron solos en la pequeña y oscura habitación con vistas a un pequeño canal, lo contempló con interés. La luz de las velas le descubría a un hombre alto, todo nervio, de rostro apuesto y surcado de arrugas, y con un sugestivo lunar junto al ojo izquierdo. Se fijó en su boca. Tenía la costumbre de fijarse en las bocas e imaginarse besándolas. Juzgó a aquella digna de ser puesta a prueba. A todos esos incentivos se sumaba una cortés indiferencia hacia los encantos de su anfitriona, aun cuando ésta no dejaba de jugar coquetamente con los rizos que le caían sobre las sienes, ceñirse astutamente el corpiño so pretexto de arreglar las faldas que acababa de abandonar su perrito, y arrimarse incitantemente cada vez que llenaba la copa de su invitado.

Las noticias de su marido eran escasas, y se reducían a lo escrito en una carta del propio Giulio. Tampoco podía decirse que su esposa sintiera gran curiosidad, pese a que se sintió obligada a preguntar. El mensajero, a general, se mostraba poco locuaz. A ella no le importaba. No era conversación lo que quería. Otra cosa era la frialdad con que eran recibidos los estímulos de rigor, y que empezaba a hacerle pensar que estaba perdiendo el tiempo. Sin duda el hecho de que sólo faltara una semana para el regreso de Giulio le daba derecho a divertirse un poco. Aquel hombre era todo un desafío.

No lo era ella para el forastero, que había tardado muy poco en darse cuenta de que no tendría que esforzarse. La fruta estaba lo bastante madura para caer en sus brazos, y él estaba dispuesto a comerla en cuanto se diera el caso. Siguió mirándola sin efectuar avances, apurando la copa con tranquilidad mientras esperaba a que ella se ofreciera a mostrarle algo en su habitación. Iría, cómo no. Pocas veces se le presentaban tan fáciles las cosas, pese a que no se estuvieran cumpliendo las expectativas de su cliente.

La doncella de María da Tolentino estaba acostumbrada a acostarse tarde para acompañar a la puerta a quienes abandonaban el lecho de su señora antes del

amanecer, y siempre recibía buena recompensa por sus servicios. También ella había tomado nota de la gallardía del visitante, y confiaba en recibir un beso de su boca cuando le franqueara la puerta. Recibió el beso, en efecto; no así la propina, pues el visitante consideró que caería en saco roto.

Tras echar a un lado a la muchacha de un suave puntapié, cerró la puerta sin hacer ruido y se internó por el callejón. Los nacarados resplandores del alba se proyectaban sobre su cara, reflejados en las aguas del canal. ¡Otro día de sol! Tenía el tiempo justo para descansar un poco y llenar su estómago antes de emprender un nuevo trabajo, sin duda más difícil que el anterior. Acercó la carta de Giulio da Tolentino a la mortecina llama de un farol. Una vez consumida, pisoteó las cenizas.

La doncella fue descubierta antes que su señora; al ver que nadie venía a buscar el vino y las tortas que, como cada día, estaban preparados para ser llevados al dormitorio de la señora antes del amanecer, la cocinera, irritada, fue a echar un vistazo. El espectáculo de una persona estrangulada no suele ser del agrado de nadie; el ataque de histerismo de la pobre mujer convocó a una muchedumbre de criados, temerosos de que los gritos llegaran a oídos de su señora. Juntos debatieron sobre cómo comunicar a ésta la noticia de que un desconocido (la puerta no estaba cerrada con llave ni cerrojo) había estrangulado a su doncella al término de a saber qué sórdida cita.

Tanto hablar para nada. Una vez en presencia de María, fueron incapaces de captar su atención. Abrieron las contraventanas, pero siguió sin dar señales de vida. Nadie se atrevía a despertarla; por fin la hallaron tendida sobre el costado, en aquella enorme cama que su marido había pagado a tan alto precio haría cosa de un año. Cabía suponer que en la fecha de la compra Giuliano da Tolentino aún no había previsto pagar una suma no menos gravosa por el espectáculo que saltó a la vista de los criados al dar la vuelta al cuerpo.

El cojín bordado sobre el que caían los tirabuzones de María da Tolentino estaba empapado de sangre. Su hermoso cuello tenía un corte de oreja a oreja.

Había sido un trabajo fácil, pero, a pesar de las expectativas, la siguiente tarea acometida por el forastero resultó serlo todavía más. Un par de horas más tarde, mientras, recuperadas sus fuerzas por un corto sueño, comía un sabroso guiso de judías y tocino en un figón, dedujo de lo que decían sus comensales que alguien le había ahorrado el trabajo.

Seguir comiendo sin mostrar la menor sorpresa era una reacción típica de Dion (al igual que Segismundo, no tenía más nombre que ése, en su caso por falta de poblaciones que mostraran interés por contarle entre sus hijos). Que se le hubieran adelantado no significaba que tuviera que cambiar sus planes radicalmente. Por lo que estaba oyendo nadie conocía al responsable; así pues, tampoco su patrón tenía por qué saberlo. Como no se había comprometido a utilizar ningún método en

concreto —punto en que algunos clientes se mostraban sorprendentemente quisquillosos— no tenía nada en contra de que su cliente viera su mano en aquel ojo atravesado por un estilete, si bien hasta el momento semejante opción no había entrado en su repertorio. El verdadero culpable se había acercado tanto a la víctima que podría haberla besado; quizá fuera cosa de un pariente, o de una esposa enojada. Dion tildó interiormente de absurdo el detalle que más inquietaba a los comensales. Sabía muy bien que toda llave era susceptible de ser copiada, o bien conseguida, previo pago, por un criado. Además, según había averiguado ya a esas alturas, entrar en aquella habitación o en cualquier otra no tenía nada de difícil, puesto que había gente trabajando en el tejado con cuerdas y poleas.

A propósito de trabajo... Ya había realizado los preparativos para la misión, y lógicamente le habían pagado la primera cuota. Nada le impedía obtener el pago completo. ¿Quién iba a disputárselo? Si encontraban al asesino lo colgarían. No había peligro de que su cliente los acusara de haberse equivocado de hombre.

Vaciado el plato, pagó y se fue. Media hora después tenía el dinero en su poder. Lo tenían preparado, y le dieron a entender que su cliente estaba plenamente satisfecho. También Dion se sintió satisfecho mientras se mezclaba con la multitud en Rialto, mirando las tiendas y dando vueltas a la idea de concederse algún capricho como remate del que había resultado ser uno de sus días más redondos.

Fue entonces cuando avistó la ocasión entre la muchedumbre.

Conocía su descripción por un antiguo cliente que había acabado por contratarlo a él en sustitución de aquel hombre. No se trataba de un reto profesional, no; la profesión del susodicho era buscar a futuras víctimas de la justicia, y no a personas cuya existencia resultara enojosa a algún cliente. Dion casi estaba seguro de haber dado con el hombre que buscaba. Ya hacía prácticamente un año que había recibido la noticia, pero diversos encargos le habían impedido dedicarse de lleno a la búsqueda. Sí, hoy era su día de suerte. Su presa había decidido venir a Venecia justo cuando él se hallaba de paso en la ciudad.

Si bien el rostro de Dion solía mostrarse escaso de expresión, la visión de aquel cráneo rapado caminando a lo lejos hizo que una sonrisa ahondara las arrugas de sus ojos y levantara el lunar situado a la izquierda de su cara. Se puso a tararear el estribillo de una canción que andaba en boca de toda Venecia, sobre todo de los gondoleros, y que narraba la historia de un suicidio de amor. El triste sino del amador no lo conmovía, puesto que su primer impulso habría sido deshacerse de la chica; sin embargo, Dion sentía tanta debilidad por las buenas melodías como su hermano Pirro, a quien Segismundo había matado en Altamura. Se dejó llevar por la muchedumbre sin dejar de canturrear, siguiendo el paso del hombre al que vigilaba. Finalmente lo vio desaparecer por una puerta en compañía de un hombre de barba mal cuidada. Dion siguió paseando sin rumbo fijo. No tenía prisa; pensaba planear aquel asunto con el máximo detalle. Era lo menos que merecía Pirro.

Mal de ojo

El nuevo capitán general de la flota veneciana había recibido el bastón de mando y el estandarte de manos del dux; la procesión había alcanzado el palacio ducal, donde, llegada la noche, estaba previsto celebrar un gran banquete con fuegos artificiales sobre la laguna.

En la plaza, la muchedumbre se había dispersado. Aquí y allá grupos de gente ociosa seguían comentando los festejos vistos hasta el momento y especulando sobre las posibilidades de que Attilio da Castagna obtuviera el tan necesario triunfo naval. ¿Regresaría victorioso? ¿O cargado de grilletes como su predecesor, que, encerrado en las mazmorras del dux, aguardaba el momento de conocer su destino? De hecho, aunque obtuviera la victoria, bien podía sucederle lo que al capitán general de veinte años atrás, es decir, no hallarse en estado de disfrutar de las celebraciones una vez en suelo veneciano, sino listo para ser depositado en la mejor tumba que pudiera proporcionarle la República.

Nada de ello inquietaba a Segismundo ni a Benno, que una vez más se dirigían al palacio Ermolin. Esta vez fue Segismundo quien se hizo cargo de los remos, dejando a Benno admirado de la suavidad con que surcaban las aguas. *Biondello* correteaba de un lado para otro, asombrado todavía, y por suerte también intimidado, de hallarse en medio de tanta agua. A Segismundo parecía bastarle con una leve rotación de cabeza para ver lo que tenía detrás, evitando todo encontronazo; incluso entendía los extraños gritos de los gondoleros, y viraba según sus indicaciones. Benno se preguntaba qué necesidad habría de volver al palacio. Intuía que Segismundo estaba trabajando en condiciones más difíciles de lo normal, sin duques que le dieran permiso para interrogar a quien le viniera en gana. De hecho, la familia del difunto se mostraba muy poco dispuesta a colaborar, y consideraba a su señor como un intruso al servicio de un suegro entrometido.

Avanzaron por el estrecho canal que bordeaba el palacio Ermolin, envueltos por los chapoteos del agua y un siniestro olor. Benno se acercó a Segismundo y formuló una pregunta.

—Ese señor Vettor al que acabáis de ver... ¿tenía alguna idea de quién pudo...?
—Se señaló el ojo izquierdo.

—Ha hablado con su esposa de un posible candidato, un tal Pico Gamboni a quien tienen por loco, y al que me gustaría localizar. Ya sabes, Benno, que la locura no impide cometer asesinatos.

—¿Por qué hemos venido? ¿Ese hombre vive cerca de aquí?

—O mucho me equivoco, o no tardarás en verlo con tus propios ojos.

Benno no vio, sino que oyó. Antes de que las paladas vigorosas de Segismundo los condujeran a la confluencia con el ancho canal en que se reflejaba la fachada del palacio, se oyó de pronto una salva de exclamaciones propia de una riña entre gondoleros. Segismundo asintió con aire satisfecho y dobló la esquina del canal.

Una reluciente góndola rojiblanca pasaba junto al palacio Ermolin al mando de un gondolero negro, joven alto y apuesto ataviado con calzas rojas y blancas y un vistoso sombrero de plumas. Su pasajero, un hombre con harapos de seda roja y largas mechadas de cabello entrecano que le caían sobre los ojos, estaba asomado a la pequeña cabina y no dejaba de gritar. Sus exclamaciones iban dirigidas a la suntuosa fachada del palacio; Benno se inclinó sobre la borda para ver si había alguien en el balcón o las ventanas. No vio a nadie; aun así, el hombre de la góndola siguió gritando y amenazando con el puño, con tal frenesí que parecía a punto de caer al agua. El acento veneciano impidió a Benno entender todo lo que decía, aunque no de hacerse una idea bastante aproximada.

—¡Púdrete en el infierno, Ermolin! ¡Arde como ardió mi casa! ¡Sufre como sufrí mi hijo! ¡Grita... mi esposa! ¡Muere eternamente... como me maldijiste! ¡Que el demonio... tus ojos en un asador y... a fuego lento para siempre!

Manera hartamente novedosa de dar el pésame. ¿Qué pensarían de aquel loco los de dentro? Entonces cayó en la cuenta.

—Es...

—¿Pico Gamboni, Benno? Sí, creo que ha de ser él.

Trabar conocimiento con el loco resultó pan comido. En cuanto dejó atrás el palacio interrumpió sus imprecaciones. Segismundo lo llamó. El loco se apeó en el embarcadero más próximo y, después de pagar al gondolero, cogió a Segismundo del brazo como si fueran amigos de toda la vida, no oponiendo ningún reparo a que lo llevaran a la posada. Una vez en la habitación, lejos de resistirse a compartir el almuerzo encargado por Segismundo, se ensañó con las albóndigas en salsa de cebolla con el mismo entusiasmo con que había predicho las tribulaciones de Ermolin en el otro mundo. Aunque a primera vista Benno lo había tomado por un joven prematuramente envejecido, bastaba observar de cerca las arrugas que rodeaban su boca y ojos y la flaccidez de su carne para advertir que estaba más cerca de los cuarenta años que de los veinte. Lo hundido de sus mejillas y lo huesudo de sus muñecas indicaban poca costumbre de verse frente a un almuerzo como el que le invitaban a compartir.

Después de llenar su copa con el vino de color pajizo que servían en la posada, Segismundo se sentó y, sin hacer preguntas, comió lo suficiente para que Gamboni se sintiera a gusto, aunque en opinión de Benno la voracidad del invitado era tal que la ausencia de comensales le habría pasado inadvertida. Sólo al sentir sobre un zapato el peso de la pata de *Biondello* apartó la vista del plato para posarla en la sucia y anhelante cabecita del perro. Cayendo en la cuenta de que no estaba solo, se apartó el

pelo de la frente y, sonriente, ofreció a *Biondello* los restos de carne que quedaban en su plato. Después se volvió hacia Segismundo.

—¿Es esta la última comida del condenado a muerte?

—¿Qué os hace pensar eso? —Segismundo, no menos sonriente que su interlocutor, sirvió más vino a Gamboni, mientras éste observaba con avidez la copa a que se aferraba su huesuda mano. El presunto loco bebió antes de contestar.

—Es lo lógico, ¿no? Llevo años amenazando a Ermolin día tras día. Todo el mundo lo sabe. Quería verlo muerto. Si sois la persona a quien Darin ha encargado encontrar al asesino, aquí me tenéis.

Volvió a echarse hacia atrás los cabellos grises y tendió sus descarnadas muñecas como esperando que se las ataran.

Benno pensó que en tiempos debía de haber sido un hombre apuesto. Sus rasgos eran regulares, y conservaban cierto encanto y energía; sus ojos, en cambio, miraban a Segismundo con expresión desquiciada, descubriendo el iris por entero. Después de posar su copa sobre la mesa, Segismundo emitió un largo y cínico murmullo.

—¿Y por qué habéis esperado tanto tiempo?

Sorprendido, Gamboni se encogió de hombros. Sus manos se abrieron.

—Era el momento. Ya había esperado bastante.

Segismundo se apoyó contra la pared, adelantando los codos y posando sus manos en los muslos.

—¿Cómo lo habéis hecho?

Gamboni cerró un ojo y se tocó el párpado con mueca burlona.

—Lo sabe toda Venecia. He cortado la maldición de raíz.

—¿La maldición?

Gamboni volvió a abrir los ojos cuanto pudo e, inclinándose un poco, dijo con voz sibilante:

—¡Sí, hombre, el mal de ojo! Ese hombre echaba mal de ojo, es cosa sabida. ¿Por qué creéis que murió mi hijo? —Pese a no haber nadie más que ellos en la habitación, Gamboni miró a izquierda y derecha antes de seguir hablando en voz baja—. Ermolin me dijo: «A vos os ha tocado todo lo bueno; un hijo que trabaja duro, no como el mío que se pasa el día haciendo el tonto». Y me miró así... —Los ojos de Gamboni brillaron con intensidad tras los párpados medio cerrados—. ¿Lo veis? Y funcionó. Después de morir mi hijo le tocó a Caterina. Ya estaba enferma de antes, y después de eso no quiso seguir viviendo. —Su voz se fue apagando. Bajó la vista hacia el plato vacío—. Eso no fue todo. Mi hijo había contraído ciertas deudas en el extranjero; no lo supe hasta que mis barcos llegaron a puerto y cayeron en manos de sus acreedores. Otro barco que podría haberme salvado se fue a pique cerca de Chipre, por culpa de las tormentas de otoño. Mi palacio se quemó...

De pronto se echó a reír, como si su relato fuera demasiado espantoso para ser tomado en serio; no obstante, el efecto fue igual de lastimero que si hubiese llorado.

—¡Pero sigo en el libro de oro! Eso no hay quien lo cambie. —Levantó los

brazos, mostrando sus mangas hechas pedazos—. Y tengo que seguir vistiéndome así. Todo aristócrata que se vea en el extremo de mendigar debe hacerlo vestido de seda roja.

Segismundo, pensativo, se apoyó de codos en la mesa, al tiempo que se acariciaba lentamente el labio superior con el índice. Un ruido de voces llegado de la calle hizo que *Biondello* se asomara al balcón, lleno de curiosidad. Al oír el griterío, Benno se acordó de los improperios lanzados por Gamboni contra la impasible fachada del palacio Ermolin. El ruido se apagó, haciendo que *Biondello* volcara su atención en el pequeño gato de dos colores que, apostado como siempre en el balcón de enfrente, observaba la calle con ojos que reflejaban los resplandores del crepúsculo. Pasado un rato, Segismundo habló.

—¿Sólo le habéis atravesado un ojo? ¿Nada más?

—Claro, el ojo. Ya os lo he dicho. ¿Qué si no?

—¿Cómo habéis entrado en su estudio?

La mirada de Gamboni perdió su concentración, aunque no tardó en recuperarla.

—Trepando. Había una cuerda. Están haciendo obras en el palacio. Ha sido fácil.

Benno imaginó a Gamboni colgado de la cuerda, agitando sus rojos harapos.

—¿Cómo ha reaccionado Ermolin al veros?

Gamboni apretó los puños contra sus sienes, abriendo los ojos de par en par.

—Ha intentado matarme con sus ojos. —Abrió ambas manos, acompañando el gesto con una risita—. No ha podido. Ya me había hecho todo el daño de que era capaz. Estaba a mi merced.

—Mmm... Y vos habéis demostrado no tenerla. —Segismundo asintió, añadiendo de sopetón—: ¿Qué ojo era?

—Este.

Pico Gamboni se señaló el ojo derecho con una sonrisa de satisfacción.

Tendido en la cama, Benno dobló su jubón y lo usó de almohada, torciendo el cuello para mirar a Segismundo, que, apoyado en la baranda del balcón, observaba la calle y era observado a su vez por el gato.

—No creéis que lo haya hecho, ¿verdad?

Segismundo se volvió y apoyó la espalda contra la baranda. Su cabeza, cuyo color claro contrastaba con lo oscuro de sus ropas, se destacó de pronto contra una roja explosión de fuegos artificiales disparados desde la laguna. Cada explosión era seguida por una salva de aplausos, igual que el trueno sigue al relámpago.

—Mmm... Dímelo tú.

Halagado, Benno tomó la palabra.

—Pues para empezar se ha equivocado de ojo. También puede ser que lo haya olvidado, o que le haya pasado como cuando uno se mira al espejo, que lo ve todo al revés, ¿no? Aunque no sabía lo de la nuca. A lo mejor le ha dado un ataque y no se ha

dado cuenta de lo que hacía. Ese tipo no está bien de la chaveta. —Se llevó el índice a la sien—. Y todo eso del mal de ojo... —Titubeó—. Bueno, hay gente que lo tiene, ¿no? Pero, suponiendo que ese Ermolin fuera uno de ellos, ¿por qué no ha dado mala suerte a más gente de su entorno?

—Era un hombre rico; quizá otros rivales suyos la tuvieran.

—¿Y lo de subir por la cuerda? El señor Gamboni no da la impresión de ser lo bastante fuerte. Además, ¿cómo podría haber pasado desapercibido con esa toga de seda roja?

—Bien pensado, Benno. O salió sin ella, arriesgándose a que reconocieran en él a alguien que habría tenido que llevarla, o se la quitó; es decir, alquiló una góndola y se quitó la toga debajo del toldo. Eso, efectivamente, supondría la participación de un gondolero. Se le paga una buena suma de dinero, y no abre boca sobre el asesinato.

—Pero Gamboni es pobre.

—Por lo tanto, el silencio del gondolero nace del amor, o del odio. ¿Te has dado cuenta de que el gondolero que llevaba a Gamboni era negro, y que parecían viejos amigos?

—Por aquí hay negros a montones... ¿Os referís al hijo de Zenobia? ¿Al que Ermolin sacó de casa?

—Me refiero a que quizá ande cerca. Pero todo eso puede esperar a mañana.

Se oyó un silbido semejante al de una gigantesca víbora, que, junto al resplandor verde que siguió, anunciaron un nuevo estallido de fuegos artificiales. Por unos instantes, Segismundo quedó convertido en un demonio verde indolentemente apoyado en el balcón. Benno deseó haber ido a la plaza para ver el espectáculo, y no era la primera vez que lo hacía. Venecia estaba rindiendo todos los honores a su nuevo capitán general. Pico Gamboni se había marchado a la plaza libre de toda inquietud, visto que nadie parecía tener intención de meterlo en la cárcel.

—Lo que no acabo de entender —dijo Benno, escogiendo al azar una de tantas cosas que no entendía— es por qué habrá pensado que le hacíais tantas preguntas. No puede saber nada de lo del señor Darin, puesto que la familia desea mantenerlo en secreto. ¿No es así?

Bajó de la cama para averiguar si el balcón permitía vislumbrar los fuegos artificiales. *Biondello* lo acompañó, pero en cuanto oyó el estridente silbido de un cohete y la barahúnda de voces con que fue acogido, volvió a la cama y se metió en el jubón.

Entre los aplausos con que la multitud celebraba la última lluvia de centellas, Benno oyó la profunda voz de Segismundo.

—Ha creído que me enviaban los Diez.

Benno se aferró a la baranda. Nunca se le habían dado bien los números, pero aquella misteriosa suma de ambas manos había quedado revestida de un terror muy especial y muy concreto desde que Segismundo le explicara su significado.

—¿Ha creído que os proponíais prenderlo y llevarlo ante la tortura?

—O eso, o... —Segismundo se rodeó el cuello con las manos y puso los ojos en blanco, haciendo que el estómago de Benno diera un vuelco—. La República no siempre respeta los trámites. Hay veces en que los Diez quieren que la justicia sea aplicada a la vista de todos, y otras en que se limita a ejercerla sin que se entere nadie aparte del muerto. Recuerda lo que te dije: es posible que el propio Ermolin muriera a manos de un agente de los Diez.

El entusiasmo de Benno por ver los fuegos se había visto sensiblemente mermado. ¿Y el capitán general derrotado y encarcelado? ¿Le habrían dedicado también esa clase de festejos? Desde su llegada a Venecia Benno había sentido ganas de dejar la ciudad en varias ocasiones, y ésa era una de ellas. Su primera impresión había dado en el clavo. Aquel lugar estaba lleno de peligros.

El pequeño gato del balcón de enfrente bostezó y, desperezándose, fue al encuentro del nuevo inquilino que acababa de entrar. Era éste un hombre alto con un lunar junto al ojo, que le dedicó una larga sesión de mimos. El gato se quedó hecho un ovillo encima de la cama mientras el recién llegado lo relevaba en su incesante vigilancia de la calle y la habitación de enfrente, con la única diferencia de que optó por hacerlo desde la oscuridad, al amparo del postigo entreabierto.

Leones en la noche

Apenas una hora después de dormirse, unos golpes en la puerta sobresaltaron a Benno. Se levantó del colchón y, latiéndole el pulso con tanta fuerza como los golpes, vio que Segismundo ya estaba a punto de abrir la puerta, espada en mano.

La dueña de la posada, envuelta en un edredón y con sus cabellos grises sujetos con una trenza medio deshecha, apareció al otro lado la puerta con una linterna en sus manos. La visión de la espada la ofendió.

—Pero señor, ¿en qué casa creéis encontraros? Os aseguro que aquí no hay ladrones. El señor Darin quiere veros cuanto antes. Uno de sus hombres —dijo señalando a un individuo que esperaba en la escalera— os acompañará hasta él. No he querido que os despertara él mismo.

Se ciñó el edredón, aceptó la moneda que Segismundo ponía en su mano y, una vez protegidos su huésped y su pudor, se llevó la linterna a su habitación. Segismundo y Benno se pusieron sus respectivos jubones y salieron, no sin que antes Benno embutiera en el suyo a *Biondello*. El criado de Darin los condujo a toda prisa por el callejón, guiándose por los faroles de las casas. Por fin llegaron junto a una góndola que oscilaba plácidamente sobre las negras aguas, y ostentaba en proa el grifo que simbolizaba a la familia Darin. La inestable llama de una antorcha iluminó a un gondolero con la librea de los Darin, al tiempo que hacía brillar con pálidos tonos verdes el musgo de que estaba cubierta la pared de la casa más cercana.

Cuando la góndola quedó amarrada a uno de los palos estriados de Ca'Darin, en una ciudad cuyo silencio sólo rompía el rítmico chapoteo del agua, un ruido extraño estremeció a Benno e hizo que Segismundo volviera bruscamente la cabeza. Al principio recordaba al gruñido de un perro, pero su intensidad fue creciendo hasta que sólo habría podido corresponder a un perro enorme, un perro a cuyo lado *Biondello* habría parecido una simple mosca. El rugido, amplificado por el eco, se hincaba directamente en el tímpano. El perro temblaba contra el pecho de Benno.

Mientras subía al desembarcadero de un salto, el criado dijo con orgullo:

—Los leones de mi señor. Los tiene en el jardín de casa. —Señaló una pared cubierta de plantas trepadoras cuyo largo rastro ocultaba los ladrillos y titilaba a la luz de la antorcha—. Os habréis dado cuenta de que Venecia está llena de leones. Al señor Darin le gusta tenerlos de carne y hueso, no sólo de piedra.

Mientras seguía a su señor por los escalones de mármol y atravesaba junto a él el enorme portón de madera esculpida, pasando junto a un portero que se deshacía en reverencias y bostezos, Benno pensó: «¡A ese jardín sí que no pienso ir a coger

flores!»). Nunca había visto a un león de verdad, y se alegraba de ello; se alegraba también de no haber sabido de su existencia la última vez que había entrado en aquella mansión. Pese a que la mayoría eran de tamaño reducido, los leones de piedra y mármol que adornaban todos los rincones de Venecia permitían hacerse una idea bastante desagradable de la ferocidad del modelo. Algunos, es cierto, sonreían, pero uno, inquieto, acababa preguntándose por qué. También tenían alas. Según Segismundo el león de san Marcos tenía alas, pero no los de verdad; aun así, Benno oyó con alivio el cierre del portón. Una visión espantosa había cruzado por su mente; imaginaba a la rugiente criatura del jardín volando por encima de la pared en busca de una presa para el almuerzo. Vio entonces que su señor subía por la escalera para encontrarse con el hombre a quien divertía poseer esa clase de monstruos.

Cuando Segismundo fue introducido en la sala donde se hallaba Vettor Darin, la expresión de éste no le pareció muy propensa a las diversiones. Se le veía agitado, eso sí; para tratarse de un hombrecillo medio calvo sin nada imponente en sus características físicas, emanaba un poder y una autoridad sorprendentes. Posó en Segismundo unos ojos redondos cuyo apagado brillo parecía surgir de dentro.

—No he querido esperar a mañana para hablaros. Tengo motivos para creer que sé quién asesinó a mi yerno.

—¿De veras, señor? —Segismundo esperó, inmóvil, mientras el hombrecillo caminaba arriba y abajo de la habitación, arrastrando por el suelo de mármol gris su toga de seda roja adamascada con ribetes de oro, y produciendo un ruido de hojas secas que en nada se parecía al de los viejos harapos de Gamboni.

—Acabo de volver de la recepción de Da Castagna... Mi esposa me ha dicho que ha encontrado llorando a nuestra nieta. Y no sólo por la muerte de su padre, no. Algo la había afectado, algo que conviene que sepáis cuanto antes. —Entrelazó los dedos con brusquedad y miró a Segismundo—. Acaso os parezca increíble.

Percibiendo quizá en el rostro sosegado e inteligente de su interlocutor señas de que podía poner a prueba su credulidad sin miedo, Vettor siguió hablando; sus manos, estrechamente unidas bajo la barbilla, daban la impresión de estar sujetando algo que intentaba escapar.

—Mi nieta se ha acordado de algo que encontró la semana pasada. Una carta, señor Segismundo; una carta para la señora Isabella Ermolin, esposa de mi yerno.

Segismundo aprovechó una pausa para intervenir con cortesía, quizá porque lo dicho no le parecía especialmente asombroso.

—¿Una carta, señor?

—Lo sé, lo sé. —Vettor agitó una mano desdeñosa, soltando a su invisible presa—. No debería haberla leído. Las cartas son asunto privado; se ha portado mal. Pero las chicas son curiosas, y en este caso me alegro de que haya dado rienda suelta a su fisgonería. Fue a coger prestada una joya de su madrastra. Tiene pocas, aunque recibirá bastantes más como dote cuando se case, y sin duda otras tantas de su marido; lo digo para que entendáis cómo llegó a ver la carta. La señora Isabella le

había prometido una joya, un alfiler quizá, o un colgante. Abrió su joyero... Las mejores las guarda su marido bajo llave, en su estudio. O mejor dicho las guardaba. Entonces llegó un criado anunciando una visita.

Vettor se acercó a Segismundo y le dio un golpecito en el pecho, fijando en él sus ojos claros.

—Beatrice vio una carta en el joyero, debajo de las cadenillas y demás chucherías, y... se arriesgó a leerla en ausencia de su madrastra. —Vettor sonrió—. Las chicas son pura curiosidad, señor mío; de otro modo, Eva nunca habría comido la manzana. Pero... —Los ojos claros se abrieron—. ¡Era una carta de amor! ¡Una carta de amor escrita a una recién casada, y no por su marido!

Juzgando que Segismundo no se mostraba aún lo bastante sorprendido, Vettor le tocó el pecho cubierto de tela negra, en señal de reprobación.

—Pensad en lo que eso significa. Mi yerno ha sido asesinado. ¿Quién sacará provecho de su muerte? El amante de su esposa, ¿no es cierto?

—A veces, señor —dijo Segismundo, dando la impresión de hablar por experiencia—, es más difícil visitar a una viuda que a una esposa. Una carta de amor no es una sentencia de muerte.

Vettor lo miró con ojos ofendidos.

—Señor Segismundo, los celos no se detienen ante nada. Un amante, y es cosa sabida y demostrada, no soporta imaginar a su querida en brazos de otro. Hay quien mata por mucho menos.

Segismundo no podía negar que era cierto. Los ojos de Vettor echaron chispas, presos de una extraña agitación. Se estaba preparando para la revelación final.

—¿Y sabéis quién escribió esa carta?

—Gran indiscreción por su parte la de firmar con su nombre, señor.

La mano gordezuela de Vettor rechazó la acusación de indiscreto.

—No había tal firma. No, no, sólo la primera letra de su nombre. Pero en la carta, señor, en el texto mismo de la carta, mencionaba a su padre, y hablaba de sus planes para un día concreto de la semana siguiente. Hablaba de la posibilidad de ver a la esposa de mi yerno en la basílica. Ese día era hoy, señor. Su padre tenía que conceder el bastón de mando y el estandarte al capitán general, en la basílica, delante de todos nosotros.

El regalo de un muerto

El viaje de regreso a la posada se desarrolló en silencio. Mientras la góndola se deslizaba por el canal, Benno observó a Segismundo sin decir palabra, viendo su silueta tranquila y pensativa iluminada a ratos por la luz de la antorcha. Entre palada y palada, el gondolero de los Darin bostezó varias veces como si fuera a descoyuntársele la mandíbula, hasta el punto que al propio Benno empezó a dolerle la cara. Nada deseaba más que volver a su refugio y poder dormir al fin, a salvo de nobles importunos y leones hambrientos. Pese a sus ganas de apoyar la cabeza y dejarse llevar por el sueño, Benno seguía preguntándose con inquietud qué habría dado pie a llamar a su señor en mitad de la noche. ¿Acaso habían atravesado con un estilete a otro de los Ermolin? Y aunque fuera así, ¿a qué tanta preocupación por parte del señor Darin si su única relación con la familia era su difunta hija? Sin duda se hacían muchas cosas raras en nombre de la familia, pero eso ya era demasiado.

Llegaron al desembarcadero. Sacudiéndose la modorra, el gondolero cogió la propina y se marchó en cuanto pudo. Segismundo cogió a Benno por los hombros y lo condujo a un callejón inundado por el resplandor de la luna.

—Aquí hablaremos mejor. Las dueñas de posadas son todo oídos cuando ven a sus huéspedes convocados por miembros de la Señoría. En Venecia, hasta el más humilde puede ganarse un dinerillo haciendo de informador.

Benno tenía la desagradable sensación, concentrada en la nuca, de que una ciudad tan llena de soplones bien podía permitirse una respetable cantidad de asesinos, todos ellos proclives a frecuentar callejones como aquél; pero más fuerte que su temor era el deseo de enterarse de algo de una vez por todas. Caminaron en dirección a la calle donde se alojaban, pasando por debajo de balcones que proyectaban sobre sus cabezas un entramado de sombras, y envueltos por un extraño olor a aguas estancadas, medio de canal y medio de cloaca; oían no muy lejos el ruido del agua lamiendo y desgastando las paredes con paciencia, y más cerca aún el de un animal que comía con fruición una especie de papilla. Sin duda era una rata. Desconfiando de que *Biondello* pudiera medirse con las ratas de Venecia, Benno reprimió sus intentos de bajar a investigar.

La voz de Segismundo era apenas un susurro.

—Por lo visto debo convertirme en ladrón para complacer a mi cliente.

—¿Qué quiere que robéis? —Benno estaba seguro de que robar comportaba más riesgos en Venecia que en otras ciudades.

—Una carta que pertenece a la viuda de su yerno. Creo que espera incriminar con

ella a una persona a la que desea poner en aprietos.

Benno, que empezaba a comprender, musitó:

—¿Alguien quería deshacerse del marido?

—Es posible. Yo dudo que esa carta demuestre gran cosa, pero está decidido a hacerse con ella.

—¿Y tenéis que cogerla?

Se produjo un silencio, después del cual Segismundo emitió un atribulado murmullo.

—Estamos en Venecia, Benno. Si quiero sobrevivir, tengo que amoldarme cuanto pueda a la voluntad de los poderosos.

—¿Quién escribió esa carta? Debe de odiarlo mucho para querer que lo acusen de asesinato.

—Lo has visto hace poco. Lo pescamos del canal.

—¿Qué? ¿El hijo del d...? —Sintiendo en la nuca la mano de Segismundo, Benno convirtió su voz en un gruñido.

—Cuidado con la oscuridad.

—¿Por qué quiere meter a... esa persona en problemas? Me refiero a vuestro cliente.

—Mmm... ¿Recuerdas el ruido que oímos? ¿El de sus mascotas? —En la voz cavernosa de Segismundo se apreciaba una nota de humor—. Esos animales dan idea de su ambición, Benno. Simbolizan a esta ciudad y todo su poder. Tengo la impresión de que le gustaría hacerse con el cargo que desempeña el padre de nuestro amigo remojado.

—El d... —Benno se llevó la mano a la boca, sintiendo que la de Segismundo pasaba a pocos centímetros sin llegar a tocarlo—. Muy bien no quedaría, no. Imagino que a los... —titubeó— que a los Tantos no les gustaría. Pero ¿lo hizo o no?

Ya estaban frente a la puerta de la posada. Después de llevarse un dedo a la boca, Segismundo dio un salto y se aferró al borde del balcón; en cuestión de segundos su brazo salía de entre los barrotes para recoger a *Biondello* de manos de su amo. Después levantó a Benno en vilo de un potente tirón, dándole tiempo a que se asiera al balcón y encontrara apoyo para los pies. Era comprensible que Segismundo prefiriera no hacer público su regreso despertando a la dueña. Cuando estaba a punto de pasar entre los altos postigos, se detuvo en seco y husmeó el aire. Seguidamente desenvainó su espada, empujó a Benno hacia un rincón y entró con sumo sigilo. El resplandor de la luna estaba en su apogeo; un haz de luz plateada iluminó a Benno, las contraventanas y el interior de la habitación. Benno, agachado en el suelo, asía con ambas manos a *Biondello*, que, inquieto y con la cabeza tendida hacia adelante, pugnaba por ir en pos de Segismundo. Fuera cual fue se el enemigo que esperaba dentro, no era de su talla.

Lo próximo que sintió Benno fue la mano de Segismundo cogiéndolo del cuello de la camisa y arrastrándolo rápidamente hacia la habitación, al tiempo que cerraba

los postigos de un puntapié. La luz de la luna pasó por encima de las contraventanas e inundó la pared del fondo, dejando ver lo que colgaba de ella.

Biondello corrió hasta el pie de la pared y se puso a husmear apoyándose en las patas delanteras, todo olfato.

Sobre la pared, a la altura de la cabeza, había una rata clavada, una rata que en vida había estado bien alimentada y que una vez muerta había derramado sangre suficiente para garabatear el mensaje que se extendía junto a ella por la pared.

—¿Qué pone?

Benno, que seguía sin levantarse, se quedó helado al oír la voz de Segismundo.

—«De parte de Pirro». Mmm... Muy atento, aunque no me lo esperaba.

—¡Pero si está muerto! Lo matasteis vos. ¡No puede haber vuelto!

¿Acaso en la magia de que estaba llena Venecia había una parte de magia negra?

EL ARQUITECTO, EL LADRÓN Y EL AMA DE LLAVES

—Bueno, pues ya hemos recibido el aviso, y funciona en ambos sentidos. Quiere que me sienta amenazado, pero ahora sabemos que hay que andarse con pies de plomo. Esta noche ya no volverá. —Segismundo hizo una pausa. De pronto sonrió—. A menos que espere que pensemos justamente eso.

—¿Pensáis que sólo es un amigo de Pirro? —Benno se habría quitado con gusto de la cabeza la imagen de aquel hombre al que había visto bañado en su propia sangre, saliendo del infierno (donde sin duda lo habían enviado) con permiso para acosar a Segismundo hasta la muerte.

—Mmm... Quizá un amigo, o un pariente. Pirro se ganaba la vida matando. En ambos casos creo que nos hallamos frente a un profesional. A partir de ahora, Benno, los venecianos no serán los únicos que nos vigilen.

Benno había pasado noches mejores que ésta. Pese a los consejos de que durmiera, y a su anterior impaciencia por conciliar el sueño con la prontitud que le era consustancial, en esos momentos le resultaba imposible pegar ojo en aquella habitación. Segismundo, imperturbable, permanecía tendido en la cama con la mano en el puño de la espada, mientras la luna introducía su sereno resplandor por la ventana, esa ventana que sin duda había visto pasar al visitante.

Benno sabía que con Segismundo al lado no había nada que temer. Aun así no le apetecía despertar bruscamente en plena pelea. Tendido en su colchón, a ratos dormido y a ratos despierto, oía los ruidos de la ciudad; de cuando en cuando se despertaba de golpe para controlar la ventana, cuyo postigo Segismundo había dejado tentadoramente abierto... Por fin abrió los ojos a la bruma grisácea del amanecer, que invadía la habitación como si filtrara de la laguna. Segismundo, ya en pie y listo para salir, cortaba rodajas de salchichón para dárselas a *Biondello*; viendo que Benno había despertado, le ofreció unas cuantas junto a su bota de vino.

—Ya comeremos algo en la calle. Hay que encontrar otro alojamiento, y si puede ser antes de que nuestro amigo empiece a vigilarnos. Es muy agradable recibir saludos desde la tumba, pero creo que en realidad lo que pretende es meternos en ella.

La rata muerta ya había recibido rápida y ruidosa sepultura en la calle, a manos de sus congéneres.

Segismundo sacó unas monedas que cortaron en seco las protestas de la dueña ante tan inopinada despedida, a la par que compensaban de sobra la desagradable decoración de la pared. El mensaje, una vez rociado de vino por Benno, era

indescifrable. Benno se preguntó qué pensaría la buena mujer al verlo; en fin, así tendría algo que contar a sus amigas, o bien a las autoridades, si resultaba ser una informadora. Salió al callejón en pos de su señor, sintiéndose todavía más a disgusto que en la posada; quizá en esos momentos otros ojos los vigilaran, esperando la hora de disparar una flecha o lanzar un cuchillo.

En el palacio Ermolin alguien se les había adelantado, alguien que estaba ejerciendo sobre la paz de la casa efectos casi tan desestabilizadores como el asesino de la mañana anterior.

La renovación y mejora del palacio no se limitaba a reparar el tejado y el balcón. Antes de ser invadida de forma tan devastadora, la cabeza de Niccolò Ermolin había urdido visiones concebidas para deslumbrar a la ciudad. El suelo del salón ya había quedado cubierto de intrincados mosaicos, y hacía semanas que ostentaba un juego de columnas antiguas de porfirio. Ahora quedaban por hacer importantes reformas en el *piano nobile*, reformas que estaban en manos del arquitecto contratado por Ermolin para convertir el palacio en pasmo y envidia de toda la ciudad.

Había surgido un problema, no de planos sino de arquitecto.

La reputación de Brunelli lo precedía de ciudad en ciudad. Era el mejor, sí, pero tenía un precio; y ese precio iba más allá del dinero, pese a todos los ducados del patrimonio Ermolin que habían quedado comprometidos para las obras del palacio.

Sólo Brunelli en persona podía supervisar las obras, que debían desarrollarse a su entera satisfacción. Dada la pertenencia de los albañiles al género humano, ello solía dar pie a una tremenda bronca, seguida por una brusca retirada y un estallido puntual de violencia física. La gente temía a Brunelli; en ese mismo instante Leone Leonti estaba trabajando en los frescos de una iglesia veneciana, frescos de los que Brunelli había sido apartado tras golpear a dos aprendices incapaces de aplicar la base según sus deseos. Su sucesor, Leonti, había juzgado conveniente extraer parte del fresco realizado por Brunelli, e, informado de la reacción de éste, trabajaba ahora en un peto de armadura, cuidando de tener la espada tan a mano como los pinceles.

El día anterior, postrado por la juerga, el exceso de comida y la participación en una homérica riña de taberna, Brunelli no había hecho acto de presencia en el palacio Ermolin. Pero ahí estaba de nuevo, pese a no haber podido participar de la emoción producida por el asesinato; ahí estaba, con un ojo morado a juego con su estado de ánimo, dispuesto a recuperar el tiempo perdido. Ni se le ocurrió pensar que el deceso de su cliente pudiera cambiar las cosas. Justo en el momento en que los trabajadores del tejado estaban sufriendo una regañina por haberse tomado medio día libre para ver la procesión del capitán general, Segismundo y Benno llegaron en su bote.

Oyendo los gritos de lejos, Benno supuso que Pico Gamboni estaría efectuando su visita diaria; sin embargo, cuando doblaron la esquina, apareció ante ellos la inconfundible silueta de Brunelli, plantado en toda su corpulencia, lanzando sus rugidos hacia el tejado del que, lógicamente, los trabajadores preferían no bajar. Benno advirtió que habían retirado la cuerda. En tiempos también él había incurrido

en la ira del artista, de resultas de un malentendido; Benno se alegraba de que Brunelli hubiera dado por zanjado el asunto con un impetuoso puntapié en la espalda. De repetirse en aquellos pagos un golpe como ése, se corría el riesgo de caer de cabeza en un apestoso canal.

No tardaron en reconocerse. Brunelli, puño en alto, dio un paso atrás y fue salvado a su vez de acabar en el canal por la rápida reacción de Segismundo. Abrazó a su salvador con la misma vehemencia que infundía a todos sus actos.

—¡Te debo un trago, Segismundo! En cuanto acabe vamos en busca de una taberna.

—Si lo que quieres es hacerme un favor... —Segismundo acompañó amistosamente a Brunelli por el desembarcadero, pequeña plataforma que se tambaleaba bajo sus pies. Los trabajadores volvieron a su tarea, haciendo todo el ruido necesario para que se notara que lo hacían con ahínco. Benno pagó al gondolero con el portamonedas que había quedado en sus manos, después de lo cual se quedó vigilando las expansiones de *Biondello* y la conversación entre Segismundo y Brunelli.

Dicha conversación acabó cuando Brunelli, insensible a los vigorosos sonidos del tejado, subió los escalones de tres en tres, asaltó a porrazos el portón de madera y echó a un lado al criado que lo había abierto. Segismundo fue tras él, con Benno a escasa distancia. Antes de que el criado hubiera agotado sus protestas Brunelli ya ascendía por la majestuosa escalera principal. Benno se quedó en el recibidor sujetando a *Biondello*, escuchando los rezongos del criado, y preguntándose por qué habrían sembrado de agujeritos el revoque nuevo de la pared de la escalera. Le pareció bastante feo. Mientras subía, Brunelli advirtió que su asistente había aplicado la base para los frescos casi tan bien como lo habría hecho él cuando contaba la mitad de los años del muchacho.

El señor de la casa (que, por lo menos a ojos de los criados, era Rinaldo y no Marco) resultó estar ausente, dedicado a los preparativos para el funeral de su hermano. Nadie conocía el paradero de Marco, aunque suponían que andaría por ahí divirtiéndose, a pesar del asesinato de su padre. Hasta para un joven es difícil romper con las costumbres.

Por lo tanto, Brunelli no encontró a nadie dotado de autoridad para hacerle frente. El mayordomo, salido de sus dependencias para ver al responsable de tan intempestiva entrada, ya había tratado antes con el arquitecto; juzgando que lo más correcto era suponer que Brunelli gozaba del permiso del difunto señor o de Rinaldo, se retiró. En cuanto al hombre de la cabeza rapada, debía de haber venido a instancias del señor Darin.

Isabella, que sentada en su habitación leía con irónica fruición un libro francés, atribuyó el alboroto a una riña de criados, en la que no tenía intención alguna de verse envuelta. Había tenido que aguantar las muestras de conmiseración de una procesión interminable de visitantes de sexo femenino, y ya empezaba a hartarse de su papel de

viuda patética. Una novela francesa era sin duda la estupidez más indicada para evadirse de la realidad, en agradable contraste con el libro de horas que había estado sosteniendo en su regazo a fin de dar buena impresión a sus visitantes; con todo, estaba insegura sobre si había convencido a la perspicaz donna Claudia, cuyo dolor por la muerte del yerno no superaba al de su viuda.

Así pues, no estaba de humor para interrupciones, pero Brunelli no sabía de más humores que los suyos. La joven alzó la cabeza y comprobó con asombro que la puerta se abría de par en par, dejando pasar al fornido y malcarado arquitecto.

—Tendréis que trasladaros, señora. Debo medir vuestra habitación.

Isabella, que no acababa de ver en qué influía su presencia sobre las medidas, lo entendió de inmediato en cuanto Brunelli se sacó una regla del cinto sin aguardar respuesta y, desplegándola en toda su extensión, empezó a medir la ventana junto a la cual se sentaba la joven. Tapó toda la luz y se puso a silbar a pleno pulmón. Olía a yeso y alcohol.

Isabella reflexionó. Podía llamar al mayordomo y hacer que expulsara al arquitecto; sin embargo, algo en aquel hombre hacía prever que no abandonaría sus objetivos sin resistencia. Estaba cansada de esas malditas obras, del martilleo y las canciones de los trabajadores. Tanto como de las compungidas visitantes. Se levantó sin decir palabra y salió de la habitación con el libro bajo el brazo.

Poco después entró Segismundo, oculto hasta entonces tras una de las columnas de porfirio del salón superior. Brunelli, absorto en sus mediciones, ni se dio cuenta de que su amigo escudriñaba la habitación y se dirigía al otro extremo para bajar de un estante cierto cofrecillo con remaches de hierro. El cerrojo no opuso resistencia; era más un freno para el curioso que un obstáculo serio para un hombre avezado y provisto de un pequeño alambre. Levantando las chucherías amontonadas, Segismundo extrajo la carta y se la metió en un bolsillo interior antes de cerrar de nuevo el joyero. Después tocó a Brunelli en el hombro y agitó una mano en señal de saludo.

Concentrado en los números que apuntaba en sus tablillas, Brunelli asintió distraídamente; el favor que acababa de hacer no sólo le traía sin cuidado, sino que ya ni se acordaba de él. En algún momento había que medir aquella habitación, y difícilmente habría mostrado más respeto hacia su ocupante de haber escogido otra ocasión. La importancia de un edificio era mucho mayor que la de sus futuros moradores.

Así pues, Isabella siguió leyendo su libro en una logia del palacio Ermolin con vistas al jardín interior, mientras acariciaba al gato que había acudido a su lado, y no albergaba la menor sospecha de que alguien más que un arquitecto de maneras toscas hubiera interrumpido su tranquilidad.

También la de Zenobia fue interrumpida por un visitante, justo aquél cuya presencia había pasado inadvertida a su señora. Como ya había sucedido el día anterior, los golpes de Segismundo la hicieron abrir la puerta de su habitación de

trabajo. Retrocedió para dejarlo entrar y saludó con una reverencia, pero su rostro bello y orgulloso no dio muestras de alegrarse de la visita.

—Os he dicho cuanto sé, señor. No entiendo qué os trae de nuevo a este lugar.

Segismundo se acercó a la ventana que daba al canal lateral y miró al exterior, exponiendo su rostro a un caleidoscopio de dorados reflejos.

—Creo que tu hijo se halla en Venecia.

Advirtió que Zenobia se quedaba muda unos instantes antes de contestar.

—Cosmo no ha sido desterrado. Tiene derecho a estar en Venecia. Su padre lo expulsó, pero no su ciudad.

Segismundo se volvió hacia ella.

—Viene a verte.

Señaló la estrecha puerta que daba acceso al pequeño desembarcadero, visible desde la ventana.

—¿Copió la llave?

Con los brazos en jarras, esbelta como una jovencita, Zenobia sostuvo su mirada con expresión indómita.

—Nunca haría daño a su padre, de eso estoy segura.

—¿Copió la llave? —repitió con calma la profunda voz de Segismundo. Zenobia alzó las manos, como si intentara protegerse de un ataque.

—No lo vi hacerlo. No tenéis derecho a decir que lo hizo, ni yo a creerlo capaz de ello. ¿Por qué no investigáis al otro hijo? Tuvo más ocasiones de copiarla que Cosmo.

El asesino de tu hermano

Relegado a la cocina por un mayordomo que no deseaba ver el salón más sucio de lo que estaba, Benno fue cálidamente acogido por la cocinera, que le arrebató a *Biondello* del jubón, lo cubrió de besos (aceptados con entusiasmo por el animal como preludio de lo que vendría después) y le dejó ensañarse con un codillo de ternera sobre el enlosado. Sus ayudantas, demasiado ocupadas trinchando carne para albóndigas y hablando del más guapo de los trabajadores, no prestaron atención a aquel mugriento pasmarote de barba corta y revuelta. La cocinera, en cambio, extendiendo al amo el atractivo del perro, obsequió al primero con algo de pan recién salido del horno y un nuevo cuenco de caldo, cuya ingestión acompañó con una agradable charla. Entre aquel incesante caudal de palabras, digno de un arroyo de alta montaña, Benno oyó algo que juzgó de interés para su señor.

—Se enfadaron lo suyo esa mañana. —Benno calló de pronto, temeroso de que le oyera alguien más que Segismundo. Su inexpresiva mirada se paseó de un lado a otro... No, no había nadie en las ventanas, ni en el desembarcadero donde esperaban a que la góndola que acababan de avisar se acercara sin prisas a ellos. Aun así, Benno bajó todavía más la voz, como si la propia ciudad tuviera oídos—. La señora Isabella. La doncella, que se llama Chiara, ha contado a la cocinera que su señora se fue gritando a su habitación, y que el señor se encerró en su estudio. La chica ignoraba el motivo; su señora no es de las que cuentan esas cosas.

—Mmm. Suena a cierto. Interesante. Y ahora —dijo Segismundo en voz alta, mientras la góndola se detenía al lado de ellos—, a Ca’Darin.

La idea de preguntar a Segismundo si tenía la carta no pasó por la cabeza de Benno, puesto que, en caso de existir, no cabía duda de que la habría conseguido. Ahora Benno no temía tanto que los oyeran como que estuvieran siendo vigilados por ojos hostiles. Después de la rata muerta, el próximo regalo no iba a consistir precisamente en un ramo de flores, como no fuera una corona destinada a la tumba de Segismundo. Benno odiaba pensar que alguien pudiera estar apuntando a su señor desde una de tantas ventanas con vistas al canal. Puestos a ser razonables, podía alegarse que para eso el amigo o pariente de Pirro tenía que estar al corriente de adonde se dirigían, y que tener acceso a la ventana de una casa no era necesariamente cosa fácil, sobre todo si uno no quería ser identificado. Pirro había sido un profesional; todo apuntaba a que tampoco su amigo era un aficionado.

Lo mismo cabía decir de Segismundo. A fin de cuentas, el mero hecho de que siguiera vivo indicaba una rapidez superior a la de sus enemigos, y también que no despreciaba las precauciones. Renunciando a escrutar revoques desconchados, ladrillos húmedos, piedras mohosas y ventanas oscuras, Benno hizo un esfuerzo por relajarse. Con algo de suerte el agresor furtivo enseñaría pronto sus cartas, y se quedaría sin baraja. Pirro había intentado matar a Segismundo varias veces antes de que la muerte lo persuadiera a abandonar sus esfuerzos.

Una vez en Ca'Darin Benno se resignó una vez más a quedarse al margen. En la corte ducal había acompañado a Segismundo más de una vez en calidad de asistente, llevándole la capa, la espada o unas misivas. En los pequeños y ostentosos palacios venecianos se veía relegado al recibidor o la cocina. Ni siquiera conocía de vista a todos los personajes que tenían trato con Segismundo, e ignoraba si la señora Isabella, destinataria de la importante carta del hijo del dux, sería de esa clase de mujeres que hacen que el asesinato valga la pena. Los criados de los Ermolin no la tenían en gran concepto, pero el muchacho no debía de haberse enamorado de su carácter, sino de su belleza. Buen susto esperaba a la joven si endilgaban el crimen a su amante, sólo porque Vettor Darin quería desprestigiar a su padre y sustituir lo en el cargo de dux.

El *maestro di casa* de Ca'Darin tenía, quizá por desgracia, orden de dejar entrar al hombre de la cabeza rapada a cualquier hora del día, tal era la impaciencia con que el señor Darin esperaba noticias del robo por encargo. De resultas de ello Segismundo compareció ante Vettor mientras éste se hallaba en presencia de otro visitante. Rinaldo Ermolin había venido a informar de los preparativos para el funeral de Niccolò, una visita de puro cumplimiento. Al oír el nombre de Segismundo, los dos hombres se volvieron con muy distinta predisposición. Mientras el rostro de Vettor revelaba gran entusiasmo, el de Rinaldo reflejaba antipatía.

—¿Tenéis la carta?

Segismundo se la sacó del bolsillo interior de su jubón y la tendió sin mediar palabra. Vettor, ansioso por leerla, se la arrancó prácticamente de las manos, pero enseguida se dio cuenta de que debía una explicación y se la mostró a Rinaldo.

—Una carta que Beatrice dijo haber visto. Para vuestra cuñada, de Pasquale Scolar. ¡Ya es nuestro, Rinaldo! ¡Mirad! —Sus ojos recorrieron la misiva a toda prisa, hasta que estampó en ella un puño pequeño y gordezuelo—. ¡Lo dice! ¡Expresa su deseo de matar al hombre que la tiene en sus brazos! ¿Qué os parece? ¿No basta para que lo cuelguen?

Con la cabeza inmóvil y un rictus que dejaba entrever sus dientes, Rinaldo miró primero la carta, después a Segismundo y finalmente a Vettor. El temblor de su nariz indicaba más rabia que alivio.

—¿De dónde habéis sacado esta carta? ¿Os la ha dado Isabella?

Segismundo esperó en silencio la respuesta de Vettor.

—Le dije que se hiciera con ella fuera como fuese.

—La ha robado.

Vettor tamborileó con impaciencia sobre la carta.

—¿Qué importa de dónde salga? Ahora es nuestra. Tenemos al asesino; tenemos a Scolar cogido del cuello.

—A ver.

Vettor dio la carta a Rinaldo de mala gana; éste la examinó con ojos entornados, exponiéndola a la luz que entraba por la ventana. Incapaz de esperar a que acabara de leerla a solas, Vettor acudió a su lado.

—¡Él mismo se delata! —Acercándose más, subrayó una línea con el dedo—. «¡Ah, si el hado te hubiera puesto en manos de un Scolar, y no de un detestable viejo indigno de tocar tus divinos miembros...!»». Y mirad esto: «No descansaré hasta ver muerto al hombre que ha osado deshonorarte...». ¿Qué decís?

De pronto Rinaldo dobló la carta como si fuera asunto concluido, sin hacer caso a la mano tendida de Vettor. Dio unos pasos e inquirió:

—¿Por qué no he sido consultado?

El rostro de Vettor se llenó de una cómica sorpresa.

—Querido amigo...

—La muerte de mi hermano me ha convertido en cabeza de familia. ¿Por qué no vino Beatrice a hablarme de esta carta?

—Estaba en esta casa, Rinaldo. Lógicamente se lo dijo a su abuela.

Enfrentado a tantas críticas, Vettor no cabía en sí de asombro.

—Y no mandasteis que me informaran. ¿Por qué contratarlo a él —dijo Rinaldo señalando con un seco ademán de cabeza a Segismundo, que permanecía inmóvil en la sombra— para saquear mi casa en mi ausencia, si yo mismo podría haber pedido la carta a Isabella ahorrando complicaciones?

La sorpresa de Vettor dio paso a una expresión divertida.

—Ah, no. Perdonadme, pero dudo que la hubierais hallado dispuesta a dároslo así, sin más. ¿Acaso es propio de esposas fieles guardar cartas de sus amantes? ¿Sería prudente, después del asesinato de su marido?

—A eso iba. —Azorado, Vettor presenció cómo Rinaldo se metía el papel en el jubón—. Si esto se divulga, como parecéis desear, ¿qué os parece que pensaría la gente sobre los Ermolin? Nuestro nombre quedaría mancillado para siempre.

Comprendiendo poco a poco, Vettor guardó silencio y dejó caer sus manos, alzadas en señal de protesta. Rinaldo esperó su respuesta con una sardónica mirada de soslayo. Una voz profunda surgió de la oscuridad.

—Permitidme sugerir, señores, que quizá la señora Isabella pueda ser convencida de facilitaros la carta voluntariamente. Venecia no tendrá más remedio que admirar la virtud de una dama que, habiendo recibido carta de un admirador, sin que ello conlleve culpa alguna, la guarda para reírse de ella, o incluso enseñársela a su marido; tan poca importancia le da que acaba por olvidarla, pero, tras el asesinato de su esposo, recuerda de pronto algo que podría tener relación con el crimen. Entonces

se apresura a mostrar la carta al cabeza de familia, a fin de que éste haga lo que crea conveniente.

Oyendo hablar al ladrón, a Segismundo, Vettor se había vuelto hacia él. Transcurrido un segundo dio una palmada y estuvo a punto de decir algo a Rinaldo, aunque prefirió al fin concederle la palabra, quizá en señal de deferencia.

—¿Y si ella no da su consentimiento?

Para Rinaldo ya suponía una concesión hablar directamente a Segismundo, quien, no queriendo sacar provecho de ella, contestó con gran respeto.

—Sin duda es consciente de su posición, señor, o podrá hacerse que lo sea con algo de ayuda. Comprenderá que le conviene más descubrirnos la existencia de la carta que dejar que sea descubierta por otros. Si el señor Pasquale asesinó a vuestro hermano...

—¡Cosa evidente! —exclamó Vettor, incapaz de contenerse.

—... deberá comparecer ante la justicia.

Justo cuando Rinaldo abría la boca, un criado abrió de golpe las dos hojas de la puerta y donna Claudia entró en la habitación con porte majestuoso. Llevaba un reluciente vestido negro de damasco, y una redecilla de plata y esmeraldas encima de sus cabellos grises. Cuando Vettor se acercaba a ella para desearle los buenos días y besarle la mano y la mejilla, los ojos negros de la dama advirtieron la presencia de Rinaldo junto a la ventana, así como la de Segismundo, oculto a medias por la oscuridad.

—¿Qué sucede? ¿Ha sido hallada esa terrible carta?

—Querida...

Vettor estaba a punto de explicarse cuando Rinaldo se le adelantó y pidió excusas a donna Claudia. Con su permiso, dijo, tenía negocios que atender; tras despedirse secamente de su esposo, salió sin mirar a Segismundo.

—No sé a qué negocios se referirá —dijo donna Claudia, contemplando con cejas arqueadas a los dos hombres que quedaban en la habitación—, pero intuyo que no está muy contento ni del uno ni del otro. Y ahora, explicadme lo de esa carta.

Ojo por ojo

—Ya ves, no tenemos nada que hacer. Mi cliente está a la espera de saber qué pasa con la carta.

Mientras se sumaba con Segismundo a las multitudes que paseaban bajo el sol de Rialto, Benno sintió ganas de rogar a su señor que se cubriera aquella cabeza rapada tan llamativa, o doblara las rodillas para no ser tan alto; en definitiva, que hiciera cualquier cosa con tal de no ser reconocido por quien era. De poco servía mezclarse con la gente. ¿Había algo más fácil que huir sin ser visto después de clavar a alguien un cuchillo por la espalda? Un corpulento extranjero con toga de seda verde y turbante inmaculadamente blanco se interpuso entre Segismundo y Benno; éste estaba tan inquieto que temió perder de vista a su señor una vez desaparecido el obstáculo. Pero ahí estaba Segismundo, a pocos pasos, pidiendo precios en uno de los comercios de los soportales. Benno se abrió camino hasta él con la cabeza vuelta hacia atrás, comprobando si en aquel alegre y ruidoso remolino de gente que se desperdigaba hacia los cuatro puntos cardinales había alguien vigilando a su señor.

Su concentración era tal que, cuando un hombre apareció repentinamente en el soportal y tocó a Segismundo en el hombro, Benno soltó un grito digno de *Biondello*.

—¡Ercole! Por fin te encuentro. Iba pensando dónde podría encontrar a un hombre entre mil, y he decidido: ¡Rialto! Y aquí estás, uno entre mil.

Era una voz potente, de sibilantes pastosas; aliviado, Benno reconoció en su dueño al hombre que había saludado a Segismundo con su reluciente bastón de mando. Se trataba del nuevo capitán general de la flota veneciana, mezclado a la multitud de Rialto como uno más. Poseía un rostro propenso al humor, como atestiguaba la trama de arrugas junto a los ojos y la boca; sin embargo, tanto su prognatismo como la oscura intensidad de su único ojo visible daban a entender que convenía más divertirlo que enojarlo. Segismundo lo abrazó entre risas.

—¡Hermano, hace mucho que nadie me llama Ercole! ¿Y qué me dices de ti, Bestia? Por lo visto debo llamarte Attilio da Castagna, y tú me conocerás por Segismundo, al menos en la ciudad. —Dio un paso atrás y, sin soltar a Attilio, lo miró de pies a cabeza. Attilio exhibía una blanquísima dentadura, enmarcada en una barba corta y oscura con matices plateados. Su erguida silueta, enfundada en un jubón de terciopelo y unas sencillas calzas de seda gris, no ostentaba otras muestras de su rango que no fueran el excelente cuero de sus botas y cinturón y una cadenilla de plata que pendía de su cuello. El parche negro en el ojo añadía un toque incongruente, recuerdo de una batalla.

—Muy lejos has llegado desde la última vez que te vi. —Segismundo asestó un puñetazo fraternal al amplio pecho de su amigo—. En aquel entonces te habría sido difícil alquilar una barca, y no digamos capitanear una flota.

A espaldas de Segismundo, el dueño de la tienda parecía decepcionado; obviamente la conversación se le había pasado por alto. Benno aún no sabía que, además de curiosos en extremo, los venecianos sabían ser infinitamente discretos. Si su capitán general decidía hacerse pasar por un hombre cualquiera, ellos le seguirían el juego. La decepción del comerciante nacía de no tener ningún indicio sobre la identidad del hombre de la cabeza rapada. Tratándose a todas luces de un viejo amigo del capitán, personaje poderoso, podía tener ciertas conexiones con su pasado, conexiones que los Diez pagarían por saber.

—Muy bien, «Segismundo», pues vamos a tomar un trago.

Attilio pasó un brazo por la espalda de Segismundo y lo condujo jovialmente fuera de los soportales, cerrándose la comitiva con Benno y *Biondello*. Quizá al ver a Segismundo en semejante compañía su misterioso enemigo se lo pensara dos veces antes de atacarlo.

Una vez en la taberna Attilio pidió albóndigas de queso y espinacas para acompañar la bebida. Benno se acordó del condotiero enano, Nono Marsili, y de su pasión por el hígado con cebolla. Los guerreros que Venecia colocaba al mando de sus ejércitos eran propensos a la voracidad.

—Todavía no me has dicho qué estás haciendo aquí. —Attilio ensartó una albóndiga con el cuchillo. Sentado junto a su señor en el otro extremo del banco, Benno tragó saliva—. Zarpa conmigo, si no tienes nada que hacer. En otros tiempos tú y yo luchábamos con cualquier cosa que se moviese. No tienes nada que temer de un par de turcos.

La misma cantinela de los Marsili. Que la gente quisiera tener a Segismundo a su lado no tenía nada de sorprendente; para alguien que hubiera luchado junto a él o contra él, fuera cual fuese su nombre en esos tiempos, se trataba de una simple cuestión de sensatez. De hecho, quien lo conociera por primera vez bajo un nombre cualquiera sentiría deseos de ganárselo en cuanto lo viese. Y a fin de cuentas, ¿qué era Segismundo sino un mercenario? Benno imaginaba su pasado como una superposición de batallas en países extraños, sucesión de episodios que en más de una ocasión se habría visto teñida de colores sangrientos. Sabía que su señor tenía una larga cicatriz en las costillas, fruto de un error de cálculo al apuntarle al corazón, y que debía de haber costado la vida al adversario. Y, desde que Benno estaba a su servicio, Segismundo había coleccionado otras muchas señales de amistad, entre ellas un recuerdo del difunto Pirro.

La conversación versaba justamente sobre heridas. Attilio había pasado de las albóndigas a un estofado de costillas, carne picada, tocino, col, zanahoria y cebolla que insistió en compartir con sus dos compañeros de mesa, sirviendo generosas raciones en sendos platos de peltre cogidos al vuelo. Segismundo se interesó por la

cicatriz de su cintura, una franja entre plateada y azul cuyo terrible aspecto hizo que Benno sintiera náuseas sólo de pensar cómo se la habrían hecho, y qué sensación habría dado recién hecha, por decirlo de algún modo. Attilio la contempló como una parte indisoluble de su cuerpo a la que llevaba mucho tiempo sin prestar atención.

—¿No fue ese corte el que estuvo a punto de costarte la mano?

Segismundo ingería el estofado sin quitar ojo a la cicatriz.

—Ya sabes cómo son esas cosas. Sólo te das cuenta si te cortan algo de verdad. E incluso entonces tardas lo tuyo en notarlo.

Segismundo partió el pan para mojarlo en el humeante estofado.

—¿Y cuándo empezaste a notar que no veías bien?

Benno se quedó con la cuchara en la boca. ¿A quién se le ocurre hablar de la pérdida de un ojo con una persona que te está mirando sólo con uno? Attilio soltó una restallante carcajada.

—¿Acaso crees que alguien puede atacarme por la izquierda sin que me dé cuenta? —Se dio un golpecito en el parche—. Me he acostumbrado a girar rápido la cabeza, y te aseguro que no tengo problemas de oído. No, Segismundo. —Las pastosas eses casi convertían en otro seudónimo aquel nombre tan familiar—. Si mis enemigos quieren bailar sobre mi tumba, tendrán que sacarme el otro antes.

—Dime, ¿quién tuvo tanta suerte como para sacarte el que te falta? Supongo que ya no estará en condiciones de ser felicitado por ello.

Las negras cejas de Attilio se unieron y su pronunciación se hizo más espesa, subrayando la ferocidad de su respuesta.

—Ya no. Desde ayer por la mañana. El ojo me lo sacó Niccolò Ermolin.

El principal sospechoso

—¿Niccolò Ermolin? ¿Y cómo fue eso?

El tono de Segismundo era tranquilo, pero Benno conocía aquella manera de mirar con sosiego echando la cabeza hacia atrás. Si efectivamente estaban compartiendo mesa con el asesino de Ermolin, no era motivo para dar saltos de alegría.

—Luchando con él. ¿Cómo si no?

El tono de Attilio había pasado de cordial a brusco. Rebañó el plato con la corteza del pan y se la llevó a la boca como si diera el tema por zanjado. Segismundo levantó su copa de vino y dijo:

—No imagino a Ermolin venciéndote cara a cara.

El negro ojo de Attilio se clavó en su interlocutor.

—¿Lo conocías?

Encogiéndose de hombros, Segismundo apuró su copa y la dejó sobre la mesa.

—Lo he visto. No es rival para ti.

«En el estado en que lo visteis seguro que no», pensó Benno. Poca gente es capaz de rivalizar con alguien después de muerto. Attilio siguió escrutando a Segismundo, al tiempo que una sonrisa asomaba a sus ojos.

—Digamos que tuvo suerte, una suerte endiablada. Siempre la tenía.

—Perdona que te lo pregunte —dijo Segismundo, sonriendo a su vez—, pero ¿cómo llegasteis a figurar en bandos opuestos? Ermolin no era soldado.

Attilio sirvió una nueva ronda antes de descansar sus manos sobre los tablones manchados de vino.

—No, no lo era, ni fue tampoco un combate de verdad. Hace veinte años, hermano, después de esos años de juventud en que tú y yo armábamos la de Dios es Cristo por las escuelas de filosofía de París...

Benno abrió la boca para beber esas palabras. Pocas veces tenía ocasión de aprender cosas nuevas sobre el pasado de Segismundo. No conseguía imaginar de jóvenes a aquellos dos hombres que reían al recordar sus vidas, hombres tan llenos de experiencia y dominio de sí mismos. En suma, había que quitar algo de músculo a los hombros, eliminar las canas de la barba de Attilio, devolverle su otro ojo y cubrir la cabeza de Segismundo con una espesa mata de pelo negro...

—Hace veinte años pasé por Venecia, con ocasión de unos grandes festejos...

—¿Como ayer, cuando te dieron el bastón de mando?

—¡Uf! Más todavía, créeme. Era la boda de alguien, uno de los del libro de oro;

había dinero de sobras. Se celebraban regatas, fiestas... y justas.

—¿Perdiste el ojo en un torneo? —Segismundo se apoyó en el respaldo, como si después de eso ya no pudiera sorprenderlo nada.

—Ni más ni menos que en la plaza, con la suficiente cantidad de jóvenes alocados para que la ciudad se considerase satisfecha. Y las suficientes chicas bonitas para que esos jóvenes se considerasen satisfechos. Entre ellas Emilia Darin.

—Emilia Darin.

Attilio miró al vacío, recordando.

—Una chica preciosa, con una cabellera de fuego y un cuello de cisne... Murió, Dios se apiade de su alma. Y bien puede hacerlo, visto el purgatorio por el que pasó en vida.

—¿A qué te refieres?

El ojo negro volvió a posarse en Segismundo.

—Quince años casada con Ermolin —dijo Attilio lentamente—. Todo un purgatorio.

Fueron interrumpidos por una de las mozas de la taberna, que siguiendo indicaciones de Segismundo traía otra jarra de vino. Benno la cogió y sirvió a Attilio y Segismundo bajo la mirada perspicaz de *Biondello*, que había subido al banco de un salto y dejaba ver su cabeza de ojos para arriba, orientando su única oreja hacia los esperanzadores ruidos de comida. Advirtiendo la presencia del perro, Attilio amagó una sonrisa y preguntó:

—¿Acaso he implantado una moda? ¿En qué participa tu perro, en torneos de ratones?

Segismundo puso a *Biondello* en su regazo y lo alimentó con trocitos de carne.

—El objetivo de una justa no es mutilar a sus participantes. ¿Qué sucedió?

—Se suponía que Ermolin apuntaba a mi escudo, pero por alguna razón... —La mano de Attilio señaló el parche; imaginando las estruendosas aclamaciones de la multitud reunida en la plaza, el estrépito de los cascos, el calor del sol y aquel dolor súbito y punzante, Benno estuvo a punto de derramar el vino—. Por alguna razón erró el blanco. Las chicas suelen preferir a los hombres que tienen dos ojos.

—¿Habías pedido la mano de Emilia Darin?

—Vettor tenía candidatos a montones; yo era uno de tantos, y Ermolin igual. Pero Emilia era una niña mimada, y corrían rumores de que la decisión acabaría por recaer en sus manos. Escogió a Ermolin, y yo abandoné Venecia. Ahora... —Alzó la vista hacia el sol, cuyos rayos caían sobre el patio como en el interior de un pozo—. A juzgar por la luz me esperan en el arsenal. Zarpamos mañana, y quiero revisar hasta el último de talle de las galeras que estoy reuniendo.

A escasa distancia del puente de Rialto subieron a una góndola y tuvieron la impresión de atravesar la ciudad casi en línea recta. Benno se había estado preguntando si Segismundo revelaría sus experiencias al servicio de duques y príncipes, pero la conversación giró en torno a las guerras de Francia y los Países

Bajos, los viajes a Oriente y la costa africana. Benno estaba sentado al margen del toldillo, expuesto al sol, y al tiempo que contemplaba los reflejos cambiantes del agua oía a la profunda voz de Segismundo describir cosas que escapaban a su imaginación. *Biondello* jugaba a mascarón de proa, con su única oreja a merced del viento.

Desembarcaron junto a la entrada del arsenal. Attilio volvió a saludar a Segismundo, esta vez con un bastón de mando invisible.

—Ven a verme cuando quieras, hermano. Buen día aquél en que se pierde a un viejo enemigo y se recupera a un viejo amigo.

—Mañana por la mañana estaré aquí para verte zarpar y desearte éxito. — Segismundo meneó la cabeza—. Créeme, si no tuviera compromisos privados nada me gustaría más que matar turcos junto a ti.

—Mataré unos cuantos de tu parte. Así volverás a estar en deuda conmigo.

Attilio se colocó a popa para saludar mientras se alejaba. Segismundo y Benno echaron a caminar y pasaron junto al espacioso arco de piedra tallada en que el león de san Marcos se ofrecía en todo su alado esplendor, colocando, como en toda Venecia, la pata sobre un libro. Benno se había interesado por el texto escrito en las páginas abiertas del libro de piedra, recibiendo como respuesta: «La paz sea contigo, Marcos, evangelista mío». Al pasar junto al arsenal se detuvo en seco y tiró de la manga de Segismundo.

—¡El libro del león! Está cerrado. No hay nada escrito.

—Pero hombre, Benno, ahí dentro fabrican materiales de guerra; cañones, armas y galeones que figuran entre los mejores del mundo. Fíjate en esos muros. Están hechos para guardar toda clase de secretos; quienes trabajan dentro de ellos son capaces de levantar por la mañana el armazón de una galera, y tenerla lista para zarpar antes del anochecer. ¿Qué sentido tendría que al salir pasaran junto a las promesas de paz del león del evangelista?

Benno había visto en cierta ocasión una galera de guerra. Permaneció en silencio, pensando en el hombre que acababa de entrar. Transcurridos unos instantes, mientras paseaban al lado del canal, preguntó:

—¿Creéis que fue él? Estaba en Venecia. Vos dijisteis que a Ermolin le atravesaron el ojo izquierdo; además, vuestro amigo le guardaba aún más rencor por haberle quitado a la chica.

Segismundo se detuvo y, haciéndose pantalla con la mano, contempló los deslumbrantes reflejos del sol meridiano sobre el mar.

—¿Quién sabe? No acabo de verlo trepando por esa cuerda y entrando por una ventana para ajustar viejas cuentas. Attilio no es de los que se esconden. Pero ¿quién sabe lo que pudo pasarle por la cabeza? Una llaga supurando durante veinte años... Puede ser. Eso sí, hay algo de lo que estoy seguro.

Los ojos marrones de Benno se llenaron de esperanza.

—¿Qué?

—Sé que el señor Darin sólo tiene a un asesino en mente, y que no se trata del

capitán general. Hasta Vettor Darin vacilaría en decir al senado que ha estado malgastando tiempo y dinero a espuestas. No, si hay un dux Darin en perspectiva, sólo queda una solución: probar que el dux Scolar tiene por hijo a un asesino.

El hijo de Niccolò

El criado informó a Rinaldo de que la señora Isabella estaba paseando por el jardín. Ahí donde un médico habría recetado aire puro y ejercicio a una muchacha de diecisiete años que acababa de enviudar en tan horribles circunstancias, Rinaldo, de camino al patio interior, pretendía exigirle ciertas dosis de esfuerzo mental beneficiosas para su futuro.

Niccolò Ermolin había tenido la suerte de disponer en su palacio de espacio suficiente para uno de los jardines secretos de Venecia, invisible para el paseante; y, pese a todas las modificaciones que había emprendido, nunca se había planteado invadir aquel espacio. Brunelli refrendaba su decisión, y era una suerte, pues la desaparición del jardín podría haber dado pie a la del propio arquitecto.

Aunque el patio estaba circundado por una galería que permitía ponerse a resguardo del sol, Isabella se hallaba en el centro del jardín, a la sombra de una fuente, sentada en el banco que rodeaba la pila. Rinaldo se alegró de ello. El suave murmullo del agua, cuyo eco rebotaba entre las paredes, protegería su conversación de oídos indiscretos, precaución cuyo cumplimiento no podía garantizar ninguna sala del palacio.

La joven lo vio acercarse, pero no hizo el menor esfuerzo por sonreír ni apartó las faldas para hacerle un sitio sobre el banco. No fue la primera vez que Rinaldo se fijaba en su belleza, ni en su actitud extrañamente hosca. Cualquiera otra mujer habría procurado caer en gracia al cabeza de familia, de cuyo favor había pasado a depender su posición; pues bien, Isabella seguía guardando las mismas distancias que en vida de su esposo.

Rinaldo se inclinó para besarla en la mejilla, un beso suave y de inesperada calidez.

—Me alegra encontrarte ociosa, hermana. Debo hablarte de un asunto.

—Los preparativos para el funeral ya han quedado perfectamente claros.

Era una constatación, no un reproche; aun así irritó a Rinaldo, que, apartando con una mano el damasco negro desplegado sobre la cálida piedra, tomó asiento, sintiendo de inmediato en la cara y el pelo una fina llovizna cuyo frescor contrastaba con el calor ambiente.

—¿Estás lo bastante protegida del sol, hermana? A mediodía quema mucho.

A guisa de respuesta Isabella se echó hacia atrás el velo, como si sus palabras la trajeran sin cuidado. Después se encaró con él.

—¿De qué se trata?

—Puede que esto te resulte familiar.

La joven contempló el papel. A sus espaldas persistía el suave chapoteo del agua; un pájaro se posó en uno de los laureles plantados en macetas de barro cocido y, mediante una exhibición de colores cuya pureza y brillo igualaban a los del agua, disuadió a todo posible rival de entrar en su territorio.

—¿Cómo la habéis conseguido?

Rinaldo se alegró de no tener que enfrentarse a estúpidas negativas. Nada le convenía menos que atraer con reacciones histéricas la atención de los criados, siempre ansiosos de espiar las intimidades de la familia. La doncella de Isabella, Chiara, no debía de andar lejos, por mucho que su señora la hubiera relevado de la obligación de acompañarla.

Señaló el nombre de Scolar.

—Lo que importa es esto, no cómo la haya obtenido. ¡Qué estúpido por su parte escribir nombres! Y más aún aludir a su padre de forma a que no quepan dudas acerca de su identidad.

Lejos de hacer comentarios, Isabella volvió la cabeza como si a quien escuchara fuera al pajarillo, no a su cuñado. Éste enrolló la carta y se golpeó el muslo con ella.

—Pero aún más estúpido que el autor de la carta es quien la recibió. Quien la recibió y la guardó.

La joven posó en él sus ojos grandes color de avellana.

—¿Podéis probar que obraba en mi poder? Imagino que la habrá robado algún sirviente, y que así os lo ha dicho.

—¿Por qué la guardabas?

Sus manos, quietas hasta entonces sobre su regazo, se alzaron, haciendo que el pájaro saliera volando y se posara en el tejado.

—Aquí no tengo muchas diversiones. A lo mejor la guardaba para sacarla de vez en cuando y reírme de ella.

—¿No es tu amante?

Isabella rió, en efecto.

—La persona que la ha robado no debe de haberla leído bien. Su autor anhela todo lo que le está vedado. Sueños, y nada más. ¿Qué posibilidades habría tenido?

—Todo puede arreglarse. —Rinaldo hablaba por experiencia, e Isabella sonrió.

—Pues esta vez no fue así. Devolvedme la carta y la quemaré. Ante vuestros propios ojos.

Tendió una mano, mostrando en su fina muñeca un brazalete de perlas comprado por Niccolò cuyo precio Rinaldo estimó en varios miles. La carta desapareció de nuevo en la toga.

—Es demasiado valiosa para quemarla, Isabella. Con ella los Diez se convencerán de quién asesinó a mi hermano.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Creéis que fue él? ¿Ese imbécil?

—Amenaza a Niccolò, y se alegra de pensar en su muerte. ¿Qué otras pruebas necesitan?

—¿Y qué dirán de mí? ¿No os preocupa que los Ermolin vean dañada su honra, o pensáis acaso echarme a los leones de Vettor?

La joven se mostraba más perspicaz de lo esperado. A veces se olvidaba uno de que aquellos seres destinados a la pasividad podían estar dotados de gran agudeza. Rinaldo sonrió.

—Sabes bien que para mí la familia es lo primero. ¿Por qué crees que he antepuesto mi dedicación a ella a la posibilidad de tener esposa y descendencia propias, por mucho que sea una costumbre veneciana?

—Si después de todo ello obtenéis a Marco como principal esperanza de futuro para los Ermolin, no debéis de estar muy satisfecho del negocio.

Tal era la exactitud con que esas palabras se ajustaban a los sentimientos de Rinaldo que éste tardó en recuperar el habla. Sabiéndose observado por Isabella, se rehízo.

—Nos estamos alejando del tema, hermana. Debemos denunciar a un asesino, y en tus manos está hacerlo sin daño para tu prestigio y el de la familia, o bien dar pie a que corran rumores sobre tu virtud.

Las finas manos de Isabella volvían a reposar en su regazo. La joven contempló su palidez perfilada contra el negro damasco, palidez que se sumaba al brillo de la pulsera de perlas.

—¿Y cómo puedo evitar esos rumores?

—Sólo tienes que declarar que la carta llegó a tus manos el día antes de que mataran a Niccolò; que por algún motivo la guardaste sin abrir, y que hoy, después del asesinato, una vez leída y comprendido su alcance, has acudido de inmediato a mí, el cabeza de familia, para entregármela en cumplimiento de tu deber. Si lo haces todo irá bien. Recibirás alabanzas, no vituperios.

—¿Y si no lo hago?

Rinaldo golpeó el borde de la pila con tal fuerza que se hizo daño.

—¿Qué motivos puedes tener para negarte? ¿Tantas ganas tienes de ver tu nombre mancillado por la deshonra? ¿Que te tomen por la amante de un asesino, y hasta cómplice en la muerte de tu marido? —Pese a sus propósitos anteriores, la voz de Rinaldo se había sobrepuesto al murmullo del agua. Hizo un esfuerzo por atenuar la vehemencia de su tono, trazando a Isabella el panorama de su porvenir—. Tendrías que pasar el resto de tu vida en un convento que pasara por alto tus culpas a cambio de una dote sustanciosa; y te aseguro que alguno encontraría. Tu hermano ya ha pensado en uno, aun desconociendo las últimas noticias.

Isabella se llevó las manos a la boca y miró a Rinaldo por encima de ellas.

—¡Oh! ¡Un convento! ¡Me están amenazando con llevarme a un convento!

¿Se estaba burlando de él? En ese caso había que hacerle entender que la amenaza iba en serio. Rinaldo ya se había asegurado de que el único pariente de la joven, su

hermano, no pensaba ayudarla en nada. No era más que una viuda sin hijos, una Ermolin que dependía por completo de su buena voluntad. Cogió una de sus muñecas y la apartó, descubriendo su rostro a la fuerza. Sonreía, en efecto.

—No parece darte cuenta, hermana...

—Nada de eso, «hermano». Sois vos quien no se da cuenta. Estoy embarazada de Niccolò.

El arresto

Con un cinismo habitual en los de su clase, los criados del palacio Ermolin dieron por supuesto que el joven Marco, apartado por su tío del control de los negocios y alejado tan ostensiblemente de toda posibilidad de actuar como cabeza de familia, había salido de casa para divertirse, cumpliendo con su costumbre. Se equivocaban.

Marco Ermolin había salido de caza, en efecto, pero no, como solía, partiendo hacia el Véneto en compañía de perros y ruidosos compañeros, con intención de cazar animales y molestar a seres humanos. Esta vez iba solo, y su presa era el dinero.

En cuanto empezó a divulgarse por toda la ciudad la noticia de la muerte de su padre, los acreedores que tanta paciencia y amabilidad habían mostrado hasta la fecha sintieron ansias de tomar parte en la lluvia de oro que sin duda iba a caer en manos del joven. Marco había recibido una serie de mensajes tan corteses como apremiantes. Al salir de casa, muchos se le habían acercado para darle un pésame con segundas; y no era eso lo peor, sino que, cada vez que hablaba de prórrogas a sus acreedores, recibía como respuesta corteses pero alarmantes insinuaciones que apuntaban la posibilidad de informar a su tío. Demostraban así, para irritación de Marco, estar al corriente de que la fortuna de los Ermolin era gobernada por Rinaldo. La idea de confesar a su tío que había contraído deudas cuyo monto superaba al de su herencia (pues, a diferencia de Pasquale Scolar, era lo bastante hijo de su padre para saber qué cantidades adeudaba) le hacía montar en cólera.

Le hizo también montar en una góndola de pago, puesto que aquellos menesteres no le permitían utilizar una de las que estaban amarradas junto al palacio, pintadas con el escudo de los Ermolin. Se hizo llevar por el Gran canal hasta la Giudecca; ahí, hallándose en una casa pequeña pero suntuosa con vistas a un pequeño canal, Segismundo lo vio entrar embozado en su capa, precedido por un sirviente acostumbrado a la timidez de sus visitantes.

—¿No era ése...?

Benno calló justo a tiempo. Segismundo asintió con un murmullo, como si tuviera previsto hasta el menor detalle del curso de los acontecimientos.

—En efecto.

—¿Os habrá visto?

—Bah, lo dudo. Estaba demasiado absorto en que no lo vieran a él. Y si me ha visto creerá que su abuelo lo tiene vigilado, cosa que sentará de maravilla a su mal genio.

—¿Qué estará haciendo aquí?

Pero Benno había excedido su cuota de preguntas. Además, había llegado el momento de que Miriam da Silva recibiera a Segismundo. Se hacía difícil creer que hubiera pasado tan poco tiempo desde su última visita, en la que habían sido informados de la muerte del amigo de Segismundo. Y otra muerte los había hecho salir a deshora de aquella casa, una muerte mucho menos llorada, pese a que Niccolò Ermolin constara en el libro de oro y Josué da Silva sólo fuera un judío huido de España, asentado en una ciudad que acogía con gusto a todo aquel que tuviera buenos ingresos.

Al llegar sus pensamientos a ese punto, Benno se dio una palmada en la frente, suscitando un gruñido de sorpresa por parte de *Biondello*; no así del criado, tan habituado a la desesperación de los visitantes como a su exagerada timidez. ¡Claro, cómo no! Marco Ermolin había venido a pedir un préstamo. A diferencia de Segismundo, los gentiles que entraban en casa de judíos solían hacerlo por cuestión de negocios, más concretamente de préstamo de dinero, ya que los cristianos lo tenían prohibido.

Mientras contemplaba los paneles de piel con apliques de oro que cubrían las paredes, la lámpara que colgaba de una cadena de bronce, y los candelabros de lámina de plata, Benno caviló que quizá Marco viniera a devolver dinero. A fin de cuentas debía de haberle caído un buen pellizco de la noche al día, y no hay prestamista que dé sin recibir algún día. Decía mucho sobre la nobleza de ánimo del joven Ermolin el hecho de que tuviera tanta prisa por cancelar un préstamo; probablemente quisiera hacer saber a la viuda que no había necesidad de recordarle sus deudas.

Nada inquietaba menos a la viuda en cuestión. Miriam estaba reunida con las mujeres de la familia, mientras, a bordo de diversas embarcaciones, los hijos y demás varones acompañaban al ataúd en su travesía al cementerio. La viuda salió al recibidor y acogió a Segismundo con graves muestras de afecto, estrechando su mano mientras él la ponía al corriente de las últimas novedades. Entretanto un criado trajo un delicado vino blanco que derramó su brillo por la oscura habitación, igual que si contuviera rayos de sol.

—Hace menos de un mes que mi esposo me dio estas gafas. Son de Murano, naturalmente... ¡pero ese crimen! ¡Qué extraño! Ayer, cuando entró aquel hombre con el escudo de los Darin y antes de saber que venía a buscarte, me pregunté si el señor Vettor no sería tan rico como piensa la gente. Más de uno hace alardes con el dinero que saca de aquí... —Miriam mostró sus hoyuelos, que cuadraban más con su cara que la tristeza que se leía en ella—. ¿Quería que buscaras al asesino de su yerno?

Enfrentado a semejante franqueza, Segismundo se echó a reír, al tiempo que acariciaba la mano de Miriam.

—¡Mmm! Estate segura de que querrá a un asesino que lo satisfaga. No es hombre aficionado a perder el tiempo. ¿Ese joven que acabo de ver pasar no era su hijo?

Miriam volvió a sonreír, y se llevó el dedo a los labios.

—Aquí todo el mundo es ciego, Cristóbal. Aunque confieso que ha sido una sorpresa saber que venía a recibir, y no a dar. He tenido que hacerle salir con las manos vacías. Hoy no puedo ocuparme de negocios. —Apretó la mano de Segismundo—. ¿Necesitas algo que pueda darte, Cristóbal? Si estuviera vivo, Josué se ocuparía de que no te faltase nada. Estoy convencida.

Con un largo murmullo vibrándole en el pecho, Segismundo levantó la mano de Miriam para besarla.

—... mmm. Sí hay algo, Miriam.

Se inclinó y le susurró algo al oído, mientras ella escuchaba con un brillo de azabache en sus ojos.

—Ningún problema, Cristóbal. Si buscas una ratonera, dirígete a una rata.

Poco después Benno fue en pos de Segismundo por una escalera de caracol que descendía hasta una bodega; los precedía un viejo jorobado que, linterna en mano, abrió una puerta semioculta tras un montón de barriles y los hizo entrar en un pasadizo muy apropiado para ratas humanas. Bajo la luz vacilante de la linterna, a la que el viejo imprimía su paso desigual, los ladrillos del pasadizo, perdido tiempo atrás su color rojizo, estaban húmedos, como si la falta de luz y aire puro los hiciera sufrir. El fuerte olor a hongos llevaba en su seno un matiz más acre y apestoso, como un hilo aceitoso que lo atravesara. Benno cogió a *Biondello*, arrimado a sus pies, y se lo puso debajo del brazo. El viejo, cuya sombra se agigantó al posar la linterna en el suelo, sacó una pesada llave y abrió una puerta. Abandonando el pasadizo, subieron a oscuras un nuevo tramo de escaleras.

Recorridos otros dos pasadizos, uno de los cuales era tan estrecho que Segismundo se vio obligado a adelantar un hombro, llegaron a una sala de proporciones nada mezquinas; vieron que había una cama de madera sobre un estrado de poca altura, frente a un sencillo tapiz colgado de la pared. Para alivio de Benno había también una ventana; después de entreabrir el postigo, el viejo les tendió tres llaves, señalando una segunda puerta al otro extremo de la habitación. El mobiliario constaba de un armario pintado, una silla en forma de aspa y un banco colocado debajo de la ventana, sobre el que había una linterna apagada. El viejo renqueó hacia la salida; Segismundo le hizo detenerse y puso una moneda en su mano. Una vez ajustada, la puerta casi se confundía con la madera de la pared. Segismundo cerró con llave.

Lo difuso de la luz que iluminaba el techo indicó a Benno que no se hallaban al lado de un canal. Segismundo abrió un postigo y, resguardándose detrás de él, miró por la ventana. Emitió un murmullo satisfecho.

—¿Sabéis dónde estamos?

Benno tenía una gran fe en la capacidad de su señor para orientarse en cualquier lugar, incluso en uno desconocido.

—La cuestión, Benno, es si lo sabe nuestro amigo de ultratumba. Una rata viva

tiene ventaja sobre una rata muerta.

Marco Ermolin, embozado en su capa, cogió otra góndola para atravesar de nuevo el canal en dirección a la Piazzetta. El gondolero supuso que su cliente vendría de una cita, y concluyó que no había tenido éxito. Encorvado, abatido, Marco se preguntó si era prudente dar aquel paso. A punto estuvo de ordenar al gondolero que cambiase de rumbo y se dirigiera a la suntuosa fachada de Ca'Darin, donde quizá pudiera obtener un nuevo préstamo de su abuelo; eso, sin embargo, supondría tener que explicar por qué su herencia no cubría una serie de deudas cuya existencia había ocultado en el momento de pedir el primer préstamo. Tanta incertidumbre le dio dolor de cabeza. Además, quizá no encontrara a su abuelo en casa, y su abuela respondería con sarcasmos a cualquier excusa con que su nieto intentara justificar visita tan repentina; difícilmente iba a creer que venía a verla a ella, o a su hermana. No, era más seguro apostar por Pasquale.

El problema, no obstante, era el mismo que con su abuelo: no se trataba de la primera vez. Pasquale, que se mostraba tan generoso con el dinero de su padre como si fuera suyo, apenas había parecido darse cuenta del préstamo, pero existía el riesgo de que oyendo hablar de dinero creyera que Marco venía a pagar el que debía, y no a pedir más.

Una vez en el palacio ducal Marco pudo dejarse de disimulos, aunque no de preocupaciones. Había muchas posibilidades de que Pasquale hubiera salido de la ciudad en busca de costosos pasatiempos, pero Marco tuvo suerte. No sólo estaba en casa, sino que lo recibió con gran alegría.

—¡A buena hora, Marco! Estoy que me muero de aburrimiento, y este Isepe no tiene ideas. —En pleno abrazo, Pasquale advirtió que Isepe Tafur le hacía muecas y señas desde su asiento contiguo a la ventana. Algo debía de estar olvidando o haciendo mal, algo de lo que Isepe trataba de advertirle. Por desgracia tenía mucho donde escoger; su notable capacidad de olvido no era del todo accidental, sino que nacía de sus ganas de no recordar. Frunció el entrecejo.

Acostumbrado a esas situaciones, Isepe acudió en su ayuda.

—Teníamos ganas de verte, Marco —dijo, atreviéndose a emplear el plural—. Queríamos decirte lo mucho que sentimos lo de tu padre. Es horrible.

El rostro de Pasquale se demudó. Borrando de sus labios la sonrisa de bienvenida, dio un paso atrás sin soltar a Marco y le dirigió una mirada llena de pena y compasión. Después volvió a estrecharlo entre sus brazos.

—Horrible, en efecto. Habría pasado ayer a darte el pésame... —La tensión de su cara se relajó al recordar la inmejorable excusa de que disponía—. Pero mi caballo me echó al canal, y me di un golpe en la cabeza. Los médicos me obligaron a guardar cama casi todo el día.

Isepe seguía empeñado en ayudar.

—¿Se sabe ya quién lo hizo? He oído que los Diez han hecho venir de Padua a un experto torturador. Si encuentran al villano no tardará en confesar.

—¡Nunca lo encontrarán! —dijo Pasquale con alegre seguridad—. Ya habrá vuelto al antro del que salió. Apuesto a que se trata de una venganza personal. No te pongas así, Marco; perder a un familiar es ley de vida, y tú siempre te quejabas de lo mal que te iba con el tuyo. —Ignoró las insistentes muecas que hacía Isepe a espaldas de Marco—. Debes ser valiente y pensar en la fortuna que va a caer en tus manos.

—Sí, bueno, eso es lo que...

Pasquale obligó a Marco a callar tapándole la boca con una mano.

—No hables de dinero —dijo, añadiendo con expresión de honda ternura—: ¿Y la viuda, Marco, la hermosa viuda? ¿Cómo se lo ha tomado?

Pese a que Marco no tenía ganas de comentar la reacción de Isabella, su intención de volver al tema pecuniario fue interrumpida por la súbita apertura de la doble puerta que cerraba el otro extremo de la larga sala.

Los primeros en entrar fueron dos hombres de expresión adusta y largas togas de seda roja, en quienes Marco reconoció a dos miembros de los Diez a los que había visto en Ca'Darin. Los seguía el dux en persona, cubierta la cabeza con el gorro bordado de oro que le correspondía por su cargo, y con una mirada de profunda angustia. Dos guardas se quedaron apostados en la puerta, como si estuvieran listos para entrar en acción.

—Pasquale Scolar, tenemos orden de arrestaros con motivo del asesinato de Niccolò Ermolin.

El torturador de Padua no iba quedarse cruzado de brazos, a fin de cuentas.

LA ZONTA

Se habían respetado todas las normas, con la escrupulosidad que caracterizaba a la República Serenísima. Desde el momento en que Rinaldo Ermolin había mostrado en privado a los Diez la carta de Pasquale Scolar, se habían puesto en marcha una serie de operaciones. Los Diez habían pedido de inmediato una *zonta*, consejo que se convocaba en ocasiones urgentes. Los mensajeros recorrieron la ciudad de punta a punta hasta reunir a veintiocho personas en la sala del consejo. La carta descansaba sobre una mesa cubierta por un tapete de seda levantina, simple pedazo de papel del que dependía el destino de varias personas. Los miembros de la *zonta* deberían haber sido veintinueve contando al dux, pero éste, puesto al corriente del orden del día con una delicadeza que lo llenó de terror, fue compasivamente relevado de sus deberes. Se hizo de tal modo que no se atrevió a insistir, pues semejante gesto podía ser interpretado como un intento de ejercer presiones ilícitas a favor de su hijo.

A fin de evitar que avisara a Pasquale y éste tratara de huir de la justicia, se pidió al dux que esperara —casi podría decirse que se le confinó— en una habitación contigua a la sala del consejo, con guardas apostados a ambos lados de la puerta para disuadir todo intento de ir en busca de su hijo. El dux Scolar esperó con las manos tensamente entrelazadas, manteniendo la cabeza gacha, y aguzando el oído para descifrar los murmullos que llegaban del otro lado de la puerta. La triste convicción de que su hijo era un idiota lo había acompañado durante años, pero nunca antes había estado Pasquale tan cerca del desastre. El dux se sentía mal. Los años pesaban sobre sus hombros. Intentó rezar con los ojos puestos en el juego de cuadrados negros y blancos que adornaba el suelo de mármol. Contó en voz baja los que lo separaban de la ventana, hilera tras hilera, como si recitara una fórmula mágica contra el hado que se aproximaba a él con paso implacable.

Aunque la espera le pareció larga, los miembros de la *zonta* estaban lo bastante familiarizados con la fama de Pasquale Scolar para asumir sin demasiados problemas el hecho de que finalmente se hubiera pasado de la raya. Quizá la juventud fuera propensa a las locuras, pero asesinar a un miembro de la Señoría por celos de amante suponía exponerse a los rigores de la ley.

Algunos miembros de la *zonta* adujeron que, a pesar de que las referencias al cargo de su padre bastasen para atribuir la carta a Pasquale y de que su destinataria fuera la esposa de Ermolin, el documento podía no constituir la sentencia de muerte que parecía ser a primera vista. Quizá la amenaza implícita en su texto no hubiera sido cumplida; era posible incluso que se tratara de una mera fanfarronería. Quizá se

le hubieran adelantado y Pasquale fuera inocente de hecho, ya que no de intenciones.

La única forma de averiguarlo era un interrogatorio. Había llegado el momento de que el maestro de Padua hiciera su aparición.

Y eso fue lo que hizo, aparecer y nada más, ostentando su competencia para obtener la confesión de Pasquale por todos los medios, incluyendo los más enrevesados y horribles. El impacto del arresto, lo lúgubre de la celda a la que fue llevado, el terrible descubrimiento de que esta vez su padre no podría hacer nada por él, todas esas cosas hicieron mella en el espíritu de Pasquale; pero no fue hasta ver al torturador con su séquito de ayudantes y su instrumental, compuesto por un brasero y varios artefactos para retorcer, desgarrar y quemar la piel, cuando Pasquale se dio cuenta de que era un cobarde.

La *zonta* sopesó con gravedad su confesión. Pasquale admitía haber contratado a un asesino, de nombre desconocido y descripción que no permitía distinguirlo entre el gran número de profesionales presentes en la ciudad, para que matara a Niccolò Ermolin a cambio de una suma de dinero fijada con antelación, suma que debía percibirse una vez cumplido el encargo. Sí, lo había hecho por celos. Sí, adoraba a la esposa de Ermolin. No, ella no le había animado a hacerlo en ningún momento; Pasquale no había yacido con ella, ni le había hecho partícipe de sus planes. Aquella carta era la primera y única que le había escrito... Además de cobarde, Pasquale era todo un caballero.

¿Qué castigo recibiría? Según el proceder habitual, un crimen como ése habría dado pie a una sentencia de muerte. Una parte significativa de la *zonta*, encabezada por Vettor Darin y el hermano de la víctima, Rinaldo Ermolin, se inclinaba por esa solución; otros, no obstante, adujeron ciertos atenuantes: se trataba de un joven de corta edad, preso de una enfermedad llamada amor, y no había incurrido en el peor de los crímenes, la traición al estado. Además, su padre era el dux, un buen dux hasta la fecha, fiel servidor de la República sin mancha de corrupción en su trayectoria. Cabía tener ciertas consideraciones hacia su cargo, y de rebote el de todos ellos.

Efectuado el recuento de votos, se consignaron doce a favor de la ejecución y dieciséis que optaban por el exilio. Éste debía realizarse en las más severas condiciones, eligiéndose como destino la remota isla de Chipre. Ningún motivo justificaría su regreso, ni siquiera la agonía de su padre. El joven cortaría todos los lazos con su patria, sus amigos y su familia, y aun así debía considerarse afortunado.

Para mal disimulada ira de Vettor Darin, nadie más que él y Rinaldo señaló que el crimen ponía en entredicho no sólo al asesino sino a su padre. No lograron que la *zonta* considerase seriamente la posibilidad de pedir la dimisión del dux Scolar y convocar elecciones. Todo lo contrario; sus miembros sentían compasión hacia el pobre hombre, y alivio por no tener que anunciarle una sentencia de muerte. Si bien Vettor Darin acabó por transigir de puertas afuera con aquel punto de vista tan piadoso, una vez en casa se habría sumado con gusto al rugir de sus leones.

El dux obtuvo permiso para visitar a su hijo en la celda donde estaría confinado

hasta subir a bordo del barco. Abrazó a Pasquale entre lágrimas. A pesar de todo, era preferible no volver a verlo que contemplar sus despojos colgando semanas y semanas entre las columnas de la Piazzetta, aviso para que los jóvenes imprudentes no tuvieran la ocurrencia de comprometerse por escrito.

Pasquale, que desde su arresto no había pensado más que en atroces sufrimientos físicos, se acostumbraba con dificultad a sus nuevas perspectivas de futuro. Había previsto un final lleno de romanticismo, ante un admirado público en el que, llorosa y arrepentida, brillaba con luz propia Isabella Ermolin; ahora de repente se veía segregado de su sociedad, excluido de las diversiones de sus conciudadanos, alejado de sus amistades y pasatiempos y recluso en una isla que, por muchos encantos que le atribuyera la fama, se convertiría en una lúgubre prisión. Su padre le comunicó que las sumas de dinero que podría llevarse consigo o recibir una vez en la isla estarían sujetas a severas restricciones. Venecia no deseaba que las arcas del dux quedaran vacías con la partida del hijo.

Salvado de la tortura, salvado de la ejecución, Pasquale no sentía especial gratitud hacia la República.

Entretanto, una Isabella Ermolin de rostro oscurecido por un velo negro había sido escoltada por su cuñado hasta la sala del consejo, donde la *zonta* deseaba hacerle ciertas preguntas sobre el asesino de su esposo. Si bien Pasquale Scolar había asumido con inamovible fortaleza toda la responsabilidad, su palabra era la de un asesino, y no dejaba de ser sospechosa. En su juventud, las mujeres cometían tantas locuras como los hombres, si no más. La Señoría se componía en gran parte de célibes, hombres que, privados de la influencia moderadora de una esposa, veían en las mujeres a seres insensatos por naturaleza. Nada impedía que Isabella Ermolin hubiera instigado el asesinato de su esposo. A decir verdad no parecía tener motivos para ello, siendo la posición de viuda menos deseable que la de esposa; pero ¿qué motivos cabía esperar? Al ofrecer la manzana a Adán, Eva no se había mostrado precisamente razonable.

Sin embargo, cuando Isabella se colocó en el centro de la sala (cuyo perímetro estaba ocupado por una artística sillería de uso reservado a los consejeros), y echándose el velo hacia atrás enmarcó con él la hermosa palidez de su rostro ovalado, la opinión reinante en la *zonta* experimentó un cambio radical. Bastaba ver a la joven para apreciar su sufrimiento. Merecía su compasión. ¿Cómo acusarla? Al contrario, cabía alabar la diligencia con que había acudido a su cuñado una vez averiguado el contenido de la carta. Una muchacha tan bonita como ella, con su mirada y su voz, tesoros de modestia y discreción, no podía ser culpada de cautivar a quienes la veían, ni de llevar a un joven a extremos desesperados. Uno de los consejeros abandonó su asiento para acercarse a ella y cogerla de la mano.

En cuanto les hizo saber con delicadeza que estaba embarazada, el asunto se dio por zanjado. Las mentes más perspicaces de Venecia renunciaron a seguir interrogándola. El decano de la asamblea le besó la mano, y después de eso Rinaldo

Ermolin obtuvo permiso para acompañarla de nuevo a casa. Cuando abandonó la sala, dejando un rastro de suaves perfumes y negras gasas, nadie tuvo la grosería de sugerir que el hijo que llevaba en su vientre no fuera de Niccolò, sino de Pasquale.

UNA SEÑAL DE ULTRATUMBA

Segismundo acabó de deshacer el equipaje en la habitación que les había cedido Miriam da Silva. Dadas las elevadas posibilidades de que los hubieran visto salir de su anterior morada, habían preferido no arriesgarse a acarrear sus pertenencias a la luz del día. Podía ser útil dar por un tiempo la impresión de estar plantando cara en su antigua habitación.

Tras llevar todo el día sus ropas de recambio debajo de las de a diario, Benno y su señor habían empezado a extenderlas sobre la ancha cama de la esquina. Benno, a quien las dos camisas y el jubón de más habían hecho sudar de lo lindo, observó a Segismundo separar su jubón de terciopelo negro del de piel, más modesto, y advirtió que su señor estaba tan fresco como si no hubiera caminado bajo el sol de mediodía embutido en todo aquello.

Tenían a su disposición todo lo necesario. Se oyó un golpecito en la puerta y apareció un criado de los da Silva con una jarra de agua cubierta con una toalla, todavía caliente pese a lo largo del recorrido. También traía un recado de la señora da Silva: un mensajero del señor Darin se había presentado en busca de Segismundo, el mismo mensajero que había dado con él el día anterior, y que por tanto sabía que quizá volviera a encontrar un cristiano entre judíos. La señora había asegurado ignorar por completo el paradero de Segismundo, prometiendo aun así transmitir el mensaje a quienes pudieran verlo por la ciudad.

—¿Cómo nos encontró la primera vez? —preguntó Benno—. Digo, porque esta ciudad es tan grande...

—Recuerda que a nuestra llegada tuve que aclarar el motivo de mi visita. Dije que mi viejo amigo Josué da Silva me había escrito que estaba enfermo. En Venecia no hace falta más.

—¿Por qué querrá veros ahora?

Una vez más, Benno tuvo la agobiante sensación de que la Señoría vigilaba todos sus actos. Sentado sobre la cama, observó cómo Segismundo se desnudaba y se lavaba. Benno había vertido el agua en una palangana grande de mayólica hallada en el interior del armario. Aquel mensaje era un engorro. Nada le apetecía menos que volver a exponerse al peligro, aquel peligro que a sus ojos englobaba a toda Venecia. Ahí dentro estaban a salvo, fuera del alcance del siniestro amigo de Pirro. Benno añoraba la seguridad de otras ocasiones, cuando su señor trabajaba para duques y príncipes. Pese a todos los riesgos, gozaba entonces del apoyo del estado, y la gente se daba cuenta de que no convenía enfrentarse con él. Trabajar para una familia a

título privado venía a ser como intentar ponerse cómodo en un nido de avispas. Era inevitable acabar molestando a alguien, y no había autoridad alguna que ofreciera su protección.

—¿Qué sé yo? —Segismundo se sacudió el agua de su cuero cabelludo y cogió la toalla que Benno le tenía preparada—. Ignoramos qué habrá conseguido con la carta que he robado. Tanto puede querer cubrirme de besos como darme un puntapié. Hasta es posible que no desee volver a verme.

—¿No os da pena el hijo del dux? Si no lo hizo...

—Me la dará cuando esté seguro de que no es culpable, y cuando vea rodar su cabeza en la Piazzetta.

Benno meditó sobre la respuesta.

—¿Y el dux? ¿Se desharán de él como pretendía el señor Vettor?

Segismundo cogió su camisa de manos de Benno y se la puso. Sacando su cabeza por el cuello, dijo:

—Lo dudo. A menos que haya indicios de que participó en el asesinato de Ermolin, lo cual me parece muy difícil de demostrar. Los venecianos son justos. Por lo general se puede confiar en que lo sean.

Benno no estaba muy seguro de querer confiar en ello. La justicia veneciana parecía incluir demasiadas dosis de espionaje y decapitaciones para infundir seguridad. Segismundo, inmóvil, esperó a que le ajustara el jubón de terciopelo; Benno fue atando los cordeles dorados con expresión recelosa. El viejo Vettor no era de fiar. En el fondo no le interesaba saber quién había asesinado a su yerno, sino poner en aprietos al pobre dux y sustituirlo en el cargo, justificando así a sus feroces leones de san Marcos. Mientras acababa de hacer el lazo, Benno alzó la vista y Segismundo le dio un golpecito en la cabeza.

—No estés tan inquieto, Benno. A lo mejor lo que quiere es pagarme, y no comerme.

No salieron por los pasadizos. Segismundo cogió las llaves que le habían entregado y aplicó una de ellas a la puerta de la esquina. Accedieron a nuevos pasadizos y puertas, y finalmente a unos escalones de piedra a cuyo pie una última puerta les franqueó el paso a una oscura callejuela, tan llena de deshechos —trozos de loza, madera podrida, huesos— que parecía todavía más estrecha de lo que era. Próximo al ocaso, el sol no iluminaba más que los tejados de las casas, cuyas ventanas estaban cerradas. Benno empezaba a comprender qué clase de vida se veían obligados a llevar los judíos, incluso en una ciudad tan tolerante como Venecia. Hacía tiempo que había renunciado a entender porqué tenían tanta fama de malvados, siendo como eran merecedores de la confianza de Segismundo.

La calle acababa en una plazuela inundada de sol, por cuyo suelo de tierra batida tendían sus sombras algunos árboles de escasa altura. De pronto, a lo lejos, se oyó una salva de aplausos. Segismundo hizo pantalla con la mano, y Benno vio en una remota bocacalle un bosque de mástiles y velas al viento que se alejaba lentamente

por el agua.

—El capitán está zarpando. Si es el asesino que buscamos, ahora su castigo depende de los turcos. Imagino que el señor Vettor estará entre todas esas togas rojas. Por lo tanto, será mejor ir a Ca'Darin y esperar su llegada. Ya no tengo tiempo de cumplir mi promesa de despedir a Attilio.

Pasaron en góndola por canales casi desiertos, trazando un recorrido que a esas alturas debería haberles resultado familiar, pero que seguía desorientándolos con su juego de canales grandes en los que desembocaban otros más pequeños, no menos semejantes a ratoneras que los pasadizos de su nueva morada. Y en efecto, una rata más de la mitad de grande que *Biondello* los vio pasar desde un rincón próximo al agua, alisándose los bigotes y observándolo todo con ojos penetrantes. La boca de Benno se torció en una mueca. Aquella rata muerta clavada a la pared de su habitación... ¿Y el hombre que la había puesto ahí? ¿Dónde estaba?

Antes de que hubieran alcanzado Ca'Darin, la muchedumbre reunida para despedir al capitán general empezó a dispersarse. Barcas y góndolas incrementaron el oleaje, y los pequeños puentes de madera que salvaban los canales secundarios ofrecieron un aspecto más peligroso que nunca, carentes de barandillas que resguardaran del agua a los grupos enfrascados en animada conversación. Benno, que desde el incidente de la rata se alegraba de ver al menor número de gente posible, observó con inquietud la paulatina invasión de callejuelas y puentes. ¿Había cosa más fácil que lanzar un cuchillo, pongamos por caso desde uno de esos puentes, y después ocultarse entre el gentío?

Pero el proyectil que recibieron resultó no ser un cuchillo.

De pronto, mientras se acercaban a uno de los puentes de madera embreada, Segismundo se echó a un lado, haciendo que la embarcación se ladeara y el gondolero soltara un grito. En ese mismo instante Benno había visto algo oscuro cayendo del puente, como un pájaro que se abatiera sobre la góndola; menos ágil que Segismundo, se quedó sentado en su sitio, boquiabierto, preso de una pesadilla.

La pesadilla continuó. El objeto se posó en el regazo de Benno con un ruido sordo. Benno tenía su vista puesta en él, pero sus ojos se negaban a reconocerlo. Era una mano. La habían separado de la muñeca de un tajo limpio; los dedos, ligeramente flexionados, parecían buscar algo que hacer sobre las piernas de Benno.

Un hombre cuya silueta se recortaba contra el sol del atardecer los saludó desde el puente mientras se alejaba.

Segismundo se acercó y, apoderándose de la mano, la examinó con pensativos murmullos.

—Otra señal de ultratumba, supongo. Nuestro amigo se está divirtiendo, Benno. Es hora de que nos sumemos al juego.

Orden de movilización

Guido, duque de Montano, tenía dos aficiones que le costaba cultivar simultáneamente: la estrategia militar, cuyos aspectos teóricos dominaba gracias al estudio de las campañas de Julio César y Alejandro, y su salud. Había sido un niño enfermizo, único heredero de un padre que lo mimaba casi tanto como su ansiosa madre. Acostumbrado a ser el centro de todas las atenciones y preocupaciones, Guido había visto realizados todos sus deseos y caprichos. Los médicos se apiñaban a su alrededor, discutiendo el mejor medio de proteger su vida. Ahora que esa protección lo había llevado a pasar de los treinta años, juzgaba esencial tener a más de un médico a su servicio a fin de asegurar la continuidad de su supervivencia. Además, así podía escoger entre varias opiniones, visto que rara vez se ponían de acuerdo.

Todo ello suponía un recorte de su actividad guerrera. En los campamentos militares es difícil someterse a purgas, guardar cama, seguir dietas meticulosas y extrañas y visitar manantiales de aguas curativas. Salir cabalgando al campo de batalla con el cuerpo lleno de sanguijuelas es un incordio considerable. Así pues, el duque mataba las horas escuchando las riñas de sus médicos, leyendo a Tito Livio y la *Guerra de las Galias*, estudiando mapas, y transmitiendo órdenes a *il Lupo*, su capitán. Estaba al caer el momento en que, sintiéndose mejor, hiciera una escapada al ámbito guerrero y promoviera algo más de acción.

La guerra, como la enfermedad, era algo que conocía desde niño. Los dominios de su padre, hoy suyos, bordeaban territorios codiciados por Venecia. Para la República Serenísima, cuyo asombroso poderío copaba las rutas comerciales que se extendían desde Constantinopla —y aun las nevadas extensiones de Moscovia— hasta más allá de las costas inglesas, era un hecho comprobado que el poder pide a gritos más poder. Segura en su archipiélago de la laguna, tenía tanta necesidad de controlar la tierra firme como el mar.

Nada de ello redundaba en beneficio del duque de Montano, propietario de varias ciudades que Venecia podía encontrar útiles para el comercio por tierra. En vida de su padre, Guido había asistido a diversas audiencias en que los enviados de la República ofrecieron incentivos financieros a cambio de concesiones, pero el viejo duque se mantenía en sus trece una y otra vez, en violenta oposición con cuanto supusiera ceder un ápice de influencia, y todavía más con cualquier concesión que se tradujera en la pérdida de una de sus ciudades, por muy generosas que fuesen las compensaciones. Al heredar las ciudades, Guido había heredado también la actitud de su padre.

Hacía un año que Venecia había renunciado a la diplomacia en favor de la guerra, quizá porque los hermanos Marsili acababan de llevar a cabo una exitosa campaña al servicio del Papa. Aquel par de condotieros eran todo un desafío, y Guido, con la cabeza llena de planes de ataque y contraataque, no veía el momento de aceptarlo... cualquier día de éstos. Entretanto enviaba a *il Lupo* instrucciones basadas en datos que, al llegar los mensajes a su destino, habían quedado inevitablemente desfasados.

Fuese o no resultado de ello, el desarrollo de la guerra no estaba siendo muy favorable al duque. Los hermanos Marsili habían cercado Piombo, una de las ciudades codiciadas por Venecia, y la estaban matando de hambre poco a poco. *Il Lupo* esperaba refuerzos, sin los cuales, según informó al duque, no se sentía capaz de lanzar una ofensiva contra el asedio.

El duque negociaba con el Santo Padre una alianza contra Venecia. Sus esperanzas se basaban en que, al comerciar con el infiel —nada nuevo, por otro lado— e insistir sin disimulos en nombrar ella misma a sus obispos en lugar de someter sus nombres a la autorización papal, la República estaba irritando seriamente al Sumo Pontífice. Una vez obtenido el respaldo del Papa, el duque confiaba en hacerse con fondos suficientes para comprar una nueva *condotta* capaz de derrotar a los hermanos Marsili y ayudar a Piombo antes de que fuera demasiado tarde.

En un momento en que la situación estaba en tablas, el duque se hizo con un nuevo médico. El maestro Valentino llegó con una recomendación del Papa, a quien había empezado a curar de una misteriosa enfermedad antes incluso de recibir la triple tiara, cuando era todavía un insignificante y postrado cardenal. La cura se había revelado tan eficaz que el Santo Padre se sintió lo bastante seguro de su salud para permitir que el maestro Valentino se ausentara. A decir verdad, retener mucho tiempo en un mismo lugar al maestro Valentino no era cosa fácil, tratándose de un nómada vocacional. Le gustaba viajar por los más diversos países, y no para encontrar pacientes, puesto que en todas partes acudían a él, sino movido por una curiosidad innata.

El duque de Montano se sometió al examen de aquel nuevo médico con grandes deseos de cambiar de régimen. Llevaba un tiempo durmiendo muy mal. Sus esperanzas no quedaron desairadas.

—Es necesario cambiarlo todo. —El maestro Valentino despegó la cabeza del pecho del duque, al que había estado auscultando con atención—. Hay un grave desequilibrio de humores.

El duque se incorporó, sorprendido pero no turbado. Ya hacía años que temía morir en cuestión de semanas. Además, el hombre que había salvado al Papa tenía muchas posibilidades de curarlo también a él. Los otros médicos, reunidos para observar el examen, oír el veredicto y defender sus propias opiniones, escrutaron el rostro sardónico y lleno de arrugas del maestro Valentino, un rostro enmarcado por

mechas de cabello gris que le salían del gorro de piel, y dotado de unos ojos cuya intensidad realzaban unas cejas negras y pobladas. Decidieron que lo mejor era asentir con aire pensativo, mostrando una aquiescencia llena de reserva.

—¿Debo descansar más? ¿Purgarme más?

Una vez tomado el pulso de su paciente, el doctor volvió a colocar la ducal muñeca sobre la ducal rodilla.

—Al contrario. De momento nada de purgas. Una dieta fortalecedora. Y ejercicio. Mucho, muchísimo más ejercicio.

Y así fue que el duque de Montano, a quien Ottavio y Nono creían postrado en su lecho, se encontró de pronto a lomos de un caballo, encabezando una tropa de jinetes leales en dirección a Piombo y al campo de batalla. El maestro Valentino cabalgaba junto a ellos, movido por el gusto de viajar. Estaba muy interesado en el tratamiento de las heridas, así como en experimentar un nuevo unguento que supuestamente curaba la gangrena.

Segismundo, tan receptivo a la curiosidad como su viejo amigo Valentino, estaba viendo satisfecha la suya en Ca'Darin. Al saber que Segismundo estaba esperando a su esposo, donna Claudia Darin lo hizo llamar de inmediato. Vestida en la presente ocasión de seda púrpura con bordados de plata, se deslizó hacia el visitante con una mirada llena de vivacidad e interés.

—¿Morirá?

Segismundo se inclinó con una sonrisa.

—Todos los hombres deben morir, señora. ¿Cuál os interesa?

Donna Claudia, ya lo bastante cerca para propinar a Segismundo un empujoncito en el pecho, le dirigió una mirada llena de coquetería.

—Cualquiera os tomaría por un asesino a sueldo... No, me refiero naturalmente a Pasquale Scolar. —Hizo una pausa para escrutarlo con ojos esperanzados—. ¡No iréis a decir que no os han informado del arresto del muchacho!

—Sé lo bastante del asunto para haberlo previsto. Si ya está en espera de juicio, significa que los Diez no han perdido el tiempo.

—No suelen perderlo. Antes pierden la cabeza. Mi esposo ha salido esta mañana de casa para incorporarse a la *zonta* durante el interrogatorio y posterior juicio. Le he rogado que me hiciera saber el veredicto, pero sin duda habrá tenido que ir directamente a despedir al capitán general... ¿Entonces no os han dicho nada?

—Acabo de salir de la Giudecca, y no me ha llegado ninguna noticia.

Si acaso Segismundo pensaba en la mano cortada que le había caído encima, no era aquélla noticia que trascendiera lo personal. De momento nadie había cortado la cabeza de Pasquale.

—¡Pobre joven! ¿Cómo pudo llegar a extremos tan horribles? Mi nieta está profundamente afligida, pues fue ella quien descubrió la carta y cumplió con el deber

de comunicarnos su existencia. ¡Pobre muchacha! Desde la muerte de su madre ha pasado mucho tiempo aquí, a mi lado, y aunque Niccolò no era persona que inspirara afecto, ha sentido su muerte en lo más hondo. ¡Pensar que ese hombre fue capaz de hacer que asesinaran brutalmente al padre de su amigo Marco!

Justo cuando donna Claudia mencionaba a su nieto, un criado abrió las puertas de par en par y anunció su llegada. Marco entró dando grandes zancadas y, al tiempo que se quitaba su gorra de terciopelo gris, dirigió a Segismundo una mirada llena de cómica sorpresa y fastidio. Besó a su abuela en la mano y la mejilla sin quitar ni un momento los ojos del visitante.

—¿Cuándo llegará mi abuelo? Tengo que hablar con él. ¿Lo esperáis pronto, señora?

—No tardará, Marco. ¿Ya sabes el veredicto?

—¿Cuál puede ser, sino culpable? Por mí que se pudra en el infierno. —El armonioso rostro de Marco se crispó en una mueca grotesca—. ¡Fingirse amigo mío y planear la muerte de mi padre! ¡Judas! ¡Espero que los torturadores lo corten en pedacitos! —Señaló a Segismundo con la cabeza—. ¿Y este qué hace aquí? ¿Vamos a tenerlo siempre rondando a la familia?

Escandalizada por los modales del joven, donna Claudia frunció el entrecejo y movió la cabeza, pero sólo consiguió que Marco pusiera aún más mala cara.

—Eso tendrás que preguntárselo a tu abuelo, Marco.

La espera no iba a ser muy larga; de repente un ruido de voces entró por la ventana, acompañando la llegada de Vettor en su góndola. Los criados lo ayudaron a desembarcar y le dieron la bienvenida, sumándose a ella el gruñido apenas audible de los leones.

Poco después hizo acto de presencia, suntuosamente envuelto en el brocado rojo con que había despedido a la flota; saludó a su esposa, abrazó a Marco e hizo una señal de cabeza a Segismundo, todo ello sin mostrar la menor satisfacción.

Había albergado la esperanza de volver aquella tarde con la noticia de la dimisión forzosa del dux y el posible nombramiento de un dux Darin. Estaba de tan mal humor que pedirle dinero no haría más que empeorar las cosas; su nieto, sin embargo, demasiado joven, inexperto y absorto en sí mismo para darse cuenta de ello, le pidió hablar en privado.

La forma en que lo miraron los ojos claros y redondos de su abuelo debería haberlo puesto sobre aviso. Donna Claudia, que conocía a su esposo, cogió a Marco del brazo, tratando de arrastrarlo hacia ella. No obstante, la atención de Vettor ya no se concentraba en su nieto. Sus ojos se habían posado en Segismundo sin endulzar un ápice su expresión.

—Vos, venid conmigo.

Donna Claudia interrumpió el «¡Señor...!» de Marco llevándolo a la fuerza a dar una vuelta por la sala. Sin fijarse en ellos, Vettor entró con Segismundo en una habitación contigua, un estudio. Aun tratándose de una pieza más pequeña, estaba

amueblada con un lujo mucho mayor que el estudio donde habían encontrado a su yerno, especie de joyero de uso íntimo donde Niccolò guardaba sus tesoros. Vettor, en cambio, dejaba ver el alcance de sus ambiciones hasta en el tamaño de los armarios; uno de ellos, lo bastante grande para tener vitrinas, albergaba una mesa y unos estantes desplegados atestados de libros abiertos. Al otro lado de la habitación había un Jesucristo dorado poco menos que de tamaño natural. Una de las paredes estaba cubierta de estantes, con libros de contabilidad encuadernados en piel de colores y letras de oro. En otro rincón, una estructura de madera de cedro reunía una silla con un cojín rojo, un escritorio inclinado, más armarios y algunos compartimientos en que se veía un reloj de arena, un candelero de bronce, un astrolabio, una campanilla de plata, una caracola y un cuenco de mayólica donde crecía un pequeño arrayán. En caso de convertirse Vettor en el dux Darin, aquel estudio haría honor a su nuevo cargo.

—Os debo una recompensa por vuestros servicios. No olvido que me habéis entregado la carta... —Calló unos instantes, recordando quizá que la carta había pasado enseguida a manos de Rinaldo—. La carta que ha demostrado la culpabilidad de ese asesino, Pasquale Scolar, y que ha inducido a condenarlo al exilio.

—Al exilio...

Cierto matiz en la voz de Segismundo hizo que los ojos redondos lo miraran con atención.

—Al exilio, sí. La *zonta* se ha mostrado más clemente de lo que merecía ese villano. Viajará bajo custodia a la isla de Chipre, y ahí pasará el resto de sus días. —Vettor subió los escalones del escritorio y abrió con premura uno de los armarios cerrados con llave—. Yo, lógicamente, he votado a favor de su ejecución. ¿Acaso el asesino de mi yerno tiene derecho a seguir con vida? Pero la Señoría ha querido ser respetuosa con el cargo de su padre. —Vettor ya no disimulaba su amargura—. Así pues, el chico vivirá.

Entonces salió a luz un pequeño cofre. Vettor, que daba la espalda a Segismundo, tuvo que inclinarse para abrirlo; por lo visto los aristócratas venecianos eran aficionados a llevar al cuello sus llaves secretas. Se oyó un tintineo y, cerrados de nuevo cofre y armario, Vettor se volvió con una bolsa de cuero en sus manos, bien atado el cordón. Lo tendió hacia Segismundo, que estaba al pie del estrado.

—Tomad. Espero que compense no sólo lo que habéis hecho por nosotros —dijo, haciendo un amplio ademán con su mano regordeta como si quisiera incluir a la familia Ermolin además de a la suya—, sino también lo que confío seguiréis haciendo. —El hombrecillo de ropajes suntuosos y reluciente calva se irguió y entrelazó sus manos dentro de las mangas. Adoptó una postura de autoridad, no exenta de amenaza—. Mantened en secreto cuanto hayáis visto u oído en nuestras casas, y abandonaréis esta ciudad pacíficamente.

Es decir, que toda indiscreción por parte de Segismundo no sólo le impediría abandonar en paz la ciudad, sino incluso abandonarla de cualquier otro modo.

De camino a la Giudecca, Benno reaccionó con indignación al relato de Segismundo.

—Habéis trabajado para duques, príncipes y hombres que estaban muy por encima de él, y no recuerdo que nadie hiciera la menor alusión a lo que hubierais visto, oído o hecho. Y sabían que vos tampoco lo harías. ¿Quién se ha creído que es? Ni siquiera ha conseguido convertirse en dux.

—Quizá el problema radique ahí.

Percibiendo algo raro en la voz de Segismundo, Benno buscó el rostro de su señor en la penumbra, y percibió en él una expresión desconocida. Cayó en la cuenta de que también Segismundo estaba enojado.

Volved a salvarlo

La inquietud borraba todo rastro de hoyuelos, y las manos cargadas de anillos se retorcían sobre el raso negro.

—El dux ha enviado por ti, Cristóbal. Por lo visto sabía que podías estar en esta casa, aunque he dicho al mensajero que no sabía nada. ¿He hecho bien?

Segismundo separó las manos entrelazadas y las besó.

—Perfectamente, Miriam. Lo único que siento es que tengas que pasarte el día atendiendo a gente que me busca.

—¿Irás a verlo? ¿Es por lo de su hijo?

—Me parece que no se puede decir no al dux. ¿Qué sabes de su hijo?

Miriam tendió las manos.

—En toda la ciudad no se habla de otra cosa. Dicen que asesinó al señor Ermolin por amor a su esposa, y que será castigado con el exilio. ¿Es cierto?

—Mmm... ¿Que si es cierto, Miriam? Bueno, todo apunta a que pudo suceder así. Miriam le tocó el brazo con gesto suplicante.

—No correrás peligro si vas, ¿verdad, Cristóbal? Yo no sé nada, pero el señor Darin te ha hecho llamar dos veces; quizá hayas tenido algo que ver con lo que le ha pasado a ese chico, el hijo de un hombre al que le gustaría ver en el fondo de la laguna. Quizá el dux Scolar busque venganza.

Segismundo se inclinó para coger un dulce de la bandeja de plata que mediaba entre él y Miriam.

—¿Conoces al dux? —preguntó.

Los hoyuelos de Miriam se marcaron de forma deliciosa.

—Conozco a muchos de la Señoría, pero de momento los ducados del dux no han llamado a mi puerta. Quizá no hubiera tardado en verlo por aquí si su hijo hubiera podido quedarse en Venecia. Ni la fortuna de los Scolar resiste a lo que gasta ese muchacho. Por lo menos su exilio salvará las arcas del dux... ¿Por qué lo preguntas?

—Porque o mucho me equivoco o no es un hombre vengativo. Y si lo es... —Segismundo atajó con un dedo las protestas de Miriam—. Si lo es debo correr ese riesgo. Créeme —añadió, sonriendo de oreja a oreja—, no es el único que corro.

Vivo todavía el recuerdo de la mano cortada en su regazo, Benno reprimió a duras penas una exclamación de conformidad; aun así asintió vigorosamente con la cabeza. Advirtiendo sus movimientos, Miriam cogió un dulce de la bandeja y se lo dio. Benno se puso a chupar la violeta azucarada, contento de ver que, por vez primera desde que habían llegado a aquella incómoda ciudad, su señor estaba a gusto y en

compañía de gente que lo trataba como merecía. Ahí, dentro de aquella pequeña habitación forrada de madera oscura y abarrotada de objetos lujosos, Benno podía asistir directamente a lo que sucedía, en lugar de esperar a que Segismundo se lo contara. Había albergado la esperanza de que una vez recibido el pago del señor Vettor pudieran alejarse de esas horribles familias Ermolin y Darin —e incluso, con algo de suerte, perder de vista Venecia, y con ella al desconocido que insistía en hacerles regalos a cuál más horrible.

Y ahora resultaba que iban de camino al palacio ducal para ver al dux, a cuyo hijo Segismundo había contribuido a condenar al exilio. Acurrucado en la góndola, Benno contempló con aprensión los últimos jirones de sol que teñían de oro y púrpura el cielo del noroeste, mientras soñaba con volver a la ratonera de la Giudecca que tan amablemente les había proporcionado Miriam da Silva. *Biondello* dormía contra su pecho, ajeno a toda preocupación. Era un perro que se tomaba con filosofía el hecho de que la gente tirase cosas desde los puentes, si bien habría preferido algo más succulento que una mano cortada.

A la luz de las antorchas, Benno subió sin trabas las escaleras que partían del patio interior del palacio, pero, tal como esperaba, sólo Segismundo fue acompañado a los aposentos del dux por un paje ataviado con librea de los Scolar. Teniendo en cuenta el mugriento aspecto de Benno, ya era toda una concesión que le permitieran esperar en una antecámara toda oros y frescos, bajo la cauta vigilancia de un guarda. Tras sentarse en un banco de mármol, se preguntó cuántos pisos por debajo de aquél habría descendido el pobre Pasquale; sin duda los muros de una mazmorra representaban un cambio muy desagradable respecto a aquellos frescos de alegres danzas silvestres.

El destino de Pasquale ocupaba por completo los pensamientos del dux Scolar. Oyendo anunciar a Segismundo, el anciano volvió un rostro que la angustia hacía parecer más arrugado que nunca. No por ello dejaba de mantenerse erguido, ni lo había abandonado su dignidad. Después de que Segismundo hiciera una reverencia, el dux lo contempló en silencio por unos instantes; a continuación giró sobre sus talones para volver a mirar por la ventana, como si esperara recibir ayuda del cielo crepuscular.

—Os habrán dicho lo de mi hijo.

—Sí, excelencia.

Interrumpiendo su búsqueda de ángeles, el dux volvió a encararse con Segismundo, cuyo rostro escrutó con ojos rodeados de arrugas.

—Trabajabais para el señor Vettor. ¿Todavía lo hacéis?

—Hoy mismo me ha pagado mis servicios, excelencia.

El dux sonrió sin entusiasmo.

—A fin de cuentas, no habéis sido vos quien ha descubierto al asesino. Debemos el exilio de mi hijo a la señora Isabella Ermolin. Sin duda habréis oído hablar de la carta que él le escribió.

Segismundo inclinó la cabeza en modo de asentimiento. El dux empezó entonces a pasearse arriba y abajo de la sala, como si estuviera midiendo inconscientemente la superficie de una celda. Por fin habló, pero daba la impresión de hacerlo para sus adentros, pronunciando en voz baja frases inconexas.

—Tiene que haber sido ella... La he visto. Algo la empuja, lleva al demonio dentro... el demonio la empuja... —Se detuvo y dijo—: Mi hijo es inocente.

Segismundo permaneció a la escucha sin asomo de incredulidad. El dux siguió mirándolo fijamente.

—Ha confesado, sí, pero ha sido para protegerla. Ella, ella es la culpable. Mató a su esposo para poder casarse con Pasquale. Y después, en cuanto teme que sospechen de ella, echa mano a esa carta de amor. Estaba dispuesta a verlo morir. —La voz del anciano se quebró; no lo embargaba el dolor sino la ira—. Es ella quien merece el exilio. La muerte merece.

—¿Qué os lleva a estar tan seguro de ello, excelencia?

—Sabía que mi hijo la deseaba. ¿No creéis que una chica así preferiría estar casada con un joven de buena planta dispuesto a gastar su dinero en ella? Niccolò Ermolin nunca soltaba un ducado si había manera de evitarlo.

—¿Hubo una petición de mano por parte de vuestro hijo antes de que se casara con el señor Ermolin?

De repente, como si sus piernas ya no pudieran sostenerlo, el dux se sentó al lado de la ventana sobre unos cojines bordados. A medida que caía la noche el azul del cielo se hacía más profundo, y el brillo de antorchas procedente del patio reemplazaba a la luz del día. El dux se protegió los ojos con mano frágil, mas no de la luz, sino de sus remordimientos.

—Debería haberlo escuchado. Si le hubiera hecho caso... Le dije que era un simple capricho, que como ése podía tener mil; que nadie se casa por amor, y que acabaría por superarlo. —Suspiró, alzando la cabeza en dirección a Segismundo—. No me gustaban ni sus padres ni su hermano. No quería tener nada que ver con ellos, aunque como familia era buena, y se sabía que la chica dispondría de una dote sustanciosa. Desconfié... ¿Pero cómo iba a saber que acabaría así?

Un paje entró con lumbre para los cirios, mascullando excusas por la interrupción. Tras recorrer el perímetro de la sala deteniéndose ante los candeleros de bronce, se retiró con ágil discreción. Una vez fuera pasó junto a Benno, que, sentado en la penumbra de la antecámara, se preguntaba si le impedirían comer una cebolla cruda y un mendrugo de pan de buen tamaño que llevaba metidos en la camisa; *Biondello*, que meditaba entre camisa y jubón, había aprendido tiempo atrás a no tratar de hacerse con la comida de su amo. Sintiéndose observado por Apolo, que jugueteaba con una ninfa en la pared de enfrente, Benno renunció a la cebolla. Al salir el paje, y antes de que cerrara la puerta, Benno distinguió fugazmente la voz cavernosa de su señor.

—¿Qué deseáis de mí, excelencia?

El anciano lo conminó a acercarse más, hasta que a Segismundo le faltó poco para pisarle los pies; entonces lo asió por la manga de terciopelo con una mano que, por primera vez, temblaba.

—Demostrad su inocencia. Demostradla. Ya lo salvasteis una vez. Volved a salvarlo.

El destino de Piombo

El duque de Montano cabalgaba al encuentro de su ejército acampado cerca de Piombo, volcándose de lleno en el ejercicio físico recomendado por su médico. Se había llevado sus halcones, y de camino los lanzó contra un número considerable de pájaros, placer que hasta ese momento se había visto frenado por su precaria salud. Sin embargo, al llegar a destino la situación cambió. No le iba a ser nada fácil desentumecer los músculos en el campo de batalla.

¿Por qué? Porque sus capitanes dudaban de poder alzarse con la victoria.

Entrar en combate representaba una actividad demasiado peligrosa para un condotiero, a menos que el resultado no diera lugar a dudas. De cuando en cuando podían verse obligados a ello por culpa de un ataque por sorpresa, o bien de un cliente tiránico que impusiera sus razones; sin embargo, nunca se arriesgaban por iniciativa propia a ver menguadas sus preciadas reservas de hombres, máximo argumento en las negociaciones. La guerra era un negocio como otro cualquiera, una cuestión de regateo, estrategias de mercado y circulación de datos confidenciales. Los capitanes del duque preveían hacer tratos con el enemigo en un momento u otro, y podía perdonárseles que al verlo llegar supusieran que su fin era ése.

Pero en aquella ocasión el enemigo era Venecia, y había contratado a los hermanos Marsili. A menos que el duque fuera portador de una suma de dinero lo bastante respetable para que Ottavio y Nono hallaran tentadora la peligrosa opción de traicionar a la República Serenísima, todo apuntaba a que Piombo se rendiría en cuestión de días, perdiendo el duque una de sus ciudades favoritas. Semejante resultado haría que el viejo duque no sólo se revolviera en su tumba, sino que saliera con toda probabilidad a perseguir a aquel hijo tan incompetente.

Sin embargo, aparte de su caballería personal sólo apta para desfiles, el duque no parecía haber traído nada más que a un médico. Sus capitanes, con *il Lupo* al frente, tuvieron que persuadirle de que avanzar sobre la *condotta* de los Marsili, que mantenía su asedio en torno una ciudad ya medio muerta de hambre, sólo serviría para sumar un desastre a otro. El problema no se resolvería con sangre, sino con oro.

Sintiéndose más en forma que nunca, y por tanto más impaciente, Guido descubrió que sus capitanes no tenían conocimiento alguno de estrategia, ese arte que él había estudiado a conciencia en César y en los informes de otros genios militares. Tanto *il Lupo* como los demás capitanes consideraban la gloria desde un punto de vista exclusivamente pragmático. De poco servía que le erigieran a uno una estatua si no podía disfrutarla en vida. Ahora bien, si su excelencia decidía sobornar a los

hermanos Marsili —¿los había visto alguna vez en combate?—, el cerco de Piombo podría verse levantado antes del invierno.

Pasados unos instantes de silencio, el duque señaló que estaban en julio. Le recordaron entonces que ellos no podían luchar pasado el mes de septiembre, principios de septiembre en realidad. El duque inquirió sarcásticamente si los hermanos Marsili también se retirarían en septiembre. Sus capitanes se encogieron de hombros y contestaron que los Marsili se guiaban por reglas propias; eran verdaderos monstruos, capaces de cualquier cosa.

Justamente por eso, sin embargo, había motivos para esperar lo mejor. *Il Lupo*, que se había ganado el mote sin necesidad de robar niños y llevárselos entre las mandíbulas, se apoyó sobre la mesa de caballete —cubierta de mapas, muescas de cuchillo y manchas de vino y grasa— y acercó al duque su faz cadavérica.

—Tended vuestra mano el tiempo suficiente, y la manzana caerá en ella.

Aquella gnómica afirmación desafiaba todo el saber que los preceptores de Guido se habían esforzado por meterle en la cabeza. *Il Lupo*, impaciente, se revolvió en su asiento y dio una pista.

—Siempre y cuando la mano no esté vacía, se entiende.

El duque lo vio claro. No era la primera vez que se lo decían: como todos los condotieros, los hermanos Marsili podían ser sobornados. De hecho el duque ya había efectuado tortuosas maniobras en esa dirección, con todos los subterfugios y precauciones necesarios, y no era imposible que llegaran a buen fin. Sus agentes lo habían informado de que los Marsili no estaban del todo satisfechos con su cliente, cosa por otro lado muy normal tratándose de extranjeros al servicio de la República Serenísima. Si bien Venecia estaba dispuesta a premiar los éxitos —y lo hacía con creces—, las consecuencias del fracaso eran catastróficas. La dificultad tremenda de aquel asunto radicaba en que, de aceptar los Marsili el soborno y levantar el sitio de Piombo, deberían arreglárselas para que Venecia lo juzgara perdonable y, viendo en ello un simple revés del destino, siguiera pagando sin reticencias.

El duque no esperaba ver cumplidas tales expectativas.

Il Lupo, en cambio, se mostraba optimista. Echó un vistazo a los demás capitanes y, encogiéndose de hombros, dijo:

—En cuanto a Piombo... En efecto, puede ser que tengáis que renunciar a Piombo.

Al duque le pareció ver el rostro de su padre, lleno de asombro y de ira. Pensó en los habitantes de Piombo, con el ejército del duque a la vista, sin más gatos, perros ni ratas que comer. Miles de esqueletos tendiendo la mano, pronunciando su nombre con bocas carentes de labios.

—No puedo renunciar a Piombo.

El puño de *il Lupo* se estampó sobre la mesa.

—¡Estamos en guerra, excelencia! Piombo ya está perdida. Los Marsili tienen que dársela a Venecia. No hay más remedio, si queremos que nos sirvan en el futuro.

El duque empezaba a añorar su anterior régimen de descanso sistemático. ¡Qué gran consuelo no tener que escuchar a aquel hombre de rudos modales, cada vez más parecido a un lobo! ¡Ah, si un médico lo obligase a guardar cama! No entendía que los hermanos Marsili pudieran ser útiles a sus enemigos... ¿Porqué habría traído al maestro Valentino, con su fe en el ejercicio y no en el descanso? Toda la energía acumulada en las últimas horas lo estaba abandonando bajo la cínica mirada de *il Lupo*.

—En cuanto caiga Piombo, excelencia, podremos empezar a hablar.

Tratándose de genios, la coincidencia de ideas no es rara; los profesionales, en concreto, llegan a veces a conclusiones similares. Ottavio y Nono, reunidos con sus capitanes ante las murallas de Piombo, habían decidido que era hora de que las gentes de Piombo dejaran de sufrir.

Pocas horas después de finalizar el consejo de capitanes, los piombeses advirtieron con asombro que una serie de carros tirados por bueyes se adentraba a trancas y barrancas por la extensión llena de baches que mediaba entre las murallas y los sitiadores. Los carros estaban cargados con sacos lo suficientemente abundantes y llenos para hacerle a uno la boca agua, sobre todo si ese uno lleva semanas a régimen de sopa de rata.

Uno de esos sacos, ligeramente descosido, dejaba caer un fino reguero de trigo. Sobre las murallas de Piombo, nadie pudo evitar oler a pan recién horneado.

Pero ¿por qué? ¿Quién podía enviarles comida en momentos como éstos, pasando a través de un ejército decidido a matarlos de inanición? Algunos, los más optimistas, pensaron que su duque había venido a rescatarlos; visto que obviamente el ejército de los Marsili seguía ahí, debían de haber llegado a un acuerdo de paz, resolviéndose todo ello en la presencia de aquellos benditos sacos de trigo. Otros temían lo peor: tenían delante a venecianos, gente famosa por sus artimañas. Los carros eran una trampa para abrir las puertas, y los sacos estaban llenos de basura.

Llamaron a gritos al viejo que conducía el primer carro. Su respuesta confirmó las esperanzas de los piombeses más optimistas. El trigo había sido enviado por el duque. Los Marsili habían aceptado una tregua mientras se concretaban los acuerdos, y una de las condiciones en que había insistido el duque había sido la de alimentar a sus súbditos sitiados. Para demostrar que todo estaba en orden, los carros entrarían uno a uno por el portón para ser registrados.

El hambre abrió las puertas. Lentamente —¡y qué cruel era esa lentitud!— el primer carro cruzó chirriando el puente levadizo que salvaba el foso, con un estruendo que resonó en la torre de entrada. Algunos piombeses, armados con picas lo bastante ligeras para sus escasas fuerzas, acudieron a descargar y registrar la carga, mientras los demás vagones avanzaban esperando turno.

De pronto se oyeron gritos y el ruido seco de una tralla. Los bueyes del segundo carro habían seguido su camino sin detenerse en el puente, y el conductor sólo logró frenarlos en la entrada, bloqueando una de las puertas de tal forma que el acceso ya

no podía cerrarse. En una inquietante transformación, el conductor del primer carro recuperó la energía de sus años mozos y, desenvainando una espada, se plantó de un salto entre los desdichados piombeses y sus picas. El saco descosido se abrió por completo y dejó libre a un enano, que, envuelto en una lluvia de trigo, hizo voltear una segunda espada, demostrando saber usarla a pesar de su gran tamaño. Ottavio y Nono podrían presumir de haber sido los primeros en entrar en Piombo, lo cual decididamente aumentaría su prestigio a ojos de la República Serenísima. Los carros siguientes ya habían demostrado estar llenos de soldados ocultos bajo los sacos; al rato acudieron corriendo muchos más, impacientes por matar, quemar, saquear... y, en definitiva, llevarse todo lo que los habitantes de la ciudad no hubieran podido comerse.

Los piombeses más desconfiados no vivieron lo bastante para darse el amargo gusto de decir «ya os lo dije» a los demás; de todos modos no habrían podido oírlo.

Hijos distintos, problemas distintos

Mientras Ottavio y Nono resolvían la cuestión de Piombo para sus clientes venecianos, en la propia Venecia se estaban produciendo otras pérdidas y ganancias.

A pequeña escala, los criados del palacio Ermolin estaban fascinados por la rapidez con que Isabella se había ganado el respeto y la protección del señor Rinaldo, una vez sabido por éste que llevaba en su seno al hijo de su hermano. Rinaldo la visitaba a diario en sus aposentos, casi siempre comían juntos, y, para asombro general, se comprobó que tomaba en cuenta sus deseos en las modificaciones y ampliaciones del palacio supervisadas por Brunelli; al difunto esposo de Isabella, responsable de dichas obras, se le habría ocurrido antes consultar al gato que a ella. Se comprobó igualmente que Marco, antes tan atento con su joven madrastra, había perdido todo interés en ella y evitaba su compañía, si bien era posible que a quien quisiera evitar fuera a su tío, visto que solían estar juntos.

Marco tenía motivos para evitar a Rinaldo. Desde que se había divulgado la negativa de Miriam da Silva, el joven no había logrado obtener ningún préstamo de los judíos. Su mejor amigo, Pasquale, antaño proveedor de infinita generosidad, había sido condenado por instigar el asesinato de su padre, y en cuanto al origen de las riquezas de Pasquale, el dux, difícilmente estaría dispuesto a compartir sus ducados con Marco. Vettor Darin, última esperanza de Marco y abuelo a veces bondadoso, estaba de tan mal humor por no haber podido involucrar al dux Scola en la caída en desgracia de Pasquale que Marco había decidido no plantearle el asunto, y donna Claudia se negaba sin rodeos a intervenir en favor de su nieto. Su hermana Beatrice no tenía dinero; además, su relación nunca había sido tan estrecha como para pedirle que vendiera sus joyas, pese a que poco podía sacarse de las chucherías consentidas a una muchacha; aun así, al ver sus pendientes de filigrana, Marco lamentaba no haberse tomado la molestia de mostrar algo más de afecto. La cuestión se hacía más apremiante por minutos, pues los acreedores que tantas esperanzas se habían forjado tras la muerte de su padre percibieron su reticencia a pagar, o peor todavía su incapacidad de hacerlo, y de común acuerdo empezaron a presentar sus pagarés a quien gestionaba la fortuna de los Ermolin, es decir a Rinaldo.

Marco se daba cuenta con amargura de que tarde o temprano rodarían cabezas. Y no la de Pasquale, cosa extraña teniendo en cuenta lo mucho que lo merecía, sino la suya, inocente del todo, según su sentir, excepto por una natural confianza en aquella fortuna que en buena lógica debería haber pasado a sus manos. Marco había dado por supuesto que la muerte de su padre acabaría con todos sus problemas; ni se le había

ocurrido que la fortuna de Niccolò no recayera sobre él. Ahora todo apuntaba a que sólo la muerte del tío Rinaldo podría remediarlo, y el estilo de vida del susodicho no permitía albergar esperanzas de una muerte natural a corto plazo. Rinaldo no era imprudente ni disoluto. Cogerlo desprevenido era difícil, pues sólo dejaba de lado las precauciones cuando se sentía seguro por completo.

Se le ocurrió entonces que si era cierto lo que aseguraba Pasquale: si no había tenido problemas para encontrar a un asesino a sueldo —aunque para Marco lo del asesino suponía un enigma—, tampoco a él le sería imposible hacerse con los servicios de uno, siempre y cuando, claro está, se atreviera a cometer un acto tan espantoso. El problema era a quién acudir en busca de referencias personales, por decirlo de algún modo. Como no bajara un ratito a las mazmorras y se lo preguntase a Pasquale...

Marco suspiró, pensando en lo injusto que era todo.

Había algo tan sumamente patético en la falta de confianza demostrada por su padre al dejar sus asuntos en manos de Rinaldo y ceder a su único hijo una suma tan mezquina... Ahora ese hijo tenía que esconderse por las esquinas, esperando el momento en que su tío cayera sobre él acusándolo de derrochar la fortuna de los Ermolin, cuando en realidad todo el dinero le correspondía por derecho natural. En fin, puesto que se veía obligado a rehuir los lugares que había frecuentado hasta entonces, quizá lograra dar con alguien igual de reacio a mostrarse en público, aunque en su caso por razones profesionales, y acaso útiles.

En el momento en que Marco pensaba en ello, una de esas personas estaba reunida con su tío. Como sabía muy bien su sobrino, Rinaldo no era hombre que diera palos de ciego: el hombre al que tenía delante, y que escuchaba tranquilamente sus instrucciones, estaba ahí porque Rinaldo había obtenido referencias personales, de ésas que Marco veía tan difícil conseguir. Giulio da Tolentino, víctima de una pérdida tan reciente como misteriosa —nadie había descubierto todavía al culpable de haber degollado a su esposa de forma tan horrible—, era persona de confianza (Rinaldo no tenía amigos), y le había comunicado, mediando una buena cantidad de vino ingerida para ahogar su alegría en el funeral de su esposa, que no hay por qué aguantar a la gente cuya presencia suponga un incordio en nuestras vidas, mientras uno esté dispuesto a desembolsar una módica suma para eliminarlos, añadiendo que él, Giulio, conocía a uno de esos expertos en eliminaciones. Las relaciones comerciales de los Ermolin bastaron para que Giulio se decidiera a hablar. Indicó un nombre y un lugar al que dirigirse.

El resultado estaba de pie frente a Rinaldo. Era un hombre de gesto desenvuelto, familiarizado sin duda con la muerte. Pese a su innata desconfianza, Rinaldo se abandonó a la discreción de su interlocutor. Empezó a describir con todo detalle lo que quería.

Otra persona de quien podía decirse lo mismo se hallaba en el palacio en ese mismo instante, sin que lo supiera el dueño o cualquier otra persona que no fuera el

ama de llaves.

En esta ocasión Segismundo y Benno habían amarrado su barca alquilada en el pequeño desembarcadero contiguo a la despensa de Zenobia. Mientras Benno remaba por el pequeño canal, sintiendo en sus brazos lo mucho que se había dedicado al remo últimamente, dos personas ocupaban el desembarcadero. Una de ellas tenía en sus manos una cesta de limones, que estaba entregando a la segunda a cambio de unas monedas y una sonrisa encantadora. La segunda era la propia Zenobia, airosamente ataviada de gris marengo y con el rostro enmarcado en una sencilla toca blanca. En cuanto se volvió hacia los nuevos visitantes dejó de sonreír.

—¿Qué hacéis aquí? No tengo nada más que deciros. Asunto concluido.

Benno subió los escalones en pos de su señor, pensando hasta qué punto estaba concluido el asunto para Pasquale y su pobre padre. Que la presencia de Segismundo irritara a Zenobia no era de extrañar. Desde el primer día la familia Ermolin había visto con malos ojos el hecho de que Segismundo se inmiscuyera en sus intimidades. De lo dicho por su señor, Benno deducía que Rinaldo le había informado desde un principio de que su presencia no tenía nada que ver con él, sino con el entrometido Vettor Darin; su principal hazaña había sido robar a Isabella una carta comprometedoramente cuyo contenido conocía perfectamente. Rinaldo no iba a venir a su encuentro con los brazos abiertos, eso estaba clarísimo.

Tampoco la tal Zenobia, por lo que parecía.

—Aun así tengo algo que comunicarte. Quizá prefieras oírlo en privado.

Benno tenía constancia de que aquella treta había funcionado más de una vez. Según decía su señor, casi todo el mundo tenía secretos susceptibles de ser descubiertos, y siempre preferían mitigar los perjuicios del modo que Segismundo acababa de sugerir.

El truco surtió efecto una vez más. Después de echar un vistazo alrededor, Zenobia señaló la puerta abierta de su habitación con un movimiento perentorio de la cabeza, como si se dirigiera a un simple criado. Después entró. Benno siguió a Segismundo de cerca con la esperanza de asistir por una vez al desarrollo de los hechos, pero al llegar al umbral y ver quién había en la habitación, estuvo a punto de caer de bruces.

Cuando Segismundo entró detrás de Zenobia, un joven alto y apuesto vestido con jubón rojo y calzas a rayas rojas y blancas se puso en pie con cautela. Pese a su colorido, las ropas que llevaba no eran de seda ni terciopelo, sino de tela de buena calidad, como las que habría llevado un artesano de buena posición. De todos modos, lo más interesante de aquel individuo era su cara.

No sólo por su cálido tono marrón oscuro, igual al de Zenobia, sino por su nariz aguileña, sus ojos grandes y sus marcados pómulos. No cabía duda; se trataba de su hijo Cosmo, hijo asimismo del hombre al que habían asesinado.

El ojo ya no volverá a echar su maldición

—¿Qué tenéis que decirme? La señora Isabella desea verme en breve, y tengo poco tiempo que perder.

Tan poco, que no lo había dedicado a presentaciones. Cosmo volvió a sentarse frente al escritorio de Zenobia, quien se abstuvo de ofrecer asiento a Segismundo. Benno seguía apostado junto a la puerta, preguntándose cómo respondería su señor ahora que Zenobia lo había desafiado a revelar el supuesto secreto.

—Quizá el asunto no esté tan cerrado como imaginas.

El tono de Segismundo era extremadamente serio. Zenobia, poco ducha en intrigas, no pudo evitar mirar a Cosmo.

—El señor Pasquale está en la cárcel —dijo—. Dicen que pagará su crimen con el exilio.

—Sin duda habrás oído por qué se supone que asesinó a tu señor.

La boca de Zenobia se torció en una fugaz mueca de desprecio.

—Ama a mi señora, o eso dicen.

Benno pensó que quizá no fuera desprecio, sino incredulidad. Vencido por la belleza de la joven dama, Pasquale no debía de saber de ella ni la mitad de lo que había aprendido Zenobia. Sin haber visto a Isabella, Benno se hacía de ella un retrato de colores poco atractivos: una joven bruja, alguien que no hacía ascos a presentar una carta que costaría la cabeza a un admirador. Naturalmente, si creía de veras que ese hombre había mandado matar a su esposo...

—¿Crees que tu señora ama a otro hombre?

Zenobia irguió ligeramente la cabeza al mirar a Segismundo.

—¿Con qué autoridad me lo preguntáis?

Segismundo prorrumpió en una desconcertante carcajada cuyas resonancias se prolongaron en lo más hondo de su pecho.

—¡Mmm... mmm! ¿Hace falta que me lo preguntes? ¿De veras hace falta?

La sorpresa de Zenobia se transformó en inquietud. Detrás de ella, Cosmo se incorporó en su asiento, con una mirada igual a la de su madre. Ésta cerró las manos, movimiento que no pasó desapercibido a Segismundo.

—Queréis decir que...

Segismundo guardó silencio.

Benno cayó en la cuenta de por qué el ama de llaves estaba tan asustada. Pese a que Vettor ya no requiriese los servicios de Segismundo, cosa que Zenobia sin duda adivinaba, no había que olvidar que el anciano patricio estaba en relación con el

mismísimo Consejo de los Diez; de ahí la posibilidad de que éstos estuvieran utilizando a aquel hombre, que había trabajado para tantos nobles. Al no negar lo que había quedado sin decir, Segismundo había inquietado profundamente a madre e hijo. Se le ocurrió a Benno que quizá la República fuera serena, pero que sus súbditos no siempre lo estaban.

De pronto, haciendo señas a Cosmo de que se levantara, Zenobia ofreció asiento a Segismundo, que aceptó la propuesta con gravedad judicial. Posando ambas manos sobre los muslos, miró a Zenobia con expresión ceñuda.

—¿Recuerdas algún momento en que tu señora hubiera podido reunirse con Pasquale Scolar?

Después de pensárselo un poco, Zenobia negó con la cabeza.

—No soy su doncella, y Chiara no me dice nada. No me gustan los chismorreos. Quizá coincidieran en bodas, bailes... Cuando uno está en el libro de oro siempre tiene oportunidades para perder el tiempo.

—¿Y sus relaciones con su esposo, tu señor? ¿Eran buenas?

—Le daba muchas satisfacciones. —Zenobia no escondió su amargura. También ella, en otros tiempos, había dado satisfacciones a Niccolò Ermolin, siendo más joven aún que Isabella, y Niccolò un hombre soltero—. Es cierto que riñeron esa misma mañana. No creo que llegara a decirle que estaba embarazada. Si lo hubiera sabido se habría portado de forma muy distinta con ella. Habría estado contento, contentísimo.

Benno, cuya inexpresiva mirada no se separaba de Cosmo, advirtió la mueca del joven. No era fácil ser hijo de esclava; aun así, Niccolò Ermolin debía de haberse alegrado del nacimiento de su hijo mayor. Había permitido que creciera en el palacio como uno más de la familia, hasta que Vettor Darin, tan entrometido como siempre, decidió que su compañía no convenía a los hijos legítimos. ¿Seguiría Segismundo tomando en cuenta la posibilidad de que Pasquale fuera inocente, y que el crimen hubiera corrido a cuenta de un hijo resentido?

Por lo visto sí. Se volvió hacia el joven.

—Y tú, Cosmo, ¿dónde estabas la mañana en que mataron a tu padre?

El instinto llevó a Zenobia a tender sus brazos protectores hacia Cosmo, pero su hijo la echó a un lado y se encaró con Segismundo con la cabeza alta, conteniendo su ira.

—Veo, señor, que sabéis quién soy, pero no me conocéis lo bastante. No soy un asesino. Nunca mataría a mi padre, hiciera lo que hiciese.

En el rostro de Segismundo se dibujó una amplia sonrisa, afable pero no del todo tranquilizadora.

—Entonces no tendrás reparos en decirme dónde estabas a la hora del asesinato.

—Puedo decirlos dónde pasé la mañana, pero no dónde estaba cuando lo mataron.

—Naturalmente, siempre que no tuvieras nada que ver con el crimen.

Apoyada al lado de la ventana, con los reflejos del agua oscilando en su cara, Zenobia miraba alternativamente a Segismundo y Cosmo. De pronto Benno pensó

que no estaba segura de la inocencia de su hijo.

—Estaba trabajando. Soy gondolero, y me costaría mucho decir dónde tuve que ir esa mañana o qué pasajeros transporté. Salvo... —Hizo una pausa y miró por la ventana, frunciendo el entrecejo—. Salvo que quizá uno de ellos fuera el señor Gamboni.

—¿Pico Gamboni? ¿El enemigo de tu padre?

—Enloquecido por la desgracia, señor. El verdadero enemigo del señor Gamboni fue el destino.

—¿Lo llevabas a menudo?

—Como estaba al corriente de quién era yo, le divertía usar mi góndola para llegar a esta casa. A su juicio los dos éramos víctimas del mal de ojo, y creía que sus sentimientos hacia mi padre eran compartidos.

—Y tú no le llevabas la contraria.

Cosmo sonrió.

—Ya digo que soy gondolero. Necesito trabajar para vivir. No puedo ofender a mis pasajeros.

—Aunque estén locos. —Segismundo también sonreía. Benno advirtió que las manos de Zenobia ya no estaban tan crispadas—. ¿Cómo podía pagarte el señor Gamboni, si vive de la caridad?

Cosmo no contestó de inmediato. Benno pensó: Mal pinta el asunto para el chico si ha estado llevando gratis al loco, permitiéndole maldecir a gusto al señor Ermolin; o incluso trepar por la cuerda de los trabajadores, tan oportuna, y clavar una daga en el ojo que le había echado la maldición. De eso a no ofender a los pasajeros hay un trecho. Y a lo mejor es el que lleva al patíbulo.

—El señor Gamboni tiene amigos, gente que lo compadece. Le dan dinero. Antes que en comida lo gastarían en pagarme para hacerlo pasar por aquí.

—¿Entonces lo llevaste en tu góndola esa mañana?

—No estoy seguro... —Cosmo negó enérgicamente con la cabeza—. No, eso fue un día antes.

—¿Un día antes?

—Ahora me acuerdo. Me llamó desde la Piazzetta diciendo que tenía algo importante que decirme, y me pidió que lo llevara por el camino habitual, pasando por delante del palacio Ermolin. Estaba de buen humor; mientras recorríamos el Gran canal cantaba y daba palmas.

—¿Y eso tan importante?

—Me dijo: «El señor Ermolin no tardará en morir, y el ojo ya no volverá a echar su maldición».

Antes os cogerá él a vos

Benno sujetó la barca para que Segismundo subiera a bordo. *Biondello*, hecho ya todo un veneciano de adopción, había ocupado su puesto en la proa, rival en miniatura de un perrazo negro que pasó junto a él al frente de otra embarcación, sin dignarse siquiera a ladrar. Mientras Segismundo tomaba asiento, soltaba amarras e indicaba a Benno la ruta a seguir, otro hombre estaba siendo despedido del palacio por la fachada opuesta, sin más ceremonias que Segismundo, y resintiéndose de ello tan poco como él. Ningún asesino espera ver alfombras rojas a sus pies, a menos que corra a su cargo teñirlas.

Dion se detuvo en el umbral, indeciso sobre si echar a andar por el callejón o llamar al elegante gondolero negro que remaba lentamente por el canal.

Optó por lo segundo, pensando en lo mucho que tenía que celebrar. Se puso cómodo sobre los cojines y, estirando las piernas, escuchó al gondolero cantar con noble voz de barítono la misma melodía que le había llamado la atención al llegar a Venecia.

*¿Recuerdas tu palabra de amarme hasta la muerte?
Hoy que un mar nos separa
¿a quién tu pecho ofreces?
¿A quién?*

Canturreó el estribillo. El hado lleva un tiempo siéndole muy propicio, recompensándolo por cosas que no había hecho, y ahora ofreciéndole un trabajo que pensaba hacer de todos modos, un trabajo que tenía más de placer que de encargo. De todos modos no tenía prisa. Sólo se divertiría de verdad si antes hacía sudar a su presa.

Y así era, en efecto: la presa estaba sudando lo suyo bajo el sol de mediodía, aunque sólo porque había relevado a Benno en el puesto de remador. Buscaban a Pico Gamboni, si bien, aun teniendo en cuenta el número proporcionalmente bajo de miembros empobrecidos de la Señoría, o al menos que se hubieran visto reducidos a la mendicidad, Benno no confiaba demasiado en dar con el que les interesaba. El hecho de que ya no tuviera necesidad de pasar por delante del palacio Ermolin lanzando vituperios y dando el espectáculo era una dificultad añadida.

El verdadero problema con que se enfrentaban era el exceso de gente dispuesta a admitir que deseaba la muerte de Niccolò Ermolin. Benno sacó la cuenta con los

dedos. El condotiero enano que había compartido con ellos hígado con cebolla se había mostrado entusiasmado ante la idea. Attilio da Castagna, el capitán general en campaña contra los turcos, tenía razones muy sólidas para ensartar un ojo de Ermolin en pago del que le faltaba. Pasquale Scolar había contratado a un asesino a sueldo, según confesaba él mismo. Y el loco de Gamboni llevaba años prometiendo matar a Ermolin.

Lo que intrigaba a Segismundo era el hecho de que Gamboni hubiera anunciado la hora de la muerte de Ermolin justo antes de que se produjera.

Pico Gamboni no se mostró tan esquivo, a fin de cuentas. Cuando se acercaron a la Piazzetta y amarraron el bote, vieron a una multitud arremolinada en torno a las dos altas columnas. A diferencia de Segismundo, que veía por encima de muchas cabezas, Benno tuvo que dar un par de saltos antes de averiguar a qué se debía tanta agitación. Deseó entonces no haberlo hecho.

Entre las dos columnas había una persona arrodillada, con dos cadenas que la mantenían sujeta. Ello era de todo punto necesario, dado que esa persona carecía de cabeza. O, mejor dicho, la tenía colocada a cierta distancia, encima del suelo.

Una vez realizado el descubrimiento, Benno volvió a aterrizar y dio un traspiés, salvándose de caer gracias a una mano que lo asió con fuerza del cuello de la camisa. Al fin logró pronunciar unas palabras con voz ronca.

—¿Quién es?

—Es, o era, Andrea Barolo, capitán general de la flota durante la última victoria de los turcos. Ya te dije que cuando se está al servicio de Venecia perder es un error.

La información había sido transmitida por Segismundo en un grave murmullo, murmullo que Benno entendió sin problemas gracias a que los asistentes tendían al susurro más que al comentario en voz alta. Alguien más que Benno lo había oído y, acercándose a ellos por detrás, los cogió por el codo.

—Justicia, caballeros, justicia. En esta ciudad tenemos la mejor justicia del mundo. Este caso representa la vertiente pública, pero yo prefiero la privada.

Entre un brillo de seda raída y un revolotear de cabellos grises expuestos a la brisa de la laguna, el rostro de Pico Gamboni sonrió jovialmente a Segismundo.

—De eso tenemos que hablar, señor —dijo éste—; de la justicia privada.

Pico se frotó las manos y rió con loca alegría.

—Hablaremos de lo que queráis. Ponedme en la mano una copa de vino y os recitaré la *Divina comedia* de cabo a rabo. Con dos copas debatiremos sobre el epicureísmo. Dadme a vaciar un barril de vino y haré como Diógenes; me meteré en su interior, y Dios proteja a quien me obstruya la luz del sol.

Benno tuvo la impresión de que, a diferencia de él, Segismundo sacaba algo en claro de aquel galimatías. Estuviera o no en lo cierto, su señor sonreía y señalaba un puesto al aire libre donde parte de los reunidos para presenciar la justicia de la República se habían visto impulsados a acudir con el fin echarse algo fuerte al gaznate, sin duda en previsión de que pudiera revolverseles el estómago. Los ojos de

Pico se iluminaron; seguido por Segismundo y Benno, se internó por la muchedumbre en dirección al tenderete. Benno no pudo evitar echar un último vistazo al desventurado capitán general, que parecía suplicar de rodillas la misericordia de un hado ajeno a ella por completo.

Gamboni hizo honor a su palabra. Vaciada la primera copa de vino, miró a Segismundo con expectación y tendió los brazos.

—¿Qué deseáis saber? Ahora que Pasquale Scolar va a pagar por ello, imagino que ya no buscaréis al asesino de Ermolin.

Se alejaron unos metros del puesto de bebidas, sosteniendo Segismundo una ración de callos fritos envueltos en una hoja de col. Gamboni cogió uno con avidez y empezó a masticar, al tiempo que Segismundo, cogiéndolo por un hombro, lo guiaba hacia un pequeño rincón próximo al agua. A sus espaldas la multitud se desplazaba a paso lento, nutriéndose constantemente de quienes no habían visto todavía los restos del hombre cuya falta de seso contra el turco le había costado la cabeza. Ahí, arrullados por el suave oleaje y el lejano murmullo de la muchedumbre, Pico siguió mordisqueando los callos y Segismundo formuló su pregunta.

—¿Cómo supisteis cuándo moriría Ermolin? Hablasteis de ello el día anterior al crimen.

Pico agitó sus dedos cubiertos de aceite.

—Llevo un año hablando de ello a diario. Tarde o temprano tenía que pasar el diablo a buscarlo.

Viendo que Segismundo acercaba la jarra que había adquirido a cambio de unas monedas, Pico tendió su copa, pero Segismundo no la llenó.

—Haced un esfuerzo —dijo con cordialidad—. Sabéis mucho más de lo que decís. ¿Qué impulsó al diablo a entrar en acción ese día y no otro?

Pico prorrumpió en una carcajada y, sujetándose la despeinada melena con dedos grasientos, agitó la copa debajo de la jarra, como pidiendo a Segismundo que sirviera el vino.

—Bueno, si es cuestión de bebida lo diré, aunque por nada del mundo querría perjudicar a quien ha hecho al mundo el favor de librarlo de Ermolin. De todos modos no cogeréis a ese hombre.

—¿Qué hombre?

A pocos metros de ahí, un muchacho impresionable que en cierta ocasión había sido tocado en la cabeza por el descabezado Andrea Barolo vertía su desayuno en la laguna. Pico miró hacia el sol y sonrió, mientras los deslumbrantes reflejos del agua convertían sus harapos en una roja llamarada.

En cuanto Segismundo llenó la copa, Pico acercó su boca a ella y bebió. Después, alzando la copa en una especie de brindis, dijo:

—Uno hombre lo bastante valiente para enfrentarse a la maldición que echaba Ermolin a todos sus enemigos.

—¿Cómo sabéis que lo hizo?

Los ojos marrones que miraban a Segismundo mostraban el iris en toda su redondez.

—¿Os habéis vuelto loco? ¿O acaso Ermolin sigue en este mundo?

Segismundo sujetó la copa mientras un hombre con turbante y expresión feroz pasaba rozando junto a ellos para contemplar la justicia veneciana. Benno pensó que sólo su señor era capaz de no perder la paciencia y tirarse al cuello de aquel demente. ¿De veras no entendía adónde quería llegar Segismundo?

—¿Visteis al hombre que lo mató?

La nuez de Pico subió y bajó mientras bebía. Viendo sus manos aferradas a la copa, Benno se dio cuenta de lo sucias que estaban. Si se le había quemado la casa, ¿dónde habría dormido el resto del año?

Justamente ese detalle resultó vital para la respuesta.

—Sí, lo vi. Durante un minuto. Hay un banco —dijo Pico, señalando con vago ademán el conjunto de la ciudad— donde duermo a veces en verano. Hace dos noches el día amaneció con niebla, cosa bastante normal. Me había envuelto la cabeza. —La seca mano trazó un rápido círculo sobre los cabellos revueltos—. Supongo que parecería un cadáver, de los que se ven tantos en esta ciudad. Dos hombres se pararon a hablar cerca de mí. El más alto recibió dinero, y el otro le prometió más cuando acabara el trabajo.

Segismundo se mantuvo a la expectativa. Viendo que Pico volvía a tender su copa, dijo:

—¿Nada más? En esta ciudad hay cientos de asesinos, miles quizá. Cada día se produce algún crimen. ¿Cómo supisteis de qué víctima hablaban?

—Lo dijo el que pagaba. —Pico agitó la copa y, viendo salpicada su muñeca, se la lamió—. Dijo: «La ventana de su estudio da al canal pequeño, y él trabaja ahí del amanecer al mediodía». ¿Me merezco otra jarra?

Segismundo dio a Benno la jarra vacía y algo de dinero para que se la rellenaran en el puesto de bebidas. Pico había encontrado un trozo de tripa pegado a su toga; lo arrancó con la uña y, a punto de llevárselo a la boca, vio que *Biondello* lo estaba mirando. Sonriente, ofreció el trozo de comida al perro.

Cuando Benno volvió a toda prisa con la jarra llena, comprobó que Segismundo seguía esforzándose por activar la memoria de Pico con la ayuda de la hoja de col; Pico volvió a servirse. Benno consideró el hecho de que sólo tomase un trozo como indicio de su posición social. Un pelagatos como él habría aprovechado para coger todo lo que pudiera.

—Habiéndolo visto sólo un minuto, a la luz del amanecer y con la cabeza envuelta, ¿podrías describir su aspecto?

¡Vanas esperanzas! A Benno el loco no le parecía uno de esos hombres observadores por naturaleza; quizá sí cuando se trataba de buscar comida gratis, pero no con las caras.

Se equivocaba. Pico Gamboni había mostrado un profundo interés por el rostro de

quien estaba siendo contratado para matar a su enemigo del alma. Había entrecerrado los ojos bajo la tela que envolvía su cabeza (les mostró de qué modo) a fin de aguzar la mirada.

—Oh, lo vi perfectamente, no os quepa duda. Un hombre apuesto, de piel clara y rostro anguloso, pelo oscuro y un lunar al lado del ojo. Si queréis verlo os lo puedo enseñar. Lleva un tiempo vigilándoos.

Pico tendió el brazo enfundado en seda gastada y señaló.

Entre el gentío, junto a uno de los puestos de bebidas, vieron a un hombre alto vestido con sencillas ropas de color verde aceituna y una gorra que le cubría el pelo negro. Al igual que Pico, tenía una copa en la mano. Al advertir que lo estaban mirando, sonrió, levantó la copa y, esbozando una reverencia hacia Segismundo, tiró el vino al suelo, dejando a sus pies una mancha que parecía de sangre.

Un grupo de muchachos bullangueros llegó corriendo a regocijarse con la ejecución. Después de pasar el último, ya no había nadie junto al puesto de bebidas.

—No lo atraparéis fácilmente —comentó Gamboni—. Antes os cogerá él a vos.

Si la fe mueve montañas...

Attilio da Castagna se había hecho a la mar con una pompa y esplendor desmesurados, entre el estruendo de las fanfarrias, los gestos de despedida del mismísimo dux y la presencia del patriarca de Venecia repartiendo bendiciones a diestra y siniestra. Nada más comprensible por su parte que confiar en el apoyo de la República Serenísima; pero Attilio era veneciano, y no cometió semejante error. Llevaba en su séquito a varias personas cuya misión era vigilarlo, y a las que también él vigilaba con su único ojo. Entre ellas se hallaba su confesor, cuya presencia contaba con la (insistente) aprobación del patriarca, anciano y benévolo déspota que basaba su benevolencia en ver satisfechos sus deseos. Attilio comparaba al sacerdote con una serpiente, porque aparecía y desaparecía sin hacer ruido, y, cada vez que el capitán alzaba la vista, temía topar con su intensa y fija mirada de reptil.

Attilio se hizo la promesa de que, una vez entrado en combate, hallaría algún modo de que el sacerdote siguiera sin quitarle los ojos de encima. Quizá bastara con atarlo al mástil. Más tarde le proporcionaría a unos cuantos turcos que convertir; Attilio conocía bien a los turcos.

Su confesor no era el único. Uno de sus propios hombres, buen soldado en quien tenía motivos para confiar, le pidió una audiencia privada poco después de abandonar el puerto. Attilio supuso que querría pedirle un favor, probablemente un préstamo; sabido era que un marino en puerto no tardaba en arruinarse, y las cortesanas de Venecia eran las más caras del mundo. Lo hizo entrar en la cabina y facilitó la petición con una copa de vino.

No era dinero lo que quería. Al contrario; mientras el barco cruzaba los estrechos, Attilio oyó, entre el crujir de las jarcias y el lento compás de los tambores, que lo que pretendían era ofrecérselo. Lo estaban sondeando para comprobar si su lealtad a Venecia era tan firme como esperaba la República. Viendo a aquel hombre dar vueltas al vino y buscar las palabras justas, el modo más discreto de formular su incitación a convertirse en traidor, Attilio pensó que quizá Andrea Barolo no hubiera perdido la batalla contra los turcos por simple incompetencia o mala suerte, sino por otras razones.

Tanto podía ser una trampa veneciana como una oferta sincera. Attilio no era hombre que se comprometiera fácilmente, y menos habiendo un confesor con el oído pegado a la puerta. En cuanto el marino insinuó quién era el interesado en procurar su fortuna a cambio de traicionar a Venecia, Attilio le dio un cordial apretón de manos y, alegando un asunto que requería su presencia en cubierta, dio por finalizada la

entrevista.

Su respuesta llegó una hora después, ya con el marino colgando del mástil, y habiéndose hecho público el castigo infligido a un traidor pasado al enemigo. El capitán general había encomendado al confesor el alma del condenado, satisfaciéndose con la perspectiva de que, si todo había sido un montaje para poner a prueba su lealtad, el sacerdote era el hombre más indicado para ofrecer consuelo.

Mientras el capitán general daba a sus galeras algo con que entretener la travesía costa abajo, y mientras su predecesor se convertía él mismo en espectáculo para las multitudes agolpadas en la Piazzetta, Segismundo y Benno se encaminaron al refugio de Miriam da Silva. Si de Benno hubiese dependido, en el mismo instante en que les indicaban al probable asesino de Niccolò Ermolin, y verdugo en perspectiva de Segismundo, habría salido de aquella ciudad por piernas y remos, azuzado por el pánico. Su señor, no obstante, reaccionaba de otro modo. Se tomaría en serio la amenaza, pero también disfrutaría con el desafío.

De todos modos, Benno advirtió que Segismundo procuraba dejar atrás al gentío lo antes posible e internarse por estrechas callejuelas y caminos desiertos, abandonados aquel día incluso por los perros, ya que la jornada ofrecía succulentos restos en otras partes de la ciudad. Si el siniestro desconocido los estaba siguiendo no tendría más remedio que saltar por los tejados. Benno recordó otros tiempos en que también Segismundo había hecho gala de una terrible agilidad como saltador de tejados; la idea le hizo mirar hacia arriba con inquietud, pero sólo divisó alguna que otra paloma volando u observando la calle desde tejas y parapetos. En una esquina, un pequeño león de san Marcos en bajorrelieve los miraba con severidad.

La única manera de llegar a la Giudecca era cogiendo un bote; mientras surcaban las aguas, Benno se sintió expuesto a cualquier ataque. Recordó una vez más la mano cortada que con tal confianza se había posado en su regazo, y no se sintió seguro hasta que estuvieron en tierra, sin indicios de que una barca los hubiera seguido entre el denso tráfico de la laguna. De hecho no se sintió seguro hasta que hubieron dejado atrás los oscuros pasadizos, abierto todas las puertas —y vuelto a cerrarlas con llave— y entrado en su acogedora ratonera. Una mano amiga había acentuado lo acogedor del aposento dejando una fuente de verduras y queso. Benno había pensado con toda sinceridad que después de la ración de callos y de ver de refilón al hombre alto que los vigilaba ya no le quedaría apetito; sin embargo, en cuanto levantó la tapa y olió el queso, descubrió que no era así.

Segismundo le dio permiso con un gesto de cabeza. La siguiente pregunta de Benno fue formulada con la boca llena.

—¿Habíais visto antes a ese tipo?

—Mmm... —Resguardado por el postigo, Segismundo echó un vistazo al oscuro callejón—. Creo que sí, en cierto modo.

—Era clavado a Pirro, ¿verdad? —La última vez que Benno había visto a Pirro, estaba todo lo muerto que puede estarse cuando se tiene el cuello atravesado por una

espada, echado en un lecho de sangre como si agradeciera el descanso—. ¿Será su hermano?

—Probablemente. Y probablemente también un asesino a sueldo. Es un oficio que a veces se lleva en la sangre. De manera que Pico Gamboni debe de estar en lo cierto; ese hombre fue contratado para matar a Ermolin. La pregunta que sigue en pie es: ¿lo contrató Pasquale Scolar?

—Lo más seguro es que sí, ¿no? —Benno estaba dejando escrupulosamente a un lado la mitad de las uvas, cebolletas y arroz veneciano para Segismundo, aun cuando éste mostraba escaso interés—. Digo, como que confesó y todo eso...

Segismundo murmuró *basso profundo*:

—Quizá tú también confesaras haber contratado a alguien para asesinar a Ermolin si tuvieras delante al torturador de Padua. El dolor sienta de maravilla a la memoria... e incluso a la imaginación.

Benno, pensativo, redujo la velocidad con que se chupaba los dedos. La comida había vuelto a perder su atractivo. *Biondello*, sujeto por el brazo de Benno y ajeno a las molestias de la imaginación, estiró el cuello hacia una bola de sémola de trigo rellena.

—Entonces ¿qué pensáis decir al dux? Ya que su hijo se confiesa culpable, digo yo que no habrá manera de demostrar su inocencia. Y si la verdadera culpable es la señora Isabella, y el chico la está protegiendo, ¿cómo hacer que ella lo confiese? No lo hará porque sí, imagino.

—¡Válgame Dios, Benno! En cuestiones de lógica superas a Aristóteles. — Segismundo se había acercado y estaba cogiendo su parte de la comida—. Estamos en un brete, y bien quietecitos para ofrecer mejor blanco. El dux Scolar me ha otorgado su confianza, aunque ya le he dicho que hay pocas posibilidades. ¿En qué confiamos nosotros? En que el destino nos envíe una señal. De momento tenemos poco en que basarnos, pero es en situaciones como esta cuando la fe mueve montañas.

—¿En serio? Pues entonces preferiría no estar sobre la montaña. Y si uno está en el lugar en el que va a posarse, lo que hay que tener es mucha fe en no acabar aplastado.

—Interesante cuestión de teosofía.

—¿Creéis que lo hizo la señora Isabella?

Segismundo no rehuyó contestar.

—Es posible. Por mucho que hubiese una cuerda colgando oportunamente junto a la ventana de Ermolin, los que la habían dejado ahí estaban sobre el tejado, no muy lejos. Enfrente hay un edificio, un convento con las ventanas cerradas, pero los postigos son de los que dejan ver. Es verdad que para seguir en el oficio de matón hay que tener agallas, pero no sé si dan para subir por esa cuerda, aparecer en la ventana de Ermolin sin que éste dé la voz de alarma, matarlo y salir por el mismo camino, corriendo el mismo riesgo de ser descubierto. En todo caso, siempre es más verosímil

pensar en un trabajo hecho desde dentro.

—Os referís a la persona que copió la llave del estudio.

—O a alguien a quien Niccolò dejó entrar.

—El ama de llaves dijo que nunca dejaba entrar a nadie.

—No hay regla que no se rompa alguna vez. Ahora bien, te diré una cosa. Niccolò llevaba la llave del estudio colgando del cuello, junto a la de su libro secreto. O Marco la cogió al entrar por la ventana, o lo hizo después de matar a su padre, usándola para volver a cerrar la puerta una vez que estuvo fuera.

—También podía disponer de una copia, y no tener necesidad de entrar por la ventana para matar a su padre. O a lo mejor fue ella. —Benno se enfrentaba a un laberinto de posibilidades—. Pero ¿por qué le atravesarían el ojo? A menos que Marco o la señora también creyeran en lo del mal de ojo.

—Creo que en el caso de Isabella la mala suerte la veía más bien en el hecho de haberse casado con él. Si prefería a Pasquale Scolar, que para quererlo de verdad me parece demasiado astuta, quizá la insistencia de sus padres en Ermolin la pusiera furiosa. Para preguntárselo a ellos ya es demasiado tarde. Donna Claudia me dijo que los dos habían muerto de forma bastante repentina, poco después de casarse su hija. Comieron algo que les sentó mal.

Benno se quedó boquiabierto, suscitando el regocijo de Segismundo.

—No temas. Dudo que la hermosa viuda me invite a comer. Tendrá otras cosas en que pensar, ahora que lleva dentro la esperanza de los Ermolin; tampoco creo que tenga motivos, a menos que me atribuya el robo de la carta.

Quizá el razonamiento de Segismundo fuera correcto; también era posible, sin embargo, que no estuviera teniendo en cuenta todo lo que sabía el nuevo protector de Isabella.

El final de los problemas

La toma de Piombo fue celebrada con una misa de acción de gracias en San Marcos. Las togas rojas de la Señoría brillaban a la luz de las velas, hendiendo con sus reflejos la penumbra cargada de incienso. Los destellos de luz jugaban arriba con el oro de los mosaicos, y abajo con el dorado *cornu*, el birrete bordado que cubría la cabeza del dux; la luz se reflejaba también en las lágrimas que surcaban el rostro del anciano. Algunos, pocos, atribuían esas lágrimas a la alegría de la victoria. El día había amanecido con viento favorable, listo para henchir las velas del barco que llevaría a Pasquale Scolar a Chipre, y al exilio; el dux era consciente de haber dado a su hijo el último abrazo.

La Señoría se dividía entre quienes sentían sincera compasión por el pobre y deshecho anciano, y otros que, aficionados al deporte de la crítica, pensaban que el jefe del Estado debía evitar que una desgracia personal lo distrajera de las obligaciones de su cargo, aun siendo éste poco menos que simbólico. Vettor Darin escrutaba el rostro del dux con fingida indiferencia, preguntándose con inquietud hasta qué punto estaría afectado. Hasta entonces la avanzada edad del dux Scolar se había visto compensada por una salud de hierro, pero aún quedaban esperanzas.

Los vencedores de Piombo, los hermanos Marsili, que tan buenos servicios estaban prestando a su serenísimo cliente, habían solicitado regresar en cuanto se lo permitiera la campaña, a fin de recibir el merecido premio de manos del Senado y del pueblo. Era necesario pensar en el futuro. El duque de Montano, vuelto al campo de batalla tras larga ausencia, y de forma harto inesperada, tenía derecho a la acción que tanto anhelaba. Ottavio y Nono volverían, cuando no con una noble cabeza que añadir a la colección del Senado, al menos con una humillante rendición; mas el motivo principal de su regreso sería recibir apropiada recompensa, y proclamar a los cuatro vientos el triunfo de la República.

Además de Vettor Darin, otros dos miembros de la Señoría estaban presentes en la misa: Marco y Rinaldo Ermolin. De estos tres personajes, los dos primeros eran presa de estados de ánimo distintos. Vettor se consumía de impaciencia, y Marco de desesperación. Ahí donde la ambición del abuelo todavía estaba pendiente de realizarse, el nieto veía su porvenir destruido por las deudas. El azar lo había colocado junto a Pico Gamboni, cuya jovialidad lo irritaba profundamente. Esa misma mañana, después de zarpar el barco en que viajaba el otrora mejor amigo de Marco, otra nave había llegado a puerto con noticias aciagas. Se trataba del único superviviente de la expedición comercial en que descansaban sus últimas esperanzas.

Su tío se había abstenido de invertir en la empresa, guiado sin duda por el sólido instinto que le había permitido gestionar con éxito la fortuna familiar. Marco sentía que se iba a pique con sus barcos.

Solución: utilizar su encanto. Había una persona que quizá pudiera interceder por él ante su tío; una persona que parecía haberse ganado el respeto de Rinaldo, y relacionarse con él en mejores términos que con su difunto esposo. Marco decidió que sería prudente renovar sus atenciones hacia su madrastra, y pedirle ayuda.

Quedó sorprendido por su gentileza. Había venido a verla directamente de la basílica, y, como de costumbre, la encontró leyendo y jugando con su gato, que insistía en poner la pata sobre el libro. Marco odiaba a los gatos; lo agobiaba verlos por toda Venecia, vigilándolo desde balcones y alféizares, esperando detrás de las esquinas y asaltando sus tobillos con su repulsivo pelaje. Aun así se las arregló para disimular su asco cuando Isabella, puesta en pie para servirle una copa de vino, le pidió que sostuviera al animal. Al verla inclinarse hacia la bandeja llena de copas y botellas que estaba posada en el asiento de la ventana, Marco volvió a admirarse de su independencia, de su capacidad para hacer las cosas por sí sola en lugar de llamar a la doncella. Apenas tuvo tiempo de apreciar su grácil silueta —todavía muy lejos de revelar su estado—, atareada como estaba la joven con la botella de plata dorada y, de espaldas a Marco, con algo sujeto a la cadena de oro que rodeaba su cintura. Correspondiendo a la aversión que suscitaba, el gato bajó de un salto, clavando sus patas en el pecho de Marco y arañándole la mano.

—¡Pobre Marco! No tienes suerte.

¿Se daba cuenta Isabella de hasta qué punto estaba en lo cierto? Mientras se chupaba la herida y daba sorbos a su copa, Marco se preguntó por dónde empezar. La alusión a su mala suerte proporcionaba sin duda un buen pretexto para traer el tema a colación, pero no sabía muy bien cómo aprovecharla, y finalmente lo dejó correr. Como siempre, pensó furioso.

—¿Mi tío está en casa? Lo he perdido de vista al salir de San Marcos.

Isabella se encogió de hombros y chasqueó los dedos hacia el ofendido gato, que se estaba quitando a lengüetazos el olor a Marco.

—No lo creo. Hoy es el día en que suele visitar a la Imperia.

Marco se quedó de piedra. Sí, de acuerdo, toda mujer respetable era consciente de que existían cortesanas, pero que Isabella se refiriera a una por su nombre y aludiera a sus encuentros con Rinaldo... Imperia era una de las más hermosas de la ciudad, y sin duda también de las más caras. Marco nunca había podido permitírsela; no así Pasquale, según le constaba. Era duro pensar que Rinaldo pudiera no sólo pagar sus servicios, sino convertirlo en costumbre, mientras él, Marco, se veía obligado a arrastrarse ante su tío por lo que era legítimamente suyo.

—¿Quién te ha dicho que visita a... esa mujer?

Los ojos marrones de Isabella, ya grandes de por sí, se abrieron todavía más.

—Lo saben todos los criados. ¿Por qué no yo?

Marco no podía acusarla de falta de recato. A fin de cuentas estaba tratando de ganársela. Se limitó a murmurar, dejando que la joven siguiera hablando.

—¿Querías pedirle algo? Volverá de buen humor.

Otro tema que no había por qué tocar. Marco apuró la copa y miró a Isabella mientras ésta se la rellenaba. El vino tenía un sabor distinto al habitual, sin duda un toque de hierbas. Era un poco amargo, pero a la vez refrescante, cosa que, haciendo tanto calor, sentaba de maravilla.

—¿Tú no bebes?

—No me conviene beber demasiado.

Aquella velada alusión a su estado ruborizó a Marco. Se habría dicho que intentaba incomodarlo. Bebió con precipitación, preguntándose cómo solicitar que intercediera por él sin quedar como un idiota, un despreciable perdedor.

En realidad no había de qué preocuparse. Antes de apurar la segunda copa se sintió presa de tremendas náuseas y retortijones, y, dejando caer la copa, se derrumbó sobre el suelo aferrando su estómago. Isabella lo miró con interés.

Pasados cinco minutos, sin embargo, los chillidos de la joven atrajeron a la servidumbre. La encontraron de rodillas junto a su hijastro, haciendo vanos esfuerzos por reanimarlo, llamándolo por su nombre y rogándole en nombre de su padre que no muriera.

Se avisó a los médicos, quizá más para atender a una mujer cuyo estado desaconsejaba emociones fuertes que para prestar ayuda a un joven que evidentemente ya no estaba a tiempo de responder a ella. Los médicos hicieron lo que mejor se les daba: menearon la cabeza con gran sabiduría y declararon muerto a uno de sus pacientes; en cuanto a la causa de su muerte, las opiniones estaban divididas. Hacía calor, y el joven había cometido la imprudencia de beber un vino que, según informó la doncella, estaba helado; se sabía de gente fallecida por imprudencias como aquella, casos perfectamente documentados. ¿Había hecho algún ejercicio violento antes de beber? El autor de la pregunta cayó en la cuenta de que ésta podía interpretarse en el sentido de que hubiera sucedido algo indecoroso entre la dama y su hijastro, y se apresuró a volcarse en sus esfuerzos por tranquilizar a la primera.

Cuando Rinaldo llegó a casa después de haberse consolado de la estupidez del mundo en brazos de la Imperia —que tanto aventajaba en fascinación a cualquiera de sus posibles esposas—, halló motivos de sobra para mitigar el buen humor previsto por Isabella.

En presencia de un mayordomo cariacontecido, criados llorosos abrieron el portón, y Rinaldo descubrió que otro Ermolin había muerto en su ausencia, último varón de su estirpe a excepción de él mismo y quizá del hijo que Isabella llevaba en su seno.

Con esa idea en mente, lo primero que hizo fue ir a verla a su habitación. Junto a la cabecera de la cama dos médicos de lúgubre catadura discutían agresivamente en voz baja sobre qué sedante había que emplear, mientras un tercero, más práctico,

preparaba un brebaje con los frascos de su botiquín. En cuanto Rinaldo cogió la mano de Isabella, ésta abrió los ojos y oyó que le preguntaban:

—¿Cómo ha sucedido? No hay manera de que me lo expliquen.

Su relación había sufrido un cambio: ahora era él quien esperaba sacar algo en claro de ella.

—Ha sido envenenado.

—¿Envenenado?

—Sí, estoy segura.

Su voz era débil, pero llena de convicción. Los médicos se miraron, entre enojados y sorprendidos. No era ése su diagnóstico. De hecho ninguno de los tres había examinado la copa de la que había bebido Marco, y a esas alturas ya había sido retirada.

—¿Quién podría haberlo hecho?

Isabella se incorporó sobre uno de sus esbeltos brazos y señaló la ventana.

—Lo he visto llegar. Comía algo que le había dado su gondolero. He visto cómo lo cogía y se lo comía. Después ha entrado en casa y ha caído al suelo. Me ha dicho que lo habían envenenado.

Rinaldo apretó con fuerza la mano de la joven.

—¿Quién?

Isabella volvió a tenderse y a cerrar los ojos.

—El gondolero. Ya sabéis, su medio hermano. Marco ha dicho que no sabía que lo odiara.

—Cosmo...

Comprobando con satisfacción que deducir aquel dato de sus observaciones era imposible, los médicos se unieron para persuadir a Rinaldo de que la salud de un futuro Ermolin dependía de dejar a la dama en sus manos. También se alegraban de lo solicitados que estarían en breve, siendo como eran testigos de una tragedia que iba a ser la comidilla de toda la ciudad; en cuanto a su reputación no sufriría merma alguna, puesto que al llegar ya no podían hacer nada por el joven. ¡Primero el padre y ahora el hijo! Qué lástima que Pasquale Scolar ya estuviera rumbo a Chipre y no pudiera ser acusado de ambas muertes. Sin duda el peso de tamaño escándalo habría hundido al dux de una vez por todas.

En otra habitación, Marco, ya limpio, amortajado y con el padre Domenico farfullando atropelladas oraciones a su lado, se había llevado sus deudas a otro mundo, mejorando sus expectativas de perdón.

Al otro lado de la puerta

Benno dormía como un tronco que no recordase haber sido aserrado ni temiese ser pasto de futuras hogueras. El refugio cedido por Miriam da Silva se mantenía casi todo el tiempo en una agradable penumbra, gracias a los altos edificios que bordeaban el estrecho callejón. El sol sólo entraba por breves instantes, posándose como el dedo de Dios sobre una hornacina excavada en la pared, en la que Benno habría esperado ver un pequeño altar a la Virgen, y que, cada vez que miraba en aquella dirección, le sorprendía hallar vacío.

A pesar de ello, cuando despertó, el sol esculpía las duras facciones de Segismundo, que, de espaldas a la hornacina, cavilaba en silencio con los brazos cruzados. Benno sabía muy bien que a su señor no le gustaba tener que esconderse ni esperar a que los acontecimientos decidieran por él. En tiempos pasados había optado por convertirse en cebo para atrapar a alguien; no así en aquella ocasión, por lo que parecía.

Tal como había dicho ya, no parecía haber modo alguno de satisfacer los deseos del dux rescatando el buen nombre de su hijo; Benno pensó que además ya no tenía demasiado sentido, ahora que Pasquale había partido para el exilio. Y no acababa de imaginar a aquel horrible Consejo de los Diez declarándose apenadísimos por haber cometido un error, e impacientes por hacer regresar a Pasquale y fundirse con él en diez efusivos abrazos.

Benno se levantó entre bostezos, frotándose cabeza y barba con ambas manos para despejarse. *Biondello* era todo ojos para Benno y Segismundo, y se preguntaba cuál de los dos haría aparecer por arte de magia algo de diversión o de comida. De pronto se oyó un ruido en la puerta, como si una rata pidiera permiso para entrar. Segismundo acudió presuroso y pegó la oreja para oír la contraseña, extrayendo seguidamente una de las llaves que llevaba al cinto.

El hombrecillo arrugado que los había conducido ahí por primera vez apareció en el umbral, con una linterna cuya luz, atravesando la barba poco espesa que le caía sobre el pecho, iluminaba a medias su cara. Jadeaba como si se hubiera dado prisa, y sostenía la linterna con mano huesuda y temblorosa.

—Alguien quiere veros. La señora dice que piden por vos...

Trató de recobrar el aliento, y Benno se preguntó por qué la señora no enviaría a alguien de pulmones más jóvenes; quizá confiara más en aquel hombre que en los demás.

—¿Sabéis de quién se trata?

—Ha dicho que es de Ca’Darin. No lo he visto personalmente.

—El señor Vettor ha prescindido de mis servicios.

El viejo resopló y pareció recuperar sus energías. Al dejar la linterna en el suelo, su sombra, proyectada sobre la pared del fondo, osciló y cambió de tamaño.

—No, no es el señor Vettor. Por lo visto ha especificado que quien desea veros es donna Claudia. Su nieto ha muerto.

—¿Marco Ermolin? ¿Cómo?

El viejo movió su cabeza de un lado a otro, haciendo un ruido susurrante con el roce de su barba sobre el ribete del jubón.

—Dicen que envenenado. Toda Venecia habla de ello. Y han descubierto al envenenador.

—¿Quién es?

—Uno de esos negros, un gondolero. Dicen que es hijo bastardo del padre de la víctima. —El viejo entró a recoger la bandeja vacía; al salir se agachó para coger la linterna y, con voz ahogada por el esfuerzo, dijo—: ¡Familia! Si no se puede confiar en la propia familia... ¿Y bien? ¿Venís o no?

Segismundo se volvió en busca de su capa y su espada. El sol había abandonado la habitación, y la linterna iluminaba más que la luz de la calle. Una vez atada la espada al cinto, metido *Biondello* en el jubón de Benno y cerrada con llave la puerta, el viejo encabezó la comitiva renqueando a sorprendente velocidad, mientras, a lo largo de los pasadizos, la linterna convertía a las tres sombras ora en enanos ora en gigantes.

Por fin llegaron a la casa. Miriam da Silva vino hacia ellos, pequeña y rechoncha como una perdiz de luto, con la inquietud pintada en el rostro.

—He vuelto a decir al mensajero que no estabas aquí, y lo he despedido. ¿He hecho bien?

Segismundo se inclinó para coger sus manos y besarlas.

—¡Claro que has hecho bien! No debes depender de lo que haga o no haga yo.

Miriam mostró sus irresistibles hoyuelos.

—¿Se trata de algo deshonesto, pues?

—¿Y eso lo preguntas en Venecia? Mi honestidad es tan grande como la tuya, Miriam, pero hasta tú necesitas algún lugar donde esconderte.

—¿Irás a ver a donna Claudia?

—Aunque sólo sea por curiosidad.

—Esa curiosidad tuya... —Pero el expresivo rostro de Miriam revelaba tristeza—. Pobre muchacho. A esa edad, y con tantos problemas. La muerte de su padre le daba motivos para esperar dinero, mucho dinero. —Los acompañó hasta la puerta, tomando a Segismundo del brazo. De pronto se detuvo y lo miró a la cara—. ¡No, no, imposible! ¿Que... que lo arreglaran entre él y Pasquale Scolar? ¿Su propio padre?

Esta vez Segismundo cogió entre sus manos la cabeza de Miriam y le besó la frente.

—He conocido a hijos capaces de hacerlo con menos motivo. Sin embargo, se rumorea que la causante del crimen de Pasquale fue su madrastra.

La ancha boca de Miriam se contrajo.

—Quizá estuvieran confabulados.

—Se lo chivaré a los Diez.

—Ya se les habrá ocurrido. Ve con Dios, Cristóbal, y que Él te conduzca sano y salvo a través de todos los peligros.

Eso, eso es lo que nos hace falta, pensó Benno al cerrarse tras él la puerta gris de roble, pequeña pero a prueba de asedios. Acercarse a Ca'Darin, con aquel malvado Vettor y su manada de leones, parecía como mínimo una tontería. Todo lo relacionado con aquella familia era fuente segura de problemas.

Llegaron ya de noche, con la luna casi llena oculta detrás de las nubes. Se plantaron delante de la puertecilla de servicio que daba al canal. Oyendo los golpes de Segismundo, un criado miró por el judas. Segismundo retiró un poco la capucha de su capa, y la linterna que brillaba al otro lado de la puerta informó al criado de que se trataba de alguien conocido. No habiéndose acordado Vettor de comunicar a la servidumbre el fin de sus relaciones con Segismundo, la sosegada afirmación de que donna Claudia le había mandado llamar no fue cuestionada.

Descorrido el cerrojo, la portezuela quedó abierta. En el momento de pisar el umbral, Benno volvió a oír aquel ruido que ponía los pelos de punta: el rugido de un león. Parecía espantosamente cercano, como si la fiera rondara a pocos pasos de ahí. Se detuvo y echó un vistazo, descubriendo el muro erosionado por la humedad, cubierto aquí y allá de musgo y surcado por largos tallos de enredadera que, inmersos en la penumbra, descendían casi a ras del agua. ¡Gracias a Dios sólo los leones de san Marcos tenían alas!

Informada de su presencia, la doncella de donna Claudia acudió a toda prisa para guiarlos por una escalera de caracol, tomando precipitadamente a Benno por un invitado más, e ignorando a todas luces que llevaba a un perrito en la comitiva. Segismundo tendió a Benno su capa, que resultó ser la llave para comparecer ante donna Claudia, pues la función de perchero daba un pase a la necia expresión de quien la cumplía. Benno se arrimó a la pared, haciendo lo posible por pasar desapercibido por si donna Claudia llegaba a posar sus ojos en él.

Pero los ojos de donna Claudia estaban demasiado llorosos para ver con claridad. Se acercó a Segismundo con los largos pasos que correspondían a su estatura y lo cogió por los brazos antes de que tuviera tiempo de hacer una reverencia.

—¡Habéis venido! Me habían dicho que no se os podía encontrar... ¿Lo sabéis ya?

Segismundo inclinó la cabeza, haciendo su grave mirada las veces de respuesta. Donna Claudia giró sobre sus talones y se alejó, enjugándose el llanto primero con los dedos y luego con el dorso de la mano.

—¡Envenenado! Dios es testigo de que era un inútil, pero no merecía algo así. ¡Y

sé muy bien quién lo ha hecho! ¡Ese demonio de mujer!

—¿Perdón, señora? Me han dicho que un gondolero...

—Lo del gondolero lo ha sacado ella. Muy oportuno, sí señor.

—¿Sospecháis de la señora Isabella?

Donna Claudia volvió a encararse con Segismundo, pasando tan cerca de Benno que le rozó las botas con sus faldas y lo abrumó con su perfume de almizcle y canela. La nariz de *Biondello* asomaba por el jubón, en plena actividad. ¡Qué mujer! ¿Cómo se las arreglaba el señor Vettor? Hacía juego con los leones del jardín; hasta rugía como ellos.

—¿Que si sospecho? ¡De sospechas nada! ¡Estoy segura! Ahora que va a tener un hijo (y no hay pruebas de que sea de Niccolò, mucho ojo), ¿qué obstáculo quedaba sino el pobre Marco? Ahora su hijo será el único heredero de la fortuna de los Ermolin, siempre y cuando sea varón. ¡Claro que ha sido ella!

—¿Y Cosmo, el gondolero?

Los ojos de donna Claudia, anegados en llanto, chispearon con negra intensidad.

—¡Qué suerte para ella haber visto a Marco llegar en la góndola de Cosmo! ¿Se os ocurre algo más verosímil? Los dos chicos se veían mucho. Desde que Cosmo volvió a la ciudad y empezó a trabajar siempre llevaba gratis a Marco, hasta en los viajes largos. —Donna Claudia frunció el entrecejo— Marco se aprovechaba de Cosmo. Hasta diría que le pedía dinero, lo poco que pudiera darle. Es que de niños se querían mucho. A mi esposo no le hacía gracia, pero...

La doncella abrió la puerta al lado de Benno e introdujo una bandeja con una botella de cristal dorado y copas a juego. Una vez depositada encima de una mesa, muy cerca de su señora, salió de la habitación; pero, antes de que la puerta se cerrara, hubo tiempo de que una corriente de aire procedente de otro lugar de la casa produjera un gemido de infinito patetismo, como la queja de un animal herido. Donna Claudia volvía a estar callada. Miró en dirección al ruido y bajó la voz.

—La pobre ha perdido a su padre y su hermano en pocos días. No permitiré que vuelva a casa mientras ese demonio gobierne el palacio Ermolin. Y que Rinaldo vaya con tiento —añadió con voz más enérgica—, porque si la chica aprende a ser tan astuta en cuestiones de dinero como él, no le quedará mucha vida por delante.

En el momento justo en que donna Claudia daba media vuelta y se disponía a alejarse, la voz profunda y sosegada de Segismundo la obligó a detenerse y mirar atrás.

—Habéis formulado acusaciones muy graves, señora. ¿Para qué me habéis hecho llamar? Vuestro esposo acepta a Pasquale Scolar como culpable del asesinato de vuestro yerno, y se considera satisfecho con su condena. Sería difícil hacer creer que la señora Isabella mató a su esposo y ha envenenado a su hijastro, habiendo sido arrestadas otras personas por esos crímenes, e incluso castigadas.

Donna Claudia se llevó las manos a las sienes.

—¡Hay que hacer algo! Mientras ese monstruo esté vivo Beatrice correrá peligro.

—Sin duda en esta casa, bajo vuestros cuidados...

Al otro extremo de la sala, donna Claudia tendió las manos con desesperación.

—¿Y cómo voy a impedir que vaya a su casa y visite a su madrastra? ¿O que Isabella venga a verla aquí? Ese demonio aprovechará la primera ocasión.

—¿No contempláis la posibilidad de poner sobre aviso a la señorita Beatrice?

El tono mesurado de Segismundo, tan distinto a las atropelladas palabras de donna Claudia, hizo que ésta se parase a pensar.

—¿Indisponerla en contra de su madrastra?

—Señora, si creéis que esa madrastra mató a su padre y a su hermano, ¿no es preferible avisarla a correr el riesgo? Mejor que la indispongáis vos y no el veneno.

Donna Claudia, que se había acercado a Segismundo, lo miró inquisitivamente. Se veía que no estaba acostumbrada a aceptar opiniones distintas a las suyas; aun así se mostró receptiva.

—Tenéis razón, claro está. No tengo donde elegir. La prevendré, y le haré jurar silencio... ¡pero es tan niña! No está en edad de guardar secretos. No estaba muy encariñada con su hermano, pero era la mimada de su padre... ¡Y perderlos a ambos en una semana!

—Estoy seguro de que el señor Rinaldo no permitirá que le falte nada; además, ahora está aquí, con vos. ¿No pensáis casarla pronto?

Los ojos negros despidieron centellas.

—Rinaldo se desvive por el dinero de los Ermolin, y por el nombre de los Ermolin. Mi nieta se casará con el mejor postor, siempre y cuando el nombre conste en el libro de oro. Niccolò no nos informaba de sus negociaciones matrimoniales, aunque sí insinuaba algo grande. Pensé que se habría planteado unirla a Pasquale Scolar cuando éste quedó viudo. ¡Imaginad que se hubieran casado, verla envuelta en su desgracia!

Y sobre todo, pensó Benno, unida en matrimonio al hombre que había asesinado a su padre por amor a su madrastra. El no va más del enredo.

Oyeron el ruido de una puerta abriéndose en algún lugar de la casa, y después los ecos de una voz autoritaria. Súbitamente inquieta, donna Claudia dijo:

—Ha salido mi esposo. Hasta ahora estaba reunido con alguien. No le alegraría saber que os halláis aquí...

Segismundo besó la mano que le tendían, y que seguidamente lo cogió de la manga para conducirlo hacia la pared cubierta de paneles. En un rápido gesto, donna Claudia abrió una puerta que hasta entonces había permanecido invisible. Señaló con bruscos ademanes la oscuridad en que desembocaba.

Apresurándose a seguir a Segismundo, Benno se alegró de comprobar que al menos no estaban encerrados en un armario; menos asfixiante, aunque más peligrosa, era la escalera de caracol por la que se vieron obligados a bajar a tientas, guiados por una promesa casi imperceptible de aire fresco. Benno tuvo una idea. Sacó a *Biondello* del jubón, lo dejó en el suelo y lo oyó husmear como si estuviera orientándose. El

perro salió disparado escaleras abajo, dejando atrás a Segismundo con un ruido de pequeñas garras rascando la madera. Después de eso Benno recibió un jovial cachete por parte de Segismundo, que se había vuelto para dárselo después de escuchar el rápido descenso de *Biondello*.

—Mmm... Bueno, ahora sabemos que la escalera tuerce hacia la derecha y no llega muy lejos. ¿Y luego qué? ¿Mandamos a *Biondello* contra los leones?

Segismundo ya se estaba internando en la oscuridad con una rapidez que a Benno, apoyado en ambas paredes, le pareció envidiable. Se hablaba a veces de tener ojos en el cogote, cosa que Benno encontraba horrible, pero lo que tenía su señor era vista de gato. Llegado al pie de las escaleras, Benno adelantó el pie esperando un nuevo escalón, y, dando un traspies, dio de cabeza contra la espalda de Segismundo.

—¡Eh, no creas que vas a salir de aquí usándome de ariete! Coge al perro.

Biondello fue alzado en vilo y apretado contra el pecho de Benno, que lo cogió con fuerza mientras Segismundo examinaba la puerta.

—¿Está cerrada?

—¿Qué esperas, que dejen abierta una puerta que lleva al corazón del palacio?

Benno trató de pensar que no era probable que se quedaran ahí a oscuras hasta que donna Claudia ordenara dejarlos salir. Si se acordaba, claro...

Se oyó un chasquido y un crujido muy suave; apareció entonces una franja de... no de luz, sino de oscuridad algo menos cerrada. Aliviado, Benno se reprendió para sus adentros por imaginar a su señor vencido por una cerradura. ¿Acaso en otros tiempos no había escapado de una cárcel?

Segismundo pasó el brazo por la puerta para bloquearla, y una vez más dejó oír su susurrante voz.

—Nunca tengas prisa por salir, y menos de noche. ¿Has olvidado ya la mano cortada?

Benno se quedó helado. De hecho sí; había olvidado que el hombre alto que los había saludado en la Piazzetta, el doble del difunto Pirro, podía estar siguiéndolos incluso a esas horas.

De hecho no los seguía; aun así, cuando Segismundo atravesó el umbral con cautela para echar un vistazo al exterior, la luna, oculta a medias tras una capa de nubes, le descubrió la presencia de Dion.

Arrojado a los leones

Segismundo entró inmediatamente en acción. Justo cuando la luna salía de detrás de las nubes, su espada salió de la vaina y apuntó a Dion, bañada en luz. Dion no perdió el tiempo; además, su espada era más larga y por tanto de mayor alcance. Inmóviles y agazapados, parecían formar parte de un cuadro vivo. Benno, paralizado y de espaldas a la puerta, creyó oír golpes de tambor, hasta que cayó en la cuenta de que era el latido de su corazón.

De pronto los tres oyeron un ruido que no habría podido confundirse con ningún otro. Al otro lado del muro que bordeaba el callejón, un muro tan cubierto de enredadera como el que daba al canal, retumbó un súbito y vibrante rugido.

Ésa fue la señal. Esperando quizá aprovecharse de la distracción, Dion dio un salto y asestó una estocada al rostro de Segismundo, que, espada en alto, desvió el golpe. Benno oyó un grito ahogado, dándose cuenta de que era el suyo. Dion replicó lanzando la hoja a las piernas de su rival. La idea de que aquel tipo fuera un profesional desagradaba a Benno; no daba la impresión de poder imponerse a Segismundo por la fuerza bruta, pero quizá poseyera destreza y astucia comparables. Sujetando a *Biondello*, susurró unas oraciones tan incoherentes como sentidas, mientras los dos espadachines seguían en guardia, rondando uno en torno al otro. Toda la vida tendría grabada en su mente aquella escena, tan fresca como el primer día: el muro cubierto de oscura madreSelva, iluminado apenas por la luna, las dos siluetas concentradas en sus movimientos, el brillo aceitoso del canal al fondo de la callejuela, el ruido de pasos y respiración, el bronco rugido al otro lado del muro, y aquel olor a aguas estancadas y piedras húmedas sumándose a un tufo de animal.

Pero no eran los leones los únicos que gruñían aquella noche. *Biondello*, inquieto por la inquietud de Benno, y asustado de su miedo, se escabulló bruscamente de sus manos y, posándose en el suelo con ligereza, corrió hacia los dos contrincantes. Sin quitar el ojo de encima a Segismundo, Dion sujetó contra su tobillo al pequeño y lanudo obstáculo.

Benno habría querido acudir en rescate de *Biondello*, pero la regla de Segismundo lo paralizó: «cuando me veas pelear, no intervengas si no te lo pido». Miró a su señor, pero Dion ya estaba actuando. Dio un salto atrás, levantó al perro y lo lanzó por encima del muro. Se oyó un ladrido, un crujir de ramas y hojas y un corto rugido, a la vez sorprendido e interesado.

En ese instante Segismundo saltó como un resorte. Benno, desesperado, sólo tuvo tiempo de ver el brillo de una espada que sobrevolaba el muro en una amplia

parábola, seguida por la que trazaba otra arma más corta. Después la enredadera empezó a agitarse y zarandearse bajo el peso de Segismundo. Encaramada al muro, su silueta en jarras se recortó contra la luna, sonriente.

Dion entendía el mudo idioma del desafío. Encontró un punto apropiado un poco más allá y empezó a trepar. La copa de un ciprés que despuntaba por encima del muro lo protegía de Segismundo, quien de todos modos bajó al jardín sin esperar a su rival. Angustiado, con el corazón en un puño, Benno trepó por el mismo lugar que su señor, hallando por intuición asideros y puntos de apoyo hasta que, llegado a lo más alto, pudo adentrar la vista en un misterioso laberinto de sombras, percibiendo un olor a vegetación revuelta y sobre todo a animales. No divisó a su señor, pero sí la espada de Dion, que, caída en la gravilla, estaba siendo husmeada por una siniestra silueta.

El león era más grande de lo que Benno había podido colegir de la mayoría de estatuas, pero su melena era más corta. Emitía gruñidos más bien insatisfechos.

Un quejido atrajo la atención de la fiera. Tanto ésta como Benno vieron a *Biondello* revolviéndose entre las ramas más altas de un arbusto pegado al muro. Benno pasó una pierna al otro lado y empezó a calcular cómo alcanzarlo. El león se acercó a investigar y, justo entonces, Segismundo cruzó por la gravilla, recogiendo algo de camino. El león volvió la cabeza, pero no parecía haber visto nada. La oscuridad de la pared del fondo dejó entrever un brillo metálico.

El león se paseó arriba y abajo mirando a Benno y al perro, pero incapaz de hallar el modo de llegar a cualquiera de los dos. Apoyó sus patas delanteras sobre el muro y gruñó; Benno no recordaba nada más apestoso que aquel aliento, hasta el punto de que le produjo arcadas. *Biondello*, tendido sobre el lomo en su prisión de hojas y ramas, miró de reojo al león y permaneció en silencio. La espada de Dion seguía tirada en la gravilla; en ese instante la alta y enjuta silueta de Dion apareció en su busca. Caminaba con tiento, pero algo salió disparado de la pared de enfrente y cayó sobre la gravilla. Despegando sus patas del muro, el león dio media vuelta.

Dion había recuperado su espada. Cara a cara con el león, retrocedió muy lentamente; algo se movió detrás de él, no Segismundo, sino una silueta baja cuyo pelaje adquirió brillos plateados al exponerse a la luz de la luna. Benno no había visto en toda Venecia un león como aquél, pesado de tripa y con el lomo hundido; sin embargo, su rugido tomó por sorpresa a Dion, que, revolviéndose como un gato, empezó a alejarse de los dos caminando de espaldas. Las fieras se separaron como expertos perros de presa, siguiéndolo de cerca.

Biondello empezó de nuevo a revolverse, y Benno, respirando hondo y apretando las mandíbulas, inició un cauteloso descenso en dirección al perrito, queriendo rescatarlo antes de que sus movimientos lo hicieran caer más abajo. Vigilando a los leones —¿cuántos tenía Vettor? ¿habría otro acechando en la oscuridad?—, Benno tendió el brazo, tocó a *Biondello* y lo agarró del pescuezo, justo cuando su alborozada reacción hacía ceder las ramas que aguantaban su peso.

Dion había retrocedido hasta la pared de la casa, y se estaba aproximando al frágil

refugio de un naranjo plantado en una maceta. Tenía a los leones cada vez más cerca. No parecían hambrientos ni enfurecidos, pero tampoco dispuestos a tolerar la presencia del intruso. El profundo gruñido del más joven dio paso a una serie de rugidos entrecortados; el más viejo parecía silencioso, pero poco a poco se fue distinguiendo una especie de ronroneo amenazador. Dion alcanzó el naranjo y puso el pie sobre el borde de la maceta; cuando el león más viejo estuvo a tiro le echó el árbol encima con todas sus fuerzas, y, girando sobre sus talones, asestó una estocada a la cabeza del otro, cruzándola de un tajo. La fiera retrocedió y volvió a acometer. Esta vez Dion le clavó la espada en las fauces abiertas y, soltando la empuñadura, se apartó de un brinco. Entonces se aferró a una reja de ventana que sobresalía del muro y subió a pulso.

En el momento de derrumbarse, el león joven cerró las mandíbulas con un ruido seco. El viejo, furioso y con la ajada melena llena de hojas de naranjo, saltó hacia Dion y tuvo tiempo de arañarle el costado. Dion logró trepar fuera de su alcance antes de que la bestia pudiera saltar de nuevo, cosa que no hizo, sino que se limitó a rugir y dar vueltas. Dion permaneció colgado de la reja con el cuerpo ensangrentado.

Dentro de la casa nadie parecía haber advertido el revuelo. No aparecieron antorchas, ni se vio a nadie asomado al balcón del piso alto. Mientras sostenía a *Biondello* contra el pecho, Benno, encaramado al muro, creyó ver un rostro muy blanco detrás de una de las rejillas.

De pronto apareció Segismundo, deslizándose por el muro de la casa como una enorme araña. Llegó junto a la reja de la que colgaba Dion y le dijo algo. A Benno le pareció que Dion sacudía la cabeza, mas de repente advirtió que se ponía a temblar. No era la primera vez que veía a un hombre herido reaccionar de ese modo; no se trataba de miedo, sino de una extraña fuerza que se apoderaba del cuerpo después de haber recibido una herida. Segismundo asió a Dion con fuerza de la muñeca, de tal forma que, cuando poco después los pies del segundo resbalaron de la reja, siguió sosteniéndolo en vilo.

Un rato después iniciaron un extraño avance que los llevó, semejantes a dos cangrejos, desde la pared de la casa a la del jardín, aprovechando el almohadillado y la parte superior de otra reja. Mientras tanto el león dividía su atención entre ellos y las gotas de sangre que vertía Dion. Alcanzaron la pared del jardín.

Cuando Dion, todavía preso de las convulsiones, se sentó a horcajadas sobre el muro, la luz de la luna permitió a Benno ver claramente sus heridas. Deseó no haberlo hecho. Antes le había indignado ver que Segismundo rescataba a Dion de las fauces del león. ¿Por qué salvar a un hombre que quiere matarte cuando que el destino tiene la amabilidad de arrebatártelo de las manos? Pero una cosa es matar al enemigo luchando con él cara a cara, y otra muy distinta dejar que se lo merienden vivo.

Segismundo estaba diciendo algo. Benno tuvo que hacer un esfuerzo para entender la pregunta que formulaba a Dion. Tampoco éste parecía haberla oído bien,

por lo que Segismundo repitió:

—¿Monjes o monjas?

Dion, jadeante, susurró una respuesta, señal de que había entendido. El león husmeaba la base de la pared sobre la que descansaba Dion, con tal fuerza que casi resoplaba. También *Biondello*, a salvo en el jubón de Benno y sostenido por las manos de éste, era presa de intensos temblores, como un corazón que quisiera salirse del pecho. De pronto un rugido muy cercano sobresaltó a Benno, obligándolo a sacar una mano del jubón y aferrarse a la enredadera para no caer.

Segismundo pasó un brazo por la espalda de Dion y lo colocó de cara al callejón, justo en el momento en que el león saltaba. Su zarpa se clavó en el ladrillo a casi un metro de la pierna de Dion, pero la fuerza del impacto, el chirrido de las garras y el fétido aliento del animal impulsaron a Benno a levantar los pies a toda prisa y volverse hacia el callejón, cubriéndose las piernas de arañosos. Tuvo tiempo de ver a Segismundo protagonizar una hazaña que hasta un acróbata le habría envidiado, bajar a pie de pared sin dejar de sujetar a Dion.

A su vez, Benno inició el descenso con más pena que gloria. Sin embargo, a diferencia de Segismundo, no tardó en verse aliviado de su carga, pues *Biondello* se le escurrió del pecho y dio en tierra con un golpe que lo dejó sin aliento.

Dion chorreaba sangre negruzca a la luz de la luna; empapadas por la hemorragia sus ropas hechas trizas, se tambaleó en brazos de Segismundo, cerrando los ojos como si estuviera al borde del desmayo. No os fiéis de él, suplicó Benno para sus adentros. Sangra mucho, de acuerdo, pero quizá esté fingiendo estar peor de lo que está. Tal vez tenga una daga que clavaros...

—Muy bien, pues que sean monjas —dijo Segismundo con tono jovial—. El *campiello* no está lejos; te llevaré.

Dion clavó sus ojos, muy abiertos, en el rostro oscuro de Segismundo.

—Este no es el final —susurró con encono—. Te mataré.

Mientras su mano bañada en sangre sujetaba a Dion, Segismundo contestó con gravedad.

—Si Dios quiere. Y, si su voluntad es otra, te mataré yo a ti. Entretanto las monjas decidirán tu futuro.

Al otro lado del muro, el león que bien podía haber decidido ya el futuro de Dion si las heridas no sanaban mostró su descontento con un rugido.

Un niño con cara de gárgola

El león muerto fue hallado por su cuidador a la mañana siguiente, en el momento de entrar con su ayudante en el recinto de las fieras para enjaularlas el resto del día y darles la acostumbrada pitanza. La manera en que había muerto no era ningún enigma: tenía una espada clavada. De quién era la espada, y qué hacía su dueño en el jardín, he ahí el verdadero enigma. El rastro de sangre reseca indicaba que había escapado a lo largo del muro; las inmediatas pesquisas en el callejón dieron como único resultado una mancha de sangre de la que, curiosamente, no partía ningún rastro. El matador de leones se había desvanecido como la bruma matinal.

La noticia no tardó en ser comunicada a Vettor Darin, que, inquieto en un primer momento por tan mal presagio, se consoló un poco al saber que el otro león seguía vivo. Se inclinaba a interpretar el incidente en un sentido más amplio: siendo los leones símbolo de la República, ¿había motivos para temer por la vida del dux? Nada habría de extraño en que el pobre y viejo Scolar, angustiado por el exilio de su hijo, quedara tan fulminado como el león. Puesto que la espada había aparecido dentro de la boca de la fiera, y clavada hasta las vértebras, Vettor ideó la atractiva teoría de que el dux podía ser víctima de una apoplejía y morir de asfixia.

Una vez su esposo hubo abandonado la sala frotándose las manos de satisfacción, donna Claudia se volvió hacia Beatrice, pálido integrante del auditorio, y preguntó:

—¿Oíste algo? A mí no me pareció que hicieran más ruido que de costumbre.

—Sí, me despertaron y me asomé a la ventana.

La joven titubeó. Pensando en el hombre armado al que anoche había hecho salir de la habitación a toda prisa, donna Claudia insistió.

—¿Y qué viste?

—No demasiado... A ratos la luna estaba tapada; pero tuve la impresión de que había dos hombres en el jardín. Me pareció raro. Todo el mundo sabe que el abuelo tiene leones en casa. Además apestan mucho. Nadie en su sano juicio entraría allí.

—¿Dos hombres? ¿Y atacaban a los leones?

Beatrice se llevó una mano a la boca y rió. A los quince años, ni siquiera la pérdida de un familiar borra la sensibilidad hacia lo absurdo.

—¡No, no, los leones los atacaban a ellos! Pensé que estarían tratando de robarnos o algo así; por eso no avisé a los criados. A fin de cuentas los leones estaban cumpliendo con su cometido. El abuelo dice que están ahí para protegernos.

—Sí, son cosas que dice. —Donna Claudia cogió a Beatrice del brazo—. ¿Qué sucedió? ¿Los viste matar al león? ¿Viste cómo huían?

—Estaba demasiado oscuro para ver bien, al menos en el suelo. En cambio cuando subieron a la pared los vi mejor, sobre todo a uno. —Beatrice se señaló la cabeza, que coronaba una cobriza y ondulada cabellera dispuesta en tirabuzones y sujeta con gasa negra y lazos—. Aquel hombre rapado, ¿sabes? El que vino el otro día a ver al abuelo. Estoy segura de que era él.

Donna Claudia echó a caminar por la sala, incapaz de contener su agitación.

—¿Qué estaría haciendo ahí? —murmuró entre dientes. Oyéndola, Beatrice volvió a ahogar una risita.

—Matar a nuestro león, digo yo. Como lo coja el abuelo le arranca la piel a tiras. ¿Fue él quien dejó todas esas manchas de sangre?

—Presta atención, chiquilla. —Donna Claudia había vuelto junto a su nieta. La miró fijamente—. Ese otro hombre, ¿era pequeño y con barba? ¿Lograste verlo? ¿Era su criado?

—¿Pequeño y con barba? ¡En absoluto! El otro hombre subido a la pared no llevaba barba. La luna le iluminaba la cara. Tampoco era pequeño. Ahora que caigo, era él el que parecía herido. El de la cabeza rapada lo estaba ayudando. Pero la luna no se estaba quieta. —Beatrice, pensativa, jugueteó con las perlas de su brazalete—. Sí, sí que había un hombre pequeño algo más lejos. Es posible que llevara barba, aunque no me fijé demasiado.

Donna Claudia no se dio cuenta de hasta qué punto el último comentario identificaba a Benno; en cambio, a quien sí acabó de identificar fue a Segismundo. Por lo visto aquel hombre tan peculiar había bajado al jardín justo después de separarse de ella, y con la ayuda de un cómplice había matado a uno de los leones. Por lo que había oído decir de él —por aquella cualidad tan suya que la había llevado a acudir a él en busca de ayuda—, donna Claudia se sentía inclinada a interpretar la acción de Segismundo como una tentativa para salvar a los leones... pero en ese caso, ¿por qué había dado la impresión de estar ayudando a escapar al atacante? Frunció el entrecejo y se mordisqueó los nudillos.

Beatrice la miró con curiosidad.

—¿Qué más da, abuela? Seguro que el abuelo consigue otro león. Vienen de África, ¿verdad? Además, así tendré un tema de conversación. Después de tanto tiempo sin salir ni ver a nadie... Se lo podría decir esta tarde a Isabella, cuando venga.

—Nada de eso. —Tras aplicar el dorso de su mano a la frente de Beatrice, donna Claudia asió a su nieta por la barbilla y expuso su rostro a la luz. Beatrice, sorprendida, la oyó decir con firmeza—: No verás a Isabella. ¿Has olvidado lo que te dije? Tienes fiebre. Isabella —añadió, aprovechando un momento de inspiración— no debe poner en peligro a la criatura. Y ahora a la cama.

Así como Beatrice se resistía a meterse en cama aunque fuera por su propio bien, el duque de Montano habría mostrado una conmovedora gratitud a quien le hubiera ordenado meterse en la suya. Se asombraba de la ingenuidad con que había juzgado

fascinante el hecho de dirigir una batalla. Si de veras hubiera estado al mando habría tenido ocasión de ejercitar el cuerpo y el espíritu; pues bien, nada más lejos de ello que quedarse sentado en una tienda oyendo a *il Lupo* exponer sus planes. En nada le consolaba pensar que, puesto que estaba pagando a aquel hombre tan desagradable — ¿se debería el mote a su condición de auténtico hombre lobo?— para ganar la guerra en su nombre, sus intereses tenían que ser por fuerza los mismos.

Il Lupo, sin embargo, no mostraba intención alguna de luchar. El duque había sido persuadido de que esperar que sus capitanes vengaran la toma y saqueo de Piombo era una niñería. Se le recordó, como si nunca hubiera estudiado estrategia militar, que Piombo no era más que la carnaza; ahora era el momento de entrar en negociaciones, obviamente secretas. La lucha, en cambio, lo desbarataría todo. Siguiendo la moda, el duque también había estudiado filosofía humanista, y el martirio de sus piombeses lo llenaba de desazón.

Sabía igualmente que el maestro Valentino, que tan beneficiosos cambios había traído a la salud de su patrón, tenía sus propios motivos para sentirse decepcionado; lo que echaba en falta el médico no era sólo ejercicio para el duque, sino alguna que otra herida interesante. El ejército le proporcionaba casos banales de disentería, malaria, fiebre y luxaciones infligidas por la conducción de carros y catapultas por tierras pantanosas, enfermedades todas ellas indignas de ser atendidas por un médico de primera, un docto varón que había salvado la vida del Papa.

Mientras esperaba la visita del enemigo organizada por *il Lupo*, el duque, protegido del intenso frío nocturno por una capa, un brasero y la doble tela de la tienda, y a pesar de ello tembloroso, deseó por cuadragésima tercera vez haberse satisfecho de atenciones médicas menos prestigiosas. De haberlo hecho así seguiría en casa, arropado en su enorme cama bajo un cobertor de brocado con forro de piel, con orden de no fatigarse en actividades más intensas que una partida de ajedrez.

Meditó sobre ello. Cabeceó.

De pronto algo se movió en la tienda, sacándolo de su modorra. Por unos instantes pensó que su sueño se había convertido en pesadilla. Tenía delante a un pequeño personaje envuelto en una capa oscura similar a la suya. Se quitó la capucha. Un niño con rostro de gárgola le sonrió.

—Buenos días, excelencia —dijo Nono Marsili, el conquistador de Piombo.

El mensaje de la espada

—¿Es grave?

A diferencia del maestro Valentino, Benno no era experto en heridas. En cambio sabía que Segismundo sí lo era; así pues, por una vez la pregunta parecía venir a cuento. Quizá el oscuro tajo bordeado de sangre reseca que cruzaba las costillas de Segismundo fuera más grave de lo que parecía. Benno aplicó con tiento el trapo mojado. Nunca faltaba en la habitación una jarra de vino, fruta, pan y un aguamanil lleno, aunque sólo habían visto una vez a la persona encargada del abastecimiento.

—Hombre, eso depende. Si utiliza veneno sí que es grave. —Advirtiendo la expresión de espanto de Benno, Segismundo quiso tranquilizarlo con una sonrisa—. ¡Mmm! Aunque en ese caso ya me habría enterado. El veneno irrita, Benno. Además, ese hombre es demasiado orgulloso para recurrir a él. Confía en que sus heridas sean efectivas por sí solas. Ahora le toca a él tener miedo a haber sido envenenado.

Benno se quedó boquiabierto, con el trapo chorreando en sus manos. Sabía que Segismundo no usaba veneno. ¿O...? Su señor soltó una carcajada, mientras se examinaba las costillas y aplicaba un emplasto de hierbas al feo corte.

—Los leones, Benno. Esas fieras pueden hacer más daño que una espada envenenada, a menos que las monjas sepan cómo enfrentarse a ello. Esperemos que sea así. En esta ciudad deberían estar acostumbradas a cosas por el estilo.

Benno no pudo evitar un ferviente deseo de que las monjas fuesen completamente legas en heridas de leones; que como máximo rezaran a san Marcos, y que el santo padeciese un largo episodio de sordera. Saber fuera de combate al hombre que los había perseguido, clavado la rata a la pared, lanzado al bote la mano cortada y echado a *Biondello* a los leones lo llenaba de un alivio tan profundo que confió en que los santos lo perdonasen por esperar que ese alivio fuera definitivo. La muerte de Dion haría menos terrorífica su estancia en Venecia.

—Se han quedado de piedra, ¿eh? Claro, veros llegar en plena noche con alguien en brazos, ensuciándolo todo de sangre... La hermana portera estaba que sacaba humo por las orejas.

—Su deber es tragarse los sentimientos y echar manos a la obra. Bastante recompensa tendrán con verlo sano y salvo.

Deseando en silencio que las monjas sufrieran una decepción, Benno escurrió el trapo y vació la jofaina en el cubo de agua sucia colocado en una esquina.

—No parecían extrañadas de que hubiera tenido un accidente de caza en plena noche —dijo con tono jovial—. Eso es que los venecianos deben de hacer cosas aún

más raras.

—Esperemos que cuando vuelva a estar en condiciones para cazar, si se da el caso, la presa ya esté lejos —dijo Segismundo, sujetando el trapo mientras Benno pasaba la venda alrededor de las costillas y la ataba a uno de los musculosos hombros para que no se moviera.

Benno reaccionó con prontitud.

—No vamos a quedarnos mucho más tiempo, ¿verdad? Digo, como que el hijo del pobre dux ha confesado y no podéis hacer que vuelva con su padre... Aunque la señora Isabella fuera culpable no os dejarían acercaros a ella, y tampoco vendrá a veros por su propio pie hecha una María Magdalena... «Me arrepiento de haber reventado el ojo a mi marido; no sé en qué estaría pensando. ¿Os importa esperar a que tenga a mi hijo —Benno se levantó el jubón, fingiendo un embarazo más visible que el de Isabella— antes de darme garrote?». Aunque bueno, si han exiliado al hijo del dux podrían tener el detalle romántico de enviarla con él a Chipre.

—Sin duda. A fin de cuentas es la isla de Venus. No, de momento no puedo demostrar que Isabella sea culpable de nada, aunque sí puedo hablar con gente que podría tener información útil sobre ella.

—¿Os referís a su doncella? ¿Cómo...?

—Me refiero a Zenobia. En esa casa hay pocas cosas que ella no sepa. —Segismundo acabó de tenderse en la cama y apagó la vela—. Además, ¿has pensado en lo que podría sucederle en el palacio Ermolin estando su hijo en la cárcel, en espera de ser juzgado por envenenar al heredero de la familia?

—¡Y con la señora Isabella a cargo de la casa!

La voz de Segismundo resonó en la oscuridad.

—Ahora no podemos hacer nada; al menos antes de que amanezca, que será pronto. Y yo necesito dormir.

Benno se acurrucó en su camastro acunando a *Biondello*, que le lamía la barba cariñosamente. Desde que lo habían rescatado de los leones el perrito se estaba mostrando más afectuoso de lo normal; quizá se diera cuenta de que había estado más cerca de convertirse en comida que nunca, al menos desde que, siendo cachorro, había perdido una oreja.

Antes de dormirse Benno tuvo una visión feliz: un grupo de monjas arrojaba el cadáver de Dion al canal más próximo.

Ese mismo día, algo más tarde, el destino de Dion se convirtió en objeto de reflexión para alguien que no era ni Benno, ni Segismundo, ni las monjas que cuidaban sus heridas. Vettor Darin y Rinaldo Ermolin estaban examinando una espada. Al ser extraída del cuerpo del león y mostrada a Vettor por primera vez, su aspecto era muy desagradable; ahora en cambio, al ser sometida a la atención de Rinaldo, estaba limpia, sin nada que llamara la atención. Aun así ambos la reconocieron.

—Las cintas.

Rinaldo señaló sin tocar. Las cintas en cuestión eran las de la empuñadura, envuelta con cuerdas rojas y negras para mejorar el agarre. El resultado era más práctico que ornamental; los colores evocaban desagradables reminiscencias de sangre y muerte.

—Sí. —Vettor fruncía el entrecejo. Por lo visto no sólo había perdido a uno de sus leones, incidente que sería interpretado como de mal augurio por todos sus conciudadanos, sino también, y sobre todo, a una persona en quien confiaba—. Me acuerdo perfectamente.

—¿Qué hacía en vuestro jardín?

Vettor alzó hacia los frescos del techo sus ojos redondos de niño, siendo observado a su vez por una ninfa de mirada seductora, recostada sobre una nube.

—No supondréis que le ordené matar a uno de mis leones, ¿verdad?

Rinaldo no dijo nada; bajo sus pobladas cejas, una mirada de soslayo insinuó que Vettor era lo bastante tortuoso para dar las órdenes más extrañas, órdenes cuyo objetivo sólo el tiempo podría aclarar. Cada cual juzga según lo que es.

Vettor cogió la espada y la sopesó con aire melancólico.

—Es posible que haya muerto. Había mucha sangre, tanto en el jardín como fuera.

Rinaldo seguía guardando silencio. No tenía palabras para expresar su decepción. A lo lejos se oyeron doblar campanas por algún veneciano cuyo destino había quedado para siempre a salvo de dudas. Sobreponiéndose a las campanadas, el bronco grito con que un gondolero alertaba de una colisión entró por las altas ventanas del palacio Ermolin. El ruido distrajo a Vettor, que volvió a dejar la espada donde había estado antes.

—Y ese chico, Cosmo, ¿seguro que está en la cárcel y no puede hacer más daño?

—Estoy procurando que lo juzguen de inmediato, pero sólo puede haber un veredicto.

Lógicamente, la palabra de la viuda de un miembro de la Señoría, guapa por añadidura, prevalecería sobre la de un gondolero hijo de esclava. Las manos del estrangulador no distinguían entre cuellos blancos y negros. Vettor tuvo otra idea.

—El ama de llaves... Zenobia, ¿verdad? ¿Participó en el plan? ¿La habéis interrogado?

Rinaldo dio rienda suelta a sus emociones sin previo aviso, golpeando la mesa con la palma de su mano de tal forma que la espada se deslizó con un repiqueteo por la vítrea superficie, como si una presencia invisible la hubiera empujado.

—Demasiado tarde. Los criados me han informado de que ya no está. La puerta de su habitación da al canal.

Los ojos redondos de Vettor lo miraron con expresión acusadora.

—¿La habéis dejado escapar? Deberían haberla encarcelado al mismo tiempo que a él.

Rinaldo no se molestó en indignarse, pero su sonrisa no tenía nada de satisfecha.

—Ella no cuenta para nada. Debemos concentrarnos en los personajes importantes.

Nada que discutir. La espada que tenían delante era portadora de un mensaje que ninguno de los dos podía permitirse ignorar. Había que cambiar de planes. Ni uno ni otro conocía los planes previos de su interlocutor, ni en qué consistirían aquellos cambios tan necesarios.

—Debo ver a la pobre Isabella antes de irme. ¿Se encuentra bien?

—Su salud es excelente, aunque está muy apenada por la muerte de Marco. Y también impresionada por haberla presenciado, claro.

—¿De veras? ¿Qué dice el médico?

Rinaldo hizo sonar una campanilla de plata posada sobre la consola.

—No quiere médicos.

Las cejas de Vettor ascendieron unos milímetros por su frente surcada de arrugas. La idea de que una joven rechazara lo que le sugería el cabeza de familia no le pareció distar mucho de la anarquía.

—¿Y eso es prudente?

Rinaldo se encogió de hombros.

—Creo que sabe lo que se hace. Cuando necesita algo lo pide.

Y, corolario no expresado, su cuñado se lo proporciona. Vettor adoptó un aire meditabundo.

Había sentido la muerte de su nieto. Tratándose de dinero Marco era un idiota, pero en el fondo no hacía daño a nadie. Quizá la edad y el matrimonio le hubieran infundido algo de sentido común. Había sido un niño adorable, a quien nadie se sentía capaz de negar nada. Ahora había otro heredero en camino, y quizá ni siquiera fuese niño; sin embargo era Rinaldo, cosa extraña, quien más dispuesto se mostraba a cumplir la voluntad de la madre. Marco era un problema porque su padre lo había mimado, siendo el único superviviente varón de la descendencia Ermolin. Rinaldo debía de pensar que el hijo de Isabella, educado por él, sería muy distinto.

Pero ¿y si resultaba ser niña?

Vettor juzgó probable que en ese caso Rinaldo adoptara a un heredero, procedimiento nada novedoso en quienes habían sacrificado su matrimonio en aras de la familia y veían peligrar el futuro de la estirpe. Quizá hasta se casara. Enfrentado a aquel rostro frío y astuto, a aquella mirada que no traicionaba sus secretos, Vettor se sentía incapaz de simpatizar con Rinaldo; sin embargo, no tenía más remedio que tratar de ganárselo si en el futuro precisaba de su voto y su interés.

—No dudo de que sabréis qué le conviene —dijo. Y sonrió.

Mientras Rinaldo, cortés, acompañaba a Vettor hasta su góndola, pensó que el éxito de sus planes exigía hacer el juego al viejo zorro.

De camino a su estudio volvió a cruzar la habitación donde habían estado hablando. No prestó atención a la espada del asesino, que seguía descansando sobre el pulido mármol rosa de la mesa, símbolo de hasta dónde estaban dispuestos a llegar

los dos.

Se descarga el golpe

Poco después, en el palacio ducal todos colaboraban en celebrar lo antes posible el Gran Consejo. Vestidos de seda roja, los miembros de la Señoría llegaban a pie, a caballo o en góndola y, subiendo por la amplia escalera del patio interior, se reunían en la sala del consejo. Todo eran susurros sobre el porqué de la asamblea, susurros tan suaves como el roce de sus togas. Las sucias manos de Pico Gamboni ya habían recolectado limosnas por valor de varios ducados, entregadas por conocidos a los que sólo veía en ocasiones como ésta. Todos lo oyeron conjeturar jovialmente que los turcos, incapaces de seguir aguantando el espectáculo del único ojo de Attilio da Castagna, habrían enviado un mensaje de capitulación; a fin de cuentas el capitán general estaba destinado a gozar de buena suerte, una vez libre del mal de ojo gracias a la muerte de Niccolò Ermolin.

Y en efecto, el motivo del Consejo resultó estar relacionado con los enemigos de la República; no así con los turcos.

En vista de las graves noticias recibidas, el Consejo de los Diez pedía una nueva *zonta*. Una vez oído esto, todos fueron conscientes de que sólo quien perteneciera a los Diez o fuera elegido para completar la *zonta* conocería el contenido de esas graves noticias antes de que todo hubiera terminado. Lo normal en una *zonta* era empezar decretando la pena de muerte para todo aquel que divulgara algún aspecto del orden del día.

Concedida la *zonta*, los miembros suplementarios se sumaron a los Diez en una sala del consejo especial. El dux ya estaba instalado en su sillón de estado, con el rostro abrumado por el dolor y una palidez acrecentada por la gorra blanca de hilo que asomaba debajo del *cornu*. Hasta el momento apenas había intervenido en la reunión, y corrían en la Señoría rumores de que recientemente se había negado a asistir a una ceremonia que requería su presencia. Como había susurrado Vettor Darin a unos pocos miembros influyentes, ¿de qué sirve un dux que ni siquiera es capaz de cumplir su papel de figura simbólica?

Uno tras otro, los miembros de la *zonta* juraron solemnemente no revelar nada de cuanto iba a decirse, puesta la mano sobre las reliquias que uno de los Tres extrajo de una caja con joyas engastadas. Seguidamente, otro de los Tres les expuso la noticia. En buena ley correspondía al dux hacerlo; Vettor aprovechó para dirigir una mirada cargada de intención a quienes lo rodeaban, pero los miembros de la *zonta* estaban demasiado turbados por lo que estaban oyendo para fijarse en las circunstancias en que llegaba a sus oídos.

Una vez decididas las medidas a tomar, la asamblea no pudo darse aún por concluida. Rinaldo Ermolin tenía un asunto que exponerles, un asunto que causó sorpresa no por sus contenidos sino por suscitar una protesta del dux. Sin duda consternado por ver intervenir al anciano, Vettor no dejó por ello de señalar en cuanto pudo, y con todo el tacto del mundo, que la protesta del dux nacía, ya que no de sus simpatías hacia un enemigo de la República —¿cómo pensar tal cosa del dux Scolar?—, sí de un malentendido perfectamente comprensible en quien había perdido contacto con los acontecimientos de la ciudad.

Cuando la *zonta* abandonó el palacio, lo hizo después de haber tomado ciertas decisiones sobre una serie de temas. Los hermanos Marsili, Ottavio y Nono, habían solicitado volver a Venecia a fin de recibir los parabienes del Senado y discutir nuevas estrategias en la guerra contra Montano; el permiso fue concedido de inmediato. El primer secretario del Consejo les haría llegar la invitación, siendo instruido previamente sobre el modo y palabras con que debía proceder. Ítem, todos los gobernadores venecianos de las ciudades situadas entre Piombo y Venecia recibirían orden de conceder escolta armada a los condotieros.

La tela había sido urdida, y la araña aguardaba.

Mientras sucedían estas cosas en el palacio ducal, Segismundo y Benno daban buena cuenta de una enorme bandeja de sémola con higaditos de pollo, puerros y tocino, todo ello a la parrilla. Estaban sentados frente a una larga mesa de caballete, en una taberna próxima a Rialto. Un toldo los protegía del sol y comunicaba un suave resplandor a la comida y los rostros de los comensales. Una fuente de albaricoques frescos colocada a un lado perfumaba el ambiente, y Segismundo echaba generosa mano a una jarra de vino lombardo. Benno comía y bebía según le dictaba su apetito, al que contribuía en esos momentos una sensación de alivio. La última vez que había comido por las calles de esa inquietante ciudad, su miedo a ser espiado había revelado sus horribles fundamentos cuando el hombre señalado por Pico Gamboni había derramado vino en el suelo y les había sonreído como diciendo: «Lo próximo en verterse será vuestra sangre».

Sí, ¿eh? Pues bien, gracias a esos simpáticos leones la sangre vertida había sido la suya, todo un charco de respetables dimensiones que había reflejado la luz de la luna a pocos pasos del jardín del señor Vettor. Benno engulló los últimos restos de sémola y cogió un albaricoque. Seguro que alguien que había sido atacado por leones no se estaría poniendo las botas de esa manera; eso si volvía a comer alguna vez. *Biondello* apoyaba su cabeza en la bota de Benno, con el estómago tan lleno de hígados de pollo que hasta había renunciado a seguir pidiendo más. Segismundo, apoyado de codos sobre la mesa, relataba una emboscada que en cierta ocasión le habían tendido en los Países Bajos, y cuyas consecuencias habían sido la mar de divertidas, aunque no para quienes la habían preparado.

Entonces fue descargado el golpe; o mejor dicho la mano, descargada sobre el hombro de Segismundo.

Echando él mismo mano a la espada, Segismundo miró alrededor y hacia arriba, mientras Benno se atragantaba con el albaricoque y *Biondello* se ponía a ladrar como loco con la cabeza en tensión.

—Quedáis arrestado. Si os resistís tenemos orden de mataros.

Aquellos hombres hablaban con sosiego y vestían ropas poco llamativas, pero no cabía dudar de su autoridad. Segismundo se puso en pie inmediatamente, sin mirar a Benno. Los comensales que un minuto antes comían, bebían y hablaban a sus anchas guardaban ahora silencio. También miraban con atención a Segismundo, y los más próximos a él se apartaban como si tuviera la peste.

—¿Adónde me lleváis?

—A las mazmorras del palacio. Los Diez desean interrogaros.

Benno se quedó helado; un movimiento de su brazo había volcado una copa, y el vino corría sin trabas por la mesa hasta derramarse por el suelo. Contempló atónito cómo dos de los hombres se llevaban a Segismundo cogido por los brazos. ¿Qué hacer? ¿A quién decírselo? ¿Quién podría ayudarlo?

Recordó las palabras de Segismundo: «Los Diez te envían a la sala de torturas, y los Tres a la tumba».

El hombre de Padua

Si bien motivos geográficos impedían que se hallasen bajo tierra, los calabozos del palacio ducal eran muy oscuros. La luz se filtraba por una reja situada en la parte alta del muro, una luz tan tenue que sólo servía para hacer más lúgubre e impenetrable la oscuridad de abajo. Segismundo palpó las paredes y sólo encontró bloques de piedra húmedos, apenas desbastados. El mortero que llenaba las juntas parecía reciente. Llegado a una esquina, su rodilla topó de modo bastante brusco con un banco de piedra, en el cual, relajando los músculos del cuello y los hombros, se sentó a reflexionar.

¿Qué estaría haciendo Benno? No conocía a nadie en Venecia. No había nadie a quien pudiera dirigirse en busca de ayuda. Casi no sabía ni orientarse en la ciudad. Si volvía a su refugio de la Giudecca, para el que carecía de llaves, pondría en peligro a Miriam. Identificado como sirviente de Segismundo, era muy posible que lo siguieran para ver si los llevaba a alguien más. ¿Se daría cuenta de ello? Y, aunque lo hiciera, ¿a qué otro lugar podía ir?

Olía intensamente a paja podrida. Consciente de que lugares como aquél podían llegar a oler infinitamente peor, Segismundo removió la paja con el pie. Un ruido lo informó de que no estaba solo; habiéndose ajustado sus ojos a la escasa luz que iluminaba la celda, distinguió el brillo de otro par de ojos que lo miraban con atención desde un punto cercano a la puerta, demasiado juntos para ser humanos. Vivo o muerto, un prisionero podía ser fuente de comida, y aquella rata estaba dispuesta a mostrarse amigable.

Amigos, he ahí la cuestión. ¡Segismundo tenía amigos en tantas ciudades! De conocerse en Rocca sus tribulaciones, el duque Ludovico habría hecho llegar a Venecia sus más enérgicas protestas, y empleado toda su influencia para liberar a una persona a quien debía mucho. El duque Ippolito de Altamura habría hecho cuanto estuviera en su mano por su duquesa. Había otros amigos no menos poderosos, pero todos estaban lejos, ignorantes de en qué ciudad se hallaba Segismundo. Si alguna noticia llegaba a sus oídos —¿y quién iba a molestarse en enviar noticias?—, sería sin duda la de su muerte. Al repetir a Benno el dicho sobre los Diez y los Tres, Segismundo no bromeaba. Una vez interrogado por los Diez, ya no habría motivo para que los Tres lo mantuvieran con vida. Quizá no tardara mucho en convertirse en uno de esos cadáveres atados a un poste en mitad de la laguna, oficialmente estrangulado y convertido en pasto para mariscos en lugar de ratas.

Si Segismundo se acordaba de Benno, éste no hacía más que pensar en aquél. Había tardado cierto tiempo en recuperarse, coger a *Biondello* y salir de la taberna, observado con disimulo o descaro por los demás comensales que habían convertido su voz en un murmullo. Una vez pagado el almuerzo ya nada lo retenía ahí. Dejó los albaricoques, y también el vino. En esos momentos le habría sido tan imposible comer o beber como tragarse plomo fundido.

Mientras Benno paseaba su desamparo entre la multitud que recorría sin cesar el puente de madera de Rialto, sujetando al revoltoso *Biondello* bajo el brazo, su mente se estremecía al pensar en cosas como el plomo fundido. Un interrogatorio no consistía en preguntas educadas, sino en preguntas formuladas con tenazas al rojo y empulgueras. La visión de Segismundo sometido a la tortura estuvo a punto de hacerle vomitar en plena calle. Lógicamente, cuanto más fuerte y valiente fuese el torturado peor sería la tortura.

A menos que confesara. Pero ¿qué diablos querían hacerle confesar? No había matado a nadie en Venecia. No había hecho más que intentar encontrar a quien había matado a otra persona. Arrastrado por la multitud, pero sin ver a nadie, de pronto Benno se detuvo. Para que a uno lo juzguen culpable no hace falta que lo sea. Quizá Vettor Darin se hubiera enterado por su esposa de que Segismundo había estado en su casa la misma noche en que habían matado al león, y le creyera culpable de ello. Benno tuvo la loca idea de irrumpir en el convento donde habían dejado a Dion y ponerle un cuchillo en el cuello hasta hacerle confesar. Pero entrar en un convento no era tan fácil, y aunque entrase tenía muchas posibilidades de encontrarlo muerto. Había estado deseando su muerte con todas sus fuerzas, y quizá Dios le hubiera tomado la palabra.

Después de ser empujado un par de veces, echado a un lado, acosado por mendigos y conminado a dejar entrar a los clientes de un puesto que ni se había dado cuenta de tener delante, Benno se quedó donde lo habían empujado, apoyado contra la columna de un soportal, ciego a cuanto lo rodeaba y atento sólo a las terribles imágenes que se sucedían en su mente.

Los únicos habitantes de la ciudad que parecían estar del lado de su señor eran Miriam da Silva y el dux. ¿Podría un judío, o más concretamente una judía, influir sobre las decisiones de los Diez? En cuanto al dux, por lo que había oído decir a Segismundo y lo que sabía del destino de Pasquale, mal podría ayudarlo ese anciano y derrotado caballero. Su influencia venía a ser como la de los leones de piedra.

Benno se quedó en blanco. Su instinto lo empujaba a encaminarse a su refugio y permanecer oculto hasta que se le ocurriera algo.

Pero las llaves de las puertas que había que abrir antes de llegar a la habitación las tenía Segismundo. Pensó en dirigirse a Miriam. Sentiría mucho lo de Segismundo, y quizá tuviera alguna idea sobre cómo ayudarlo.

¿Y si estaban torturando a Segismundo en ese mismo instante?

Tenía unas monedas, acaso suficientes para una góndola y acaso no. Para empezar

había que llegar a la Giudecca.

Ahora le tocaba a él abrirse camino a empujones, miado por el pánico. Atrajo unos cuantos golpes y puntapiés de los que apenas se dio cuenta. En cambio, cuando lo asieron por detrás del jubón se detuvo en eco, igual que su corazón. ¿Estaría siendo arrestado?

—¿Dónde está el amigo que me invita a vino?

El corazón de Benno volvió a latir libremente. Aquella voz le era familiar. Se miró el brazo por el que lo sujetaban. Reconoció las uñas rotas y la mugrienta elegancia de la tela. Aliviado, se volvió hacia Pico Gamboni.

—¡Cuánto me alegro de veros, señor! —Después de saludar en voz alta, bajó la voz para añadir—: No está. Se lo han llevado.

—¿Se lo han llevado? —Aun estando enmarcado por una cabellera gris y revuelta, el rostro de Pico indicaba que ni todas sus desgracias lo habían acostumbrado a enfrentarse con los desconcertantes comentarios de sirvientes de pocas luces—. ¿Qué ha sido? ¿Un rayo? ¿La peste?

Benno se acercó más a él. Habría sido difícil encontrar a alguien que diera menos importancia al estado de las ropas y la persona de Pico; de hecho, Benno ni se daba cuenta.

—Arrestado. Lo han arrestado —susurró—. Ahora mismo. Lo han llevado al palacio para encerrarlo. No sé qué hacer.

La inexplicable reacción de Pico consistió en dar palmas y vueltas sobre sí mismo. «Claro, está loco —pensó Benno con sorpresa—. No puede ayudarme».

La sucia mano de Pico volvió a aferrarle el brazo.

—Parece que nadie te vigila. De todos modos es preferible que sigas caminando. Tu expresión es inmejorable, perfecta; pero sigue caminando. —Viendo que *Biondello* asomaba la cabeza por el jubón para husmear al nuevo acompañante, Pico añadió—: Dame el perrito. Podría hacer que se fijaran en ti.

Demasiado agitado para negarse, Benno no dejó por ello de sentirse celoso ante la facilidad con que *Biondello* se trasladaba a la raída manga de seda de Pico. Empezaron a atravesar la multitud a paso ligero, mientras Pico saludaba con la mano a toda clase de conocidos, desde tenderos a altivos caballeros de larga toga blanca y turbantes de brocado multicolor. Aceptaba con aire benévolo las limosnas que colocaban en su mano, como si estuviera haciendo un favor a quien las daba. Viendo que se alejaban de Rialto, Benno renunció a sus planes de ir a ver a Miriam da Silva hasta haber averiguado qué consejo podía darle Pico. A decir verdad tenía sus dudas. ¿Cómo esperar ideas útiles de alguien que llevaba tanto tiempo viviendo en un mundo de fantasía?

Se equivocaba. Pico Gamboni había estado viviendo en un mundo absolutamente real, donde sólo el ejercicio continuo de la inteligencia permitía subsistir. Había llevado una vida de rico, y ahora sobrevivía como pobre. Ante todo era un veneciano y entendía el modo de pensar de los venecianos, al que Segismundo se había referido

en cierta ocasión como un laberinto.

Y he ahí la prueba. Hicieron alto en un sórdido callejón a cierta distancia de Rialto, lleno de enormes y astrosos lienzos de ropa tendida que colgaban muy por encima de donde los cerdos hozaban; mujeres en jarras intercambiaban chismorreos de ventana a ventana, y el canal del fondo desprendía un olor casi visible a agua estancada. Pico, que había recibido un trozo de salchicha, se metió una mitad por la manga para alimentar a *Biondello*, viendo que Benno rechazaba la otra mitad, el propio Pico la comió sin dejar de hablar.

—¿Por qué lo han arrestado?

Benno negó con la cabeza, temiendo echarse a llorar. Pico no se arredró.

—Estaba tratando de averiguar quién había asesinado a ese hijo de Satán, Ermolin —dijo—. ¿Se indispuso con alguien mientras lo hacía?

—Bueno, no creo que nadie le tuviera mucha simpatía —repuso Benno, desolado—. Vaya, que a nadie le gusta que lo tomen por un asesino, ¿no? Sobre todo si es verdad.

—Lo que es seguro es que no ha sido Pasquale Scolar. Está surcando las olas camino a Chipre. Pero si no es un asunto personal, tiene que estar relacionado con el Estado.

—Han dicho que los Diez querían interrogarlo —farfulló Benno.

El rostro de Pico se iluminó. Olvidando a *Biondello*, su mano se posó enérgicamente sobre el hombro de Benno; el perro estuvo a punto de caer, y fue rescatado por los pelos de caer encima de una gallina que picoteaba por la alcantarilla.

—¿Por qué no has empezado por ahí? Entonces tendrá que ver con la guerra.

—¿La guerra...?

—Eso es. Contra Montano o contra los turcos. Yo diría que contra Montano. Acabo de asistir a un consejo y, aunque no me han elegido para la *zonta*, no hay que ser un mago para adivinar que las «graves noticias» que no hemos oído guardaban relación con la guerra.

Benno levantó los brazos con desconcierto.

—Mi señor no tiene nada que ver con la guerra, nada de nada. En todo este tiempo no ha salido de Venecia.

—Si los Diez creen que tiene que ver con esas «graves noticias», lo someterán a interrogatorio sea cierto o no. —Pico movió la cabeza de un lado a otro—. Y ahora que me acuerdo...

Pasados unos instantes, Benno dijo:

—¿Qué?

Tal vez a Pico se le hubiera ocurrido algún personaje poderoso capaz de intervenir a favor de Segismundo.

—El torturador de Padua. Aún no se ha marchado. Me parece que los Diez no le habrán pagado el viaje en balde.

La visita

El cardenal Pantera no tenía muchas ganas de visitar Venecia. El problema no era la ciudad en sí; al contrario, su vista se deleitaría con los hermosos palacios, construidos alguno de ellos después de su última estancia. También se alegraría de volver a ver algunos cuadros espléndidos, y, como siempre, la magnífica biblioteca que el cardenal Bessarion había donado a la República.

Todos esos placeres aliviaban un poco el peso de su tarea. El temperamento apacible del cardenal, unido a grandes dosis de tacto nacidas de un respeto sincero hacia los sentimientos de los demás, hacían de él la persona perfecta para aquella misión. Sí, había en la Curia quien lo juzgaba desprovisto de la artería necesaria en los tratos con la Serenísima, pero ello no le había impedido ser nombrado por el Santo Padre; podía pensarse que a juicio del papa Félix ese toque de candor con que el cardenal Pantera ejercía la diplomacia podía resultar más desconcertante para los venecianos que el cinismo al que estaban predispuestos.

En su condición de embajador, el cardenal viajaba con toda la pompa requerida. Su séquito era todo lo nutrido que podía esperarse, e incluía muchos más secretarios de los que podía emplear. Siguiendo la costumbre, a todo ello se sumaba una reata de mulas cargadas de obsequios, deferencia con que el Papa demostraba su buena voluntad hacia la República. Ciertas rencillas entre Venecia y el anterior Papa hacían más necesaria que nunca esa clase de detalles, pues el difunto pontífice había considerado ofensiva la costumbre veneciana de nombrar a sus propios obispos sin el refrendo de Roma. Ése era uno de los temas que el cardenal Pantera había venido a discutir.

La reata de mulas transportaba también en baúles las diversas vestiduras del cardenal, enriquecidas con bordados de oro y seda y un deslumbrante despliegue de joyas que se consideraban necesarios para causar la debida impresión en la República. Difícil tarea la de impresionar a una ciudad que llevaba siglos comerciando con los mismos materiales que adornaban el vestuario en cuestión, y hasta con las mismas gemas; no obstante, las monjas de dos conventos romanos se habían arruinado la vista asegurándose de que por lo menos el bordado fuera superior a cualquier mercancía oriental.

Fue sin embargo con el manto rojo de cardenal y un sombrero cargado de borlas como llegó a Venecia el cardenal Pantera, siendo recibido por el dux en su embarcación ducal y escoltado hasta la Piazzetta. Ahí lo esperaba una nutrida multitud. Los venecianos no se habían molestado en retirar los turbadores restos de

quien había sido hasta hacía poco su capitán general, encadenado de rodillas entre las columnas y contemplado por su propia cabeza. Que Roma se diera cuenta de lo importante que era jugar limpio con la República.

En su celda del palacio ducal, Segismundo oyó las fanfarrias que acompañaron el momento en que el cardenal pisaba las piedras de Venecia, pero no había nadie ahí capaz de decirle qué celebraban. Su carcelero, hombre moreno y taciturno con cuerpo de luchador, no le había dirigido la palabra ni una sola vez desde la primera vuelta de llave en la cerradura de la celda. Había metido por la puerta pan, queso y una jarra de algo más parecido a vinagre que a vino, pero los intentos de entablar conversación por parte de Segismundo habían chocado con un silencio poco alentador. Nadie tenía intención de comentarle de antemano lo que iba a suceder. Una o dos veces había aparecido un ojo en la mirilla, apenas visible en la penumbra, y lo había observado con atención. Después habían dejado una linterna junto a la comida y la bebida, quizá a fin de facilitar la vigilancia.

En cierta ocasión, advirtiendo que lo miraban, Segismundo cogió la linterna y la sostuvo en alto. Acercó el rostro a la luz y sonrió con gran simpatía. El ojo parpadeó y desapareció.

Poco después recibió a un visitante.

El carcelero lo hizo entrar con gestos ceremoniosos y, tras recibir una moneda, salió haciendo ruido con sus llaves. El visitante miró alrededor con asco. Segismundo se había puesto en pie y, con un cortés movimiento de brazo, ofreció su banco de piedra a Rinaldo Ermolin.

—¿Sabéis por qué estoy aquí?

—¡Ah, señor mío! Pensaba haceros esa misma pregunta con respecto a mí.

Rinaldo habló con atropello, mirando de reojo hacia la puerta como si temiera que la moneda no mantuviera mucho tiempo alejado al carcelero.

—Se os acusa de traición.

—No soy súbdito de Venecia. ¿Cómo puedo haberla traicionado?

Rinaldo, iluminado apenas por la linterna, estaba tenso, reflejando la luz como si sudara. La impaciencia le crispó la voz.

—Dejaos de juegos de palabras. Este asunto es muy serio. Los Diez tienen intención de despedaros en castigo a vuestro delito. Haréis bien en escuchar lo que tengo que deciros.

Segismundo se apoyó contra la pared con los brazos cruzados. Tendió la cabeza hacia Rinaldo y le prestó la máxima atención.

—Soy todo oídos, señor. Mientras no decidáis cortármelos.

Atento al carcelero, Rinaldo convirtió su voz en un susurro, aumentando su parecido con una aristocrática serpiente.

—Puedo evitar que os torturen.

Segismundo arqueó las cejas.

—¿Y qué atenciones esperáis de mí a cambio?

—Vuestros servicios a Vettor Darin deben permanecer en secreto.

—Mmm... Si llega a saberse que la señora Isabella no os mostró la acusadora misiva de Pasquale Scolar movida por los escrúpulos, sino que la robé yo por orden del señor Vettor, su papel como viuda inocente quedará en entredicho. —Segismundo sonrió de oreja a oreja—. Muchísimas gracias, señor.

—¿Por qué?

—Por enseñarme qué cartas tengo en la baraja.

La cabeza de Rinaldo se disparó hacia adelante, cual la de una serpiente en pleno ataque.

—Jugad esas cartas y moriréis. Ya os he advertido.

—No, señor. Habéis venido por algo muy distinto. —Segismundo seguía sonriendo, menos a disgusto en aquella celda que su visitante, hombre libre—. Deseabais ofrecerme un favor y pedir otro a cambio. Pero ahora debo formularos la pregunta más importante de todas. Si os concedo ese favor, si callo lo que hice por orden del señor Vettor y a cambio de ello me libero de la tortura, ¿qué sucederá después?

—Eso depende de lo que decidan los Diez.

—Mmm... También depende de cuál sea la acusación. Puesto que tanto sabéis, ¿podrías decirme en qué consiste esa supuesta «traición» que he cometido? ¿Y quién me acusa de ello?

Rinaldo Ermolin parpadeó, ocultando fugazmente sus ojos.

—De ese tema no puedo hablar. —Un ruido lejano de llaves le hizo mirar hacia la puerta—. Ya he corrido un riesgo considerable al venir aquí.

—No mayor que el que corro yo quedándome. ¿Puedo contar con el apoyo del señor Vettor además del vuestro?

El tono irónico de la pregunta no pasó por alto a Rinaldo, que se disponía a contestar cuando el ruido de llaves creció bruscamente de volumen, precediendo el giro de la llave en la cerradura y la aparición del enorme carcelero.

—Recordad lo que os he dicho —se apresuró a decir Rinaldo antes de arrebujarse en su capa, como si de pronto se hubiera dado cuenta del frío que hacía en aquellos calabozos.

—¿Podría acaso olvidarlo, señor? —Segismundo se sentó en el banco de piedra, estirando las piernas como si tuviera un fuego delante. Justo antes de que la puerta se cerrara con estruendo, añadió en voz alta—: Os ruego que presentéis mis respetos a la señora Isabella.

Una vez a solas tuvo tiempo de reflexionar. Ermolin le ofrecía protegerlo de la tortura —si bien no estaba claro hasta qué punto podría contrarrestar los deseos de los Diez—; sin embargo, aún no había dicho a Segismundo por qué lo habían encarcelado.

Era un misterio de difícil solución; no así el destino que esperaba a quienes engañaban a la República. Y no se trataba de ofrecerse en espectáculo en la Piazzetta,

no; nada tan llamativo como un descuartizamiento. La gente como Segismundo recibía el castigo en privado, en la propia celda, mediante una soga aplicada al cuello. Probablemente Benno nunca llegara a saberlo.

Compañía

Quizá el cardenal Pantera no se alegrara de llegar a Venecia, pero había una persona en la ciudad que acogía su presencia con sincero alborozo.

Brunelli estaba cansado de aumentar y embellecer el palacio Ermolin. Además había tenido serias diferencias con su cliente, Rinaldo Ermolin, respecto a la decoración del piso superior. Era un rasgo característico de los trabajos de Brunelli que en un momento u otro de la ejecución sus opiniones chocaran con las del cliente, con el resultado de que muy a menudo dejaba el encargo a medias, bien por propia iniciativa, bien por verse expulsado sin contemplaciones. Leone Leconti, cuyo odio hacia su colega no tenía nada que envidiar al desprecio que Brunelli sentía por él, decía, hablando de escultura, que Brunelli había dejado tantas estatuas desmembradas como las que habían salido a luz desde los tiempos de la antigua Roma —aunque, obviamente, su inferior calidad las delatase de inmediato.

Si nadie se lo comunicó a Brunelli fue por falta de ganas de acabar en un canal. Tampoco Rinaldo había llegado al extremo de despedir al artista, por la sencilla razón de que los planos de Brunelli eran excelentes, y que a esas alturas el palacio ya suscitaba la envidia de toda la ciudad, cumpliéndose así los deseos que habían movido al anterior propietario a contratar al artista.

Un año antes, en Roma, Brunelli había recibido del cardenal Pantera el encargo de retratarlo en un busto de bronce; gracias a la muerte del Papa y a todo el ajetreo consiguiente, incluida la ausencia forzosa del cardenal Pantera por ser miembro del Cónclave recluido en el Vaticano para elegir al nuevo Papa, el encargo no se había cumplido. Brunelli había realizado una serie de esbozos realmente magníficos, mas cuando el cardenal volvió a disponer de su tiempo —ya como consejero del papa Félix—, Brunelli había reñido con otro de sus clientes romanos y volvía a estar de viaje.

He ahí la ocasión de realizar el busto.

Entusiasmado por la perspectiva de hacer algo que le apetecía de veras hacer —el cardenal Pantera poseía un rostro altamente interesante—, Brunelli decidió llevar a cabo otro hermoso proyecto que llevaba cierto tiempo rondando por su mente. Pidió prestado un arco a un amigo de la guardia ducal y se dirigió en góndola a una iglesia próxima al Campo San Polo.

Leone Leconti estaba muy satisfecho con sus pinturas para los paneles de madera del tríptico que coronaba el altar mayor de dicha iglesia. ¡Tantas representaciones de san Sebastián mostraban al mártir sonriendo tontamente hacia las alturas, mientras su

cuerpo, con más flechas que un erizo, vertía decorativos chorros de sangre! Leconti se preciaba de haber dado a «su» san Sebastián un aire de viril fortaleza, no de éxtasis afeminado. Aquella deliciosa mañana, Leconti comprobó el efecto con ojos entornados y, sonriente, se adelantó para dar el último toque, una pincelada de rojo junto a una de las flechas que atravesaban el pecho del santo.

De pronto un ruido semejante a una ráfaga de viento le hizo preguntarse por unas décimas de segundo si lo habrían escogido como testigo de un milagro, quizá la visita de un ángel que viniera a darle el refrendo celestial para su obra.

Se produjo entonces un fuerte impacto que le sobresaltó profundamente.

Una flecha, una flecha de verdad, compañera innecesaria de las pintadas, rozaba el hombro de Leconti con su trémulo penacho, hincando su casquillo en el torso marfileño de san Sebastián justo encima de una de las saetas ideadas por Leconti.

Cuando éste, temblando de rabia y miedo, se dio la vuelta, divisó contra la intensa luz del portal una silueta corpulenta que, girando sobre sus talones, se alejaba arco en mano. No cabían dudas sobre el autor de tamaña ofensa contra su mejor obra. Leconti llevaba semanas trabajando en un peto de armadura por miedo a un ataque como ése, pero no había armadura que protegiera a un mártir desnudo.

Fuera de la iglesia, Brunelli topó con dos personas que también lo reconocieron.

—¿Vais a la guerra, Brunelli? No, no, un genio de vuestra talla no debe correr tales riesgos.

Pico Gamboni no había considerado que fuera en desdoro de su condición posar para los esbozos de Brunelli y, contrariando el proceder habitual en un aristócrata, recibir dinero a cambio. Brunelli planeaba un fresco de Lázaro y el rico, tomando a Pico como modelo para el pobre Lázaro que mendiga a la puerta del rico, seguro, pese a toda su pobreza y humillación, de tener un lugar reservado en el cielo, mientras que el purpúreo esplendor del rico acabará sumido en el intenso rojo del fuego infernal. Lo consideraba también como un comentario moral apenas encubierto, dado que el fresco ocuparía la mansión de los Ermolin. Así pues Brunelli reconoció en Pico a su antiguo modelo. En cuanto a Benno, en otros tiempos se había dado el gusto de asestarle un puntapié, por lo que, excepcionalmente, también fue reconocido.

Brunelli frunció amigablemente el ceño.

—¿A la guerra? No, voy a ver al cardenal Pantera. ¿Me acompañáis?

Pico Gamboni consideraba a los cardenales como fuentes posibles de generosidad, y no tuvo reparos en meterse en la misma góndola que Brunelli. Benno fue tras ellos; todos los caminos eran iguales para su entristecido corazón, que, sin embargo, vio despuntar un brote de esperanza. Al igual que el papa Félix, el cardenal Pantera se había mostrado muy atento con Segismundo. Quizá pudiera hacerse algo...

Mientras Benno se asía a su frágil esperanza, su señor recibía una nueva visita. Una vez más oyó un ruido de llaves y el chirriar de la puerta, después de lo cual una

persona casi invisible en la oscuridad se abalanzó contra Segismundo, que se había apresurado a ponerse en pie: no era probable que los Diez recurrieran al cuchillo en lugar de la soga, pero si estaba vivo era por contemplar todas las posibilidades. Acaso se tratara del humano método con que Rinaldo Ermolin pretendía ahorrarle la tortura.

Como verdugo, el recién llegado no era muy eficaz. Segismundo evitó el choque, agarrando al hombre de las manos por si llevaba una daga. Se extrañó de oír un grito de dolor.

Mientras el desconocido daba tumbos y se derrumbaba contra la pared entre sollozos, Segismundo cogió la linterna y, enderezando su empapada mecha, la sostuvo en alto. Apareció ante él un largo par de piernas enfundadas en calzas a rayas rojas y blancas, cubiertas ahora de suciedad; vio también unos hombros anchos, cabellos de apretados rizos y, cuando el desconocido se volvió, el rostro de Cosmo bañado en llanto. En cuestión de segundos Segismundo había dejado la linterna en el suelo y acudía a su lado, guiándolo hasta el banco de piedra sin tocar sus manos, torpemente tendidas.

—¿Qué han hecho?

Cosmo mostró sus manos en silencio. La escasa iluminación y lo oscuro de su piel hacían difícil distinguir las heridas, pero Segismundo notó lo calientes que estaban, y emitió un murmullo pensativo.

—¿Cuándo ha sido?

—Imagino que no habrá durado tanto como parecía. —Cosmo hablaba como si el hecho de escoger con tiento sus palabras pudiera mitigar el dolor—. Hace nada, unos minutos. Después me han traído aquí.

—Ahora mismo. Mmm. Aún estamos a tiempo. —Segismundo hurgó en su jubón—. Pon las manos sobre la piedra. Refréscatelas cuanto puedas.

Al notar lo helado del banco, Cosmo se estremeció y ahogó un gemido. Poco a poco el dolor cedía paso a otros pensamientos. Vio que Segismundo extendía sobre el banco una estrecha tira de tela y, a la luz de la linterna, hacía una selección de hojas y ramitas, sumando a ella un diente de ajo.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó Cosmo—. ¿También os tienen por asesino?

—No sé, no me lo han dicho. A ver esas manos... —Segismundo se quitó la camisa, desgarró el faldón con los dientes y arrancó una tira. La colocó sobre el banco, echó encima algo de vino avinagrado, aplastó con la uña el diente de ajo, añadió hojas de tomillo machacadas, consuelda y valeriana y, formando un emplasto, vendó suavemente la mano derecha de Cosmo, fijándolo todo con una correa de su jubón. Mientras un suspiro de dolor salía de boca de Cosmo sin que el joven pudiera remediarlo, Segismundo repitió el proceso con su mano izquierda.

—Mmm. Esto debería evitar daños permanentes. Menos mal que te he encontrado pronto.

—Y menos mal que lleváis esas hierbas. —Después de contemplarse las vendas,

que brillaban bajo la tenue luz de la linterna, Cosmo volvió sus ojos, no menos brillantes, hacia Segismundo—. ¿También os torturarán a vos?

—Habrás que esperar a verlo. ¿Te han explicado qué pasará?

La verdadera pregunta era, lógicamente, si le habían dicho cuándo moriría. Es raro que quienes han sido encarcelados por envenenar a un miembro de la Señoría sigan con vida. Cosmo se encogió de hombros e hizo una mueca.

—Nada. No me han dicho nada. Me han preguntado con qué maté a Marco. Al decirles que no lo maté me han hecho esto.

Tendió las manos vendadas.

—¿Lo has admitido entonces?

Era una pregunta impersonal, exenta de juicios. Aun así Cosmo evitó la mirada de Segismundo.

—No sé qué he dicho. Creo que habría confesado cualquier cosa con tal de que ese hombre parara.

—¿Ese hombre?

—Tenía acento de Padua. Ha dicho: «Empezaremos con esto. Todo el mundo necesita usar las manos, haga lo que haga». Había alguien en la esquina, un escribano que anotaba todo lo que se decía.

Segismundo guardó silencio. No hacía falta comentar que quien habla de empezar por las manos suele tener intención de seguir por otras partes. Muchas cosas dependían de las palabras que Cosmo no recordaba haber dicho, y de lo anotado por el escribano de la esquina.

Segismundo cogió la jarra de barro cocido, que, todavía llena de vino por la mitad, se había contagiado del frío de las losas, e hizo señas a Cosmo de que la sostuviera en sus manos. Mientras el joven obedecía, Segismundo le susurró al oído, haciendo menos ruido que el vuelo de una mosca:

—¿Te vio alguien cuando estabas en la góndola con Marco?

Viendo que Cosmo se disponía a hablar, Segismundo se llevó un dedo a los labios y señaló la puerta con la cabeza. La aparición de Cosmo no pretendía ser ningún regalo.

Cosmo abrió los ojos de par en par y bajó la voz hasta convertirla en un murmullo tan profundo como el de su interlocutor.

—Sólo lo acepté a bordo porque me lo dijo Marco. Estuvo con nosotros todo el tiempo.

—¿Quién?

—El señor Gamboni. Siempre que puede me llama, y cuando no tiene dinero, si estoy libre también lo llevo. De hecho, si Marco solía subir a mi góndola era porque a veces tampoco podía pagar.

Segismundo soltó una suave y vibrante carcajada.

—¿Eres gondolero o te dedicas a la caridad? Muy bien, así que Pico os acompañó durante todo el viaje. Él sabría decir si ofreciste a Marco comida o bebida. ¿Lo

hiciste?

—¡No! Me lo han estado preguntando una y otra vez. Marco ya estaba comiendo algo cuando subió, algo que había comprado en un puesto callejero. Me ofreció un poco pero no quise.

—¿Y a Pico también le ofreció?

—¡Vaya! Yo diría que el señor Gamboni se comió como mínimo la mitad.

—Mmm... Y sigue vivo. Cosa que quizá —añadió Segismundo, al tiempo que un ojo volvía a aparecer en la mirilla sin ser precedido por ningún ruido de llaves— pronto no pueda decirse de nosotros, a menos que consigamos que alguien crea lo que has dicho.

Consulta al cardenal

El ligero cansancio del cardenal Pantera después del viaje no había sido aliviado por la fastuosa recepción. Su secretario, imponente sacerdote que recordaba a un buitre vestido de negro, habría querido proteger a su superior de toda intromisión en los breves momentos de ocio y descanso de que había logrado disponer tras la agotadora sucesión de espectáculos, audiencias y reuniones que constaban en el programa. No obstante, pese a que las dos personas que deseaban ver a su eminencia se hallasen a todas luces dejadas de la mano de Dios, se dio el caso increíble de que el primero, hombre de cabellos grises y revueltos y envuelto en harapos de seda roja, era miembro de la Señoría, y no podía ser despachado sin contemplaciones. Lo demostraba el hecho mismo de que lo hubieran dejado entrar en la residencia del patriarca.

Y quiso la suerte que el propio cardenal asomara la cabeza de su habitación en ese mismo momento, reconociendo al segundo hombre, un necio desharrapado que al verlo se arrodilló con suma presteza. El rostro cansado del cardenal se iluminó, y, una vez impartida la bendición a ambos visitantes, ordenó al secretario que los dejara entrar en su habitación. Después de ello, el desairado sacerdote tuvo que retirarse sin haber podido averiguar de qué conocía el cardenal a esa astrosa rata de cloaca. Claro que no se conoce al santo por el vestido, y si aquel hombre lo era, sólo un ojo perspicaz lograría reconocerlo, un ojo como el que poseía su eminencia.

De ahí que cuando Pico Gamboni y Benno volvieron a salir tras una entrevista inusualmente prolongada con el cardenal, su secretario se aviniera a inclinarse y sonreír a ambos, para gran asombro de Benno, que aún no se había recuperado por completo de verse reconocido por tan ilustre personaje. El anonimato que durante tantos años le había permitido salir indemne en incontables ocasiones debía de estar desvaneciéndose. ¡Y ahora aquel sacerdote lo trataba como a un hombre digno de respeto!

No se entienda que Benno tuviera alguna queja. El hecho de haber sido reconocido por el cardenal Pantera les había permitido entrevistarse con él, dando a Benno la ocasión de explicar que Segismundo se hallaba en prisión y necesitaba ayuda. El cardenal Pantera se había puesto serio. Sus cejas le otorgaban ya de por sí un aire doliente; aunque pesaroso de oír tales noticias, no tenía muchas esperanzas que ofrecer. Si los Diez habían arrestado a Segismundo por razones que no deseaban divulgar, su eminencia dudaba de poder pedir su libertad sin antes averiguar cómo el preso había incurrido en sus sospechas.

—Debo deciros —dijo, posando alternativamente en uno y otro sus tristes y benignos ojos negros— que no me hallo en la mejor posición para pedir favores. El último legado papal que visitó Venecia venía a anunciar un entredicho. —Hizo una pausa antes de seguir con sonrisa apenas perceptible—. Sí, es cierto que ya no se trata del mismo Papa, pero no puede esperarse que los venecianos olviden tan rápido. —Levantó su guante rojo en una bendición de despedida—. Afortunadamente para Segismundo, tampoco el papa Félix ha olvidado. Recuerda muy bien los servicios prestados por Segismundo hace un año, en relación con un altar a la Virgen. —Se levantó con un suspiro, suscitando un frufú de seda con muchas aguas—. Esperemos que mis protestas sean aceptadas, y que no lleguen demasiado tarde.

Dado que el patriarca de Venecia había alojado al legado pontificio en su propio palacio con vistas al Gran canal, el cardenal Pantera no tuvo que desplazarse demasiado para acudir a la siguiente reunión. Se trataba de una visita de cortesía al dux, pero hasta Benno habría podido decir al cardenal que, si pretendía asimismo influir en el destino de Segismundo, de poco servía empezar con quien ocupaba un cargo reconocido por todos como meramente simbólico.

Ello no impide que esa clase de cargos se hallen necesariamente al frente de muchas cosas, ni que en su honor deban observarse ciertos rituales. De ningún modo habría podido el cardenal Pantera desatender aquella visita de cortesía, ni siquiera de hallarse Segismundo sujeto al potro en ese mismo instante.

De hecho, la distancia que lo separaba del potro no era muy grande. Mientras el cardenal Pantera ascendía por la larga escalera interior del palacio ducal separado del borde de su manto por dos escalones, unos pisos más abajo de la sala donde esperaba el dux, y envuelto en una penumbra que apestaba a cloaca, Segismundo recibía a su tercera visita en un día.

El ojo asomado a la mirilla no se había sentido satisfecho con tan limitado ángulo de visión. Pertenece al maestro de Padua, quien, como carnicero que va al mercado, había venido a examinar anatomías y calibrar posibilidades. Una señal de cabeza hizo que el carcelero metiera la llave en la cerradura, tirara de la puerta y se colocara a un lado para dejar paso al renombrado experto.

Segismundo se puso en pie, similar en estatura y constitución al hombre que encarándose con él lo examinó de pies a cabeza. El torturador no prestó atención a Cosmo, que, sentado en el banco, se sujetaba las manos. Ahí no había nada que averiguar; su aguante ya había sido evaluado con precisión. El hombre que tenía delante resultaba más problemático. Los hombros y la base del cuello indicaban una fuerza muy notable, pero el maestro de Padua no solía basar su opinión en esos detalles. Los hombros podían quebrarse. Cosa muy distinta era la voluntad. A juzgar por aquellos ojos que lo miraban fijamente bajo las oscuras cejas sin por ello expresar ningún desafío, a juzgar por lo relajado de sus manos, no bastaría con presionarlo un poco para que cediera. Haría falta trabajar duro, y utilizar la inteligencia.

¡Un reto! El maestro de Padua sonrió e indicó a Segismundo que lo siguiera.

Había venido a echar un vistazo, pero decidió dar otro cariz a sus averiguaciones. Cuando el carcelero cogió la linterna, Cosmo, aliviado, volvió a sumirse en la oscuridad. También Segismundo sonrió levemente antes de dirigirse a la salida, como si pensara en lo que le reservaba el hado y en la posible fragilidad de la promesa de Rinaldo Ermolin. La puerta de la celda se ajustó con un ruido seco antes de ser cerrada con llave. El balanceo de la linterna hacía brillar en las paredes de piedra gotas de humedad subida de la laguna, gotas en que una mente imaginativa habría creído ver las lágrimas de los prisioneros. Mientras caminaban por el enlosado, resonó en algún lugar un largo aullido semejante al de un zorro, seguido por sollozos cuyos ecos se fueron apagando lentamente.

Su futuro quedará sentenciado

Dos pisos más arriba, lo único que oyó el cardenal Pantera fue la civilizada voz del *maestro da camina* anunciándolo al dux Scolar. Era la primera vez que se veía con el dux en privado, pero en cuanto lo vio, vestido con toga dorada, acudir a su encuentro para tomar su mano y besar el anillo, el cardenal, hombre compasivo, tuvo la repentina sensación de que tenía delante a un hombre acabado. Su porte se mantenía erguido, la boca imponía con determinación su sonrisa sobre el rostro surcado de arrugas, pero los ojos parecían recién salidos de un infierno.

El cardenal lo bendijo de corazón.

Intercambiaron los saludos de rigor. Si bien los cardenales suelen tener familia numerosa, y el cardenal Pantera no era una excepción, lo normal es que en todo momento se refieran a sus vástagos mediante los eufemismos de «sobrinas» y «sobrinos». Sin embargo, el cardenal Pantera daba muestras de una castidad tan asombrosa que a ese respecto no había preguntas que hacer; y, por otro lado, habría sido una crueldad interesarse por el hijo del dux. Todo lo que había que saber lo había visto el cardenal Pantera en aquellos ojos atormentados. Le habían informado del exilio de Pasquale, y no hacía falta que le dijeran qué futuro podía esperar un hombre que ya nunca volvería a ver a su único y amado hijo.

El dux llevó al cardenal a otra parte de la habitación, alejándose de los sillones que les habían preparado y acercándose a una ventana a cuyo lado había un banco cubierto por un largo cojín bordado. Una vez sentados el dux miró hacia el patio interior a través del cristal gris. Bruscamente dijo:

—Los Diez quieren que dimita.

El cardenal Pantera arqueó sus dolientes cejas.

—¿Dimitir, excelencia? ¿Puede un dux dimitir?

La sonrisa amarga del dux hizo que a ambos lados de su fina boca se marcara una pequeña arruga.

—Eso mismo les he dicho yo, eminencia. Fui elegido dux. Según la ley los Diez no pueden destituirme por propia iniciativa. Debe hacerlo el Gran Consejo, mediante una decisión mayoritaria apoyada por seis miembros de la Señoría.

El cardenal Pantera contempló el hilo de oro que adornaba el dorso de sus guantes rojos.

—¿Conseguirían esa decisión si consultaran al Gran Consejo?

—¡Ésa no es la cuestión! No lo consultarán porque se bastan a sí mismos para imponer su ley. No diré nombres, pero hay en los Diez quien desea mi muerte, igual

que deseaban la de mi hijo. —El dux cogió con fuerza el guante rojo que tenía a su lado—. Quieren mi ruina. Me arrebataron a Pasquale, y lo han exiliado para destruirme. —Su voz se hizo quebrada y ronca—. No lo conseguirán. No pueden obligarme a dimitir.

Durante unos minutos reinó el silencio, interrumpido sólo por los arrullos guturales de una paloma posada en el alféizar. El cardenal Pantera alzó la vista hacia los frescos del techo, buscando inspiración en un torbellino de querubines.

—¿Habéis pensado, excelencia, que oponerse a ellos podría ser peligroso?

—¿Habéis pensado, eminencia, que tal vez ya no le tema a nada? ¿Qué satisfacciones puedo esperar de la vida? —La voz del anciano cobró un ímpetu lleno de pasión—. Ya sólo puede alegrarme una cosa: frustrar las esperanzas de quienes conspiraron para exiliar a mi hijo. Si deciden matarme moriré; todo menos dimitir.

El cardenal se volvió para ver de frente el rostro del anciano.

—Hijo mío, ésa no es manera de enfrentarse a la muerte. He oído decir que en Oriente los hombres que llegan a la vejez se retiran del mundo. Se vuelcan por decisión propia en prepararse para ese otro mundo que no tardará en abrirles las puertas, renunciando libremente a todas las inquietudes y obligaciones de la vida terrena. Esos hombres que conspiran para derrocaros, ¿no os estarán ofreciendo un bien oculto? —Levantó la mano que seguía aferrada a la suya—. Hijo mío, es preciso que os mostréis resignado, en todo el sentido de la palabra. Dios nos somete a graves tribulaciones, pero siempre lo hace con un fin. Nada de lo que Él hace carece de significado. Debemos buscar ese significado con humildad de corazón.

—¿Entonces creéis que debería dimitir? ¿Es eso lo que sugerís? ¿Que permita a Vettor Darin convertirse en dux?

El cardenal sonrió con pesar.

—¿Tan a gusto habéis soportado ese yugo para ahora negárselo a él? Dejad que quienes ansían altos cargos se graven las espaldas con su peso. No sabe lo que os está ofreciendo a cambio: libertad para cuidar de vuestra alma y rezar por quienes necesitan vuestras plegarias.

Uno y otro tenían en mente la imagen de aquel hijo navegando hacia Chipre, donde difícilmente aumenta rían sus esperanzas de salvación. Cuando un hombre abandona su ciudad natal no deja atrás su manera de ser; no hay cambio de residencia capaz de imponer sentido común de la noche al día.

El dux volvió la cabeza para contemplar el tejado de enfrente, donde el estandarte de san Marcos chasqueaba como un látigo bajo el viento llegado del mar. Sus siguientes palabras fueron pronunciadas con tono reflexivo.

—Podría coger un barco y visitar los monasterios. Tengo amigos ahí que llevo años sin ver.

—Os acompañaría con mis oraciones. Dios se complace de ver a los hombres renunciar a su orgullo.

El dux se volvió bruscamente.

—¿Su orgullo?

—¿No es orgullo lo que os mantiene en el cargo a fin de contrariar a vuestros enemigos?

El dux se irguió por unos instantes. Sus ojos echaron chispas; después, percibiendo la mirada de reprobación del cardenal Pantera, soltó una inesperada carcajada. Al otro extremo de la sala, los criados apostados junto a la puerta de doble hoja intercambiaron una mirada significativa, dando a entender que no habían oído aquella risa desde la marcha del joven Pasquale.

—Tenéis razón, naturalmente. —El dux estrechó en sus manos la del cardenal—. ¡Ha sido Dios quien os ha enviado! El patriarca no me aconsejó nada parecido, aunque hay que decir que no es muy amigo de Vettor Darin. He ahí a alguien a quien Darin tendrá que ganarse si quiere ser mi sucesor. —Soltó la mano y se frotó las rodillas, como si se alegrara de antemano de los infinitos problemas, esfuerzos de persuasión y sobornos que todo aspirante a sucederlo tendría que emplear.

De pronto se quedó inmóvil y dijo con gran seriedad:

—Sólo hay una cosa que lamento. Con Darin quedará sentenciado el futuro de un hombre, Segismundo. Le pedí lo imposible, limpiar el nombre de mi hijo; hoy he sabido que ha sido arrestado por los Diez. En mi opinión puede dársele por muerto.

Peligros

Parecía una visión infernal. Había braseros encendidos con rejas encima, algunas sosteniendo largos hierros semejantes a atizadores cuya punta ardía al rojo vivo. La luz de las llamas se reflejaba en objetos apenas visibles que colgaban de las paredes, así como de las gruesas columnas cuya perspectiva se internaba en la oscuridad. Eran objetos de hierro: tenazas, cadenas, una máscara y diversas armazones que se adaptaban —cuán dolorosamente— al cuerpo humano. Más allá de los fuegos, en la penumbra, merodeaban siluetas que habrían podido pasar por demonios subalternos, destinados ahí para ayudar en todos los enrevesados horrores que pudieran idearse al demonio principal, que, rodeado por las llamas y firmemente plantado sobre sus dos pies, observaba atentamente a Segismundo.

Fuera por disimulo o por otras razones, su rostro no mostró sorpresa alguna cuando, después de examinarlo todo con marcado interés, Segismundo se acercó a una jaula de hierro sujeta a una columna, jaula diseñada para pájaros de un metro ochenta, y abrió la puerta con un chirrido de bisagras, emitiendo un murmullo desdeñoso.

—Aquí hay un fallo. ¿Lo veis?

El maestro de Padua llegó a su lado en un periquete, procediendo a palpar la bisagra e inspeccionar las correas de cuero. Unidas en la inspección ambas cabezas, una rapada y la otra de pelo muy corto, se oyó un gruñido que convocó a uno de los demonios subalternos para mostrarle la bisagra. Una tercera cabeza recibió un bofetón, la del subalterno.

Segismundo dio un paso atrás. Su mirada se posó en otra jaula mucho más pequeña, de la que despuntaban varias agujas de hierro. La desprendió del gancho y la hizo girar en sus manos; introduciendo una de ellas en el interior, agitó los hierros hacia el de Padua.

—Mmm. Pasado de moda. ¡No es esto a lo que estáis acostumbrado, maestro! ¡Pero, si destroza todos los dedos de una vez! Después ya sólo os queda una mano para seguir. —Sonrió con vivacidad—. ¿Habéis visto el que inventó el maestro de Brujas? Con sólo apretar un poco esto —tiró de una aguja y extrajo el tornillo, que cayó al suelo con un ruido metálico— prolongáis el dolor el máximo tiempo posible sin infligir heridas.

—¿El maestro de Brujas? ¿Yan Limburg? ¿Lo conocéis?

—Estuve a su servicio. Hace años, y sólo por un tiempo, pero con maestros como él basta un día de aprendizaje para saber que...

El maestro torturador cambió de actitud respecto a Segismundo. El reto era cada vez más prometedor. Aquel hombre conocía las técnicas de la profesión, hasta el punto de que él mismo sentía ganas de escucharlo. ¡Ya quisiera él haber sido aprendiz de Yan Limburg! Pero la cosa tenía sus ventajas; mostraría las herramientas a alguien capaz de apreciar las sutilezas del daño que infligían. Habiendo visto sufrir a la gente uno sabe qué esperar de un simple giro de tuerca; apartó de un puntapié la que había caído al suelo, agachándose a recoger la uno de sus ayudantes.

De todos modos no era fácil evitar cierta camaradería en lo que quedaba de visita. Aquel hombre estaba familiarizado con lo que le mostraban, y también con sus efectos. El maestro no era un carnicero, aunque tenía que estar dispuesto a hacer carnicerías si se lo pedían; quizá en esos momentos fueran dos expertos con versando sobre su arte, pero ambos sabían que Segismundo era la res en cuestión.

El maestro de Padua, que no solía ocuparse de tales temas, empezó a preguntarse a qué clase de preguntas iba a ser sometido aquel hombre. De momento quien preguntaba era Segismundo.

—A algunos les debe de bastar con ver todo lo que hay aquí. ¿Os encontráis con muchos de esos?

El maestro rió.

—Pocos tienen la suerte de ahorrarse la tortura. Aun si confiesan, lo habitual es poner a prueba lo dicho bajo coacción. También hay quien confiesa sus crímenes pero no tiene prisa en mencionar a sus amigos. Yo ayudo a que todo se sepa. Por muy alta idea que tengan de sí mismos —dijo, aludiendo con la cabeza a quienes se movían en los pisos superiores—, en mis manos acaban por mostrarse bastante más humildes.

—¿Hasta el hijo del dux? —Segismundo agitó la cabeza con asombro—. Le hicisteis confesarlo todo.

El maestro volvió a reír con sorna.

—¿Ése? Ni llegué a tocarlo. Era de los que decíais, de los que confiesan en cuanto me ven. Mis órdenes prohibían acercarme a él. Su excelencia merece cierto respeto y... —Hizo una mueca de desdén—. Y no había más que decir.

—Pero él no había matado al señor Ermolin con sus propias manos. ¿No mencionó el nombre o la identidad del asesino?

—¿En esta ciudad? ¿Identificar a alguien, el señor Pasquale? Cuando oyen que hay quien precisa de sus servicios, los asesinos acuden con capucha y a oscuras; no muestran sus rostros, sino sus dagas. Sus señorías no tenían interés en descubrir al asesino.

—Para lo que les interesaba ya debían de haber oído bastante. ¿No pusisteis en duda su palabra? ¿No protegía a otra persona?

El maestro abrió cuanto pudo sus ojillos negros.

—Conmigo delante os prometo que habría mandado decapitar a su propio padre en la Piazzetta.

Segismundo palpó los eslabones de una cadena colgada junto a un hierro de

marcar.

—A veces el amor hace valiente al cobarde.

El maestro bufó despectivamente.

—A ése no. El dux combatió con honor a los turcos durante cuarenta años. Su hijo lloró y se meó encima por miedo a esto. —Agitó la jaula pequeña criticada por Segismundo—. Y ya habéis visto que no es nada en comparación con lo que habría podido mostrarle.

Por encima de sus cabezas, en el ámbito al que había aludido el maestro, el dux, exhortado por el cardenal Pantera a mostrarse humilde de corazón, no era consciente de que en esos momentos Segismundo renunciaba a su segundo encargo en aquella funesta ciudad.

Mientras tanto, otro hombre que también había recibido un encargo y no había sido capaz de cumplirlo daba vueltas en una cama dotada de paneles de madera laterales que la asemejaban a un ataúd, bajo la mirada de un Cristo de madera clavado a su cruz en la pared, y sometido a la vigilancia de la hermana enfermera. Ésta le había administrado agrimonia y hierbas febrífugas para aliviar el calor y los sudores, así como raíz de milenrama con miel para mitigar la inflamación de la herida. De todos modos no era optimista respecto al resultado. Pese a la ayuda de otras enfermeras había sido muy difícil administrarle las decocciones, tal era la fuerza con que se había resistido; además, las había insultado en los términos más asombrosos, llegando incluso a confundirlas con ocupantes de un burdel disfrazadas de monjas para provocar. La enfermera se alegró de que la hermana más joven no hubiera entendido el lenguaje ni la confusión, si bien corría el riesgo de apiadarse demasiado de tan apuesto paciente. Había sido necesario recordarle que para alguien tan próximo a la muerte era más útil rezar por su alma que cuidar de su cuerpo maltrecho.

No se habían preocupado por averiguar el origen de sus heridas. Su tarea era sanar a quien les enviara Dios, y si Él les hacía llegar a un hombre herido por un león en brazos de un desconocido de cabeza rapada, era cosa suya. Del paciente mismo no podía obtenerse información alguna, perdido como estaba en un mundo de atormentadas fantasías. La hermana enfermera se daba cuenta de que no había vivido con santidad.

Como a todo enfermo de fiebre, le obsesionaba la idea de cumplir un encargo, a lo cual se oponía su debilidad. En más de una ocasión había tratado de incorporarse, pero su muslo desgarrado lo había obligado a caer de espaldas preso de fuertes dolores. Una noche había conseguido llegar a la puerta, hasta que la hermana que cumplía con el oficio diario al otro extremo de la sala había acudido corriendo para detenerlo y acompañarlo hasta la cama, mientras el enfermo mascullaba constantemente lo necesario que era cumplir su misión.

La hermana enfermera estaba convencida de que no había nada bueno en esa misión. Viendo que el paciente tenía cicatrices antiguas, se le ocurrió que quizá persiguiera vengarse de alguien, desquitarse de alguna vieja enemistad. «Mía es la

venganza», dice el Señor; sólo en el infierno descubrirían esas almas desventuradas cuánta verdad había en ello.

Aplicó un trapo mojado a su frente y sus labios, antes de volver a sentarse a su lado en una silla y enfrascarse en la lectura del breviario.

Habría sido una sorpresa para ella saber que el hombre de cabeza rapada que tan jovialmente había depositado al enfermo ante su puerta corría en aquellos instantes tanto peligro como el paciente al que estaba viendo revolverse en su cama.

El cardenal sigue a la escucha

La presencia del cardenal Pantera en Venecia tuvo efectos diversos. Infundió esperanzas en Benno y resignación en el dux. Además, detalle más importante desde el punto de vista de Segismundo, mantuvo ocupados a los Diez. Las negociaciones con el Papa eran de vital importancia, a menos que Venecia quisiera verse pronto luchando a solas contra el infiel.

Por desgracia, ninguna de las potencias italianas parecía entender que, al traficar durante años con el turco, Venecia, lejos de ver su fe con buenos ojos, se había limitado a sacar provecho de un período de paz en que ocupaba el trono un sultán más benigno de lo habitual. De hecho algunas de esas potencias señalaban que la República había comerciado con el turco en todo momento, sin preocuparse de si reinaba uno u otro sultán, y que solicitar el apoyo de la cristiandad ahora que el turco se mostraba hostil era, a decir verdad, acordarse de ello demasiado tarde. Aun así Venecia esperaba mucho del nuevo Papa, que, descrito por los rumores iniciales como un viejo chocho, se presentaba al fin y al cabo como un hombre de robusta salud y en perfecta posesión de sus facultades mentales. Lo demostraba el simple hecho de que, a diferencia del último Papa, hubiera enviado al cardenal Pantera en lugar de una carta injuriosa.

El orgullo de los venecianos les había impedido solicitar que se revocase el entredicho. Habían seguido celebrando bautizos, matrimonios, sepelios y misas como si nada. De todos modos, si el cardenal Pantera venía con permiso para devolver a la Serenísima los ritos de la Santa Iglesia, los venecianos lo entenderían como una disculpa. Entretanto se optaba por el mejor recurso a la hora de pedir ayuda, esto es, no reparar en gastos para que el legado papal quedara impresionado por el esplendor de la República.

Así pues, cuando Rinaldo Ermolin sacó a colación el tema del interrogatorio a Segismundo ante los demás miembros del Consejo de los Diez, los halló inquietos. A excepción de unos pocos fuegos artificiales la celebración de la victoria sobre Piombo había sido pospuesta hasta la llegada de sus conquistadores, los hermanos Marsili; aun así las recepciones y banquetes para el legado absorbían la atención y el tiempo de todo el mundo. Algunos de los Diez se inclinaban por dejar a Segismundo en la sombra por un tiempo, aduciendo que ya de por sí la espera previa al interrogatorio figuraba entre las torturas más sutiles y eficaces. Otros optaban por ofrecerle un pequeño anticipo, y así empezar a poner lo a punto de caramelo.

La intervención decisiva correspondió a Vettor.

—El cardenal Pantera me ha hablado del tema. Afirma que ese hombre prestó ciertos servicios al Santo Padre. Tal como están las cosas no nos conviene despacharlo con precipitación. Sugiero que esperemos.

Ni Vettor Darin ni Rinaldo Ermolin juzgaban aconsejable que el cardenal Pantera se entrevistara con Segismundo, tal como solicitaba; contrariando sus planes, el resto de los Diez consideró prudente —en vista de lo dicho por Vettor— satisfacer a su eminencia y conceder la entrevista. Vettor y Rinaldo, conscientes de que su oposición podía interpretarse como temor a que se revelaran secretos propios y no de la República, se vieron obligados a transigir; así las cosas, Segismundo salió bajo escolta a la luz del día con tan pocas explicaciones como siempre, y fue introducido en una sala del palacio ducal inundada de luz y olor a mar.

El cardenal guardaba un recuerdo muy nítido de la última vez que había visto a Segismundo en Roma, hacía de eso casi un año; lo recordaba de su audiencia con el Papa, sereno e imponente en sus ropas de terciopelo negro, y también como invitado tanto en su propio palacio como en la recepción de otro cardenal; durante aquella cena había llevado encima una cadena de filigrana de oro y esmeraldas por valor de una villa entera, con sus tierras y un establo lleno de purasangres. Muy otro era el hombre que se acercó a él cruzando la sala, cubierta a un lado de mármol en *trompe l'oeil* y al otro de altas ventanas. La luz reveló, inmisericorde, una fina capa de polvo y paja sobre el jubón y las calzas de paño negro, así como una sombra oscura sobre el cuero cabelludo y la barbilla. No llevaba encima ninguna señal de distinción mundana; no obstante, aun siendo prisionero, su porte y expresión no habían sufrido cambios. Al fijarse en él por primera vez el cardenal había pensado que rostros tan inteligentes como el suyo no eran fáciles de hallar en la curia, ni abundaba su aplomo entre los condotieros que había conocido.

Viendo por quién iba a ser recibido, Segismundo sonrió. Se arrodilló para besar el anillo del cardenal.

—¡Qué grata sorpresa, eminencia! Ignoraba que es tuvierais en la ciudad.

—Acabo de llegar, y siento veros prisionero, hijo mío. ¿De qué se os acusa?

Segismundo se echó a reír.

—¡Y yo que esperaba saberlo de vuestra eminencia! Lo único que he sacado en claro es que me creen culpable de traicionar a la República, cargo que mi conciencia niega rotundamente.

El cardenal Pantera había hecho levantarse a Segismundo y, estrechando todavía una de las manos esposadas, sometió su rostro a examen. Bajo las negras y pobladas cejas, los ojos de Segismundo sostuvieron su mirada sin pestañear.

El cardenal asintió, satisfecho.

—Hay ahí un misterio, no cabe duda. Su excelencia el dux Sclar me ha explicado que os pidió probar la inocencia de su hijo, dentro de lo posible. ¿Acaso esa misión os ha llevado a infringir las leyes? O... —El cardenal hizo una pausa—. O, más probable que eso, ¿ofendisteis a alguien en situación de acusaros, alguien

capaz de mentir con tal de veros condenado?

Segismundo se encogió de hombros.

—Sé que mi estancia en Venecia ha ofendido a más de uno. A nadie le gusta que le hagan preguntas.

—¿Veníais con algún objetivo en concreto?

Segismundo sonrió.

—Ya me conocéis, eminencia. Voy de aquí para allá. No me hace falta buscar problemas: vienen a mí. Acababa de llegar cuando el señor Vettor Darin me convocó para que investigara el asesinato de su yerno, Niccolò Ermolin.

El cardenal Pantera movió la cabeza de un lado a otro. Su rostro expresivo mostraba gran pesar.

—Un asunto espantoso. No lo he sabido hasta hoy. ¿Entonces fuisteis vos quien descubrió que el asesino era Pasquale Scolar? En ese caso no entiendo por qué el dux me habló de pediros que demostrarais la inocencia de su hijo. ¿No habíais probado ya su culpabilidad?

Quien sacudía la cabeza con pesar era ahora Segismundo.

—Estamos en Venecia. Aquí las cosas siempre son más complicadas. Niccolò Ermolin tenía muchos enemigos, y a pesar de su confesión no estoy seguro de que Pasquale Scolar fuera responsable de su muerte.

Las cejas del cardenal trazaron su doliente curva. Se llevó un dedo a la mejilla con aire pensativo.

—Me parece, hijo mío, que vuestra posición no es nada buena. Quizá no sepáis por qué os han arrestado, pero dudo que quien os ha puesto donde estáis tenga intención de dejaros salir.

—Mmm... Dentro de un saco, eminencia. Con marea alta.

Con todos los peligros que habrá afrontado este hombre, pensó el cardenal, y ahora me da a entender que éste podría ser el último; que, sea cual sea su lugar de nacimiento, estaba destinado a morir en Venecia. Muchos se habrían puesto a suplicar de rodillas, o estarían agarrados a su manto implorando ayuda. Aquel hombre era demasiado inteligente para no tener miedo.

—Haré cuanto pueda, hijo mío. Alegaré que no sólo el Santo Padre se interesa por vuestro destino, sino también varios duques y príncipes. No sois un don nadie al que puedan hacer desaparecer sin más.

Por unos instantes Segismundo guardó silencio. Se había vuelto a medias para contemplar la laguna, y su tono era sombrío.

—Eminencia, estamos hablando de la República Serenísima. La consideración que merezco a Su Santidad, y que tanto me honra, no carecerá sin duda de peso en este asunto, pero ¿cuándo habéis visto a Venecia prestar oídos a otras potencias, a sus deseos? ¿No es ése el motivo de que hoy esté sola frente al turco?

Su silencio se había comunicado al cardenal. Segismundo estaba en lo cierto. Lo único que jugaba a su favor era el deseo, por parte de Venecia, de aliarse con el Papa

contra la súbita beligerancia del sultán. La República acostumbraba ignorar a toda potencia cuyos favores despreciara. El propio Papa tendría sin duda demasiados quebraderos de cabeza para sentir la muerte de un hombre que no representaba a nada ni a nadie. Si sus enemigos estaban resueltos a ello, si aparecían pruebas en abono de aquel absurdo cargo de traición —y hasta el más valiente acababa por sucumbir al tormento—, nada se oponía a que Segismundo desapareciera en los calabozos que se abrían unos pisos más abajo, y que no volviera a saberse nada más de él.

—¿Decís que Ermolin tenía muchos enemigos? —El índice del cardenal volvió a dar golpecitos contra su mejilla al tiempo que sus labios se retiraban para mostrar sus pequeños dientes de fiera, que sorprendían a quienes tomaban a Pantera por un hombre dulce y fácil de convencer, no habiendo topado con su ferocidad para las causas que la merecían—. ¿Acaso quienes veían con antipatía sus tratos con Roma?

Los ojos de Segismundo, que hasta entonces parecían volcados hacia adentro como si contemplaran la posibilidad de su muerte, se iluminaron.

—¿Niccolò Ermolin tuvo tratos con Roma? ¿Cuándo?

—El año pasado, antes de salir elegido el papa Félix. Oí hablar de varios tratos (en secreto, claro está). Imaginad la indignación de la Señoría al saber que uno de sus miembros negociaba con un Papa que había sometido a Venecia a un entredicho.

—¿Sabéis, eminencia —preguntó Segismundo, con una concentración que al cardenal le pareció casi tangible— cuál era el objeto de esas negociaciones?

Una vez más el cardenal mostró fugazmente su dentadura de fiera.

—No tuve conocimiento directo de ellas. Sólo me enteré por un amigo. El cardenal Tartaruga actuó como intermediario; sin duda fue una decepción para Ermolin que no lo eligieran Papa. No, lo supe porque soy pariente de la chica a la que Ermolin deseaba casar con su hijo. —Calló y se santiguó entre suspiros—. Me han dicho que el joven también ha muerto... ¡envenenado por su medio hermano! Qué mundo tan malvado.

Segismundo no estaba de humor para meditar sobre el tema. Hizo un leve ademán de cabeza y, vuelto hacia el cardenal, contempló el suelo con aire ensimismado.

—Así pues, la recompensa de Ermolin tenía que ser una esposa rica y... —De pronto alzó la vista, casi sonriente—. De buena familia para su hijo. ¿En pago de qué?

—Sólo oí rumores, hijo mío, y me pidieron guardar silencio. Ha sido mi preocupación por ti lo que me ha hecho hablar.

—Creed que os lo agradezco, eminencia. Esos rumores demuestran que el traidor era el señor Ermolin, no yo.

—¿El traidor, hijo mío? Las alianzas cambian constantemente. Quizá el señor Ermolin tratara de propiciar la paz entre Venecia y Roma, que es a fin de cuentas lo que me trae aquí; por otro lado, no hay nada más normal para un padre que desear un buen matrimonio para su hijo. ¿No tenía también una hija?

—Beatrice, todavía soltera. —Segismundo volvió a mirar por la ventana,

disfrutando del cielo que llevaba horas sin ver, y del que alguien parecía querer privarle para siempre—. Lo cierto es que me pregunté si no habrían ejecutado al señor Ermolin.

—¿Ejecutado? —El cardenal recordó el horrible espectáculo que le habían ofrecido al llegar: aquel hombre arrodillado en la Piazzetta, contemplado por su propia cabeza—. Tengo entendido que le clavaron un estilete.

—Venecia no siempre hace pública su justicia. Es posible que los Diez quisieran mantener oculta una traición al Gran Consejo. Tampoco serían incapaces de hacer pasar su muerte por el resultado de una enemistad personal.

Segismundo parecía estar hablando para sí mismo.

Fue interrumpido por la apertura de la puerta principal al fondo de la sala. Un sirviente entró con sigilo para susurrar algo al oído del secretario del cardenal, que se acercó a su superior como un buitre contrito.

—Eminencia, los Diez os esperan.

Segismundo soltó una carcajada.

—Mientras estén ocupados con vos, mmm... no tendrán tiempo de estarlo conmigo.

El carcelero, cuyo jubón de cuero manchado de grasa contrastaba de forma inverosímil con lo espacioso y claro de aquella habitación cubierta de oro y mármol, se adelantó a reclamar a su prisionero. Segismundo volvió a arrodillarse para besar el anillo del cardenal.

—Haré cuanto pueda, hijo mío; y os tendré presente en mis oraciones.

Al levantarse, Segismundo se apresuró a susurrar:

—Mi criado, Benno. Quería hablaros de él. ¿Podrías hacer que tenga noticias más, y que alguien se ocupe de él? No sé deciros dónde...

—Yo sí. Ha venido a verme. —El cardenal le dirigió una de sus peculiares y dulces sonrisas—. Si he sabido de vos ha sido gracias a él. Creo que el señor Gamboni lo ha tomado a su cargo, pero me aseguraré de que sepa que estáis bien.

Ambos conocían el significado de esas palabras: se haría saber a Benno que su señor aún no había sido torturado. Sólo Segismundo sabía que, si Rinaldo Ermolin mantenía su promesa de ahorrarle el tormento, no habría mejor garantía de ello que la sogá del estrangulador.

Estamos perdidos

Benno descubrió que dormir en un banco de piedra era menos incómodo de lo que temía. Había dormido en toda clase de lugares, salvo en una cama suntuosa; siendo mozo de cuadra había hallado la paja sumamente acogedora. Pico Gamboni le había ofrecido con gestos de gran señor un banco protegido por el soportal de una plaza; después, envuelto en una capa con muchos años encima, se había tendido en el banco contiguo. Por lo visto la capa se hallaba bajo custodia en una tienda de comida, cuyo dueño la había sacado de una esquina en cuanto había visto aparecer a Pico. Además de la capa le había dado una torta fría rellena de queso y verdura que Pico compartió escrupulosamente con Benno, contribuyendo ambos al alimón a la cena de *Biondello*.

Benno no había esperado dormirse tan rápido de costumbre, aunque, bien mirado, las noticias del cardenal Pantera eran positivas. Habían aguardado en el palacio del patriarca mientras el cardenal iba a reunirse con el dux; de regreso los informó de que Segismundo seguía con vida, y que no lo habían torturado. Prometió ejercer toda su influencia para lograr su liberación, y, si bien sus ojos negros y benévolo parecían cuestionar el éxito de la misión, Benno siguió confiando firmemente en la habilidad de su señor para sobrevivir a las situaciones más terribles. Algo sucedería.

Tras dirigir a la Virgen Una plegaria fervorosa y aplicar su medalla sagrada a la frente de *Biondello*, Benno arropó al perrito en su jubón, se arrebujo en la excelente capa de lana de Segismundo, y, sintiéndose protegido, tardó escasos minutos en ponerse a roncar. Una paloma se posó junto al banco, lo miró un rato con la cabeza ladeada y, renunciando a esperar de él comida alguna se alejó con un pesado batir de alas.

Esa noche Segismundo tal vez echara de menos la capa que había dejado a propósito junto a Benno en el momento de ser arrestado, pero conjuró el frío de la celda compartiendo camastro con Cosmo. En su caso no los miraban palomas, sino ratas, y estaban dispuestas a aguardar todo lo necesario.

Aquella misma noche hubo quien no consiguió dormir hasta mucho más tarde. El cardenal Pantera se vio obligado a soportar un banquete cuya función era mostrarle las maravillas de la hospitalidad veneciana, a escala muy distinta de la que pudiera ofrecer un banco de piedra o un camastro de prisión.

Cada plato era anunciado con trompetas. El cardenal, hombre de poco comer, jugueteó cortésmente con los manjares que le ponían delante. Comió algo de jabalí

con nuez moscada, clavo y jengibre, y disfrutó del pastel de salmón con ciruelas y dátiles. Acostumbrado a la cocina romana, con su sabor a aceite de oliva que tanto le gustaba, halló un poco extraño el arroz hervido en caldo y vino. Le sirvieron el famoso hígado veneciano con faisán en su jugo, panceta, cebolla y mucha canela; y, en efecto, le pareció tan bueno como decían. Al llegar a los dulces de almendra aromatizados con limón y vainilla, el cardenal Pantera estaba resuelto, dentro de lo posible, a pasar el día siguiente en ayunas.

A su izquierda, vestido con espléndido brocado de oro, se sentaba el dux, que no comió nada y sólo bebió algún que otro sorbo. El cardenal trató de darle conversación, pero, viendo que contestaba al tuntún, juzgó desconsiderado insistir. Apiadado, pensó que parecía un muerto en medio de un banquete. ¡Un verdadero *memento mori*!

Mal podía saber el cardenal que, antes del banquete, Vettor Darin había juzgado oportuno tirar de la manga del dux y, en un aparte, susurrarle la noticia de que Pasquale había llegado a Chipre sano y salvo; noticia destinada a calmar su atribulado corazón de padre si no fue se por la coletilla que añadió Vettor: apenas en tierra, Pasquale había iniciado negociaciones para partir.

De haberse tratado de negociaciones con la República, de apelaciones a su misericordia, la cosa tendría perdón; sin embargo, Pasquale debía de haber juzgado nulas las posibilidades en ese campo. En lugar de ello, según los informadores que lo vigilaban de cerca y cuya presencia habría sido lógico adivinar, escribió e intentó mandar una carta en la que solicitaba un barco para salir de Chipre; y esa carta iba dirigida al mismísimo sultán de Turquía.

Era su sentencia de muerte, y el dux lo sabía.

Se dispuso a dimitir el día siguiente. No pensaba ver como dux la llegada de su desdichado e incorregiblemente estúpido hijo, cargado de cadenas y llevado a la Piazzetta para relevar a Andrea Barolo entre las columnas. Entretanto, erguido y con aire impasible, contemplaba el desarrollo del largo banquete.

Después asistió a los fuegos artificiales lanzados en la Piazzetta y desde balsas flotantes. Los ciudadanos de Venecia acudían en masa para saludar amablemente al cardenal. Por orden de las autoridades no se había hecho hincapié en el entredicho del año anterior. Los sacerdotes habían celebrado misa, absuelto, casado, bautizado y enterrado a los ciudadanos sin hacer la menor referencia a que el Santo Padre hubiera prohibido alguna de esas actividades; por lo tanto no hubo muestras de resentimiento contra el representante de Su Santidad. Mientras los cohetes se elevaban en el cielo nocturno reflejado en la laguna, despertando a Benno en su banco y llegando incluso a oídos de Segismundo en los calabozos del palacio, los boquiabiertos venecianos prodigaron vítores y palmas, seguros de que aquellos festejos no serían los últimos. Esperaban con impaciencia la inminente llegada de Ottavio y Nono Marsili, y la celebración de la toma de Piombo.

De hecho los hermanos estaban más cerca de Venecia de lo que nadie sospechaba.

Siguiendo las instrucciones de los Diez cada ciudad por la que habían pasado los había honrado con una escolta armada, honor que ellos habían aceptado para evitar la puesta en práctica de las instrucciones adicionales: ejecutarlos si se oponían. Los dos condotieros llegaron el día después de celebrarse la espléndida recepción del cardenal Pantera. Se encaminaron al palacio, seguidos por una multitud entusiasta. Ottavio descubrió el gris metálico de sus cabellos y agitó su gorra de terciopelo rojo; Nono, mostrando los dientes, era más gárgola que nunca. Venecia no andaba escasa de enanos, pero aquél era el favorito del momento.

Una vez en palacio fueron recibidos con cortesía, aunque no con el entusiasmo que esperaban. De nuevo aguardaron en la gran antesala en que desembocaba la escalera. Nono, inquieto como de costumbre, acarició las curvas de una ninfa esculpida, para escándalo de los lacayos apostados junto a la puerta de doble hoja. Después se acercó a la ventana, volvió a alejarse y, enfrentado a los enormes espejos con marco de oro, hizo muecas al reflejo de su hermano, colocándose con orgullo junto a una estatua de Hércules como si invitara a establecer comparaciones.

Por fin apareció uno de los Diez deshaciéndose en disculpas. El dux se hallaba indispuerto. La entrevista debía ser pospuesta. Con una reverencia, Rinaldo Ermolin los acompañó hasta las escaleras y llevó su cortesía hasta el punto de bajar con ellos al patio. Llegados ahí los condotieros quisieron dirigirse a la Riva, pero toparon con el obstáculo de Ermolin, que, con una nueva reverencia, señaló la puerta del lado opuesto, la puerta que llevaba a los calabozos del palacio.

Nono empezó a protestar y Ottavio echó mano a la espada, pero el patio estaba lleno de guardas y aparecieron todavía más mientras Ermolin se alejaba sin darles la espalda. La situación era desesperada. Entonces Ottavio habló por primera vez.

—Estamos perdidos —murmuró.

Encima de sus cabezas, el estandarte de San Marcos chasqueaba al viento como una fusta. El león dibujado encima de él tenía su boca curvada en una sonrisa.

Cara a cara

Cuando *il Lupo* fue informado de que los hermanos Marsili habían regresado a Venecia para ser agasajados como conquistadores de Piombo, sonrió y explicó a su cliente que había llegado la oportunidad tan esperada. Aunque reacio a ello, el duque había obsequiado con oro a aquellos hermanos que habían tomado y saqueado una de sus ciudades. Ahora se daba cuenta de que ese oro había sido bien empleado; ahí tenía la primera muestra de lo que cabía esperar. Ciertamente, Venecia había accedido a que los Marsili abandonasen por un tiempo el campo de batalla, pero la intención era inequívoca: se habían ido sin solicitar un aplazamiento para acabar la campaña.

Ello significaba, según informó *il Lupo* al duque, «¡que Piombo es nuestra!», triunfante exclamación que el condotiero subrayó golpeando la mesa de caballete con su guante largo de cuero, de fuertes costuras, zurcido en varios lugares y manchado por la sangre de quienes habían tenido la mala suerte de probar la espada de su dueño. El duque pensó que debía de ser muy viejo, pues no recordaba ninguna ocasión reciente en que se hubiera vertido tanta sangre.

Tampoco esta vez mostró el duque gran entusiasmo. Desde la caída de Piombo se había encontrado bastante mal, y no hallaba en sí grandes deseos de ponerse la armadura y recuperar una ciudad ya arrasada, cuyos habitantes a esas alturas habían sido violados, masacrados o una cosa y otra. No dudaba de que su padre habría aprovechado la ocasión para rescatar territorios, pero el hijo había visto echar por tierra todas sus ideas sobre el arte guerrero y sufría una grave desilusión. ¡Con qué emoción había partido a unirse con sus tropas! ¡Le esperaba la gloria! Era un hombre joven, de salud sorprendentemente buena e instruido en las teorías de la guerra. Pero la gloria brillaba por su ausencia. Llovía. La tela exterior de su tienda estaba empapada y mojaba la delicada capa interna en cuanto la tocaba. Los caminos que unían las tiendas eran sucios barrizales, los soldados sufrían de disentería y tremendas toses y sus propios condotieros eran hombres de aspecto repulsivo. El duque había reaccionado con horror al cinismo con que *il Lupo* había abandonado a Piombo a su suerte, y su consternación creció todavía más al descubrir que los hermanos Marsili, responsables de aquella humillación, iban a ser sobornados.

Sabía que tardaría años en olvidar el rostro de Nono Marsili sonriéndole a la altura de la cintura con tan afable y asumida complicidad. Si Venecia no podía estar segura de sus condotieros, ¿cómo confiaría él en los suyos? Todo apuntaba a que *il Lupo* había acordado la toma de Piombo con aquellos malditos hermanos.

Oscuro e injustamente, el duque culpaba de su estado al maestro Valentino. De no

haberse visto alentado por él a ver remedio a sus males en el ejercicio, y no en el descanso, nunca se le habría ocurrido ponerse a la cabeza de su ejército, y aquel horrible doble juego se habría desarrollado sin que él albergara la menor sospecha. Hasta la noticia de la toma de Piombo habría sido menos dolorosa de no hallarse él a pocas millas de la ciudad que había venido a salvar.

El maestro Valentino estaba tan aburrido como inquieto estaba su patrón. ¡Ni una herida interesante! ¡Ni un cadáver sano que disecar! Y las perspectivas de batalla cada vez más lejos. No solía quedarse mucho tiempo en un mismo lugar, y aquél, concretamente, podía calificarse de asqueroso. Su paciente era un jovenzuelo mimado que recaía por momentos en la hipocondría. El maestro Valentino había empezado a pensar seriamente en aceptar la invitación de un rico mercader veneciano inquieto por la salud de su esposa. Probablemente le preocupara más la suya —era un hombre de edad avanzada y sin hijos— que la de su esposa, que poseía la ventaja de su juventud, y quizá un amante. Al maestro Valentino le gustaba Venecia. Tenía amigos en la ciudad. Sus recientes servicios a Montano, actual enemigo de Venecia, no plantearían problema alguno. Nadie esperaba que un médico tan prestigioso como Valentino se ocupara de rivalidades, fronteras o facciones.

Así, y para sorpresa del duque, el maestro Valentino —desprovisto de expresión su rostro sardónico bajo la gorra de terciopelo negro con forro de piel y orejeras que lo identificaba como médico— dijo sin rodeos que las condiciones del campamento no beneficiaban a los humores de su paciente. Éste debía volver a su entorno familiar si deseaba experimentar una mejoría. Ahí, con la ayuda de diversos medicamentos prescritos por él, y que obviamente deberían ingerirse bajo una conjunción favorable de luna y planetas, el duque recuperaría el equilibrio. Era mejor dejar la guerra en manos de profesionales. Hasta sería aconsejable que el duque se diera el gusto de descansar un poco, comer alimentos fortalecedores y beber cantidades prudentes de buen vino.

La alegría con que el duque recibió tan gratos consejos creció todavía más al darse cuenta de que el médico no tenía intención de acompañarlo. Tenía un caso urgente en Venecia.

Antes de conocer a *il Lupo* el duque nunca se habría preguntado si Valentino no sería espía además de médico. Ahora sí. No obstante, mientras echaba mano a sus arcas entre falsas muestras de pesar, llegó a la conclusión de que en aquel campamento no podía observarse nada susceptible de tener utilidad para Venecia, sobre todo habiendo sido comprados sus generales por Montano. Podía pues permitirse regresar a palacio, junto a sus libros. *Il Lupo* retomarí­a Piombo, y él se ahorraría la experiencia de cabalgar entre cadáveres y ruinas humeantes. Después de un tiempo llegaría la paz, acelerada por el hecho de tener a los hermanos Marsili de su lado.

Además, una vez en casa volvería a tener junto a él a sus entrañables médicos de siempre, que se escandalizarían de su aspecto; a decir verdad estaba muy pálido, y su

estómago no había llegado a acostumbrarse a la horrible cocina del campamento, por no hablar de las toses de los soldados, que lo desvelaban. Le prescribirían descanso. Se echaría en su lecho de brocado, rodeado de mármol y no de barro. Bebería vino perfumado, escucharía a su tocador de viola, y quizá leyera una novela francesa. Por un motivo u otro no sentía el menor interés por los *Comentarios* de César, ni por los escritos de Tito Livio sobre estrategia militar.

Aunque el hado se mostrara tan plácido con uno de los enemigos de la República, quedaba otro muy feroz y mucho más difícil de disuadir. Surcando el Adriático con sus bien equipados galeones, el capitán general de la flota veneciana había avistado por primera vez la flota turca. Era un momento esperado con impaciencia tanto por Attilio como por Mehmet Bey, un turco de amenazadora presencia y mente llena de recursos. La batalla iba a ser reñida. El resultado decidiría si Venecia tenía motivos para alegrarse, u ocasión de castigar un nuevo fracaso.

Los galeones venecianos eran ligeramente inferiores en número, pero contaban con una espléndida tripulación —los remeros no eran esclavos, a diferencia de los turcos—; invariablemente eficaz, el arsenal los había dotado de los más modernos adelantos. En contra de ellos estaba la tremenda velocidad de los turcos, la gran experiencia y sutileza mental de su comandante, nada inferior a la de ningún veneciano, y la gran confianza en sí mismo de quien ya había vencido a un capitán general.

Desde el buque insignia, Attilio escrutó el panorama con su único ojo: las velas de seda, el brillo de cimitarras y turbantes cargados de joyas, y la media luna del Islam flotando por encima de todo. No le pasó por alto la figura de Mehmet Bey, que supervisaba la flota haciendo visera con una mano. Cuando uno u otro dieran la señal cientos de personas, quizá miles, morirían en un solo día, y las immaculadas cubiertas verterían raudales de sangre al mar.

Mientras observaban al enemigo una gaviota pasó volando bajo y manchó de blanco el hombro de Attilio. Éste sonrió, y quienes lo rodeaban lanzaron en coro un grito de júbilo. Suerte, he ahí lo que más falta le hacía en un día como ése. Flotando sobre las aguas, los envolvía el sonido de los tambores que marcaban el ritmo a las galeras pendientes todavía de unirse a la formación, un enérgico compás similar al latir de muchos corazones.

Era hora de silenciar unos cuantos.

Sin esperanzas

Segismundo y Cosmo advirtieron que la prisión se animaba de pronto con un lejano ruido de llaves y el murmullo de los carceleros. Ningún ojo apareció en la mirilla. El maestro de Padua tenía otros peces en la red.

Permanecieron callados sobre el banco, lado a lado, absortos uno y otro en sus respectivos pensamientos. Las hierbas del botiquín de Segismundo casi habían dado buen sabor al pan seco que les daban, y bebían con placer el vino avinagrado. Las manos de Cosmo ya estaban mucho menos hinchadas; después de examinarlas Segismundo había cambiado las compresas frías.

Ahora se apoyó de espaldas contra la pared y cruzó los brazos. Retomó el anterior tema de conversación, la vida de Cosmo como gondolero, su infancia, y su padre.

—¿Alguna vez os trató igual a ti y a Marco?

—A los dos nos mimaba. Marco era el favorito, lógicamente, pero yo era el primogénito, y mi padre quería a mi madre más que a la de Marco.

—Mmm... Eso debía de ser un problema.

—La señora Emilia —la primera esposa de mi padre— no tenía nada en contra de mi madre; de hecho mamá cree que se alegraba de no ser blanco de las atenciones de su marido. Su verdadera pasión era gastar dinero. Ya supondréis lo que eso alegraría a mi padre.

—¡Algo heredó Marco, por lo visto! ¿Siempre te llevaste bien con él?

La dentadura de Cosmo reflejó la escasa luz de la celda.

—En esos tiempos éramos cómplices de travesuras. Perseguíamos a los criados para que nos dieran galletas y otras cosas de comer. Solíamos subirnos a los perros y galopar por el salón, y después llevarlos de caza por todas las habitaciones azuzándolos y gritando sin parar. Entonces mi padre salía de su estudio, o el señor Rinaldo nos mandaba azotar. Escondíamos cosas, las robábamos... Una vez robamos las llaves de mi madre. No las de su cinturón, naturalmente, sino las que cuelgan dentro del armario. Por una vez lo había dejado abierto. Se nos ocurrió ir las probando por toda la casa para ver qué encontrábamos. En el desván descubrimos arcones llenos de ropa vieja y repugnante... Nos metimos por todas partes, arrastrándonos, intentando no hacer ruido con las llaves y procurando que no nos viera nadie. En el estudio de mi padre pasamos un miedo de muerte. —El recuerdo hizo reír a Cosmo—. Marco me retó a probar las llaves en la puerta del estudio. Más o menos sabíamos qué llaves no habían entrado en ninguna cerradura, y ya supondréis que sólo hicimos el intento cuando vimos a mi padre cerrar con llave para ir a ver a la señora Emilia.

—No había moros en la costa. ¿Y aun así os pillaron?

Cosmo sonrió de oreja a oreja.

—Dimos con la llave adecuada. Justo al abrir la puerta lo oímos volver gritando a los perros. Imagino que la señora Emilia no podría recibirlo, a saber por qué. A Marco le temblaba tanto la mano que tuve que cogérsela, girar la llave y sacarla. Nos fue por pelos.

—¿Los dos teníais miedo de vuestro padre? ¿Aunque os mimara?

—Todo el mundo lo temía. Procuró que Marco aprendiera a llevar los negocios, pero el pobre solía arreglárselas muy mal; era demasiado nervioso para asimilar las cosas. Además era muy niño.

—¿Y a ti? ¿Qué futuro te tenía reservado?

—Nunca dijo nada. Cuando el señor Vettor y el señor Rinaldo lo presionaron para deshacerse de mí, me envió con dinero y unas cartas a un monasterio, al otro lado de la laguna. Me tomaron a su cargo. Sólo tenía siete años. El padre prior dijo que todos los hombres eran iguales ante Dios. —Cosmo hizo una mueca—. Intentaban tratar igual a todos los chicos; nos educaban, nos alimentaban y nos pegaban. Yo nunca pensé en hacerme monje, y a los quince me escapé.

—¿Cuándo volviste a ver a tu madre?

—Esta primavera. Me había preparado para gondolero, había sido aceptado en el gremio... Entonces oí que mi padre volvía a casarse. Pensé que si la nueva esposa era celosa mi madre podía pasarlo mal.

Cosmo observó cómo Segismundo hacía ejercicios de hombros y brazos para mantenerlos en forma pese al frío y humedad de la celda.

—Pero la señora Isabella no tenía ningún deseo de ocuparse de las cosas de casa, y mi madre le vino de maravilla. Es otra a quien le gusta gastar, aunque no se parece a la señora Emilia; sabe defenderse.

—¿Se peleaban? Vaya. Cuando uno tiene una esposa joven y guapa lo normal es procurar que esté satisfecha. ¡No me digas que ya reñían!

—Según mi madre sí. Mi padre guardaba bajo llave las joyas de la señora Isabella, en su estudio, junto a sus demás tesoros; sólo se las daba cuando tenían que ir a alguna comida o recepción de altos vuelos, y eso a ella le sentaba muy mal. Tuvieron una pelea sobre eso la mañana misma en que fue asesinado.

Segismundo dejó de mover los brazos.

—¿Insinúas que pudo matarlo ella?

Cosmo unió sus manos vendadas como si rezara, y miró a Segismundo por encima de ellas.

—¿No os parece posible? ¿Sabiendo que unos chicos podían robar las llaves y encontrar la del estudio? No es mujer que aguante un desaire. Mamá me dijo que mi padre tenía una herida en la espalda además de la del ojo. Quizá no tuviera tiempo de volverse cuando ella entró. Quizá no llegara ni a oírla.

Segismundo se acercó a Cosmo. Su tono era pensativo.

—Después el señor Vettor vino a verlo; llamó a la puerta y no contestó nadie.

—De haber estado ella dentro habría oído la llegada de su góndola, y el ruido de los criados abriendo las puertas en el piso de abajo. No habría sido tan tonta como para no salir y cerrar con llave.

Segismundo murmuró para sus adentros, y después preguntó a bocajarro:

—¿No sospechas de tu madre?

—¿De mi madre? ¡Pero si lo amaba! Ya os lo he dicho. Cuando la vendieron, a los catorce años, su nuevo amo era un hombre muy apuesto. Mi madre siempre lo amó, aunque él nunca llegara a tenerle confianza. Nunca hablaba con ella. Siempre fue un hombre muy cerrado. —Se puso en pie y echó a caminar por los estrechos confines de la celda, como si quisiera escapar al atento examen de Segismundo. Se confundía con las sombras, y sólo sus largas piernas enfundadas en calzas rojiblancas delataban su presencia, así como sus manos vendadas—. Recibía visitas en plena noche. Hace unos días fui a visitar a mi madre —de noche, para no ser visto por los criados—, y estuvimos charlando en su habitación. Ya sabéis, la que da al pequeño canal. Bueno, pues oímos dos veces un silbido corto, de unas pocas notas, y mi padre bajó. Cuando lo oímos salir del estudio, en el piso de arriba, nos escondimos en un armario donde mi madre tiene un camastro y a veces se queda a dormir; no es que pensáramos que fuese a entrar, pero mi madre tenía miedo de que llegaran a descubrirme por cualquier tontería. Pues bien, mi padre entró (imagino que ni se le ocurriría que mamá pudiera estar durmiendo ahí) y desatrancó la puerta para dejar pasar a alguien, un forastero con acento de Lombardía. Subieron por la escalera, y tuve la precaución de marcharme antes de que regresaran. Era un hombre con muchos secretos.

De pronto un horrible grito los dejó helados. Procedía de la misma prisión, no muy lejos de donde estaban. Cosmo se estremeció. Segismundo fue hacia la puerta. Volvieron a oírlo: era el grito de alguien que no podía contenerse. Cosmo sintió escalofríos, notando de nuevo el dolor en sus manos.

Segismundo, cosa extraña, había empezado a desatarse el jubón negro. Se quitó la camisa, palpó el cuello y extrajo una gruesa cadena de oro. Escogió un eslabón, se lo llevó a la boca y lo mordió, retorciéndolo con dientes y manos. Poco después escondió la cadena en el bolsillo de su cinturón, se sacó de la boca el brillante eslabón y, acercándose a la salida, se puso a gritar mientras sacudía la reja con todas sus fuerzas, moviendo la puerta entera.

Cosmo, desconcertado, oyó llegar a un carcelero que se puso a gritar a su vez. La luz de una antorcha iluminó el rostro de Segismundo. Sonreía.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —preguntó con voz profunda.

—¿Y a ti qué te importa?

Segismundo expuso a la luz de la antorcha el retorcido y seductor pedazo de oro, haciéndolo brillar. Una mano apareció en la reja.

—Mmm... mmm... Decidme, ¿qué ocurre?

—Pronto lo sabréis, caballere. Ottavio Marsili está cantando, y cuando acaben con él os tocará a vos cantar cómo nos vendisteis a esa escoria de Montano.

Quiso coger el eslabón de oro, pero Segismundo lo retiró.

—¡Eh, aquí hay bastante para que nos abran la puerta y nos pongan una barca gratis! Quiero más por mi oro.

El carcelero puso cara de pocos amigos.

—Guardadlo para vuestro entierro. No vale la pena morir por eso.

Se alejó pisando fuerte. El tintineo rítmico de sus llaves fue ahogado por otro espantoso grito, que se prolongó hasta acabar en un jadeo todavía más intenso.

Al volver junto a Cosmo, Segismundo lo halló con la cabeza hundida entre sus manos.

—¿De modo que hay que morir? —dijo el joven con voz ahogada—. Prefiero suicidarme a volver a pasar por lo mismo.

Mostró sus manos.

—Si no hay más remedio —dijo Segismundo con tono desenvuelto y jovial—, puedo matarte sin que te descuente. En cuanto a escapar... No, he probado la puerta y no hay manera, a menos que nuestros amigos de ahí arriba consigan convencer a los Diez. —Se puso en cuclillas delante de Cosmo y le propinó un cordial bofetón en la mejilla—. La vida es como un juego de azar, amigo mío, pero no acaba hasta que se ha tirado el dado por última vez.

Benno hace de modelo

La responsabilidad de tomar decisiones sin ayuda sumía a Benno en el desaliento. Una de las ventajas de ser criado era no tener que escoger entre diversas opciones. De eso se ocupa el señor. El criado obedece y se atiene a las consecuencias, trátese de una paliza o de un festejo. Hasta la fecha, las decisiones de Segismundo habían dado pie a un buen número de festejos.

Una de las decisiones que Benno menos entendía era que Segismundo no se hubiera resistido a ser arrestado unos días atrás. Benno lo había visto pelear, y sabía que ni siquiera aquel grupo enviado por los Diez habría supuesto un obstáculo para que su señor se hubiera dado a la fuga de haberlo decidido así. ¿Qué lo había detenido? ¿Pensó acaso que Benno no estaría a la altura de la pelea, o de la huida? ¿Temió que los transeúntes salieran perjudicados? La experiencia de Benno le decía que cualquier transeúnte se apresuraría a ponerse a salvo de una batalla campal.

No. Sólo podía haber un motivo de que Segismundo hubiera acompañado a aquella siniestra patrulla, el mismo que en otros tiempos lo había metido en tantos líos, y a Benno con él: la curiosidad. Segismundo tenía que averiguar por qué habían ido a buscarlo. Benno confió en que valiera la pena.

Pico, que tan amablemente había tomado a Benno a su cargo y compartido con él sus limosnas, aseguró no haber oído jamás que alguien escapara de los calabozos de palacio; dijo que la propia Venecia, rodeada de agua, era en sí misma una especie de prisión de la que ningún cautivo podía esperar fugarse. A fin de consolar a Benno, juzgó difícil que expusieran a Segismundo entre las columnas de la Piazzetta, ahí donde Andrea Barolo, perdido el interés de la gente, ya sólo atraía la atención de perros y moscas; tal honor estaba reservado a reos más importantes, por ejemplo los hermanos Marsili, probables sucesores del capitán. La noticia del arresto había llegado a oídos de toda Venecia, y el resultado era obvio. Pese a la victoria de Piombo, algo iba mal, muy mal.

Mientras Benno, sentado en un portal con *Biondello* en las rodillas, cavilaba sobre ello, de pronto tuvo una inspiración. Segismundo le había avisado de que ningún visitante de Venecia podía evitar que lo vigilaran e informaran de sus movimientos. Hallándose los hermanos Marsili en entredicho, sus encuentros recientes se convertían en blanco de sospechas; y he ahí donde intervenía el hígado con cebollas que Benno y su señor habían compartido con ellos. Quizá alguien hubiera oído la oferta de trabajo planteada por Ottavio a Segismundo, aunque en el fondo bastaba con que los hubieran visto en cordial conversación...

Sus reflexiones fueron interrumpidas por una moneda que, cayendo de las alturas, aterrizó justo enfrente de *Biondello*. El perrito dio un salto y se escondió entre las piernas de Benno.

—Ven a ganarte el sueldo y deja de mendigar.

Brunelli lo estaba mirando con los pulgares metidos en el cinturón y la cara embadurnada de carboncillo. También él había tenido una inspiración. El esbozo de Gamboni como Lázaro no servía. Los rasgos del modelo delataban inequívocamente su procedencia aristocrática, pese a lo revuelto de sus cabellos y a lo andrajoso de sus ropas. Correspondían al patricio que Gamboni había sido en otros tiempos. Ahora Brunelli tenía una idea mucho mejor: que el fuego del infierno chamuscara esos cabellos alrededor del noble rostro. Pico Gamboni encarnaría al rico que tan alto precio había pagado por despreciar al mendigo que llamaba a su puerta. Y en cuanto al mendigo Lázaro, cuyas llagas eran lamidas por los perros, ¿quién mejor que aquel necio de negra barba, aquel astroso individuo sentado en un portal?

Benno no se opuso. Estaba acostumbrado a recibir órdenes, y, rodeado de rostros extraños en aquella nefasta ciudad, al menos el de Brunelli le era familiar. Pico había sido convocado a unirse al Gran Consejo para deliberar sobre la guerra de Montano, dado que Venecia ya no tenía condotieros que la dirigieran. Benno se sentía más solo que nunca. Cumpliendo las esperanzas de Segismundo, se le había ocurrido que podía poner en peligro a Miriam da Silva si acudía a ella en busca de ayuda. Entrar en el refugio por sus propios medios era imposible, puesto que las llaves estaban en manos de su señor. Informada de su larga ausencia por los criados que les llevaban comida, vino y agua caliente, Miriam se habría dado cuenta de que algo iba mal. Quizá se hubiera enterado del arresto de Segismundo. Quizá intentara prestarle ayuda. Debía de tener muchos acreedores, y con algo de presión aquí y allá... ¿No había dicho que debía su supervivencia a los consejos de Segismundo?

Benno pensó que una vez arrestados los Marsili quizá Segismundo fuera acusado de haber participado tan a fondo en sus trapicheos que sólo el hacha del verdugo podría remediarlo... Una idea insoportable.

—¿Adónde vamos? —preguntó a Brunelli mientras veía deslizarse por su lado, como en sueños, muros desconchados.

Su gondolero resultó estar de buen humor, y obsequió al mundo con una triste cancioncilla acerca de un amante que al salir de viaje dejaba un pájaro hablador a su amada para recordarle su nombre. El cantarín estribillo, que se repetía cada vez que el pájaro refrescaba la memoria de la joven cuando ésta se sentía tentada por la infidelidad o caía en ella de lleno, resonaba de pared a pared, efecto que gustó tanto a Brunelli que se sumó a la canción, de modo que Benno no obtuvo respuesta hasta que salieron del canal lateral, doblaron la esquina y se arrimaron al desembarcadero del palacio Ermolin.

Benno saltó de la góndola en pos de Brunelli, sujetando a *Biondello* y alimentando en su mente la semilla de una idea.

El gran salón de la entrada estaba vacío, a excepción del portero y del mayordomo, que, bastón de mando en mano, apareció fugazmente al otro extremo de la sala dispuesto a recibir a posibles invitados de importancia. En cuanto vio a Brunelli avanzar con paso firme por el suelo de mármol en dirección a la escalera, seguido por aquel desharrapado cero a la izquierda, desapareció. La gente que había tenido problemas con Brunelli solía evitar a toda costa un nuevo topetón; fueran cuales fuesen las intenciones del artista el mayordomo no podría impedir que las llevara a cabo, y siempre era prudente no mostrarse en desventaja, aunque fuese ante un simple portero.

Pero las intenciones de Brunelli eran inofensivas. Quería hacer posar a Benno en el descansillo de la espléndida escalera, cuya traza y pasamanos esculpido eran obra suya, y realizar ahí mismo esbozos a carboncillo para el mural destinado a presidir el salón, amén de tomar apuntes de luces y sombras para el efecto de trampantojo de que pensaba dotarlo. Se alegraba de haber encontrado a aquella criatura que, a diferencia de Gamboni, había nacido para mendigo.

—Lo difícil —dijo a Benno— será hacerte pasar por un mendigo cuyas llagas quieran lamer los perros. Eres un guiñapo de nacimiento, y lo normal es que los perros se aparten de ti con asco; a excepción, claro está, de esa cosa que vive en tu jubón. En mi vida he visto chuchos más digno de un mendigo. También saldrá en el mural.

Hecho un ovillo abyecto a pie de pared, y con orden de no mover un dedo, Benno tuvo tiempo de meditar su plan. Segismundo estaba en prisión, pero no era la primera vez; que Benno supiera ya había escapado de una, y sin duda había otras fugas anteriores que no le había contado. Por otro lado, el cardenal Pantera había prometido hacer cuanto estuviera en su mano, y, según decía el señor Gamboni, Venecia no veía la hora de tener al Papa de su parte, visto lo duras que estaban siendo las guerras contra Montano y contra el turco. Todo iría bien, pensó Benno manteniendo escrupulosamente su incómoda posición, sólo con que consiguieras la ayuda de la iglesia.

Así pues, de momento Benno debía actuar por sus propios medios. Aquel pobre y anciano caballero, el dux, había pedido a Segismundo que absolviera a su hijo del cargo de haber asesinado a Ermolin. Parecía ciertamente imposible, dada la existencia de aquella terrible carta en que deseaba su muerte; sin embargo, Segismundo había aceptado la misión. El problema estribaba en que al haber sido apartado del caso por el señor Vettor Segismundo no podía entrar en el palacio Ermolin —suponiendo que estuviera libre— y ponerse a hacer preguntas a la señora Isabella.

Pero he ahí que Benno se hallaba en el palacio de forma completamente legítima, siendo improbable que lo reconocieran más allá de la cocina. Ciertamente que no tenía la menor esperanza de interrogar a la señora Isabella —aunque la viera no la reconocería, y tratar de dirigirse a ella lo mandaría de cabeza al canal más cercano—, pero disponía de un plan más astuto.

No podría ponerlo en marcha hasta que Brunelli se sintiera satisfecho con su trabajo, lo cual significaba colocar a Benno en las más diversas posturas impetratorias, agarrarlo de la mandíbula para imprimir a su cabeza los ángulos más variados, y, por último, obligarlo a plantarse con las manos en alto y una sonrisa lo más atolondrada y seráfica posible —en este punto Brunelli le cerró la boca hasta hacer chocar los dientes— para su traslación al Paraíso, en pago a sus sufrimientos sobre la tierra. Benno, obediente, se concentró en su plato favorito, cebolla con salsa de queso, al tiempo que miraba hacia lo alto.

Tanto su diligente devoción como la cogitación de Brunelli fueron interrumpidas de modo brusco. La puerta que daba al rellano superior se abrió de golpe, y alguien oculto a medias por la curva de la escalera salió corriendo entre sollozos. Un objeto salió volando tras ella, se estampó en la pared opuesta y se hizo añicos, muchos de los cuales cayeron por la escalera. La puerta volvió a cerrarse con estruendo, pero los sollozos continuaron, ahogados por lo que según todos los indicios era un esfuerzo por recoger los trozos. Brunelli resopló sin disimulo y sacudió con ira la cabeza, como si lo estuviera molestando una mosca. El rostro alarmado de una muchacha, bañado en llanto, los miró por encima de la barandilla.

No puedo hacer milagros

Benno, que sabía ver cuándo a un criado lo acababan de reñir, no se atrevió siquiera a dirigir a la chica una mueca de conmiseración, temeroso del puño de Brunelli; así pues, permaneció con las manos y los ojos en alto, mientras la joven seguía mirándolos y Brunelli, roto el carboncillo, revolvía su bolsa con furia en busca de otro. *Biondello*, único en situación de hacer los honores, saltó de escalón en escalón hasta llegar a los pies de la muchacha. *Biondello*, como de sobra sabía Benno, era un elitista al revés. Se echaba encima de los criados, pero dejaba en paz a los duques y otros personajes encopetados.

Después de acariciar el sucio y lanoso pelaje de *Biondello*, la muchacha descendió tímidamente unos escalones con el delantal cargado de trozos, abrigando la intención de recoger los fragmentos que habían llegado más lejos. Brunelli consideró que eso ya era pasarse de la raya. Por segunda vez veía interrumpida su concentración. Rompió el segundo carboncillo con una palabrota, se volvió hacia la chica, corrió hacia ella y le propinó tal empujón que todos los trozos cayeron escaleras abajo. Con una princesa habría hecho lo mismo. De hecho, era aquella falta de discriminación el motivo de que dejara inacabados tantos encargos.

Los chillidos de la joven colmaron el vaso. Brunelli tiró el carboncillo al suelo, lo pateó y bajó corriendo por la escalera haciendo crujir la porcelana. Viendo acercarse al arquitecto, un sirviente amedrentado abrió el portillo de la entrada principal; Brunelli embistió como un toro y, sin frenar ni un momento, salió del palacio. Inmediatamente se le oyó insultar a los hombres que trabajaban en el tejado, blanco ideal de sus energías contenidas.

A solas con la joven, que ahora utilizaba su delantal para enjugarse las lágrimas, Benno se puso a recoger los trozos de porcelana que tenía a sus pies, mientras *Biondello* bajaba en un par de saltitos para husmearlos. Cuando la chica soltó el delantal Benno tendió sus manos colmadas sin decir palabra, y ella alzó la tela para que depositara los pedazos. No era mal principio aquella colaboración.

Menos enrojecidos por el llanto, los ojos de la muchacha habrían sido hermosos. Examinó a Benno entre sollozo y sollozo.

—¿No tendrías que irte con él?

Benno recurrió a lo que le salía mejor. Abrió los ojos y dejó caer la mandíbula. ¿Qué era sino un inocente, una víctima como ella?

—No tengo a donde ir. Mi señor me ha abandonado.

Ignorando que se trataba de un eufemismo que encubría el hecho de ser arrestado

a instancias de los Diez, la joven lo miró con gran compasión, sin por ello dejar de recoger la porcelana.

—¿No estás al servicio del señor Brunelli? De todos modos podrías seguirlo.

Se oía a lo lejos un frenético martilleo sobre el tejado, señal de que Brunelli andaba cerca. Benno inclinó la cabeza con expresión abatida.

—Me dijo que viniera aquí para posar, nada más. Ni siquiera me ha pagado. Confiaba en sacar algo para mí y el perro.

—Pobrecillo.

Una vez lleno su delantal, la doncella cogió a Benno de la manga. Por suerte llevaba su mejor jubón, el menos sucio; en caso contrario quizá la chica hubiera vacilado en tocarlo. Lo arrastró escaleras abajo, señalando el piso superior con la cabeza y susurrando:

—Que no te oiga la señora. Hoy anda hecha una fiera.

Benno recordó la opinión de Segismundo: todo apuntaba a que la cosa se había hecho desde dentro; nada impedía que la esposa de Ermolin hubiera perdido los estribos y echado mano al estilete. Mirando hacia arriba con nerviosismo, se apresuró a bajar seguido por *Biondello*.

Se dirigieron a la cocina, donde la joven mostró el contenido de su delantal a la escandalizada cocinera y sus dos ayudantas antes de vaciarlo en la basura. Benno fue acogido efusivamente por la cocinera, que cogió a *Biondello* y lo apretó contra su pecho. El perro le lamió con entusiasmo las manos grasientas, mientras ella le hacía carantoñas.

—¡Qué preciosidad! No me ha olvidado... El señor Rinaldo no está en casa. ¿A quién ha venido a ver tu señor?

—Su señor lo ha abandonado. Lo ha dejado tirado. —Chiara, la doncella, que no había visto a Benno en su última visita por estar atendiendo a su señora, no ocultó su indignación—. ¡A ver si eso no es ser cruel!

Queriendo consolar a quien había sido víctima de tamaña crueldad, la cocinera recurrió a un panecillo relleno de setas, mientras *Biondello*, obsequiado con un hueso de ternera en el que todavía quedaba carne, se ensañaba con él sobre el enlosado, para escándalo de un gato atigrado que lo miraba con asco desde una silla. Chiara dejó sitio para que el recién llegado se sentara junto a la enorme mesa donde las chicas preparaban el almuerzo. La última vez que Benno había estado ahí la servidumbre acababa de verse privada de su señor; ahora lloraban la pérdida del hijo, así como la del ama de llaves, de mayores consecuencias materiales. De Marco, tan admirado por la destreza con que había trepado a la ventana de su padre la mañana del asesinato, no se hablaba en aquellos momentos, pese a que su funeral se hubiera celebrado el día anterior. El tema de conversación era la desaparición de Zenobia, tan inoportuna. Al tiempo que se la respetaba, su estricta disciplina y su meticulosa gestión de los suministros solían levantar resquemores; sin embargo su ausencia los había sumido en el caos —tuvieron que forzar la cerradura del armario para tener acceso a la ropa

de cama y las provisiones—, y el señor Rinaldo les echaba en cara la menor dificultad.

—¿Sabéis qué os digo? Pues que fue ella quien dio a su hijo el veneno con que mataron al pobre señorito. Tarde o temprano la encontrarán. Entonces pagará por ello, igual que su hijo. Estrangularlos sería hacerles un favor. Yo por mí los despellejaba vivos.

Aquella astuta manera de deshacerse de una piel morena sin tener que echar mano a los prejuicios de forma explícita llamó la atención de las demás criadas, que empezaron a rememorar en voz baja (la cocinera no lo veía con buenos ojos), y con todo lujo de detalles truculentos, su asistencia al espectáculo protagonizado por los despojos de Andrea Barolo, sujetos a las columnas de la Piazzetta.

El recuerdo que Benno guardaba de aquel episodio estaba ligado a la visión del asesino sonriendo a Segismundo y manchando el suelo de vino con intención inequívoca. La idea de que al fin y al cabo hubiera sido la sangre Dion, y no la de Segismundo, la derramada junto al jardín del señor Vettor seguía llenándolo de satisfacción.

Una vez más Benno deseó con fervor poco cristiano la muerte de Dion. ¿No era injusto que Segismundo se hallara en la cárcel sin haber hecho nada malo, y en cambio Dion, un asesino a sueldo, estuviera siendo atendido por monjas, libre de marcharse en caso de mejorar? Y de matar a Segismundo cuando éste saliese de la prisión... Resuelto a teñir el futuro de colores soportables, Benno se aferró al «cuando» en el caso de Segismundo, y al «si» en el Dion.

En cuanto a su propio futuro, se lo estaban solucionando en ese mismo instante. La cocinera y Chiara sostenían un grave coloquio que Benno fingió no oír, ocupado como estaba en comer un racimo de uvas generosamente extraído de la despensa de Zenobia.

—Puedes pasar la noche en la habitación de trabajo de Zenobia. A veces dormía ahí, y hay una cama vacía.

Benno vio renovadas sus esperanzas. Cuanto más tiempo pasara en el palacio Ermolin más posibilidades tendría de enterarse de algo útil. Los criados siempre están al tanto de todo.

No hizo ningún esfuerzo por contener unas lágrimas de gratitud, recibiendo a cambio otro panecillo relleno de setas. Chiara volvió a sentarse a su lado y le dirigió una mirada benévola.

—Más tarde te enseñaré dónde está. Tendrás que esconderte de Luigi, el mayordomo; siempre mete las narices en todas partes. Es su trabajo, claro, pero aparte es un bicho. Por la cocina no lo vemos mucho; aquí manda la cocinera. Cuando se haga de noche te meteré en la habitación sin que se entere nadie. Aunque habrá que esperar a que la señora me deje libre. Nunca sé cuándo lo hará. —Chiara esbozó una mueca—. Siempre tiene algún trabajito para mí. Que si cose esto, que si lava esto...

La cocinera se dio la vuelta, roja de haber estado inclinada sobre una olla puesta al fuego.

—¡Y cómo te zurró cuando no conseguiste limpiar la sangre de aquella manga, después del asesinato del pobre señor!

—¿Sangre? —Benno se volvió hacia Chiara, dejando a la vista un bocado de pan con setas.

—La manga estaba empapada. Me la dio cuando ya era demasiado tarde para quitarla. Ya le dije que no puedo hacer milagros.

Benno era presa de una gran agitación. ¡Bien que podía estar nerviosa la señora, si había clavado un estilete a su marido!

—¿Cómo se ensució tanto? —preguntó mientras masticaba.

—Dijo que al sostener el cadáver. Si eso es verdad, habría sido de las primeras veces que lo abrazaba voluntariamente. El señor estaba colado por su nueva esposa, pero él a ella no la impresionaba para nada.

¿Qué diría de eso Segismundo? Claro que la señora podía haberse manchado la manga de la manera que decía ella, y mal podía ser acusada de matar a Ermolin sobre aquel fundamento. Mientras no apareciera alguien diciendo que estaba junto a la ventana por casualidad, y que había visto...

Benno recordó al risueño albañil al que había visto balancearse en una cesta con cara de curiosidad, delante de la ventana, y que había sido interrogado por Segismundo...

Sin duda no habría dejado de decírselo a Segismundo. Además, de haber sido sorprendido por Isabella a esas alturas ya estaría muerto. Benno imaginó a la joven asomada a la ventana, cortando la cuerda. Sentía gran respeto por aquella mujer a la que no había visto en su vida, hasta el punto de que sufrió por Chiara cuando ésta salió a toda prisa de la cocina, temerosa de haber dejado sola a su señora demasiado tiempo.

El día transcurrió sin novedad para Benno, resultándole incluso agradable; también para *Biondello*, aun cuando, de no haberse agachado justo a tiempo, su enfrentamiento con el gato atigrado habría acabado por costarle un ojo, pérdida que se habría sumado a la de la oreja. Llegada la hora de la comida principal, Benno se vio rodeado de una actividad frenética, de la que, mero espectador con *Biondello* sobre las piernas, recibió como propina algún que otro codazo o golpe de plato, sintiendo en cierta ocasión derramarse por su espalda casi todo el espeso contenido de una salsera, demasiado caliente para su gusto. Se metió a *Biondello* por debajo de la camisa para que aprovechara todo lo posible. Afortunadamente el mayordomo se limitó a inspeccionar los platos a la salida de la cocina, prudente actitud que quizá le hubiera sido inculcada por algunas salpica duras sobre su elegante uniforme.

Más tarde, mientras devoraba los restos junto a los demás criados, Benno se preguntó qué estaría comiendo Segismundo. Su señor era hombre de buen apetito, aunque nunca se quejaba de tener que ayunar; de hecho parecía serle indiferente.

Benno se consoló planeando un espléndido banquete para cuando saliera. Pudo así hacer oídos sordos a la conversación de sus comensales, centrada en los hermanos Marsili, cuya condición de traidores ya había sido divulgada por toda la ciudad, y que esperaban su última hora en los calabozos de palacio.

—Tendrán que quitar lo poco que queda del capitán general —comentó una de las doncellas, al tiempo que se llenaba el buche con un pedazo de ganso asado y se disponía a chuparse los dedos—. ¡Ya era hora! Ayer no tuve más remedio que pasar al lado. ¡Puaj! Y los Marsili son dos. ¿Cómo se las arreglan cuando hay dos?

El problema estaba siendo resuelto en ese mismo instante.

Hallazgos

Segismundo ya se había dado cuenta de que el maestro de Padua no ostentaba ese título por capricho. Cualquiera puede infligir dolor, pero sólo un hombre inteligente es capaz de hacerlo con un objetivo. Provisto de dos personajes tan distinguidos como Ottavio y Nono Marsili en quienes ejercitar su arte, el maestro demostró su superioridad concentrándose en uno solo de los hermanos, mientras dejaba que el otro oyera los gritos recomiéndose en su celda. Era más fácil hacer que alguien confesara por miedo a lo que pudiera suceder que sometiéndolo de veras al tormento, el cual, por otro lado, presentaba el inconveniente de que despojaba a la víctima de la necesaria coherencia.

Los clientes del maestro de Padua eran muy exigentes, y él se proponía darles lo que pedían. Los Diez querían conocer en detalle la traición de sus condotieros; el maestro les proporcionaría esos detalles, contando para ello con la cooperación de los aterrorizados condotieros.

Nono Marsili, que escuchaba desde su celda los horribles gritos de su hermano, veía el futuro de modo muy distinto. Lo habían encerrado con un falso preso político cuya misión era ofuscarlo con atroces relatos sobre lo que le esperaba, e informar de todo aquello que el propio Nono pudiera revelar en un momento de descuido.

Nono se apresuró a solucionar el problema. Él y su hermano habían sido arrestados con sus mejores galas, ataviados para una entrevista con el dux que no llegó a celebrarse. Ahora brillaba en sus manos un broche de oro de espléndida factura —florentina—, utilizado por Nono para adornar su cuello de terciopelo verde salvia. Al serles traída la comida había detectado en los ojos de su carcelero una chispa de codicia. Al caer la noche, a solas con su compañero de celda (que decía llamarse Matteo Masso pero podía estar mintiendo perfectamente), Nono esperó a que la respiración de Matteo se hiciera más profunda y, una vez seguro de que dormía, le clavó la aguja del broche detrás de la oreja, haciéndolo pasar de la inconsciencia a la muerte con fatídica sencillez. Nono, cuya piedad no podía ponerse en duda, le dedicó una oración mientras extraía el broche.

A continuación tenía previsto destinar la joya a otro objetivo igual de útil. Empezó a sacudir la reja de la puerta, maniobra que no carecía de dificultades para alguien de su talla, y que suponía ponerse de puntillas a fin de asir la barra más baja. También la golpeó con su anillo. El carcelero, que dormitaba no muy lejos junto a una jarra de vino vacía, se sintió impelido a investigar.

Nono contaba con dos factores: uno, que los carceleros suelen escogerse por

motivos ajenos a la inteligencia, y dos, que en casi todos los ámbitos la guardia nocturna recae sobre los más tontos. A estos dos factores se sumaba otro que Nono desconocía: aquel carcelero en concreto era muy aficionado a las peleas, y, mostrándose en ello tan poco dotado como en cualquier otra actividad, había recibido durante años sus buenos golpes en la sesera. Nada de ello contribuía a hacerle razonar con serenidad en aquella ocasión.

Paradójicamente fue Nono quien ofreció liberar al carcelero, liberarlo de una vida asfixiante en la oscuridad de los calabozos, de tanta monotonía, tan poco vino y ninguna mujer. El pesado broche de oro señalaba el inicio de un futuro glorioso, siempre y cuando su nuevo dueño lograra desaparecer, al igual que Nono.

Fue éste el primero en hacerlo, siguiendo el esquema de la toma de Piombo: encorvado bajo el peso del saco que cargaba a sus espaldas, y con la cara a oscuras, el carcelero utilizó sus llaves para salir de la prisión esa misma noche, alegando en la entrada principal que llevaba comida rancia para los cerdos de su primo. Siguió adelante en la oscuridad, guiado por el brillo de todo lo que podría comprar con aquel espléndido broche. Nono, inmóvil dentro del saco, tema sus propios planes.

El día siguiente estuvo lleno de hallazgos, empezando por el de dos cadáveres: primero el de Matteo Masso, que, plácidamente tendido sobre su jergón, ocupaba a solas una celda cerrada con llave; el segundo cadáver era el del carcelero, hallado en una callejuela próxima a la prisión; su rostro, no tan plácido como el de Matteo, expresaba gran sorpresa. Se tardó un tiempo en averiguar qué los había matado, pero en ambos casos el método había sido el mismo.

El saco había desaparecido en el canal, y, en cierto momento de la búsqueda que se puso en marcha sin más demora, también Nono desapareció bajo una masa de enredadera que caía de un muro en ruinas. La mayor parte de los canales eran poco profundos, y solían ser limpiados de lodo cada poco tiempo para evitar que se encenagasen. Nada de ello supuso un problema para el enano que, cogido a las ramas de enredadera, aguardó el paso de la guardia de palacio. Nono era consciente de que en Venecia había casi tantos enanos como extranjeros, pero también de que pocos tenían ocasión de llevar ropas de terciopelo y broches de oro. Confiando en resultar menos conspicuo sin su hermano, lanzó el chorreante jubón por encima de la enredadera, se prendió el broche —ya casi un talismán— en el interior de la camisa y, lleno de audacia, fue en pos de la guardia de palacio, aprovechando para secarse la camisa y las calzas, y preguntando a los ciudadanos de Venecia si habían visto a un enano «muy parecido a mí, aunque más guapo» a quien la guardia quería encontrar a toda costa. Algunos, creyendo reconocerlo, lo atribuyeron a una confusión. Apartándose deliberadamente de la comitiva, Nono llegó a un lugar donde alquiló un bote —llevaba encima unas cuantas monedas, aunque todas sus armas le habían sido requisadas en el momento del arresto— y se dirigió a los alrededores de Venecia, juzgando acertadamente que se le supondría antes huyendo por mar a otro país que ocultándose en tierra firme veneciana.

Otro hallazgo fue el realizado por Rinaldo Ermolin. Toda la servidumbre se daba cuenta de que su nuevo señor pasaba mucho tiempo encerrado en el estudio de su difunto hermano. Imaginaron que estaría evaluando las riquezas de las que ahora disponía a solas. Nadie más que su cuñada, testigo indiferente de su discusión con Marco, podía adivinar en qué empleaba las horas, pero la joven no sentía el menor interés por cuanto no la atañera personalmente.

Cada vez que se encerraba en la habitación donde había muerto su hermano, Rinaldo se sentaba frente al escritorio de la ventana, oscurecido todavía por la mancha que ningún criado había tenido ocasión de limpiar, a falta de permiso para entrar en el estudio. Entonces abría el *libro secreto*, aquel libro donde Niccolò anotaba sus transacciones sin intención de mostrárselo a nadie.

Sin duda Niccolò había previsto que un día, al término de una vida larga y próspera, tras engendrar muchos más hijos en su segunda esposa e instruir por fin a Marco en las artes del comercio, se reuniría a solas con su heredero y le entregaría no sólo el libro secreto, sino lo que reforzaba su carácter secreto, es decir, la clave en que estaba escrito.

Por otro lado, también era posible que Niccolò hubiera decidido borrar algunas anotaciones, cosas que ni siquiera un Marco más maduro y prudente podría entender; cosas de cuya existencia su hermano Rinaldo estaba firmemente convencido.

En vida de Niccolò, Rinaldo le había pedido varias veces detalles sobre ciertas transacciones, topando con un muro de silencio; y eso que como partícipe en la fortuna de los Ermolin tenía derecho a saberlo, más aún habiendo sacrificado su vida a la conservación y acrecentamiento de dicha fortuna. Más de una vez había tenido la impresión de que su hermano le envidiaba su vida en libertad, ajena a las cargas familiares, y que de resultas de ello se afanaba por demostrar que controlaba las cosas mucho más que Rinaldo. De haber sabido que dejaría sin resolver el acertijo habría sonreído con aquel aire de amarga superioridad tan suyo. Al recordarlo, también Rinaldo sonrió.

Se había propuesto descubrir la clave con la lógica y eficacia que lo caracterizaban, pero sólo había conseguido quemarse las cejas haciendo sustituciones y cambios alfabéticos. No acababa de entender que su hermano hubiera escrito tanto, y con tal fluidez; claro que a fuerza de usar una clave uno acaba por dominarla. Rinaldo no había encontrado ninguna base, ningún original del que hubiera partido Niccolò.

Después de registrar el escritorio y toda la habitación, se le ocurrió buscar en los libros de su hermano. Algunos habían pertenecido a su padre; Rinaldo dudaba que Niccolò hubiera comprado los volúmenes de Aristóteles y otros autores de esa cuerda, pero ello no impedía que ocultaran algún documento. Los fue sacando y hojeando uno a uno. Sorprendido, vio que el *De rerum natura* se abría espontáneamente por una página. Quizá su padre hubiera estudiado aquellos

comentarios. No obstante, reparó en un pasaje bastante desgastado, y hasta con alguna que otra marca de aguja.

Rinaldo volvió lentamente al escritorio, posó el libro y cogió el *libro secreto*. Cogió un trozo de papel y empezó a escribir un alfabeto de correspondencias, sustituyendo la A por la primera letra del fragmento y la B por la segunda; la quinta letra era igual a la primera, por lo que la dejó de lado y sustituyó la E por la siguiente. Llegado al final, pasó a transcribir un renglón del *libro secreto*. Procedía con lentitud, consultando continuamente su «alfabeto», pero a medida que escribía empezó a sonreír.

Después de un rato frunció el entrecejo.

El ángel de la muerte pone manos a la obra

Los hallazgos no habían llegado a su fin.

El maestro de Padua había pasado el día anterior persuadiendo a Ottavio Marsili, aunque no por ello convenciéndolo, de que confesar su traición y revelar sus contactos era preferible a seguir experimentando nuevos métodos de hacerle lamentar haber nacido con un cuerpo. Por la mañana, el condotiero fue hallado muerto.

En aras de una mayor concentración en el sufrimiento no le habían proporcionado compañero de celda. Viendo que su prisionero no reaccionaba, el carcelero mandó llamar enseguida al maestro de Padua. Quizá sus diestras atenciones del día anterior hubiera propiciado la muerte del reo. Ottavio estaba tendido en el jergón con su gris cabellera a la soldadesca sobre la paja, vueltos los ojos hacia la bóveda de ladrillo como si viera en ella el Juicio al que acababa de ser convocado. El maestro de Padua le palpó el cuello en busca del pulso, y seguidamente hizo señas de que acercaran la linterna.

—Estrangulado.

El maestro señaló marcas de soga en el musculoso cuello. Ahí cerca no había ninguna. El carcelero no sabía nada; no había habido visitas, pero lo mejor, dijo, era consultar a los encargados del turno de noche.

Uno de ellos no estaba en su puesto. O, en todo caso, acababan de encontrarlo.

Los Diez no se mostraron muy satisfechos, pero tampoco se enzarzaron en grandes debates. A fin de cuentas, estrangular a un preso recalcitrante entraba dentro de sus costumbres; quizá sospecharan que los *Capi*, las tres personas encargadas de aquella clase de decisiones, tenían motivos en los que no había por qué hurgar.

Aun así había que aprovechar la ocasión de convertir una vez más la justicia veneciana en espectáculo público y toque de atención, si bien con algunas modificaciones. Siguiendo las previsiones formuladas en la cocina del palacio Ermolin, los despojos de Andrea Barolo fueron retirados y los ciudadanos de la Serenísima recibieron a cambio una visión más fresca. Ottavio Marsili, conquistador de Piombo y traidor, fue encadenado entre las columnas, pidiendo de rodillas un perdón *post mortem*. Entre los curiosos que se acercaron a él se hallaban muy pocos capaces de advertir que la cabeza posada delante de las rodillas había sido seccionada después de la muerte, no simultáneamente a ella. Algunos espectadores lamentaron verse privados de la presencia de Nono, sin el cual la escena carecía de aquel toque grotesco que se prolonga en la memoria como las especias en el paladar.

La noche que para Ottavio había resultado fatídica tampoco dejó de ser movida

para Benno. Sentado junto a los últimos rescoldos del fuego de la cocina, y mientras *Biondello* y el gato atigrado aprovechaban una tregua durmiendo el uno en el regazo de su amo y el otro hecho un ovillo a sus pies, Chiara vino a buscarlo en cumplimiento de su promesa y lo arrastró por la penumbra del salón. La luna iluminaba el esbozo de Brunelli sobre la pared de la escalera, mostrando a Benno su propia cara con los ojos fijos en las alturas. La habitación de Zenobia le era conocida, con su olor a clavo y canela y a otras especias que guardaba bajo llave. El armario de la ropa blanca, abierto, mostraba un desorden de sábanas y toallas revueltas por manos impacientes. Chiara, cuya linterna proyectaba enormes sombras sobre el revoque de las paredes, hizo entrar a Benno en otro armario equipado con un camastro, hecho lo cual se llevó la reconfortante fuente de luz.

Al principio Benno se sintió algo solo, inmerso en un silencio que sólo interrumpía el suave y rítmico chapoteo del agua contra los muros exteriores. Los criados dormían en las buhardillas, o bien del lado de la cocina; las habitaciones de Rinaldo e Isabella debían de estar lejos del canal, resguardados del ajetreo que se apoderaba de él a primera hora de la mañana. Lo único que Benno sabía de cierto sobre la geografía del palacio era que el estudio daba al mismo pequeño canal, y que debía de estar justo encima, dado que Segismundo había señalado la ventana al preguntar a los albañiles.

Como de costumbre, rezó sus oraciones y pidió que su señor fuese prontamente liberado. De haber sabido que la muerte de Ottavio estaba a punto de volver la atención del maestro de Padua hacia otros menesteres, sus plegarias habrían sido más insistentes.

Poco antes del amanecer oyó un silbido, poco después de que lo oyera *Biondello*. Benno, desconcertado, se incorporó en el armario con la duda de si lo habría soñado, y preguntándose dónde estaba. *Biondello*, que no compartía su desconcierto, se le subió a los muslos y metió su inquieta nariz por una rendija de la puerta del armario.

Volvió a oírse un tenue silbido fuera de la casa. El chapoteo del agua se hizo más brusco e irregular, como si alguien estuviera amarrando un bote al pequeño desembarcadero. La nariz de *Biondello* ensanchó la rendija, dejando entrar un poco de luz. Olía a metal caliente y aceite hirviendo, y se veían sombras moviéndose al otro lado.

¿Sería Chiara, que venía a advertirle que se fuera? ¿Se habría enterado su señor de que había un extraño en casa? Benno sujetó a *Biondello* para evitar que saliera del armario en pos de su nariz. Se asomó a la rendija, algo asustado por lo que podía ver. ¿No era acaso aquel palacio escenario de muertes repentinas y misteriosas?

Pero prácticamente no vio nada. La luz, procedente sin duda de una linterna, estaba siendo transportada al otro lado de unos faldones de seda que se desplazaban susurrando con rapidez fantasmal, dirigiéndose a la puerta de la esquina que desembocaba en el pequeño desembarcadero. No había manera de ver quién era el dueño de la toga, ni Benno tuvo tiempo de observar gran cosa, pues la puerta acababa

de abrirse y el desconocido de franquearla. A partir de ese momento sólo obtuvo información de sus oídos.

Lo que éstos le transmitieron aumentó su perplejidad. Le pareció oír murmullos al lado mismo de la puerta, seguidos por un golpe sordo y la fuerte acometida del agua contra la plataforma de madera y el muro. Mientras se interrogaba sobre el origen de estos ruidos distinguió un jadeo. Quizá Isabella hubiera acudido a una cita. Quizá estuviera en brazos de un amante con más suerte que Pasquale. Era mucho más seguro hacerse arrumacos en un bote que dentro del palacio, donde se habrían arriesgado a ser oídos por la servidumbre o, peor todavía, por Rinaldo. Benno rezó fervientemente por que nada delatara su presencia a aquella joven, culpable quizá de haber clavado un estilete a su esposo.

De pronto los jadeos fueron interrumpidos por un golpe seco y el ruido de algo cayendo al agua, después de lo cual el choque del agua contra el muro y el desembarcadero se hizo mucho más intenso. ¿Se habrían caído del bote? ¿Lo habrían hecho volcar? ¿Lo había empujado ella a él? Sin embargo no se oyeron voces ni llamadas de auxilio. ¿Acaso lo había apuñalado?

La puerta volvió a abrirse. Benno sujetó a *Biondello* contra el pecho y se arrimó a la pared, muerto de miedo de que la joven pudiera oírlo, acercarse, abrir el armario y clavarle el estilete en un ojo.

Oyó la cerradura de la puerta del desembarcadero. Los faldones de seda se deslizaron por el suelo. La luz desapareció simultáneamente al cierre de la puerta interior. Se había marchado.

¡Qué poco había durado todo! Impulsado por la curiosidad, Benno se atrevió a estirar sus piernas entumecidas, soltar a *Biondello* y desplazarse a gatas desde su refugio hasta la ventana. Asomó la cabeza. ¿Habría un cadáver sobre el pequeño desembarcadero? Fuera todo estaba inmerso en una confusa penumbra. Además, era muy improbable que la señora Isabella hubiera dejado un cadáver a la vista de todos; sin duda lo habría tirado al canal. Benno no vio ni rastro del bote. También podía haberse ido... No obstante le pareció distinguir algo sobre la plataforma de madera, una especie de bulto, aunque no lo bastante grande para ser un cadáver.

Parte del enigma quedó resuelto unas horas después, cuando, cumplidas las tareas matinales, los criados volvieron a reunirse alrededor de la mesa para desayunar. La cocinera, que había salido para regatear con un comerciante que pasaba con su barca vendiendo limas y limones, volvió indignada llevando en sus manos, además de la redcilla de frutas, una bolsa de cuero. La dejó caer sobre la mesa con todo su peso, provocando un repiqueteo de platos y dejando con la palabra en la boca a una doncella que narraba un sueño erótico.

—Mirad, mirad lo que traigo. Acabo de tropezar con este saco y casi me caigo al canal. Esos albañiles dejan la porquería en cualquier sitio.

—A ver si se están llevando algo, tejas para vender o... —El portero desató la cuerda que cerraba el saco y lo abrió—. No, sólo son escombros.

—Supongo que esto es lo que entienden por dejarlo todo limpio. Ese tipo, Brunelli, les estaba echando bronca...

Mientras comía pan mojado en vino, Benno se sintió tan perplejo como durante la noche. ¿Qué pensar de lo sucedido? ¿Cómo imaginar a la señora Isabella cargando con lo que la propia cocinera encontraba pesado, y después tirando a su amante al agua de un puñetazo? ¿O quizá a él le había pasado lo que decía la cocinera, tropezar con el saco y ahogarse en el canal? Puestos a pensar, mal podía la señora Isabella entrar corriendo en busca de ayuda.

Benno decidió posponer el análisis del caso hasta que llegara la hora de comentárselo a Segismundo. Sí, Segismundo sabría cómo interpretar todo aquello.

De momento las posibilidades de que Segismundo prestara atención al relato de Benno parecían algo remotas. En cambio no lo eran tanto las de convertirse en banco de pruebas para el maestro de Padua, en uno de sus experimentos con nervios y tendones. El cardenal Pantera le había mandado comida caliente: una fuente de codornices con guarnición de arroz al azafrán, otra de ternera cocida en vino y una cesta muy honda de ciruelas y albaricoques. Segismundo lo había compartido todo con Cosmo, logrando improvisar un ambiente festivo en aquella celda que por una vez olía deliciosamente a carne, vino y fruta. El carcelero los observó por la mirilla, muerto de envidia. No olvidaba el eslabón de oro con que le había tentado Segismundo; ahora tenía ante sus ojos la prueba de que al menos uno de los prisioneros tenía poderosas amistades. Quizá acabara por hacerse con el eslabón, aunque sólo fuese como propina de despedida.

Las propinas se consiguen a cambio de algo. Los prisioneros siempre están ansiosos de saber qué pasa por el mundo.

—¿Los señores desean saber qué ha sido de los Marsili? Se han ido. Esta mañana, antes del amanecer.

—¿Ido?

Segismundo apartó su vista de la codorniz, fijando atentamente sus ojos oscuros a la luz de la linterna.

El carcelero mostró una dentadura amarillenta, en un simulacro de sonrisa.

—El pequeñito no se sabe dónde andará. Ha cogido los bártulos y adiós muy buenas. Ha dejado un par de cadáveres. No seré yo tan idiota como el que vigilaba su celda, que lo han encontrado en un callejón como una rata ahogada.

Segismundo, sonriente, se acercó a la puerta.

—De modo que Nono Marsili ha dejado lo de morirse para más tarde. ¿Y su hermano?

Introdujo por la reja una generosa porción de codorniz, que el carcelero aceptó.

—¿El grandullón? —dijo entre bocado y bocado—. A ése lo han puesto en la Piazzetta, para que lo vea todo el mundo.

Segismundo dejó de comer.

—¿Confesó?

Si las sospechas contra Segismundo lo hacían cómplice de la traición de la que se acusaba a Ottavio, quizá la tortura hubiera confirmado semejante falsedad. El momento era peligroso.

El carcelero lo estaba pasando en grande.

—Por lo visto no le arrancaron ni un grito. Hoy que el maestro iba a seguir trabajándose, va y aparece estrangulado. Y eso no puede hacérselo uno mismo.

Segismundo no se movió.

—¿Se sabe quién lo ha estrangulado?

El carcelero se encogió de hombros.

—Yo no voy por ahí haciendo preguntas. El caso es que alguien quería verlo muerto, y rápido.

Cosmo soltó la ciruela que estaba comiendo, incapaz de reprimir un escalofrío. ¿Cuánto faltaba para que pudieran decir lo mismo de uno de los dos?

Puerto a la vista

El carcelero no estaba al corriente de todo. Aquella mañana el dux Scolar anunció su dimisión al Gran Consejo, convocado para escuchar sus palabras. Hasta entonces, terco y orgulloso, se había resistido a las insistentes peticiones, albergando acaso la esperanza de ver reparado el honor de su hijo y pensando que su permanencia en el cargo podía ayudar en ese sentido. Pero al pedir ayuda al sultán Pasquale había arruinado su causa más allá de toda esperanza. Seguir en el cargo no tenía sentido, aunque fuese de figurón. Ya sólo le esperaba el humillante tormento de ver a Pasquale devuelto a su patria y ejecutado.

Ningún miembro del Gran Consejo le pidió que se quedara. Tanto Vettor Darin y su camarilla como Rinaldo Ermolin, felices de habérselo quitado de encima, aplaudieron los discursos que alababan su trayectoria, su sabiduría, todas aquellas virtudes sin sentido ni utilidad que él mismo dudaba poseer. Ahora podía ponerse en marcha el mecanismo, increíblemente complejo, que precedía a la elección de un nuevo dux. Vettor Darin estaba casi seguro de sucederlo en el cargo.

Al examinar los rostros vueltos hacia él en la gran sala del Consejo el dux Scolar percibió varias miradas cálidas y apenadas, pero sólo una persona lo miró con verdadera compasión: Pico Gamboni sabía qué significaba perder un hijo, y perderlo todo después: esposa, hogar y fortuna. Sólo puede entender el dolor de una persona quien ha pasado por lo mismo que ella. ¿Por qué no habría ofrecido su amistad a Gamboni en lugar de tomarlo por un loco, como todos? Demasiado tarde, pensó el dux mientras se levantaba de su sillón por última vez. Su única esperanza era morir antes del regreso de su hijo. Llevaba días sin pensar en otra cosa que en aquellas felices Pascuas de diecisiete o dieciocho años atrás, cuando, en todo el vigor de sus sesenta y pocos años, sonreía al recién nacido en quien había depositado tantas esperanzas.

Cierta agitación se apoderó entonces de la asamblea. Hallándose el cardenal Pantera a la espera de negociar un nuevo e importante pacto con el Papa, y dada la urgencia de encontrar condotieros de confianza para sustituir a los hermanos Marsili en la guerra contra el duque de Montano, todos advertían hasta qué punto era necesario contar con un dux que ratificara ambas decisiones. El Gran Consejo tenía que pasar a otro tema.

Una vez que Scolar, que no el dux, hubo abandonado la sala, se inició la votación. Había que escoger a treinta miembros del Gran Consejo, reducirlos después a nueve mediante el sistema de echarlo a suertes y después votar esos nueve a otros cuarenta,

que a su vez serían reducidos a doce recurriendo de nuevo al azar. Los doce escogerían a otros veinticinco, se echaría a suertes su reducción a nueve y esos nueve votarían a cuarenta y cinco, once de los cuales escogerían a cuarenta y uno. Por fin esos cuarenta y uno tendrían el privilegio de elegir al dux.

Este sistema llevaba empleándose desde 1268, y se adecuaba de maravilla al intrincado espíritu veneciano.

En contrapartida era muy lento, y mientras las etapas del proceso se sucedían con toda la rapidez posible, la apremiante necesidad de contar con un dux no tardó en quedar demostrada.

Poco antes del mediodía ocurrieron dos sucesos harto distintos. Mientras esperaba instrucciones de arriba el maestro de Padua aprovechó el tiempo libre para asomar la cabeza a la mirilla de la celda de Segismundo y Cosmo, curioso por ver en qué estado se encontraban sus próximos clientes. En ese mismo instante, en la Piazzetta bañada por el sol de los últimos días del estío, la gente se cubrió los ojos con la mano para escudriñar el horizonte.

Siempre había barcos yendo y viniendo, pero aquél, apenas visible contra el cielo y los reflejos del agua, llevaba un gallardete en el que los ojos entornados creyeron distinguir con esfuerzo... ¿un león? ¿Era un león? ¿El león de san Marcos? ¿Era el capitán general adelantándose a su flota?

Una vez que la multitud, cada vez más nutrida, se puso de acuerdo en que así era, quedó planteada una cuestión mucho más importante. ¿Vendría el capitán a informar de su fracaso, como Andrea Barolo, o bien de la tan anhelada victoria contra el turco? Los últimos tiempos habían traído grandes decepciones para los venecianos, testigos de cómo sus comandantes por tierra y mar se despedían de ellos desde las columnas de la Piazzetta, entre las cuales Ottavio Marsili seguía implorando perdón en silencio, expuesto a un sol abrasador.

Otras embarcaciones estaban saliendo del puerto para dar a la galera una entusiasta bienvenida, mientras el barco del capitán general, a cuya popa empezaban a aparecer otros, avanzaba al son de tambores y pífanos. En el muelle, quienes subían en tropel a los mástiles gozaban de mejor vista que los que permanecían en tierra, y veían lo que flotaba detrás del buque insignia; parecían filamentos de alguna extraña y enorme alga, tan largos y gruesos que nadie conseguía reconocerlos. De pronto, una salva de gritos y vítores indicó que algunos sí lo habían hecho.

Attilio da Castagna, capitán general de la flota veneciana, regresaba de su lucha contra el turco arrastrando tras él los estandartes vencidos, los cuales, flotando sobre las olas, se erigían en símbolo de la derrota del turco a manos de Venecia, potencia que al haber contraído matrimonio con el mar y echado en él su anillo se reservaba el derecho de surcar sus aguas sin interferencias del infiel. Y ahí estaba su capitán general, seguro de ser recibido como un héroe.

El bullicio que produjo dicho recibimiento resonó por toda la ciudad; en alas de ese extraordinario poder que permite a las noticias atravesar muros y saltar de calle

en calle más rápido que cualquier ser humano, la buena nueva llegó a la cocina del palacio Ermolin y a oídos de Benno prácticamente al mismo tiempo que penetraba en los calabozos del palacio ducal. En el palacio Ermolin poco poder tuvo la autoridad del mayordomo contra las ganas de fiesta; y así, mientras las ayudantas de cocina chillaban y aporreaban las sartenes, la cocinera sirvió una ronda de vino para brindar por la victoria.

En el lúgubre y resonante silencio de la prisión, Cosmo y Segismundo empezaron a oír lejanos portazos; las húmedas paredes llevaron a sus oídos el eco de unos gritos que no eran fruto del dolor sino de la euforia. Se miraron. El carcelero se asomó a la reja, lleno de entusiasmo.

—¡Hemos ganado! Los turcos están vencidos, y su capitán muerto. ¡La flota ha vuelto a casa! ¡Hoy es un gran día para Venecia!

Segismundo acudió junto a la reja en dos zancadas y, extrayendo de su jubón el eslabón de oro, lo hizo brillar una vez más a la luz de la linterna.

—Sí, y también para ti si haces lo que te digo.

Con el agua al cuello

Así, mientras Benno, sumándose demasiado tarde a la alborozada muchedumbre que veía llegar a puerto el barco de Attilio, estiraba el cuello sin ver nada, y mientras algunos destacados miembros de la Señoría, escogidos a toda prisa entre quienes no participaban en las votaciones, lo recibían en ausencia de dux, el poder del oro, emitido por un único eslabón de la cadena de Segismundo, se propagaba por la red de amigos y deudores del carcelero hasta llegar por fin a alguien útil.

Ese alguien resultó un criado asignado a Attilio para ayudarlo a bañarse y cambiar de ropa. Attilio se había llevado sus mejores galas para lucirlas en su regreso, pero antes, como hombre de honor, se las había puesto en la batalla. Lo mismo habían hecho sus contrincantes, mas, así como el jubón carmesí de Attilio sólo ostentaba algunas manchas de un rojo más oscuro, amén de tajos que desgarraban aquí y allá las mangas y faldones bordados de oro, Mehmet Bey había perdido su turbante cargado de joyas, y con él la cabeza que lo sostenía.

El criado examinó los costados de Attilio.

—Feo corte el que tenéis aquí, señor. Suerte que no os lo hicieron un poco más a la derecha.

Attilio echó un vistazo.

—Entonces no me habrías visto a mí en el puerto, sino a los turcos. En la batalla uno puede desangrarse antes de ver de dónde ha llegado el golpe. Necesito un baño.

Estaba preparado: una amplia cuba para cubrirlo hasta el cuello, mucha agua caliente vertida por encima de las sábanas de hilo que cubrían los bordes de madera, espliego y manzanilla flotando en la superficie, y pajes dispuestos a ayudar al héroe a meterse en el agua y lavarse. Pero el criado tenía algo más que decir. No fue más que un susurro, comunicado al oído de Attilio mientras le quitaba las calzas, pero produjo una explosión.

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Seguro? ¿Ahora mismo está en la cárcel?

No hubo más remedio que dejar enfriarse el agua. Los pajes se miraron a través de la nube de vapor, mientras Attilio, en vez de meterse en el agua, se metía en una toga, se la ajustaba y empezaba a recorrer a grandes trancos los pasillos del palacio que le daba albergue. Se había convenido en que era poco político y hasta grosero instalar al capitán general en el palacio ducal, donde el anciano Scolar, después de dimitir, había caído enfermo, vencido finalmente por la angustia y el dolor. Como alternativa, Vettor Darin había ofrecido su propia morada; fue por tanto el propio Darin quien vio truncada por Attilio su conversación con donna Claudia. Viéndose en

presencia de tan noble señora, el capitán se limitó a esbozar una escueta reverencia y ajustarse más la toga antes de volverse hacia su esposo.

—¿Qué es eso de que Segismundo está en la cárcel? ¿De qué se le acusa?

Con su calva y sus ojos redondos como grosellas Vettor Darin se parecía más que nunca a un gnomo, pero no iba a ser fácil vencer su compostura. Dirigió a Attilio una tenue sonrisa.

—Nada hay en ello que deba preocuparos, estimado señor. Ese hombre es un mercenario, un renegado. Nos han informado de que se halla aquí en misión de espionaje para nuestros enemigos de Montano. Comprenderéis que se trata de algo serio. Todavía tenemos que averiguar los detalles.

—O sea que aún no lo habéis torturado.

Vettor puso los ojos en blanco y tendió ambas manos, lamentando así la rudeza de Attilio; éste avanzó hasta enfrentar su pecho al rostro del hombrecillo.

—Quiero verlo libre. Ahora mismo.

Donna Claudia se llevó las manos a la boca; sus ojos negros se volvieron hacia su esposo, poco menos que suplicantes. Vettor se debatía entre la rabia y la necesidad de transigir.

—Pero señor mío... no tengo autoridad... El dux...

Attilio mostró los dientes.

—Ya sé que no hay dux, me lo han explicado. ¡Pero imagino que pronto habrá uno! ¿No puede aplicar su autoridad antes de ser elegido?

¡Difícil resistirse a semejante halago! Obviamente Attilio no sólo se había enterado de la ausencia de dux, sino de quién tenía más números para ser el próximo. Además, quizá pudiera contarse con que Attilio usara su influencia en pago de ese favor. Y en tercer lugar, Segismundo ya no representaba un peligro tan grande; ahora conocía los calabozos de la República, y Vettor sabía que le habían mostrado los instrumentos de tortura. Para lograr el silencio del mercenario bastaría sin duda con una velada amenaza.

Entretanto el héroe se impacientaba.

—Asumiré la responsabilidad ante la Señoría. Quiero a Segismundo en mis aposentos ahora mismo.

Sólo al vencedor de los turcos podía permitírsele tanta rudeza. Tras una rápida reverencia a donna Claudia, Attilio salió de la sala. Vettor dirigió a su esposa una mirada que lo decía todo; después se dirigió a la salida a fin de enviar un mensaje urgente a través de uno de sus criados.

El mensaje, con el sello que le otorgaba validez, llegó a los carceleros de Segismundo en menos de un cuarto de hora, y el grueso eslabón de oro que lo había permitido fue depositado por fin en una mano callosa, no sin antes obtener del dueño de la mano una última concesión. Cuando Segismundo fue informado de su puesta en libertad, Cosmo, abrumado por la angustia, se había dejado caer contra la pared. Ahora Segismundo lo cogía por el puño, obligándolo a incorporarse otra vez.

—Él viene conmigo.

El carcelero estaba horrorizado.

—Tengo orden de dejaros salir sólo a vos. Podrían hacérmelo pagar con la vida...

Segismundo, sonriente, metió en la mano del carcelero el valor exacto de esa vida.

—Asumo la responsabilidad —dijo, repitiendo las palabras de Attilio a Vettor y obteniendo el mismo resultado.

Una vez fuera los tres, mientras cerraba con llave la puerta de la celda, el carcelero se puso a rezongar, pero sólo por costumbre; el calor del oro que tenía en la mano se había comunicado a su corazón, y sus quejas eran puro teatro. El tal Segismundo recibía comida de un cardenal, llevaba al cuello oro suficiente para comprar un palacio, y el mismísimo Vettor Darin ordenaba su puesta en libertad. ¿Qué sentido tenía poner reparos a que se llevara al gondolero? El carcelero era veneciano; se daba cuenta de que el hecho de que Cosmo estuviera en la cárcel por envenenar al nieto de Darin y Segismundo quisiera llevárselo significaba que en aquel asunto había gato encerrado, y que convenía no hacer preguntas.

Cuando le anunciaron la llegada de Segismundo, Attilio seguía en el baño y le estaban echando más agua caliente. Su mano se alzó entre nubes de vapor y saludó al recién llegado.

—Nada de preguntas, hermano. Estás aquí por gracia de un turco de armas tomar cuya cabeza cayó al agua justo cuando yo pasaba por ahí. Dale las gracias a él, no a mí. ¿Quién es tu amigo?

—Mi sucesor en la lista de próximos estrangulados.

—Y tan inocente como tú, supongo. —Attilio dirigió a Cosmo un cordial saludo —. Me lo cuentas luego. Ahora necesitáis un baño aún más que yo. Y ropa limpia. En esta cuba hay sitio para los tres. Adelante.

No hizo falta decírselo dos veces. Segismundo se desnudó antes que Cosmo; éste, a causa de sus manos, requirió la ayuda de un paje para quitarse las vendas y las ropas que apestaban a calabozo. Pese a ignorar las teorías de Arquímedes, los pajes sabían muy bien qué sucedería con dos hombres más en la bañera, y se apartaron antes de que el agua se derramara por el enlosado.

Apoyados en cojines de hilo, los presos recién liberados recibieron masajes en los hombros, sintiendo en su piel los aceites aromáticos traídos de Oriente por la flota de Vettor mientras los últimos restos de miedo y frío se disipaban. Hasta había un paje rasgueando un laúd.

Attilio se había quitado el parche. Cicatrizado en su órbita, el ojo ciego otorgaba a su rostro cierto aire siniestro.

—Veo que te hace tanta falta un afeitado como un baño. Y no sabría decir si pareces más salvaje con pelo o sin. ¿Por qué te lo afeitas, para que no te cojan por la melena? ¿O es que te has cansado de que te pidan prendas de amor?

—Mmm... —Segismundo, oculto a medias entre volutas de vapor, tenía los ojos

cerrados—. Lo he olvidado. Después de esto un barbero me quitará de encima los últimos recuerdos de la cárcel. —Abrió los ojos y, observando los torpes esfuerzos de Cosmo por limpiarse las manos despojadas de vendas, se puso en pie, cogió una esponja y se las lavó él mismo con delicadeza—. Este inocente, hermano, ha tenido menos suerte que yo —comentó. Después, en un susurro destinado a llegar a oídos de Attilio y Cosmo pero no de los pajes, que permanecían en su puesto con las manos a la espalda, añadió—: Y creo que será mejor que nuestro huésped no lo vea, al menos hasta que podamos convencerlo de que su nieto fue envenenado por otra persona.

Sin duda Vettor ya había sido informado de la presencia de un huésped de más; quizá no tardaran en tener que enfrentarse a una furibunda interrupción.

Pero no, nadie acudió a perturbar el largo y placentero baño hasta que, de mutuo acuerdo, los tres hombres dejaron a sus pies el agua ya tibia y se quitaron de encima las ramitas de romero y espliego que habían flotado alrededor de sus cuerpos. Los pajes acudieron solícitos a envolverlos en toallas de hilo y secarlos; antes de ello, sin embargo, algo había llamado la atención de Segismundo. Señaló ese algo con el dedo.

—Eso no puede quedarse así. ¿Cómo te lo has hecho?

Attilio volvió la cabeza para mirarse la cadera, atravesada encima del hueso por un feo tajo en forma de media luna, todavía en carne viva. Soltó un bufido.

—Un turco que estuvo a punto de dejarme sin pierna. Pero yo tuve más suerte. Al final se quedó sin brazo.

Inclinando la cabeza, Segismundo palpó la herida a medio cicatrizar, reblandecida por el agua.

—Mmm... A ver si el más afortunado acaba siendo él. ¿Te han puesto cataplasmas?

—¿Qué te crees que soy, una curandera? Todos los médicos quieren lo mismo, que te acuestes y te hagas una sangría. Yo cuando quiero acostarme lo hago con una mujer, y si quiero que me sangren voy a visitar a los turcos. Ya se curará.

—Bueno, tú mismo. Si quieres quedarte sin pierna además de sin ojo... —Segismundo fijó en Attilio su oscura mirada—. O muerto. He visto muchas heridas como ésta, y he enterrado a más de un amigo por culpa de ellas. Tarda lo suyo, pero bastará algo de mala suerte para que el turco ese aún esté a tiempo de reírse en el infierno.

Advirtiendo la seriedad con que hablaba Segismundo, Attilio se quedó pensativo.

—¿Qué me recomiendas? ¿Tienes alguna planta que lo cure?

Segismundo dio un paso atrás para que el paje le secara la espalda.

—Esto me supera. Necesitas un médico con hierbas que yo no tengo, y que sea experto en heridas. Si pudiera elegir... Hay un hombre de mucho talento, un poco raro aunque con grandes conocimientos; la última vez que oí hablar de él fue en Roma. El maestro Valentino.

¡La señora agoniza!

—Con permiso, señor —intervino uno de los pajes—, el hombre que decís está en Venecia. Mi primo es aprendiz del *signor* Loredan, cuya esposa está siendo atendida por el maestro Valentino.

—El *signor* Loredan se sentirá muy honrado de que el héroe de Venecia le robe al maestro Valentino por unas horas —dijo Segismundo—. Ve a rogarle al señor Darin que le envíe un mensaje urgente.

El paje salió presuroso, al tiempo que Attilio decía:

—Estoy en tus manos.

Su sonrisa, algo forzada, se hizo más efusiva al oír la réplica de Segismundo, que, ladeando la cabeza, dijo:

—Mejor en las mías que en las del sacerdote. ¡Pero no me eches la culpa si te prohíbe el banquete de esta noche! Con ese hombre no hay discusión que valga.

—Yo nunca discuto —repuso Attilio, burlón. Aun así cogió una copa de la mesa contigua al diván y la apuró con gesto desafiante, quizá en previsión de un régimen más estricto.

Ya seco y vestido, Segismundo pasó a manos del barbero, que, algo perplejo por las instrucciones de afeitarse tanto la cara como la cabeza, aceptó no obstante el reto haciendo brillar su larga cuchilla. Una vez la hoja hubo concluido su tarea de precisión, el barbero aplicó más aceites aromáticos a la zona afeitada mientras Segismundo decía, un poco para sus adentros:

—Benno. ¿Dónde está Benno? No puede estar muy lejos.

Aquella facilidad para detectar la proximidad de su sirviente ya había sido observada alguna vez por el propio Benno, y una vez más resultó dar en el clavo.

Poco antes Benno se había encaminado a Ca'Darin. Como es lógico, le había sido imposible acercarse a Attilio en la Piazzetta, pero oyendo a la gente comentar que el capitán general se alojaría en el palacio del señor Vettor se había apresurado a dirigirse hacia ahí, perdiéndose en un laberinto de callejuelas hasta que, al final de una de ellas, vio pasar a dos hombres en una góndola con el escudo de los Darin. Reconoció en uno de esos hombres a Cosmo; el otro lo dejó boquiabierto y sumido en un mar de dudas. Por estatura y porte se trataba de Segismundo, pero... ¡tenía pelo! Viendo aquella oscura pelambreira cubriendo la cabeza y parte de la mandíbula, Benno se quedó tan azorado que sólo logró echar a correr y dar voces una vez la góndola hubo doblado la esquina.

Aquel escudo... ¡Y no estaban encadenados! ¿Los estarían llevando ya a ver a

Attilio en Ca'Darin? Benno corrió por los angostos callejones, rebosante de esperanza, mientras *Biondello* volaba a sus pies o poco menos. ¡Acababa de ver a su señor fuera de la cárcel, y al parecer sano y salvo! El mundo le resultó de pronto mucho más hermoso. Hasta empezaba a encontrarle el gusto a Venecia.

No tardó en descubrir que no era lo mismo llegar a Ca'Darin que entrar en ella. En la puerta trasera, blanco del primer y humilde esfuerzo de Benno, no estaban para perder el tiempo con necios importunos. Todos los pensamientos giraban en torno al glorioso suceso que suponía alojar en el palacio al vencedor de los turcos, y tener que darle de comer en breve. Benno, que llevaba días durmiendo al aire libre y sin señor que velara por su apariencia, ofrecía un aspecto aún más escuálido que de costumbre. El pinche encargado de deshacerse de él resolvió la papeleta tirándole un cuenco de agua sucia a las piernas y estampándole un bofetón en plena oreja.

Abatido, pero también desesperado, Benno acudió a la entrada principal. *Biondello* se sacudió y fue en pos de su amo, escondiéndose detrás de sus pies cuando le oyó pedir al portero que lo dejara entrar para servir a su señor.

El portero ya se había enfrentado a toda clase de gente ansiosa de ver al capitán general. Su cara de pocos amigos dejó entrever que aun cuando relacionara a Benno con Segismundo no pensaba dejar que la entrada se ensuciara por culpa de alguien a quien sin duda el *maestro da casa* habría ordenado expulsar sin contemplaciones. Si se daba el caso (inimaginable) de que el señor de Benno quisiera tenerlo a su lado, bastaba con que lo mandase llamar. Entretanto, aquella cosa tenía que permanecer fuera.

Y sucedió así que el maestro Valentino, llevado al suntuoso desembarcadero en una góndola de los Darin, vio al pie de la escalinata de mármol un desconsolado bulto que se ponía en pie y se abalanzaba sobre él. El médico prestó atención a lo que estaba viendo. El obtuso alborozo de la desharrapada criatura que procuraba ayudarlo a desembarcar, sumado a aquel perro minúsculo y con sólo una oreja que brincaba sin cesar de un lado a otro, hicieron que su memoria se activara.

—¿Te envía el maestro Segismundo? Llévame junto a él.

El primero en llegar junto a Segismundo fue *Biondello*, confuso amasijo de pelos y enloquecidos movimientos de cola que saltó a su encuentro entre extasiados gemidos. Apareció tras él el rostro cínico y moreno del maestro Valentino, ligeramente sonriente; Segismundo le agradeció la amabilidad de haber acudido con tanta presteza, y le presentó a su nuevo paciente, el capitán general. Mientras Attilio se daba la vuelta en el diván y dejaba al descubierto la cadera con vistas a su examen, Segismundo asió a Benno de un hombro, lo bastante fuerte para justificar las lágrimas que asomaban ya a los ojos del sirviente. Ni uno ni otro hablaron, aunque el silencioso mensaje fue el mismo en ambos casos: «¡Vivo!».

El maestro Valentino posó su diestra y larga mano sobre la herida.

—Habéis hecho bien en avisarme, señor. La herida está ardiendo. En su casa actual Marte no obra en vuestro beneficio. El veneno ha producido estos efectos, que

debemos atajar antes de que sea tarde. —La adusta mirada del maestro Valentino parecía insinuar que dilaciones como aquélla acababan en el ataúd. Hizo chasquear los dedos, indicando a su ayudante que abriera la valija de medicamentos. Examinó los frascos, cada uno en su correspondiente compartimento de madera—. Yo optaría por *pimpinella saxifragis* en infusión fría para beber, tanto como cordial como para inducir sudores purgativos. Después, señor, un vulnerario y un unguento que os haré preparar de inmediato, ahora que la luna está en Virgo, húmeda y estéril; así reduciremos el calor de la herida y neutralizaremos sus efectos nocivos. Quizá salvemos la pierna —dijo secamente—, pero debéis absteneros de ejercicios violentos en las próximas horas, y dejar la lucha por un tiempo; cosa que por lo que he oído alegrará a los turcos.

Una espléndida sonrisa se abrió en la poblada barba de Attilio. De pronto se oyó gran bullicio en la antecámara y todas las cabezas se volvieron hacia ella. La puerta se abrió de golpe. Un criado de faz congestionada y ojos febriles entró a toda prisa y, asiendo la manga del maestro Valentino, estuvo a punto de hacerle soltar el frasco de vidrio que sostenía en una mano.

—¡Gracias a Dios que estáis aquí, señor! ¡Venid, venid cuanto antes! ¡La señora agoniza!

Más veneno

El índice alzado del maestro Valentino conminó a Attilio a permanecer en el diván; en cambio nadie impidió a Segismundo, y a Benno con él, ir en pos del médico, que, envuelto en un remolino de faldones de terciopelo color canela, se apresuraba a seguir los pasos del criado. ¿La señora?, se preguntó Benno, resuelto a no quitar nunca más el ojo de encima a Segismundo. Esperó que no se refirieran a donna Claudia. Su muerte habría sido una verdadera lástima; ésa sí que era toda una dama, nada que ver con el tortuoso Vettor. Confió igualmente en que no se tratara de la preciosa Beatrice, a la que había vislumbrado en cierta ocasión mientras entraba en Ca'Darin junto a su abuela. ¿Qué demonios había sucedido?

Tanto donna Claudia como la señorita Beatrice se hallaban presentes en la habitación, la primera de rodillas junto a una joven desmayada, y la segunda refrescando el rostro de la misma mediante un cuenco de agua que sujetaba una doncella. Oyendo llegar al maestro Valentino, Beatrice alzó la vista; la gorra calada de terciopelo y piel indicaba a las claras la profesión del recién llegado, por lo que la joven no tardó un segundo en cederle el puesto.

Benno no había visto en su vida a la joven tendida en el suelo, y no supo que tenía delante a Isabella Ermolin, cuyas hazañas le eran tan familiares; demasiado para su gusto, según había pensado durante la noche pasada en la habitación de Zenobia.

—¿Qué ha ocurrido?

El maestro Valentino se arrodilló frente a donna Claudia y tocó el cuello de Isabella para tomarle el pulso. Después le levantó la cabeza suavemente. Asomado tras el brazo de Segismundo, Benno vio que la negra melena goteaba sangre sobre la frente y el suelo. Donna Claudia se retorció las manos, angustiada hasta el punto de olvidar su dignidad.

—Se ha caído. Admito haber sido torpe... —Apartó la mirada, evitando los inquisidores ojos del médico—. Iba a coger la copa que me ofrecía y de repente tropecé. Creo que le di un empujón.

—Su cabeza se golpeó con esto.

Segismundo estaba de cuclillas, con la mano sobre el borde de un arcón; en efecto, había una mancha sobre la guirnalda de querubines tallada en la madera. El maestro Valentino auscultó el pecho de Isabella, tocándole el mentón con la gorra en una extraña parodia amorosa. Beatrice lo observaba todo estrechándose el cuello con las manos, como si ahogara las palabras que pugnaban por salir. Benno, presencia casi imperceptible tras la doncella del cuenco de agua, pensó que Isabella era

tremendamente hermosa; al mismo tiempo se preguntó por qué donna Claudia le estaría dando la impresión de mentir.

—Llevala a la cama.

El maestro Valentino sujetó la cabeza de la joven, mientras Segismundo, ayudado por donna Claudia, envolvía las piernas de Isabella con la falda y la levantaba del suelo. La cama tenía un dosel de seda verdemar apuntalado sobre finas columnillas doradas, y cortinas de seda recogidas con cuerdas también doradas. Dos doncellas retiraron la colcha a juego con el dosel y Segismundo depositó a Isabella. Donna Claudia acudió junto a los cojines bordados, sin dejar de apretar las manos con nerviosismo.

—¿Morirá? ¿La he matado?

Eso es llevar un poco lejos la responsabilidad de una caída, pensó Benno. ¡Como si la hubiera empujado a propósito! A sus espaldas una doncella estaba limpiando el suelo. Otra, que había entrado a toda prisa en la sala, ayudaba a donna Claudia a desnudar a la joven. Reconociendo a Chiara en la segunda, Benno supo por fin quién era la mujer a la que habían metido en cama. Sin duda Isabella había venido a visitar a su hijastra.

Todo se aclaraba. Benno recordaba muy bien su última estancia en aquella casa, la noche en que Segismundo se había enfrentado con Dion y los leones. Donna Claudia se había mostrado sumamente recelosa de Isabella, convencida de que había envenenado a Marco y de que estaba acechando la ocasión de hacer lo mismo con Beatrice, queriendo con ello convertirse en única heredera de la fortuna de los Ermolin.

¿No estaba también embarazada?

Corridas alrededor del lecho las cortinas verdemar, Segismundo se retiró, dejando que el maestro Valentino prosiguiera su examen. Conversó en voz baja con donna Claudia. Ahora Benno sabía con certeza qué había ocurrido.

Días atrás donna Claudia había dicho a Segismundo que pensaba comunicar sus temores a su nieta, haciéndole jurar que no diría nada. Pretendía así evitar que acudiera con toda inocencia al palacio Ermolin, arriesgándose a seguir el mismo destino que su hermano; sólo hacía falta tener a mano a alguien más, un cabeza de turco como lo había sido el pobre Cosmo cuando la muerte de Marco. Evidentemente donna Claudia no había sido capaz de evitar que la señora Isabella viniera a visitarlos. Así las cosas, donna Claudia había entrado en la habitación, procedente quizá de la cocina, donde se preparaba a toda prisa un banquete para el capitán general; su aparición había sorprendido a la señora Isabella en el acto de ofrecer una copa a Beatrice, una copa en la que podía haber vertido alguna sustancia mortífera.

La exactitud de las conclusiones de Benno fue refrendada por los acontecimientos que siguieron.

—¿Deseáis examinar esto también?

Segismundo tenía en sus manos un objeto de oro, parecido a un pomo de aromas.

Colgaba de una cadena sujeta a un cinturón de cuerda de oro trenzada, prenda que Chiara había depositado sobre el arcón junto a la diadema de perlas y el velo dorado de Isabella. Segismundo abrió el pequeño receptáculo y olió su contenido. Lo tocó, se llevó el dedo a la lengua, corrió a la ventana y escupió. Seguidamente tomó un poco del agua que acababa de traer la doncella y, hechas unas gárgaras, volvió a escupir.

Benno se daba cuenta de que no era el extraño comportamiento de su señor la causa de que donna Claudia mirara fijamente el pomo y lo arrebatara de manos de Segismundo.

—No lo vertáis, señora.

—Entonces es cierto. ¡Veneno!

¡Llebadme a casa!

El maestro Valentino se incorporó y dio fin a sus atenciones a Isabella, que empezaba a gemir y revolverse débilmente en el lecho. El médico cruzó la sala con expresión de curiosidad. Era un caso ideal para un hombre como él, interesado en cuanto se saliera de lo habitual. Llegado junto a la ventana, cogió el pomo que sostenía donna Claudia e imitó con exactitud los gestos de Segismundo, incluidas las dos expectoraciones por la ventana. Esta vez el agua fue ofrecida automáticamente por Chiara, fascinada con el descubrimiento de que su señora había estado llevando veneno encima.

No hubo discusiones acerca de la naturaleza de dicho veneno.

—Acónito, no cabe duda. —Segismundo asintió y el maestro Valentino se volvió hacia Chiara como si la viera por primera vez—. ¿Eres su doncella? —Señaló la cama con la cabeza—. Dime, ¿a tu señora le duelen las articulaciones? ¿Suele preparar un unguento con esto para que le hagas masajes?

Chiara puso ojos como platos.

—En absoluto, señor. Mi señora es una persona muy activa. Ya habéis visto lo joven que es. Los que sufrían de reuma eran sus padres. Venecia produce achaques cuando uno se hace viejo, señor; el agua se va metiendo en el cuerpo. Sé que mi señora solía aplicar un bálsamo a su difunta madre, aunque no sabría deciros en qué consistía. Recuerdo muy bien cómo se lo hacía hacer mi antigua señora.

—¿Viste morir a sus padres? —intervino la profunda voz de Segismundo—. Intoxicación de marisco, dicen.

—¡Oh, sí, señor! Sufrieron de forma horrible. Suerte que mi señora no comió de eso. También murió su aya.

—¿Y qué síntomas produce el envenenamiento con esta sustancia?

Segismundo se volvió hacia el médico dando golpecitos al pomo.

—Ardor, cosquilleo, languidez... —El maestro Valentino se tocó los labios, como si temiera que quedaran restos de veneno—. Seguidos por violentos vómitos. Los músculos se niegan a responder, y luego el corazón. Por desgracia no se pierde la lucidez hasta el último momento. Yo mismo he visto esos efectos. Es una de las hierbas más letales. ¿Para qué la querrá esa joven?

La pregunta no llegó a ser contestada. Donna Claudia abrió la boca disponiéndose a intervenir; Isabella levantó una mano para palparse la herida de la frente; una doncella abrió la puerta de par en par y, haciendo una reverencia, dejó entrar a Vettor Darin, seguido por Rinaldo Ermolin.

—¿Qué ha pasado aquí?

Los ojillos redondos de Vettor echaron un rápido vistazo a la habitación: el médico con toga y gorra, hombre cuyo porte y expresión denotaban experiencia y autoridad, y que por consiguiente merecía una inclinación de cabeza; su esposa, de pie junto a la ventana; aquel hombre a quien habría preferido no volver a ver, y que parecía salir de la cárcel como de unas vacaciones; su nieta; varias doncellas a las que prestaba la misma atención que a los muebles; y por fin la persona que buscaba, casi oculta por las cortinas de la cama: Isabella Ermolin.

Rinaldo ya estaba junto a ella, tomándola de la mano.

—¿Estás bien? ¿No has perdido al niño?

—La señora no padece más que una ligera conmoción y contusiones en las costillas. No he efectuado un examen más íntimo, pero colijo que el niño debe de estar sano y salvo. —Valentino se había colocado enfrente de Rinaldo y, apoderándose de la otra mano de Isabella, tomaba el pulso de su paciente—. Aun así sugiero que se le proporcione todo el descanso que necesita. Sólo rodeándola de la más absoluta tranquilidad podremos garantizar que la caída no tenga consecuencias.

Las sugerencias del maestro Valentino solían tener valor de ley, pero esta vez toparon con una voz discordante.

—Llevadme a casa.

Era la voz de Isabella, dirigiéndose a su cuñado con una fragilidad desconocida.

—Ya has oído al médico, querida. La prudencia...

—¡Llevadme a casa! —Isabella se incorporó con esfuerzo; su negra cabellera cayó sobre el camisón y sus enormes ojos claros se clavaron en Segismundo, en cuyas manos estaba el pomo letal—. ¡No puedo quedarme aquí! Si me quedo moriré.

Se atribuyera a histeria, fiebre o delirio, lo cierto es que la paciente se había zafado del maestro Valentino y, luchando por bajar de la cama y ponerse de pie sobre el estrado, se arrastraba en brazos de Rinaldo. Benno, que, apoyado contra un tapiz, procuraba alejarse todo lo posible de las miradas de los presentes, pensó que de haber tenido Isabella un estilete tan a mano como el veneno su señor habría tenido que andarse con tiento. Siempre podía alegar que acababa de darse un coscorrón en la cabeza y no se daba cuenta de lo que hacía.

En esos momentos no cabían dudas sobre sus intenciones: se estaba marchando. Rinaldo, con Isabella a cuestas, quiso saber la opinión del maestro Valentino.

—Tanta agitación no es buena para la señora, pero todo se arreglará con un sedante.

Quizá quisiera decir que estaría lo bastante aturdida para mostrarse indiferente a cuanto ocurriera alrededor de ella; de todos modos, en el momento mismo en que Valentino hacía señas al chico de la valija de medicamentos —que apenas había tenido tiempo de averiguar adónde había ido su señor—, Rinaldo, que seguía sosteniendo a Isabella, vio a Segismundo; y su reacción no se caracterizó precisamente por la indiferencia.

—¿Qué hace aquí este granuja? ¿Por qué no está en la cárcel?

Hay cierta dificultad en adoptar un aire amenazador cuando se tiene colgando del cuello a una chica en enaguas, pero Rinaldo lo consiguió.

Otro que la emprendería a cuchillazos con mi señor, pensó Benno. Segismundo contestó con una exasperante sonrisa, acompañada por una reverencia. Vettor acudió junto a Rinaldo y se apresuró a susurrarle algo al oído; la expresión del segundo pasó de la rabia a la frustración. Para un aspirante a dux, y para los parientes que pretenden aprovecharse de ello, es poco aconsejable contrariar los caprichos de un capitán general victorioso, un hombre que no sólo goza del apoyo popular, sino de voto, y de incalculables influencias sobre el voto ajeno.

—¡Llebadme a casa!

Isabella hizo caer la pócima de manos de Valentino. Más trabajo para las criadas, pensó Benno. Donna Claudia ya había hecho salir de la sala a todas menos a Chiara.

Vettor consultó a Rinaldo con la mirada antes de volverse hacia el maestro Valentino.

—Creo que la señora Isabella debería ser acompañada hasta su casa. Si sigue tan inquieta como ahora será difícil que mejore. En su casa podrá descansar a sus anchas y ser atendida por su propio médico.

—Sin duda estáis en lo cierto, señor. Será lo mejor, tanto para la señora como para el hijo que lleva en su seno.

Recordando quizá la importancia del heredero del nombre y la fortuna de los Ermolin —heredero que, debido a la pertinacia de su cuñada, sentía muy próximo a sus costillas—, Rinaldo se hizo cargo de la situación. Una seca indicación bastó para que Chiara se apresurara a adelantarse con el vestido de Isabella, que fue colocado a su dueña con dificultad, contribuyendo a ello la mano inexperta de Rinaldo; las otras damas se mantuvieron al margen, incapaces de lograr que Isabella se desprendiera de Rinaldo por más de un segundo.

—Mi cinturón. ¡Mi cinturón!

Chiara se acercó a la ventana para recoger del arcón el cinturón y la diadema. Esperó después a que Segismundo le diera el pomo, única prueba que apuntaba a que el asesinato de Marco no era obra de Cosmo sino de Isabella.

—Dádmelo a mí.

Donna Claudia arrebató —no habría podido decirse con más suavidad— el pomo a Segismundo.

Isabella ahogó un chillido. Vettor intervino, movido por el asombro.

—Querida, si es suyo tiene derecho a que se lo den.

Ya estamos, pensó Benno, deseando fundirse con la pared. Donna Claudia acusará a la chica de haber envenenado a su nieto, ese viejo asqueroso se negará a creerlo, el otro asqueroso sospechará que mi señor está detrás de todo, se armará la de Dios es Cristo y otra vez nos tocará pechar con todo.

—Disculpad, señora, pero ya ha cumplido su cometido, y puede volver a manos de su propietaria.

Esbozando una reverencia, Segismundo se apoderó del pomo con gran habilidad, aprovechando que donna Claudia lo exponía a la atención de su esposo. Se lo dio a Chiara, suscitando las iras de donna Claudia.

—¡Cómo os atrevéis! ¡No os corresponde a vos decidir! ¡Beatrice no estará a salvo mientras ese demonio de mujer tenga el veneno!

Lo que decía, pensó Benno. De ésta salimos a capazos.

Sé que te perdonará

Tal vez Vettor Darin aún no fuera dux, pero demostró ser todo un diplomático. Menudo e imperioso, se acercó a su imponente esposa y la sujetó por el brazo.

—¡Querida, querida! ¡No te reconozco! Esas sospechas son hijas del dolor, y no debes dejarte vencer por ellas.

Se volvió hacia Rinaldo, todavía en manos de la enloquecida Isabella, que los miraba con ojos muy abiertos y, ciertamente, daba la impresión de estar lo bastante loca para haber hecho cualquier cosa. Lo más curioso era la cara de sorpresa de Rinaldo. Por lo visto las aprensiones de donna Claudia lo cogían desprevenido.

Vettor se expresó de forma suave y racional.

—Debéis asegurarnos de que Isabella se meta en cama cuanto antes. Los criados colocarán un colchón en mi góndola; que reme Lelo, que es el menos brusco. Y tú, querida —¿llegó a ser algo violenta la presión ejercida sobre el brazo de su esposa?—, descansa también. Todo esto te ha sentado muy mal. Estoy seguro de que el médico aquí presente te preparará un sedante, y así esta noche podrás cumplir como anfitriona de nuestro noble invitado. He invitado a algunos miembros de la Señoría...

Como no calle con eso..., pensó Benno. Y en efecto, donna Claudia no abrió más la boca, aunque su expresión dio a entender que aún tenía muchas cosas que decir a su esposo, y que se las diría a solas en cuanto tuviera ocasión. Se volvió hacia el maestro Valentino y negó con la cabeza, rechazando de antemano cualquier pócima que pudiera ofrecer; después salió con paso rápido y majestuoso, haciendo señas a Beatrice de que la acompañara. Chiara apenas tuvo tiempo de abrirles la puerta.

Vettor fue tras ellas, asegurando que daría instrucciones para la góndola. Con la ayuda de Chiara, Rinaldo se dispuso a llevarse a Isabella. Al pasar junto a Segismundo cifró todas sus amenazas en una simple mirada, sin necesidad de palabras; aquel hombre sabía demasiados secretos sobre su familia, antes incluso de presenciar la escena recién concluida. Ya podía haber escapado de la tortura y el estrangulamiento en los calabozos de palacio, ya podía gozar del favor del ídolo del momento, que la suerte daba muchas vueltas, y llegaría el día en que... Todo eso prometía la mirada de Rinaldo.

El maestro Valentino, en nada ofendido por el hecho de haber visto rechazadas sus pócimas por partida doble, se dedicaba con calma a devolver los frascos a los compartimentos de la caja que había abierto encima de la cama, mientras una doncella limpiaba la dosis derramada por Isabella y el mozo recogía la pequeña copa de plata que la había contenido. El médico se acercó a la ventana y limpió

metódicamente la copa con el vino del arcón, antes de dirigirse a Segismundo.

—Tenemos que hablar un día de estos, y pronto. —Su expresión sardónica no permitía dudar de lo mucho que había disfrutado de la escena; no le hacía falta esperar a recibir los honorarios para considerarse bien pagado—. Sin embargo debo volver junto al paciente del que me habéis apartado. Si sigue mis consejos se encontrará de maravilla. Y vos, ¿adónde pensáis ir? Me he dado cuenta de que no sois bien recibido en esta casa.

Una mirada de Segismundo había hecho que Benno se acercara.

—Regresaremos al lugar donde nos hospedamos, junto al joven al que habéis visto acompañar al capitán general. ¿Tendríais la amabilidad de examinarle las manos? Confío haber evitado las secuelas más graves de la tortura, pero os agradecería que me dieseis vuestra opinión.

Estas palabras de Segismundo despertaron el interés profesional del médico. Tras interrumpir a Attilio y Cosmo en plena discusión sobre cómo expulsar a los turcos de las aguas del mar, el maestro Valentino examinó atentamente las manos de Cosmo y concluyó que estaban en proceso de recuperación; no había huesos rotos, y la inflamación no podía durar mucho. Informado de que Cosmo era gondolero le preparó un unguento, acompañándolo con el siguiente consejo:

—No os atreváis a volver a remar antes de haber recobrado la agilidad de vuestras manos; es más, nada de peleas ni de mujeres. —Rechazó el dinero que le ofrecía Segismundo—. No, no, ha sido un placer. Después de tantos días de campamento no hay cosa mejor que volver a las diversiones de la ciudad, y atender a pacientes que sufran de algo más que de aburrimiento. Si algo lamento, caballeros, es ver que quienes pueden permitirse mis servicios suelen ser quienes menos los necesitan. Ya me pagaréis cualquier noche de éstas explicándome qué había detrás del veneno oculto en el cinturón de la joven.

—Y vos, maestro Valentino —dijo Segismundo, sujetando al mismo tiempo a Cosmo por un hombro—, os haríais acreedor a todos nuestros favores si, llegado el caso, accedierais a dar fe del veneno en cuestión.

Valentino hizo una reverencia, dando a entender con un gesto que su intensa curiosidad sería refrenada por la paciencia y la discreción, y que esperaría lo necesario.

Lo dejaron aplicando emplastos a Attilio, que, antes de que salieran, dijo entre muecas de dolor:

—¡Segismundo, cuando hice que te liberaran no esperaba acabar lleno de vendas y sanguijuelas! ¡Acuérdate de que me debes una! Te quiero a mi lado cuando Venecia tenga un dux para rendirme los honores. No lo olvides.

—¿Cómo llevar la contraria a un héroe? —replicó Segismundo antes de dar un empujón a Cosmo y descender por la majestuosa escalera de Ca'Darin, flanqueado por un Benno tan desdibujado como de costumbre. En el salón de abajo reinaba la confusión, un ir y venir de criados y, a través del portón todavía abierto, la luminosa

visión del desembarcadero a pleno sol, ocupado por un grupo de personas que despedía a la góndola y a su pasajera, Isabella, tendida sobre un colchón de seda bajo el dosel adornado con borlas. Vettor subió por la escalinata y coincidió en la entrada con Segismundo y Cosmo. Se quedó mirando al gondolero, petrificado, como si se negara a dar crédito a lo que veía.

—Os ruego nos perdonéis, señor, si nos despedimos con algo de prisa. Sé que deseáis disculparos con este joven por haber puesto en duda su inocencia, pero es un hombre modesto —Segismundo le dirigió la mejor de sus sonrisas—, comprensivo; estoy seguro de que sabrá perdonaros, poniendo en práctica la caridad cristiana.

Vettor, boquiabierto, sólo fue capaz de volverse como un autómatas para verlos salir. Pasando a su lado a toda prisa, Benno pensó que el hecho de que no fueran directos a la cárcel decía mucho sobre el modo en que Vettor había reaccionado a los incidentes de la habitación de Beatrice. Que hubiera hecho callar a su esposa no significaba que él mismo renunciase a usar la cabeza. Quizá en esos momentos ya no viera en Cosmo al culpable de la muerte de su nieto, sino a un chivo expiatorio. Benno supuso que en el fondo Isabella no debía de ser santo de su devoción; se había mostrado dispuesto a hacer pública la carta de Pasquale robada por Segismundo a instancias suyas, aun a riesgo de arruinar la reputación de la joven. Y así habría ocurrido de no ser por la idea de Segismundo: fingir que la había puesto en manos de Rinaldo por propia iniciativa.

Salieron a la luz del día y cogieron un bote.

Ahora podían ir abiertamente a casa de Miriam da Silva, sin necesidad de esconderse ni temer el ataque de un asesino oculto. No obstante, oyendo doblar campanas al final del canal por el que navegaban, Benno recordó el convento donde habían dejado a Dion, y tuvo la desagradable sensación de que volverían a verse las caras.

Benno echa una mano

Miriam da Silva abrazó a Segismundo entre sollozos.

—Hice todo lo que pude, Cristóbal. Amenacé con exigir el pago de deudas por toda la ciudad si no te liberaban. Pero descubrí que tus enemigos eran los Darin y los Ermolin, y a éstos no les hace falta pedirme préstamos. —Se enjugó las lágrimas de sus mejillas carnosas y miró a Segismundo con ojillos negros y chispeantes—. Estaba segura de no volverte a ver con vida. He rezado por ti, Cristóbal; que hayas venido demuestra que nuestro Dios es el mismo, diga lo que diga tu iglesia. —Posó su cabeza en el pecho de Segismundo, por debajo del esternón, que era lo más cerca que podía llegar de sus hombros; después dio un paso atrás y miró a Cosmo de arriba abajo—. ¿También tu amigo ha tenido problemas? Sus ropas tienen el mismo aspecto que las tuyas, y las tuyas huelen a cárcel.

—Ha tenido más problemas que yo. Mmm... y no estoy seguro de que haya dejado de tenerlos. En fin, creo que de momento no tenemos necesidad de refugio; quizá al fin y al cabo la mejor solución sea salir de Venecia. ¿Qué hay de nuevo por aquí?

Miriam se sentó y ofreció con un ademán los bancos contiguos a la ventana, cubiertos de cojines. Hizo señas a su doncella de que acercara la bandeja cargada de reluciente cristal y plata. Los cuatro contemplaron la plaza, llena de niños jugando bajo los árboles. Miriam miró a Segismundo con afecto.

—Nada, Cristóbal; sólo lo que acabo de decirte. El dux Scolar ha dimitido. ¡Pobre hombre! Su hijo, ese botarate, va a ser traído de vuelta a la ciudad; quieren castigarlo por pedir ayuda al sultán. La Señoría anda como loca eligiendo al nuevo dux (aunque toda la ciudad sospecha adonde irán los votos). Se está gastando dinero a espuestas a fin de que salga elegido Vettor Darin. ¡Y en eso estaba yo, dispuesta a negar mi contribución hasta que me dejaran volverte a ver! —Se inclinó hacia Segismundo para tocarle la rodilla—. Y ahora cuéntame lo de la cárcel. Seguro que has averiguado alguna cosa.

Él, sonriente, levantó la copa a su salud.

—Para empezar te diré que si he estado en la cárcel ha sido por averiguar cosas. Aunque sí, he descubierto algo gracias a Cosmo, aquí presente; algo que quizá consuele un poco al señor Scolar, si es que hay manera de consolarle. Pasquale es un insensato, y ya se ve adonde lo ha llevado su poca cabeza; sin embargo cabe la posibilidad de que se cumplan las esperanzas de su padre, y que resulte ser inocente del asesinato de Niccolò Ermolin, aunque no de desear su muerte.

Los negros ojillos se abrieron con interés.

—¿Sabes quién fue el verdadero asesino?

—Mmm... Me limito a calibrar posibilidades, Miriam. El cadáver de Niccolò Ermolin fue hallado en una habitación cerrada con llave, y quizá esa llave obrara en poder de su esposa.

—Mi madre guardaba un manojito de llaves viejas dentro de su habitación de trabajo —intervino Cosmo—. De pequeños Marco y yo lo robamos y probamos todas las cerraduras de la casa. Cualquiera podría haber hecho lo mismo.

—Entonces cualquier ocupante del palacio Ermolin pudo haber asesinado a su dueño. —Miriam puso los ojos en blanco—. ¿Tienes algún indicio de cuál pueda ser la solución?

—Según mi madre, la señora Isabella se peleó con su esposo esa misma mañana...

—Y dice su doncella que la tal Isabella le mandó lavar una manga llena de sangre, según ella de haber sostenido a su esposo después del asesinato, pero también podría ser de haberle clavado un cuchillo, ¿no?

Benno, que de pie junto a su señor masticaba con dificultad un dulce recibido de manos de él, se sintió orgulloso de su contribución, más aún cuando Segismundo se había vuelto en su asiento y lo miraba con aire satisfecho.

Miriam parecía tener sus dudas.

—No estarás pensando en acusarla, ¿verdad? El señor Rinaldo no tardaría ni un segundo en quitarte de en medio, y sabes tan bien como yo que en esta ciudad hay asesinos de sobra.

Benno pensó en Dion, y esperó que a esas alturas las monjas le hubieran dado cristiana sepultura. Segismundo asintió con la cabeza, mostrándose de acuerdo con Miriam.

—El señor Rinaldo ya opina que estoy mejor muerto que vivo; pero sí, tienes razón. No hizo que me estrangularan en el calabozo, opción que sin duda prefería a cualquier otra; pero si acuso a la mujer que lleva en su seno al heredero de la fortuna Ermolin, a la que ha dedicado toda su vida, desapareceré antes de que tengan tiempo de pedirme las pruebas.

Miriam, meditabunda, siguió con el índice el estampado de damasco de su vestido.

—¿No podrías poner la acusación por escrito y dejarla en la boca del león?

Benno sabía a qué se refería. Al llegar a la ciudad Segismundo le había mostrado uno de los omnipresentes leones de piedra; su estatura permitía acariciarle la cabeza, suponiendo que a alguien le interesara tomarse esa libertad, y tenía la boca abierta. Estando ellos delante un transeúnte le había metido un papel por la boca, y Segismundo había comentado que de ese modo se podía acusar a alguien ante los Diez. La cosa presentaba ciertos inconvenientes, como el hecho de que los papeles sin firma no llegasen a destino o que la falta de pruebas se castigara con multas muy

severas. Los venecianos eran gente justa.

—No serviría de nada, Miriam. Rinaldo sería de los primeros en ver la acusación, y si Vettor es elegido dux, eso haría de mí hombre muerto. Ni el capitán general y el cardenal Pantera juntos podrían salvarme. Hay riesgos que sería absurdo correr. Si es cierto que Isabella Ermolin mató a su esposo no seré yo quien la acuse en público; de todos modos, creo que Vettor empieza a sospechar que envenenó a su nieto.

—Fue ella quien me acusó —dijo Cosmo.

—¿Que ella envenenó a ese pobre joven? ¿Qué le había hecho?

—Nada, ser quien era. Tras la muerte de Rinaldo Marco habría heredado todo el patrimonio de los Ermolin, incluso si Isabella tenía un niño. Ahora su hijo sólo tendrá que compartir la herencia con Beatrice, siempre y cuando ésta sobreviva hasta ese día.

—¡Según tú esa joven es capaz de todo!

—Y además tiene un amante, y puede que también lo haya matado.

Una vez más, Benno atrajo todas las miradas.

Ruidos nocturnos

—¿Un amante? —repitió Miriam, escandalizada—. ¿Encima un amante? ¿Qué te hace decir eso?

Un tirón de mangas obligó a Benno a colocarse frente a los asistentes. *Biondello* asomó por el jubón su inteligente mirada, como si quisiera corroborar lo dicho.

—Ese señor Brunelli me llevó al palacio Ermolin para retratarme en la pintura de una pared; entonces nos interrumpieron, se puso como una fiera y salió corriendo. —Segismundo, acostumbrado a aquella escena, sonrió—. Yo me quedé hablando con la doncella de la señora Isabella, la que estaba con ella antes, cuando se ha caído. Entonces me dijo que podía quedarme a dormir en la habitación del ama de llaves — se volvió hacia Cosmo—, la de tu madre, en una cama metida dentro de un armario donde pasaba la noche de vez en cuando. Entonces oí un silbido que venía del canal, me desperté, y bajó una mujer con faldas de seda y una linterna...

—¿Viste todo eso que dices? —preguntó Segismundo, inmóvil y atento.

—Me asomé a una rendija. —Benno repitió el gesto simulando una abertura entre sus manos, mientras *Biondello* levantaba el hocico para ver qué estaba haciendo—. Como la mujer esa tenía la linterna en la otra mano estaba más bien oscuro. Entonces abrió la puerta que da al desembarcadero y fue a reunirse con el que había silbado...

—¡Su amante! —Miriam estaba disfrutando—. ¿Lo viste?

—¡No, no, señora! En todo ese tiempo no salí del armario. ¿Y si me reventaba un ojo? Sólo veía una parte de la habitación. —Sus manos delimitaron un ángulo—. Entonces se oyó un ruido como de algo cayendo al agua, y después una serie de jadeos y gruñidos... —Hizo una pausa, consciente de la interpretación erótica que había dado a aquellos ruidos en el momento de oírlos, y consciente también del agudo interés con que Miriam escuchaba sus palabras—. Luego otro chapuzón diferente al de antes. Entonces entró, cerró con llave y salió de la habitación. —Suspiró de alivio al recordarlo—. Se habría cansado de él, digo yo, y debió de tirarlo al canal.

—Dos chapuzones —dijo Segismundo, pensativo—. ¿En qué se diferenciaba el segundo?

—Sonaba a hueco, como algo plano chocando con la superficie el agua.

—Los jadeos debían de provenir de algún esfuerzo. Quizá el bote en que había venido el hombre fuera volcado para fingir un accidente. La marea no habría tardado en llevarse.

—Pero ¿y si lo mató de una puñalada?

—Mmm... Ya has oído a la *signora* da Silva: esta ciudad está llena de asesinos a

sueldo, y a nadie se le ocurriría culpar a la señora Isabella. —Tras un breve silencio, Segismundo se volvió hacia Cosmo—. Una vez tú y tú madre oísteis un silbido; en esa ocasión quien bajó fue tu padre, y dejó entrar al hombre que esperaba en el desembarcadero. Eso no tenía nada que ver con una cita de amantes.

Cosmo estaba desconcertado.

—¿Y creéis que lo de ahora es distinto? ¿Que fue al encuentro de ese hombre por otros motivos? Nunca averiguamos quién había venido a ver a mi padre. Ya os lo dije, sus secretos no los sabía nadie, ni siquiera su hermano.

—Quizá ahora sí los sepa —dijo enigmáticamente Segismundo—. También sabe que su cuñada lleva veneno en el cinturón. Dentro de una familia no hay secreto que dure siempre —aunque los Ermolin nunca llegaron a sospechar que alguien durmiera en la habitación del ama de llaves.

No había más remedio que explicárselo a Miriam. Durante el relato Benno volvió a colocarse a un lado, sintiéndose más cómodo. Tanto hablar de asesinos le había refrescado la memoria, y volvía a sentirse inquieto por Dion. Siempre podían mantenerse al margen de la familia Ermolin; en cuanto a Brunelli, que se buscara a otro para el fresco. Pero ¿y si se daba el milagro de que Dion mejorase de pronto? Segismundo estaría expuesto en todo momento a sufrir un ataque, y el hecho de que hasta entonces hubiera tenido suerte no garantizaba que siguiese teniéndola...

También Segismundo debía de estar pensando en Dion, pues no tardó en despedirse de Miriam y salir con Benno de la sala, dejando que Cosmo siguiera contando anécdotas de su vida como gondolero y que ella siguiera escuchándolas con fruición manifiesta. Volvieron a ponerse en marcha, no sin antes bajar a su refugio para cambiarse de ropa. Como de costumbre, Benno no preguntó adónde se dirigían, pero, advirtiéndolo que parecían aproximarse a Ca'Darin, empezó a ponerse nervioso. Nada le apetecía menos que volver a tener cerca a aquel anciano tan poco de fiar, por mucho que gozaran de la protección del capitán general.

Comprobó con alivio que dejaban atrás la embocadura que llevaba a Ca'Darin, mas no tardó en darse cuenta de que el camino que recorrían era el mismo por el que cierta noche de luna habían transportado al ensangrentado Dion. Benno casi esperaba ver rastros de sangre por el suelo, pero ya estaban borrados, si es que habían estado ahí alguna vez. Segismundo se dirigía al convento donde habían dejado al asesino.

¿Seguiría ahí? Benno temía lo contrario, pero fueron informados de que sí; también de que la hermana enfermera no estaba nada satisfecha de su estado, tanto físico como espiritual. Segismundo dijo lamentarlo, y parecía sincero.

—¿Podríamos verlo, hermana? Quizá nuestra visita lo anime un poco. No tiene familia.

Y os lo debe a vos, pensó Benno, por haber librado al mundo de su hermano Pirro. Fuera como fuese, sus palabras conmovieron a la hermana portera, que se encargó de hacer las gestiones necesarias. De resultas de ello la propia hermana enfermera fue a recibirlos, acompañándolos seguidamente a ver a Dion. Les explicó

que su delirio despertaba y desasosegaba a los demás pacientes, razón por la que había sido trasladado a una pequeña habitación donde era más fácil vigilarlo.

—La fiebre hace que intente levantarse. Más de una vez hemos tenido que atarlo para que no se escape y se haga daño. —Había inquietud en el pálido rostro de la hermana enfermera, enmarcado por la toca—. Cree que tiene una misión que cumplir, y nos recrimina que se lo impidamos.

Nos recrimina, pensó Benno. No era Dion hombre tan fino como para recriminar a nadie. ¡Pobres monjas! Y esa misión que estaba tan decidido a cumplir no podía ser más que matar a Segismundo.

—Cuando le quitamos la ropa se angustió tanto que tuvimos que dejársela a la vista; claro que limpia y remendada.

—¿Y sus heridas?

Al llegar delante de una puerta la hermana se santiguó y tocó el crucifijo que llevaba colgado del cuello.

—Rezamos por él, señor, pero temo que haya infección; de otro modo no desvariaría tanto. Hace dos días creímos que las heridas estaban cicatrizando, pero se quitó las vendas mientras dormía y vuelve a tener fiebre. No sé si os reconocerá.

Dios no lo quiera, pensó Benno. Sólo falta que mi señor llame al maestro Valentino; cualquier otro habría dejado que los leones mataran a Dion. ¡Y bien merecido que lo tendría!

Cuando la hermana abrió la puerta Benno se colocó detrás de Segismundo, a una distancia prudencial; la monja que leía su breviario junto al lecho de Dion se puso en pie e intercambió un silencioso saludo con la enfermera.

Al ver el rostro macilento de Dion, muy rojo por encima de los pómulos, Benno experimentó un inesperado acceso de compasión. Aquel hombre parecía demasiado enfermo para suponer un peligro, y a juzgar por lo que decían las monjas no tardaría en morir.

Dion entreabrió los ojos y miró a los visitantes por debajo de sus pestañas. Había sido un hombre apuesto, al igual que su hermano; muchas chicas debían de haberlo hallado atractivo. Sin embargo, Benno dudó que hubiera en Venecia alguien dispuesto a llorar por él. Los tipos como Dion nunca permanecían mucho tiempo en un mismo lugar. El oficio de cortar cuellos no era propicio al descanso.

—Sé algo de heridas. ¿Puedo echar un vistazo?

Convencida de que un hombre de la estatura y porte de Segismundo debía de estar familiarizado con la lucha y sus consecuencias, la enfermera hizo un gesto de asentimiento a la otra monja, que apartó las vendas para mostrar una serie de tajos inflamados que recorrían en zigzag la cadera y el muslo. Benno sabía poco de heridas, pero aquella hinchazón no presagiaba nada bueno. Segismundo apoyó el dorso de la mano sobre los cortes y después sobre la frente de Dion.

—Le hemos aplicado un tratamiento para la fiebre, pero no remite.

—Mmm.

El murmullo de Segismundo fue hondo, fúnebre. Apartó unos húmedos mechones de la frente del enfermo; de pronto Dion abrió los ojos e, incorporándose sobre un codo, lo miró fijamente.

—Acabaré el trabajo —dijo—. Cumpliré mi promesa antes de morir.

Una vez se hubo dejado caer de nuevo, y mientras la monja reponía las vendas y las apretaba, la hermana enfermera se volvió hacia Segismundo.

—¿No sabéis a qué viene tanta inquietud? ¿No se os ocurre nada para calmarlo?

Segismundo negó con un grave ademán de cabeza.

—Rezaré por él, hermana. Es lo único que puedo hacer.

Y con eso hay de sobra, pensó Benno, mientras salía de la habitación detrás de ellos. ¡No pretenderán que mi señor se suicide!

Después de que salieran se oyó en la sala principal un grito débil pero lleno de desesperación. La monja que cuidaba a Dion tuvo que abandonarlo y acudir en ayuda de la enfermera de turno, ocupadísima con la llegada de un grupo de hombres caídos de un tejado. De haberlo sabido Benno, sin duda habría supuesto que se trataba de los trabajadores del palacio Ermolin, víctimas de la furia de Brunelli.

Una vez a solas, Dion dejó de revolverse y permaneció inmóvil con los ojos abiertos. Después, ahogando un gemido, apartó las mantas y se sentó al borde de la cama. Ya más pálido que congestionado, y con las mandíbulas apretadas, se apoyó con una mano en la pared de la estrecha celda y, poco a poco, empezó a andar.

La cabeza del lobo

En toda la ciudad reinaba un alegre bullicio. El triunfo había sido presenciado por la siempre nutrida colonia de extranjeros de Venecia, esos extranjeros que comerciaban en Rialto, atracaban sus barcos en el muelle y vivían en atareadas comunidades de su misma nacionalidad. Los estandartes turcos, ya secos, arrugados, hechos jirones y cubiertos de blanca sal, iban a ser colgados en San Marcos; la Señoría esperaba que el sultán, privado de su flota mediterránea, pidiera la paz en cualquier momento. El laborioso proceso de elegir un nuevo dux estaba siendo acelerado cuanto lo permitiera la decencia, más rápido en todo caso de lo que habrían deseado quienes sentían antipatía o desconfianza hacia los Darin y los Ermolin. También había quien lamentaba la dimisión del dux Scolar, aun reconociendo que no le habían dejado dónde elegir. Dudaban que Vettor Darin fuese un sucesor digno, pero el resultado era inevitable. Vettor pertenecía a un antiguo linaje, ningún escándalo empañaba su nombre, era enormemente rico y su edad lo hacía merecedor de respeto, si bien era más joven que la mayoría de sus predecesores en el cargo, escogidos a los setenta u ochenta años: el dux Dandolo, casi ciego, y más próximo a los noventa que a los ochenta, había sido el primero en subir por una escala de cuerda en la toma de Constantinopla; y por cierto que, de no ser por la insensatez de su hijo, el dux Scolar no habría abandonado el cargo a los setenta.

A Vettor Darin, en la recta final de los sesenta, le quedaban muchos años en activo para servir a la República.

Así pues, el nombramiento de Darin como dux llenó a la ciudad de alborozo. Por fin podrían olvidar las desgracias provocadas por Pasquale Scolar, el asesinato, y sobre todo la traición, crimen que la República castigaba sin piedad. Ahora el sultán apenas disponía de barcos con que rescatar a Pasquale, y aunque los tuviera no lo habría encontrado en Chipre, gracias al buen hacer de los espías. Las únicas discusiones versaban sobre el tema de los banquetes. ¿Qué era mejor, organizar dos en días sucesivos para el dux y el héroe o reunirlos en un formidable festejo? Los pobres se disponían a recibir dádivas sustanciosas. Cortabolsas y cocineros afilaban sus cuchillos.

En este ambiente de euforia pasaron sin pena ni gloria ciertos incidentes que en otras circunstancias habrían sido objeto de mayor atención, tales como el hallazgo de un bote flotando panza arriba en la laguna, con un cadáver debajo. El muerto había quedado irreconocible, pero se le extrajeron sus ropas para examinarlas. En muchas ciudades su muerte habría sido vista con indiferencia por la autoridad; no así en

Venecia.

Procedente de la Giudecca, y mientras esperaba el transbordador u otra embarcación que lo llevase a la Piazzetta, Segismundo fue invitado a subir a una góndola por un hombre corpulento y de voz suave: el maestro de Padua.

—Vuestro sirviente ya cogerá el transbordador.

El maestro movió la cabeza en dirección al barco que se acercaba, dando a entender que no pensaba aceptar a Benno en su góndola. Benno se sentó en un noray sin rechistar, dispuesto a seguir esperando mientras Segismundo se unía a aquel desconocido que no parecía serlo para él.

Mientras bogaban por el canal a la sombra del toldo los dos hombres contemplaron el rosado palacio ducal que se erguía a lo lejos, y las altas casas alineadas a mano derecha.

—Hermoso panorama —comentó Segismundo.

—Para un hombre libre sí. —El maestro de Padua sonrió, infundiendo una simpática expresión a su rostro picado de viruela—. Me han dejado solo, sin nada que hacer.

—Me sorprendió enterarme de lo de los Marsili.

—A mí también... Cuando, siguiendo órdenes, os mostré mi lugar de trabajo, al principio pensé que vuestros comentarios eran meras bravatas. He visto toda clase de actitudes: desafiantes, indiferentes, cobardes... Nadie se libra de tener miedo. En vuestro caso, al menos sabíais de qué hablabais. Habría sido muy interesante trabajar con vos.

Segismundo ladeó la cabeza y lo miró de soslayo.

—No lo quiera mi santo patrón ni mi ángel de la guarda, maestro.

—Así parece ser. La política de los venecianos... pueblo admirable por lo demás, generoso, justo y sagaz, pero... su política es un misterio para extranjeros como yo. Pero hablemos de Ottavio Marsili. Me han dicho que era amigo vuestro.

—Hace unos años habíamos luchado en bandos opuestos. Volvimos a vernos por casualidad, aquí en Venecia, y compartimos una comida.

—¿De veras? —El tono del maestro no parecía muy sincero—. Tuve la impresión de que le hicieron callar antes de que pudiera delatar a sus socios. Debéis de tener poderosas amistades en la Señoría.

Segismundo emitió un silencioso silbido. Pasados unos instantes dijo:

—Maestro, estoy seguro de que en vuestras manos habría acabado por delatar al mismísimo san Marcos. ¿Salió mi nombre de labios de los interrogadores?

—¡Cómo se ve que no sois veneciano! —dijo el maestro de Padua mirando la Riva, que se prolongaba ante ellos en toda su extensión—. ¡Qué preguntas tan directas! El contenido del interrogatorio no es asunto mío. Eso sí, confiaba en que el veto que impedía someteros a él fuera revocado en cuestión de días.

Segismundo emitió un murmullo largo y pensativo. Después dijo, como si retomara un tema anterior:

—Padua se ha convertido en una ciudad espléndida. Estuve hace años para asistir a una disertación en la universidad.

—¿Os quedasteis mucho tiempo?

El maestro aceptó el cambio de tema con afabilidad.

Benno no se había tomado a pecho el verse excluido de la góndola del desconocido. Estaba acostumbrado a ser visto como un individuo poco presentable y hasta repelente, pues a pesar de sus periódicos esfuerzos por limpiarse la ropa, y de que en aquellos momentos poseyera dos camisas, un jubón de recambio mejor que el que llevaba y muchas menos moscas, no había manera de corregir su desaliño, y sus ropas tenían una afinidad natural con la suciedad. *Biondello* dedicó los pocos minutos que tardó en llegar el transbordador a vagar por el desembarcadero, pero bastó un silbido de su amo para que acudiera corriendo y se instalara en su acostumbrado refugio. Benno esperó a que saliera la gente antes de subir prudentemente a bordo, fijándose en la oscura y acuosa separación entre la madera del desembarcadero y la de la cubierta. Al alzar la vista topó con una toga de seda roja muy gastada, y con el rostro jovial y resignado de Pico Gamboni, mientras oía al barquero decir con voz quejumbrosa:

—Es más de lo que gano, señor. Lo siento, lo siento de veras pero...

Pico saludó a Benno con la cabeza.

—No tengo con qué seguir. Debo apearme aquí.

Gracias a su señor, Benno estaba bien provisto de dinero, y se tomó la libertad de hacer dar media vuelta a Pico y pagar por dos al barquero. Pico, que llevaba años sin resistirse a la caridad bajo todas sus formas, dio las gracias a Benno y se sentó en un rincón de la cubierta, justo ahí donde un pedazo de seda roja gastada delataba su reciente presencia. Benno se agachó a su lado, colocándose de cara a la brisa.

—Mi señor está libre —dijo a Gamboni, justificando la estúpida sonrisa que no había abandonado su cara desde que viera a Segismundo bogando hacia Ca'Darin sin cadenas ni guardianes.

—¡Bravo! He oído que el capitán general había solicitado su puesta en libertad. —Pico felicitó a Benno con una palmada en la espalda, lanzando a *Biondello* sobre la cubierta. Tras recogerlo y devolverlo a los brazos de Benno, siguió hablando—. Anoche te eché de menos; espero que durmieras en buen sitio.

Benno no tenía ganas de explicar dónde había estado. No temía que el hecho de saberlo Gamboni metiera a Chiara en líos por haberle dado albergue, pero seguía asustado por haber asistido a la terrible cita de Isabella.

Pico no había esperado a oír la respuesta. Rió entre dientes.

—¿Sabes? Hoy me han encargado una misión oficial. Como estaban todos tan ocupados con la votación, y yo he sido el primero en quedar fuera de ella, he tenido que ir a examinar un cadáver; por la manera de vestir parecía extranjero, y han pensado que podría ser un espía. Al principio parecía haberse ahogado, pero después le han descubierto una herida en el cuello. De estilete. Entonces han dado el parte a la

Señoría, cuestión de rutina. Lógicamente le habían vaciado la bolsa, y los cangrejos le habían mordido la cara y las manos. El asesino había volcado el bote para que pareciera un accidente.

Benno miró a Gamboni con expresión ausente. Ya no sonreía. Recordando los dos chapuzones, tragó saliva.

—¿Por qué creen que es un espía? Por aquí deben de asesinar a mucha gente, ¿no? Y por toda clase de motivos, digo yo.

—En Venecia hay cadáveres de sobra —convino Pico, no sin orgullo patriótico—. Extranjeros también. Pero éste tenía algo sospechoso: una cabeza de lobo de bronce en la hebilla del cinturón.

Pico hizo un gesto cargado de intención.

—¿Y eso qué tiene de raro?

La cabellera gris de Pico revoloteaba a merced del viento.

—Comprendo que no estés al día de nuestras guerras, pero no puedes haber olvidado que aunque hayamos vencido a los turcos seguimos enfrentados con Montano. Quien dice Montano dice *il Lupo*. Parece que a *il Lupo* le gusta que sus hombres lleven su insignia, una cabeza de lobo. Como es lógico pensamos que se trata de alguna clase de agente, pero ¿cuál era su misión?

Benno contempló los sucios y desiguales tablones de la cubierta. No era probable que un espía cortejase a Isabella. Viendo que el transbordador se disponía a atracar, Pico se levantó y dijo:

—No podía tener órdenes de los Marsili, aunque éstos hayan resultado estar compinchados con *il Lupo*. Imagino que los de Montano no habrán tardado en enterarse de cómo les ha ido por aquí a los dos hermanos.

—Queda Nono.

—Si ese hombre vino a ayudarle a escapar, ¿crees que Nono le habría clavado un estilete en el cuello? Eso ya es pasarse de ingrato.

Benno fue detrás de Pico, obligado a darle la razón. Cierto que el hombre examinado por Pico no tenía por qué ser el mismo que él había oído caer al canal, por muy seguro que estuviese ahora de que el misterioso ruido correspondía al de un bote volcándose; ahora bien, si resultaba ser el mismo, convenía que Segismundo lo supiera cuanto antes. Algo olía a podrido en el palacio Ermolin, y la mente de Benno no se veía capaz de averiguar qué.

¡Larga vida al dux!

Y llegó el día de la investidura del dux Darin. El entusiasmo se apoderó de toda la ciudad, hasta de los lugares más apartados y habitualmente plácidos, como el convento donde convalecía Dion. Oyendo pronunciar las palabras «procesión del dux», Dion abrió los ojos. Las monjas que cuidaban de él habían advertido su pronta recuperación; lo veían más fuerte cada día, aunque continuaba siendo presa de fiebres y visiones. En cambio no advirtieron cuánto había progresado en sus intentos secretos de volver a caminar.

Ahora que había dejado atrás la fase crítica ya no lo vigilaban las veinticuatro horas del día, y la hermana enfermera se planteó trasladarlo a la sala común, a pesar de sus esporádicos ataques.

Con o sin festejos la vida del convento tenía que seguir su curso habitual. Había mendigos agolpados delante de la puerta, esperando a recibir su pitanza en el patio. Una vez colgado de su gancho el caldero de sopa y amontonado el pan en las cestas de mimbre, se abrió la puerta. Hechos a la rutina, los mendigos se colocaron en fila a lo largo del soportal, cogiendo un cuenco del montón. La sopa y el pan habían sido llevados al patio y depositados en el suelo; los mendigos se dedicaban a disponer sus harapos y muletas de la mejor forma para suscitar compasión, y quizá una ración más abundante según cuál fuera la monja encargada del servicio. De pronto llegó la noticia de que se había hundido un puente que cruzaba un pequeño canal cerca de San Zacarías, excedido por el peso de tanta gente agolpada para tener buena vista del espectáculo. Heridos y ahogados empezaban a entrar por la puerta de la enfermería, trasladados en camillas y postigos o a espaldas de sus amigos; una monja salió corriendo del ala del hospital para convocar a todas las hermanas.

Las dos monjas encargadas de distribuir la comida cometieron la imprudencia de acudir al urgente llamado. Acostumbradas a la estricta disciplina del convento y a la obediencia de que solía hacer gala la famélica pobretería, aconsejaron paciencia a los mendigos, incapaces de prever lo que sucedería en su ausencia.

Los más desfallecientes mendigos, los que se sostenían a duras penas contra la pared, se abalanzaron sobre el rancho en la más absoluta anarquía. Todos luchaban contra todos; todo era una rebatiña de manos tendidas hacia el pan, una contienda de cuencos hundiéndose con avidez en el caldero, y un mar de sopa que salpicaba los cuerpos y se derramaba por el suelo. Un cuenco quedó hecho añicos. Un tullido de verdad, incapaz de sostenerse sobre sus piernas, fue empujado por otro mendigo que usaba muletas para fingirse paralizado de cintura para abajo. Lo curioso de aquella

pelea, de aquel pillaje generalizado, era que la horda se debatía prácticamente en silencio, a fin de que ninguna monja se diera cuenta de lo que ocurría y volviera junto a ellos. La escena tenía un espectador, un hombre alto apoyado en una columna. No era un mendigo, pero al no tratarse obviamente de una monja fue ignorado.

Hizo falta poco tiempo para que ya no quedara nada que coger, y los mendigos abandonaron la plaza en un santiamén. Uno de ellos, más piadoso que los demás, persiguió a otro, le arrebató las cestas de mimbre que llevaba bajo el brazo y las dejó apoyadas contra el caldero. Su piedad, sin embargo, tenía límites evidentes. Lejos de intentar poner en pie al pobre tullido, se fue corriendo, dejándolo arrastrarse dolorosamente hacia las muletas que le habían arrancado de los brazos, y que habían quedado tiradas cerca del soportal. El espectador se acercó a ellas y las recogió.

A punto de deshacerse en palabras de agradecimiento y bendición, el tullido vio que su supuesto benefactor se colocaba las muletas bajo sus propias axilas y, sin mirar atrás, se dirigía hacia la salida en pos de los mendigos. El lisiado aporreó el suelo profiriendo blasfemias.

El hombre que le había robado las muletas no halló fácil su uso. Pronto, doloridas las axilas por la presión, se vio obligado a detenerse de cuando en cuando, mientras la multitud avanzaba sin consideración hacia los inválidos. Tanto ruido y movimiento lo abrumaban. Una mujer de buen corazón intentó darle algo de dinero, pero se lo pensó dos veces al ver la mirada con que el apuesto lisiado acompañaba el gesto de apartarla a un lado. Aquel mendigo no parecía muy interesado en su limosna. Sin duda tenía mejores expectativas, el oro que el dux y su familia esparcirían generosamente por toda la plaza para celebrar su investidura. ¡He ahí un día en que todos los venecianos esperarían llamar la atención del dux!

En eso la buena mujer se equivocaba. Dion no tenía el menor deseo de llamar la atención del dux, aunque sí de verlo bien. Por suerte, en el momento mismo en que llegaba a los alrededores de la plaza, despejada para que la procesión pudiera recorrerla en todo su perímetro, una matrona lo bastante imprudente para arriesgar su avanzado estado de gestación por mor de obtener un lugar en las primeras filas sucumbió a la agitación y las contracciones estando Dion cerca, y éste logró abrirse camino hasta el lugar que había quedado libre. Pocos verían la procesión desde un ángulo más privilegiado.

Hacía calor. El sol se ensañaba con los hombres que circulaban por la plaza, o en todo caso con quienes no se acogían a los palios de seda blanca y roja con flecos de oro y bordados que protegían las cabezas de los personajes más importantes: el patriarca de Venecia, el cardenal Pantera, el capitán general de la flota y, claro está, el propio dux.

Empezaban a verse miembros de la guardia, pajes y sacerdotes cargados de estandartes e incienso; apareció después el héroe de la ciudad, el capitán general, con su barba entrecana y su parche en el ojo, saludando con su bastón de oro bajo una estruendosa salva de vítores. Iba precedido por las pruebas de su victoria, los

estandartes turcos hechos jirones, algunos con la media luna del Islam; no tardarían en ser colocados frente al cuerpo de san Marcos, bajo el altar mayor de la basílica, como símbolo del poder de Venecia sobre sus enemigos y el de la iglesia sobre el infiel. Algunos de esos infieles se hallaban entre la multitud, tocados con turbantes, silenciosos y no tan satisfechos; sin embargo nadie los molestaba, y quizá se consolaban pensando que un año atrás, Venecia, la ciudad más tolerante del orbe, había negociado en buenos términos con el turco, y probablemente volviera a hacerlo transcurrido otro año. La rueda de la fortuna gira y gira.

Y más de una vuelta había dado para uno de los integrantes de la procesión, mezclado al séquito del capitán general, mas no por ello incluido entre sus oficiales. La última vez que Attilio había recorrido la plaza en procesión durante su propia investidura como capitán general, su antiguo compañero de armas había asistido al acto en calidad de espectador. En esta ocasión, y por expresa voluntad de Attilio, Segismundo lo seguía a pocos pasos, ostentando con gravedad sus magníficos atavíos de terciopelo negro cuyos hombros rodeaba una cadena de hojas de esmeralda y flores de perlas, mientras más de uno se preguntaba si aquel hombre sería un pachá turco, un prisionero de guerra.

Mientras Segismundo paseaba su mirada por la multitud, Dion dejó caer una muleta y se agachó torpemente para recogerla, quedando oculto por las voluminosas faldas de la mujer que tenía delante. En cuanto Segismundo apartó la vista y ya no hubo riesgo de que lo reconocieran Dion se incorporó ocultando algo en la mano. Estaba rojo, jadeante; la cabeza le daba vueltas por el esfuerzo de agacharse, y por una súbita punzada en la herida. Le faltó poco para desmayarse. Todo parecía bailar ante sus ojos, el gentío, el cielo, la procesión, restallantes de sol y envueltos en una bruma febril. Sólo a fuerza de voluntad logró evitar la caída.

Un profesional menos experto que él habría estado en un tris de fracasar; Dion, en cambio, recobró el equilibrio y esperó, atento al blanco.

El dux se acercaba en todo su esplendor, vestido con brocado de oro, alzando el guante de flecos dorados a la altura del rostro en respuesta al entusiasmo de la multitud; la gorra blanca y el *cornu* disimulaban su calvicie, y su sillón de estado era llevado en andas por hombres que ostentaban los colores de los Darin. Su silueta estaba oscurecida por el palio que ondeaba sobre su cabeza, posado sobre palos lo bastante altos para dejar espacio libre al *cornu*. Su séquito lanzaba monedas de oro a manos llenas, mientras la multitud no dejaba de dar vítores y hacer volar las gorras.

Al principio se mantuvo erguido, clavado al respaldo por la fuerza del impacto, rodeándose el cuello con las manos enguantadas. El destello del cuchillo no había sido más intenso que los reflejos del sol sobre armaduras y cadenas de oro, y el movimiento de brazos con que Dion había lanzado el cuchillo, no más impetuoso que el de los otros espectadores tirando la gorra al aire. Eso sí, le había hecho perder el equilibrio, pero su caída fue amortiguada por una fornida matrona, que no se tomó a ofensa el ver de pronto apoyado en sus pechos a tan apuesto galán.

Fueron los hombres que sostenían la silla del dux los primeros en saber que algo iba mal, notando que el peso que cargaban en sus hombros se inclinaba bruscamente hacia adelante. Entonces, para pasmo de la muchedumbre, el dux Darin cayó lentamente de su silla, quedó atravesado en uno de los palos y acabó por derrumbarse contra el suelo.

Al principio, como suele suceder en esos casos, nadie supo muy bien qué había sucedido. La cabeza de la procesión ya había llegado a San Marcos, siendo recibida solemnemente en su interior oscuro y lleno de reflejos. Fuera, en la plaza, reinaba el mayor de los desórdenes. De todos los cambios el más dramático fue el que transformó los vítores de la multitud en una pregunta generalizada; todos estiraban el cuello con incontenible curiosidad, mientras los hombres que habían llevado al dux en andas depositaban la silla a los pies del resto de la procesión y cogían al herido en brazos. Algunos comentarios apuntaban a que el dux se había desmayado de calor por culpa de sus pesadas galas, o que el balanceo le había hecho perder el equilibrio. Sin embargo, bastó con colocarlo boca arriba para que no cupieran dudas sobre el motivo de su caída.

El pequeño mango de asta de un cuchillo sobresalía de la base del cuello, no rodeado ya por las manos, que, empapada de sangre la seda de sus guantes, habían caído inertes a lado y lado. El dux Darin yacía con los ojos abiertos, mirando acusadoramente al cielo que le había arrebatado su triunfo; el *cornu*, ladeado sobre una oreja, dejaba al descubierto aquella gorra blanca que le hacía parecer un bebé entrado en años. Un bebé muerto.

—Con permiso.

Cediendo a aquella voz profunda y llena de autoridad, los hombres que rodeaban el cuerpo yacente del dux se hicieron a un lado. Al oír el grito de los espectadores otro miembro de la procesión había girado sobre sus talones, el mismo que ahora, arrodillado junto al dux, le buscaba el pulso en la base de la oreja, posando después su cabeza rapada a la altura del corazón. Impidió a uno de los sacerdotes extraer el cuchillo.

—Eso hará que salga mucha sangre. Si queréis ayudar al señor Darin rezad por él. ¿Dónde está la guardia?

Hay que decir en descargo de ésta que, una vez establecido que alguien había lanzado un cuchillo al dux, se había repartido por la multitud, echando a un lado a los espectadores, formulando preguntas y mitigando a base de amenazas la culpable sensación de no poder brindar más protección a quien, hasta entonces, habían creído proteger de forma puramente simbólica. De regreso de la incursión, el capitán de la guardia volvió a su puesto, descubriendo que el levantamiento del cadáver estaba siendo supervisado por la imponente figura del mismísimo capitán general, al tiempo que un hombre vestido de negro discutía con él cuál era el ángulo de la trayectoria del cuchillo, y de qué zona de la multitud podía haber salido.

—No esperes encontrarlo ahora. Cuando uno está mezclado con la multitud y

sabe que lo buscan, no tiene más que quedarse junto a los demás. El que huya puede estar seguro de que lo cogerán.

La muchedumbre se deshacía en chillidos y gemidos. Toda la Señoría se había reunido en una masa de togas rojas, temiendo que pudiera haber otro blanco además del dux. Avisado del incidente, el patriarca había abandonado San Marcos y cruzado el centro de la plaza, todavía vacío. La guardia proseguía sus vanas pesquisas por la multitud y los sacerdotes habían entonado un coro de atropelladas plegarias. En un balcón un grupo de mujeres sostenía a donna Claudia, presa de fuertes mareos; ya antes de eso, Beatrice, encargada de repartir monedas entre los espectadores, había dejado caer la bolsa y se había desmayado, reacción nada sorprendente en quien se había visto privada por el destino de padre, hermano y ahora abuelo, todo ello en el curso de pocas semanas. Sacudidos por un brusco golpe de viento llegado del mar, los estandartes que encabezaban la procesión se desplegaron y crujieron, como si quisieran recordar a todos los presentes que el hado podía tomarse la revancha hasta en el día más glorioso.

—Todo apunta a los turcos.

Attilio se sentía impulsado a culpar al enemigo que mejor conocía, reacción que nada tenía de extraño.

—Mmm... Habla más bajo. ¿Quieres que la gente se eche encima de los que hay aquí? ¿De qué serviría matar a un hombre ajeno a la lucha, y dejar con vida al que tienen motivos para temer? Si los turcos quisiesen vengarse, Attilio, este cuchillo estaría clavado en tu garganta.

El dux estaba siendo trasladado a un féretro provisional, cubierto con la seda blanca del palio desprovisto de sus soportes.

—Si no han sido los turcos, quizá sea cosa de un agente de Montano. Sé por uno de los Diez que han encontrado un cadáver con la insignia de *il Lupo* debajo de un bote varado en una marisma. Por lo visto también tenía un cuchillo clavado en el cuello.

A esas alturas la procesión se había mezclado con los espectadores, y la dispersa guardia se esforzaba inútilmente por detener a quienes pretendían ver de cerca la tragedia. El féretro había sido llevado al palacio ducal, donde se haría lo poco que quedaba por hacer: extraer el cuchillo, lavar el cadáver y amortajarlo. No faltarían médicos, cuya contribución se reduciría a poner caras solemnes y hablar en latín; tampoco sacerdotes, capaces por lo menos de orar por quien había muerto sin confesión, sin recibir los últimos sacramentos, e imbuido sin duda de un orgullo pecaminoso. El dux Darin protagonizaría en San Marcos una ceremonia muy alejada de sus previsiones.

Benno lo había visto todo excepto al asesino. Había logrado hacerse con un puesto bastante bueno y había disfrutado a fondo de todo el espectáculo, lanzando vítores tan estentóreos como el que más, gritando a pleno pulmón en vista del capitán general y saludando con loca alegría el paso de su señor, mientras *Biondello*,

sucumbiendo a una agitación poco frecuente, lanzaba desde el jubón ladridos entusiastas que nadie oía. Al aproximarse el dux, Benno había advertido el reflejo del cuchillo en pleno vuelo, pero el pánico que se había apoderado de él se debía a Segismundo, tan expuesto y vulnerable. Viendo tambalearse la silla y caer de ella al dux, había estado a punto de llorar de alivio. Después se había visto arrastrado por la multitud, y, tras ser maltratado por dos guardas que, tomándolo por un criminal, no habían tardado en juzgarlo demasiado tonto para asesino, se había escurrido por el gentío al encuentro de Segismundo. Oyendo las palabras de Attilio, tiró de la manga de su señor.

—El señor Gamboni me dijo... El bote estaba panza arriba. ¿Y si...?

Segismundo interrumpió el comentario propinando un suave golpe a la cabeza de Benno. Después se volvió hacia Attilio.

—Creo que estamos pisando terreno pantanoso. Si no nos andamos con cuidado acabaremos hundiéndonos.

Tenme presente en tus oraciones

—Pero ¿qué interés tenía en matar al dux? ¡Si a quien quería matar era a vos!

Benno miró a Segismundo con inquietud. Avanzaban por una callejuela cuyos únicos ocupantes eran dos gatos adormilados en un zaguán, uno blanco y el otro negro, como si uno fuera la sombra del otro. Le angustiaba estar volviendo al convento. Le angustiaba pensar que aquel mismo Dion a quien habían visto postrado, víctima de una fiebre confirmada de vista y tacto por Segismundo, hubiera resucitado de forma tan truculenta, llegando hasta el punto de plantarse en la plaza en estado de cometer un asesinato. La respuesta de Segismundo fue breve.

—Es un profesional.

Benno silbó a *Biondello*, que se había quedado atrás investigando a los gatos. Uno de ellos se irguió como una serpiente y quiso clavarle un zarpazo en la nariz. *Biondello* se apartó justo a tiempo y salió corriendo en pos de su amo. Todavía no había logrado coger por sorpresa a un gato veneciano.

—Pero ¿quién podía tener interés en pagarle por matar al dux? O mejor dicho ¿quién habría contratado a un hombre en ese estado?

—¿Quién dice que no lo hicieran antes? Recuerda dónde lo encontramos aquella noche. Quizá no estuviera siguiéndome; quizá lo llevaran ahí sus propios asuntos.

Segismundo había subido por los escalones del convento y hacía sonar la campanilla.

—¡Pero si eso fue en Ca'Darin! —exclamó Benno antes de que se abriera la mirilla—. ¡No creo que el señor Vettor mandara asesinarse a sí mismo...!

La mirilla se abrió de golpe. Un ojo negro y penetrante se posó en ellos, cerrándose a medias en una inesperada sonrisa. La hermana portera abrió la portezuela inscrita en el portón e ingresaron en el pequeño patio con árboles en macetas y empedrado sin mácula.

—¡Traéis noticias de vuestro amigo! Estábamos preocupadas por él.

Ni la mitad de lo que estamos nosotros, pensó Benno. Segismundo hizo unas cuantas preguntas. En efecto, el paciente se había marchado; debía de haber aprovechado el momento de confusión en que todas estaban atendiendo a las víctimas del derrumbe del puente. Y no estaba en condiciones de caminar sin ayuda. Debía de haber escapado en pleno ataque de fiebre. A veces la fiebre da mucha fuerza; sin duda Dios la otorga por algún motivo... Nadie le creía capaz de caminar, pero esa mañana uno de los mendigos que comía en el convento había perdido sus muletas, y cabía suponer que las había cogido él. Quizá el pobre quisiera ver la procesión. Siempre le

bailaba algo por la cabeza, cosas que tenía que hacer. Acaso Dios le hubiera restituido sus fuerzas para cancelar alguna deuda u obligación.

—Es posible, hermana. También dicen que la fuerza puede proceder del diablo.

Segismundo se despidió de la monja con aquel último y enigmático comentario. Benno fue tras él, lleno de desconcierto.

—Si lo ha hecho él, ¿quién se lo encargó? El señor Vettor debía de caer mal a más de uno, lógicamente. ¿O ha sido por rencor?

Segismundo emitió un cínico murmullo.

—El rencor no se paga. Puestos a matar por placer me habría escogido a mí como blanco, no a Vettor Darin. Si ha matado al dux ha sido por encargo del señor Vettor.

Segismundo se detuvo a comprar castañas asadas en un puesto callejero próximo a una pequeña iglesia. El vendedor hizo un cucurucho con la proclamación del dux Darin, distribuida el día anterior, y mientras lo llenaba dijo:

—¡Ha sido horrible! Culpa del león. Cuando mataron al león todo el mundo pensó que era mala señal. Yo en cuanto me enteré le dije a mi mujer: «Ya verás cómo el señor Darin también acaba mal». ¿De qué sirven los leones? Para dar suerte, ¿no? Pues eso; fue un claro mensaje del destino.

Siguieron adelante. Mientras se pasaba las castañas calientes de mano a mano, Benno siguió enfrascado en sus reflexiones. Si, como de costumbre, Segismundo estaba en lo cierto, si Dion había matado al señor Vettor, también había matado al león; por lo tanto el destino no se andaba con bromas.

—Pero ¿por qué...? ¡Aj! —Benno escupió una castaña demasiado caliente—. ¿Por qué el señor Vettor contrató a Dion para matarlo? Nadie manda que lo maten a uno mismo, y menos si espera tener la satisfacción de que lo nombren dux.

Benno advirtió que Segismundo comía castañas como si no se diera cuenta de lo calientes que estaban. Abrió una, sopló y se la arrojó a *Biondello* antes de responder.

—¿Y si lo contrató para matar al dux? ¿Has olvidado quién era el dux?

Benno se detuvo en seco, dejando caer una castaña que *Biondello* cogió al vuelo, soltó, husmeó y volvió a coger en la boca.

—¿Os referís al dux Scolar? Pero si dimitió...

—No la noche en que murió el león. Sólo dimitió después de saber lo de la carta de su hijo al sultán. Hasta ese momento se había resistido a todas las tentativas de apartarlo del cargo, incluso a la revelación (gracias a la carta que robé a Isabella para dársela a Darin) de que Pasquale deseaba la muerte de Niccolò Ermolin.

—Entonces ¿por qué el señor Darin no canceló el encargo cuando supo que sería dux? Ah, sí, claro; no sabía dónde estaba Dion. ¿Es por eso? ¡Lo furioso que se pondría al ver que el viejo dux renunciaba sin necesidad de ser asesinado, cuando él había pagado por que lo fuera!

—Recuerda que Dion dejó una espada entre los leones, y un rastro de sangre; todo un charco fuera de la casa. Quizá el señor Darin reconociera la espada y dedujera que el asesino ya no estaba en condiciones de ganarse el sueldo.

Benno se limpió los dedos en los lados del jubón; antes de conocer a Segismundo se los habría limpiado en la parte delantera sin pensárselo dos veces, pero en cierto modo estaba aprendiendo a comportarse. Sacudió la cabeza, contemplando las turbias y verdosas aguas del canal que estaban a punto de dejar atrás.

—Es de chiste, ¿no? Contratar a alguien para que mate a una persona que te impide hacer lo que quieres, y acabar siendo tú mismo esa persona. ¿Y Dion, cómo no se dio cuenta de que el dux era otro?

—No pudo enterarse de que habían nombrado a uno nuevo... Dudo que las monjas juzguen primordial mantener al día a sus pacientes. Además, imagina que estás con fiebre, que el sol te da en la cabeza, que vas con muletas, que sólo esperas la ocasión de lanzar un cuchillo, y de repente tienes delante al dux a la sombra de un palio... Las monjas tenían razón. Dion tenía cosas que hacer. Los profesionales cumplen su palabra.

Benno guardó silencio. Ya que Dion había cumplido su promesa a Vettor Darin —¿sabría ya que había matado a su cliente?—, gozaba de plena libertad para cumplir la otra, la que había hecho a Segismundo. Le había dicho que lo mataría, y no dejaría de intentarlo.

—Espero que no pase de matar al dux. Quizá le empeore la fiebre y no tarde en morir. ¡No creo que se le ocurra volver con las monjas diciendo «Perdón, sólo quería dar un paseo»! Y si no hay nadie que lo cuide...

Segismundo lo agarró por la nuca y le propinó un meneo de cabeza.

Pese a todo lo dicho, Benno estuvo a punto de dar un traspiés cuando, al desembocar en una plaza llena de gente, vio de sopetón a un hombre con muletas. Su vista recorrió nerviosamente una pared llena de ventanas sin postigo. Estaba a punto de preguntar adónde iban cuando Segismundo realizó un giro inesperado junto a la puerta de una iglesia y, levantando la cortina, se arrodilló frente al altar. Después se sentó en la ancha basa de una columna, de cara a una capilla lateral. Parecía contemplar una estatua de la Virgen con capa azul tachonada de estrellas.

—¿Y ahora qué hacemos? —susurró Benno, acariciando a *Biondello*.

—Espera. Mmm... ¿Que Dion es capaz de dar conmigo? Muy bien, que lo haga. Dudo que su sed de venganza llegue al extremo de arriesgarse a que lo sorprendan en el acto de matarme. Tampoco querrá acercarse mucho, dado su actual estado físico. —En su rostro oscuro y sosegado apareció una sonrisa—. Necesito ayuda, y él también. Dios decidirá quién de los dos la obtiene.

La ocasión de dirimir el asunto tardó poco en llegar. Pese a que apenas había tenido tiempo de disfrutar de su nuevo cargo, el dux Darin fue objeto de exequias ducales con todos los honores: capilla ardiente en la Signoria di Notte (la arcada inferior del palacio) con traje de ceremonia completo, espada, espuelas, *cornu* y brocado de oro cubriendo el horrible agujero de su garganta. Después el cadáver fue transportado bajo un quitasol dorado hasta los Fratri, a través de la Merceria y el puente de Rialto, figurando Rinaldo Ermolin entre los veinte portadores del féretro.

Donna Claudia, envuelta como su nieta en un velo negro, siguió la comitiva con una dignidad muy admirada por la multitud. La viuda de Niccolò Ermolin, embarazada y, según decían, con problemas de salud, no asistió a la ceremonia religiosa. Sí lo hizo Attilio da Castagna, que, en espléndido atavío de terciopelo negro y ribetes de oro, escrutó con su único ojo a los fieles, en busca de alguien a quien deseaba encontrar.

No era el único con ganas de ver a Segismundo. Benno había albergado la vana esperanza de que su señor no asistiera al funeral del dux, aun sin atreverse a sugerírselo. Desde su conversación en la iglesia Segismundo estaba de un humor taciturno; Benno se preguntaba cómo se sentiría uno sabiéndose amenazado en todo momento por la posibilidad de topar con la muerte en cualquier esquina. En aquella ciudad Dion se había ocupado de incrementar las probabilidades.

Sin duda en consonancia con sus planes de atraer a Dion a campo abierto, Segismundo hizo acto de presencia en la misa, y, gracias a su porte y a la calidad de la cadena que llevaba al cuello, logró lo que pocos: un lugar privilegiado en la atestada iglesia. Quiso la casualidad que una columna se interpusiera entre él y el ojo de Attilio, mas cuando, finalizado el servicio, los congregados empezaron a salir y a dispersarse por la calle, quedó claro que otros sí lo habían visto.

—Debo hablaros en privado. Os espero en el palacio Ermolin dentro de media hora. Tengo nuevos datos sobre la muerte de mi hermano; quizá me apresurara demasiado a rechazar vuestra ayuda.

Generosa concesión que aquel rostro enjuto y sagaz pronunció sin renunciar a su altanería. Segismundo se limitó a inclinar la cabeza en señal de conformidad, mientras los fieles pasaban por su lado abriéndose camino a codazos. Todo eran susurros en aquel ambiente cargado de un acre olor a incienso. En cuestión de segundos Rinaldo desapareció entre el gentío que abandonaba la iglesia en tropel, como si una marea arrastrase a todo el mundo hacia el sol que seguía iluminando con vigor el mundo de los vivos. Segismundo notó en el hombro el peso de una mano muy grande.

—¡Demonios, cualquiera diría que eres una mariposa, siempre de aquí para allá! Llevo días intentando decirte que ese condenado médico tuyo ha vuelto a quitarme a la muerte de encima. Ya ves, camino como si no hubiera visto a un turco en mi vida. —Sacudió el hombro de Segismundo, lo bastante relajado para no oponer resistencia—. Ven, brindemos a mi salud. Tengo que quedarme por aquí hasta que haya un nuevo dux para celebrar la victoria, pero ni tú ni yo tenemos por qué esperar hasta entonces.

—Esta noche, si sigo vivo, te prometo que beberemos juntos. Pero antes debo ir a visitar al señor Ermolin.

—Hace un rato me ha parecido ver que te decía algo al oído. ¿Qué quiere de ti, que cojas al asesino de Darin? ¿Que hagas lo que no han podido hacer los de la guardia del dux, esos tipos que sólo sirven de adorno?

Segismundo sonrió.

—Mmm... Yo diría que el crimen en que piensa es otro. Quizá el señor Scolar no sea el único que considera a su hijo inocente de la muerte de Niccolò Ermolin; parece que es de eso de lo que quiere hablar su hermano.

Attilio asintió. Habían llegado a la salida; el sol pegaba fuerte, y tuvo que entornar los ojos para ver a la multitud que seguía dispersándose.

—Te metieron en la cárcel por traicionar a una ciudad a la que ni siquiera perteneces. A mi juicio deberían buscar más cerca. Ahora dicen que el asesino de Darin fue un agente de Montano. A saber si a Niccolò Ermolin no lo mató otro de éstos. Quizá se hubiera enterado de sus planes por casualidad. ¿No era yerno de Darin?

—Lo tendré presente.

Segismundo, que había hecho señas a una góndola, subió a bordo y se despidió agitando la mano. Pidió ser llevado al palacio Ermolin.

Benno se puso cómodo y dejó que el perrillo correteara por la embarcación. No dijo nada, aunque le reconfortaba pensar que por lo menos Attilio sabía adónde iban. Dijeran lo que dijeren, los Ermolin le parecían indignos de confianza, todos sin excepción; no podía quitarse la idea de que aquella góndola los llevaba de vuelta a la boca del lobo. Y no era el único en pensarlo. Había algo en la actitud de su señor que hacía presagiar problemas.

En cierto sentido era verdad. En el desembarcadero de los Ermolin, Brunelli se estaba ensañando a puñetazo limpio con un albañil protestón, para pavor de otros dos trabajadores que observaban la escena desde el parapeto del tejado. La llegada de la góndola puso fin al rapapolvo. Mientras Segismundo pagaba al gondolero, Brunelli se abalanzó sobre Benno y lo asió dolorosamente de una oreja.

—¿Dónde has estado, granuja? ¡Aún no he acabado contigo!

Entre grito y grito Benno se vio arrastrado por la escalinata hacia la portezuela que ya había sido abierta por el resignado portero de los Ermolin. El lacayo, todo respeto, la mantuvo abierta para Segismundo, advertido sin duda de su llegada.

—Mi señor os espera arriba, en su estudio. Ha dicho que sabrías ir solo.

Al subir por la majestuosa escalera de mármol Segismundo dejó atrás el descansillo donde Benno posaba debajo del fresco, orando con santo fervor mientras Brunelli dibujaba encima del yeso. Advirtiendo en los ojos de su sirviente una mirada de angustia, Segismundo sonrió y movió la cabeza de un lado a otro.

—Mmm... Has alcanzado el Paraíso antes que yo. Tenme presente en tus oraciones de hoy.

Secretos

No era la mejor manera de tranquilizar a Benno. Intimidado por los ojos de Brunelli, que repartían su atención entre él y aquel Lázaro que iba adquiriendo volumen sobre la pared, Benno no se atrevió a mover un dedo, y trató de consolarse con la convicción de que en otras circunstancias tampoco le habrían permitido entrar donde Segismundo. Oyó el paso de unas suaves botas de cuero por el segundo tramo, las oyó recorrer el rellano, distinguió unos golpes en la puerta, el chasquido que hace una cerradura al abrirse, un murmullo y, por último, un nuevo chasquido. Su señor estaba encerrado con el señor Ermolin, a solas con él y sus secretos.

Segismundo se hallaba una vez más en el estudio donde lo habían convocado por primera vez, y donde había examinado el cadáver de Niccolò Ermolin. Advirtió ciertos cambios. El escritorio seguía situado junto a la ventana, que, abierta, dejaba entrar un sople de aire cálido, la enérgica voz de un gondolero que doblaba la esquina de la casa y un estrépito de herramientas y gritos de indignación llegados del tejado. El tintero de plata laminada y el recipiente vidriado de color violeta que contenía las plumas estaban colocados de cara a Segismundo, y por lo tanto a la puerta; ello a pesar de que Rinaldo había trasladado la silla alta de madera tallada a la izquierda del escritorio. Seguía viéndose una mancha más oscura sobre la madera bruñida, ahí donde había corrido la sangre de Niccolò; o se había resistido a todo intento de limpiarla, o nadie había obtenido permiso para probarlo.

Naturalmente, los elevados armarios seguían siendo los mismos, colocados de tal forma que casi formaban un pasillo de entrada a lado y lado de la puerta; nueva era en cambio la presencia de un arcón en el lado derecho, con unos libros amontonados encima. En contrapartida faltaba el diván que antes había ocupado aquel lugar, acaso porque en él había reposado el cadáver de Niccolò. Otros cofres de relucientes candados se alineaban en estantes a lo largo de las paredes del pequeño santuario, tan próximos que para tocarlos casi habría bastado con estirar los brazos. La propia habitación era como una caja cerrada con llave, llena a rebosar del poder de que daban fe los incontables libros de cuentas, platos forrados de tela, copas y frascos de oro y plata, arcas de suntuosos vestidos y cofres llenos de monedas y joyas no accesibles a la vista. Ahí tenía su sede la fortuna de los Ermolin, encarnada en esos momentos en Rinaldo Ermolin; Rinaldo, que, tamborileando sobre la mesa con su mano cargada de anillos, escrutaba a Segismundo por la estrecha rendija de un par de ojos almendrados.

—Vos no creéis que Pasquale Scolar provocara la muerte de mi hermano,

¿verdad? ¡A pesar de la carta que escribió a mi cuñada, y de su confesión! Segismundo sonrió.

—Creo en efecto que esa carta podría no ser más que una fanfarronada, y que la confesión podría haber nacido de una aversión muy lógica a la tortura. No obstante, señor, el mundo está convencido. ¿Por qué preguntármelo a mí?

Rinaldo tendió la mano hacia un estante oculto debajo del escritorio y extrajo un libro con tapas de cuero y cerradura de latón. Tenía una mancha oscura igual a la de la mesa. Segismundo reconoció el *libro secreto* que había enfrentado a Marco con su tío.

—He tardado cierto tiempo en descifrar la clave en que fue escrito, pero una vez resuelta se han aclarado muchas cosas. Mi hermano, que se tomaba el bienestar de la ciudad tan a pecho como el de su familia, realizó por cuenta propia una serie de tentativas de conciliación con nuestros actuales enemigos.

—¿Los turcos, señor? —dijo Segismundo, añadiendo un largo y cínico «mmm...»—. ¿O el duque de Montano? Corresponsales hartos peligrosos hoy, no cabe duda.

Advirtiendo la crítica a su hermano, Rinaldo frunció el entrecejo. Lo que no hizo fue explicar por qué había hecho llamar a Segismundo con la intención de comunicarle más secretos sobre los Ermolin, cuando para su gusto ya conocía demasiados.

Los minutos que siguieron desvelaron el enigma.

—Mirad. —Rinaldo, que había abierto el libro y lo había orientado hacia Segismundo, señaló un pasaje—. He escrito la traducción al lado.

Se sentó en la silla alta, manteniendo el grueso libro abierto con una mano. No pudiendo levantarlo para leer, Segismundo colocó una mano a cada lado del volumen y se inclinó sobre sus páginas.

A partir de ahí los acontecimientos se precipitaron. Segismundo oyó un ruido casi imperceptible a sus espaldas, junto a la puerta cerrada con llave; a continuación, en menos de un segundo, sintió un fuerte golpe en la espalda que lo hizo caer de bruces sobre el libro y el tintero, como le había sucedido a Niccolò Ermolin. Rinaldo dio un paso atrás, aferrado a los brazos de su silla y mirando con avidez.

Vio a Segismundo —derribado, pero no muerto ni sangrando— revolverse bajo el brazo alzado de su agresor e incorporarse para asirlo de la muñeca y repelerlo. Como lo empujó en dirección a Rinaldo, éste perdió de vista lo que sucedía, y a poco estuvo de perder el aliento bajo el cuerpo desmadejado de Dion, que había caído sobre él con todo su peso. En la mano izquierda de Dion, todavía cogida por Segismundo, brillaba el estilete que acababa de utilizar, confirmando su hoja quebrada la superior calidad del *cuir bouillé* oculto bajo el jubón de Segismundo. Mientras forcejeaba para quitarse a Dion de encima, Rinaldo vio fugazmente el rostro de Segismundo, fija en Dion la mirada, separados los labios de cuya comisura manaba un hilillo de sangre. Rinaldo no tuvo tiempo de confiar en que se debiera a una herida en la garganta, y

que el estilete se hubiera partido contra la columna vertebral de Segismundo, no en la armadura. Con la punta roma del arma, Dion asestó una estocada al ojo de Segismundo cuando éste volvía la cabeza para escupir sangre, y el estilete hendió el aire que un segundo atrás había ocupado su cabeza.

Dion hacía lo posible por ponerse en pie, ayudado por la fuerza nada desdeñable de Rinaldo. Segismundo acompañó su movimiento y, dando un paso atrás, volteó a Dion contra los estantes, que se clavaron en el lado herido de su cuerpo. Dion gruñó, crispado de dolor. Segismundo daba la espalda a Rinaldo, que, alzándose de la silla, desenvainó su propia daga; pero Segismundo volvió a voltear a Dion aprovechando su mayor delgadez, y estampó contra el borde del escritorio el dorso de la mano que asía el estilete. El arma rota se deslizó por el *libro secreto* y cayó.

Quizá no fuera la derecha la mano más efectiva de Dion, pero hallándose la izquierda férreamente sujeta, competió a la derecha extraer un cuchillo de la caña de una de sus botas. El arma, más pesada que la anterior, rozó el brazo de Segismundo en una cuchillada asestada desde abajo, y se habría hincado en su mandíbula de no ser porque Segismundo giró sobre los talones y empujó a Dion sobre los libros apilados encima del arcón. Rugiendo como una fiera, el asesino sacó provecho de la presión ejercida sobre su muñeca para volver a abalanzarse sobre Segismundo.

Rinaldo había avanzado un paso. No tenía el menor deseo de llevar a cabo el trabajo encomendado a Dion, pero el hecho de que Segismundo no hubiera muerto a la primera, según lo planeado, le inquietaba lo suficiente para acechar la ocasión de hacerle daño. De momento Dion se interponía entre Segismundo y él, jadeando de modo ostensible pero luchando sin descanso; se produjo un choque de aceros, trabados por un momento los puños de ambas dagas. Trazaron un nuevo círculo. Esta vez el rostro que vio Rinaldo fue el de Dion, llamándole la atención sus ojos febriles, su extrema palidez interrumpida por manchas rojas en los pómulos, y su fina boca en tensión. Cruzó por su mente la duda de si esos ojos veían bien. Después Dion levantó el cuchillo contra el brazo de Segismundo.

Un brusco movimiento, y Dion arremetió contra las dos personas que compartían con él la angosta habitación. Ambas se movían en el momento de asestar el golpe, y la daga acabó por hundirse en lo alto del abdomen de Rinaldo. La daga de Segismundo habría alcanzado el corazón de Dion en ese mismo instante, pero el cuerpo inerte de Rinaldo desvió el golpe cayendo sobre su brazo. Al tiempo que Rinaldo se desplomaba, la hoja de Segismundo recorrió el cuerpo de Dion desde el diafragma a la cadera.

Segismundo extrajo el cuchillo y miró a Dion, que, despatarrado entre los libros, respiraba lo menos posible para atenuar el dolor. A pesar de ello, lo registró en busca de otras armas antes de agacharse junto a él y pasarle un brazo por la espalda. Los ojos de Dion estaban fijos en algún paisaje interior, aunque parecían estar mirando el rostro sin vida de Rinaldo.

—Explícamelo todo. —Segismundo colocó su otra mano sobre la herida abierta

de Dion—. No puedes sobrevivir. Explícamelo.

Sin abandonar la postura de manos y ojos alzados impuesta por Brunelli, Benno se había esforzado por oír cómo se desarrollaba la entrevista en el estudio, pero el grosor de la puerta frustró sus intenciones, por no hablar del tremendo escándalo que armaba el artista. Cada vez que se sentía satisfecho de su obra —y la expresión dulzona del Lázaro del fresco iba adquiriendo proporciones casi épicas, inmerso en aquel Paraíso por el que había dado tanto—, Brunelli subrayaba su éxito con un desafinado canturreo que, de vez en cuando, se transformaba en una canción entonada a voz en cuello, no por ello menos desafinada. Hubo un momento en que Benno creyó oír golpes en el piso de arriba. Quizá el señor Ermolin se hubiera puesto furioso y golpease algo con el puño. Pero Brunelli volvía a emprenderlas con el estribillo de una canción que se le resistía:

—¿Recuerdas tu palabra...? —vociferó con entusiasmo, repitiéndolo una y otra vez hasta que logró recordar otro verso—: ¿A quién tu pecho ofreces?

De resultas de ello, cuando la puerta del estudio se abrió y volvió a cerrarse nadie lo oyó, y Benno no tuvo indicios de que hubiera ocurrido nada grave hasta que vio a Segismundo en lo alto de la escalera.

Lo que vio no podía ser más inquietante. La extrema y anormal palidez de Segismundo contrastaba con un hilillo de sangre que le salía de la comisura de los labios, algo hinchados al parecer. Se sujetaba el hombro izquierdo con la mano derecha; un poco más abajo había un desgarrón que atravesaba la manga negra y el cambray blanco de la camisa, manchados de rojo a la largo del brazo.

Para asombro y desesperación de Brunelli, el Lázaro que estaba dibujando pasó corriendo a su lado, haciendo que el carboncillo se quebrara contra la pared. Dio media vuelta. Su asombro creció. Ni siquiera él, arquitecto y pintor al servicio de varios clientes que le habían retirado su apoyo con un repentino estallido de violencia física, había llegado al extremo de ser apuñalado por uno de ellos. Su respeto hacia Segismundo creció.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha hecho?

Benno temió ver a Rinaldo saliendo de la puerta para hacer aún más daño del que había infligido ya. De haberlo visto caído sobre un costado, mirando fijamente aquel montón de libros de cuentas que no volvería a consultar, se habría ahorrado el susto.

—Las preguntas después. Hay que darse prisa.

—¡No tan rápido! —Cuando Benno volvió a bajar por la escalera Brunelli lo agarró por el cuello del jubón—. Todavía no hemos acabado.

—¡Demonio de hombre! —exclamó Benno—. ¡Válgame Dios, en buen lío os habéis metido! ¿Y ahora qué?

A guisa de respuesta Segismundo arrancó un trozo de camisa y se limpió la sangre de la cara. Después obligó a Brunelli a volverse y, apoyando en su hombro la

mano izquierda de manera que el cuerpo del pintor no dejara ver ni el desgarrón ni la sangre, lo empujó escaleras abajo.

—Ya te buscaré otro encargo. Este ya no te lo pagarán.

El portero les abrió la puerta, algo sorprendido de ver a Brunelli tratado con tanta familiaridad cuando lo normal era evitar su presencia, a menos que se le pudiera estrangular. Estaba contento de no tener que seguir oyendo aquel horrible canturreo procedente de la escalera. Sólo una cosa lo extrañaba, que el señor Rinaldo no hubiera salido a poner fin al concierto.

De todos modos, el caballero de la cabeza rapada fue generoso con su propina. Lástima que no hubiera muchos como él.

Fue Brunelli quien detuvo a una góndola con su estentórea voz, y también Brunelli quien, descolgándose del cuello el sombrero, se lo colocó a Segismundo en la cabeza, ocultando la herida con la pieza de tela festoneada que colgaba por detrás. Ninguna idea le atraía más que burlar a la ingrata clase en la que había malgastado su genio. ¡Cuántas veces había deseado matar a uno de sus miembros, como acababa de hacer Segismundo! En cuanto al hecho de dejar a medias las obras de ampliación y el fresco... en fin, ya había recibido una fianza, y estaba acostumbrado a que lo expulsaran antes de acabar sus obras maestras. La inmensa confianza de Brunelli en su genio lo llevaba a creer que el remate triunfal de su carrera aún estaba por llegar, y que podía permitirse no concluir sus proyectos.

Subió a la góndola en pos de Segismundo y Benno, disponiéndose a oír el relato de Segismundo y también a retratarlo en un rápido esbozo, con vistas a aprovecharlo algún día para un cuadro de Sansón derribando el templo. Aquella expresión reconcentrada, inaccesible al dolor...

—¿Adónde? —preguntó el gondolero.

Benno habría querido poder exclamar «¡A Rocca!» y verse de nuevo en su ciudad natal, tan maravillosamente lejana de Venecia y tan seguramente asentada en tierra firme. Pero no fue ésa la respuesta.

—A Ca'Darin.

Benno estuvo a punto de protestar hasta que recordó que ya no encontrarían en el palacio a su antiguo morador, enterrado aquella misma mañana, y que cabía la posibilidad de que Attilio siguiera ahí. Si alguien podía ayudarlos era el ídolo de los venecianos, aunque si acababa siendo cierto que Segismundo había matado a Rinaldo Ermolin, uno de los temidos Diez, ya sólo se le ocurría una salvación posible: la llegada de un ángel del Señor, armado a ser posible con una llameante espada.

Mientras bogaban, la nariz y la oreja de *Biondello* llamaron la atención de Benno hacia un gesto casi imperceptible de Segismundo; parecía haber tirado al agua un pequeño objeto. Mientras cogía al perrito para evitar que llamara la atención de otras personas, Benno distinguió un pequeño reflejo de latón, poco antes de que el objeto fuera engullido por el oleaje.

Attilio se hallaba en Ca'Darin, en el suntuoso aposento que el difunto propietario

había puesto a su disposición. El maestro Valentino estaba sometiendo a un último examen la herida de la cadera del capitán, perfectamente cicatrizada. La llegada de Segismundo fue acogida por una doble exclamación, no tanto, a juicio de Benno, por la expresión de su rostro como por la intuición del peligro.

Brunelli, que los había seguido a paso firme, levantó el sombrero que cubría la herida de Segismundo, como un prestidigitador que esperase el aplauso del público al término de uno de sus trucos.

—¡Mirad esto! ¡Y Ermolin muerto en su propio palacio!

El maestro Valentino acudió raudo a examinar la herida, mientras Attilio abrió su único ojo de par en par.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Qué talento el tuyo para caer en gracia a esta ciudad! ¿Cómo ha sucedido? ¿Te habían pagado para que lo hicieras?

Benno, indignado, estuvo a punto de exclamar: «¡Mi señor no es un asesino!». Mientras se dejaba quitar la manga, cortar la camisa y lavar, inspeccionar y vendar la herida, Segismundo replicó:

—Al contrario. Había pagado a alguien para que me matara. Al mismo que mató al dux.

Attilio unió sus manos con una fuerte palmada.

—Lo que iba a decir: ahora no puedo protegerte. ¿Tienes pruebas?

—¡Si ha muerto después de decirlo! A menos que el maestro Valentino conozca el modo de resucitar a los muertos, no obtendremos una segunda confesión. Tampoco la necesitamos.

Al oír aquello, hasta el maestro Valentino interrumpió sus cuidados para mirar fijamente a Segismundo.

—¡Demonios! —estalló Attilio—. Llegas corriendo como si te persiguiera un batallón, nos vienes con que has dejado muerto a Ermolin, que el tal Ermolin quería hacerte matar por el asesino del dux Darin, ¿y dices que no necesitas ninguna confesión que te absuelva? Yo sólo veo una, la que te arrancarán los Diez gracias a las buenas artes del maestro de Padua.

Segismundo poseía una sonrisa jovial que otorgaba a su rostro una expresión muy distinta.

—¡Uuu... uf! No tendrá que molestarse. Cuando los criados del palacio Ermolin fueren la puerta del estudio encontrarán dos cadáveres: el del propio Ermolin, y el del asesino que lo ha matado. Falta la llave, es cierto. ¡A lo mejor se ha caído por la ventana! Pero ¿qué falta hace implicar a terceros? Brunelli y yo hemos salido juntos. Que se lo pregunten al portero. Yo lo veo así: queriendo estar preparado para mi llegada, Ermolin ha dejado entrar al asesino, de nombre Dion, por la puerta de servicio queda a la habitación del ama de llaves (en un momento que se juzgará posterior a mi partida). He visto un montón de libros sobre un arcón, señal de que habían vaciado un armario. ¿Para qué? —Segismundo sonrió—. Para esconder a alguien.

—Si ese Dion ha salido disparado de un armario, ¿cómo es que sólo te ha atravesado el brazo y no el corazón? Nadie tiene ojos en la nuca, por mucho que esté esperando un ataque.

Segismundo deshizo uno de los lazos de su jubón y se abrió la camisa con su mano libre. Attilio miró con atención.

—¡Ajá! ¡Una armadura! Hombre prevenido vale por dos. Pero ¿qué te hace pensar que Ermolin quería matarte?

—El mismo motivo por el que me denunció como espía y quiso hacer que me estrangulasen en la cárcel. En cambio lo que quería evitar a toda costa era que me torturasen, por miedo a que revelara esos mismos secretos de familia que tanto trabajo le estaba costando proteger.

Attilio cogió una silla de madera tallada, pintada de oro y con un grifo bordado en el cojín. La colocó frente a Segismundo y se sentó con las piernas abiertas, apoyando las manos en las rodillas. Clavó en Segismundo su fiero ojo de águila.

—Y bien, ¿vas a explicarnos esos secretos?

Segismundo alimentó la tensión con un largo murmullo. Después miró uno a uno a los presentes: el maestro Valentino, cuyo rostro enjuto y burlón estaba concentrado en la colocación de las vendas; Brunelli, que palpaba con sumo interés un fresco de Baco para ver si habían aplicado bien la base; y de nuevo Attilio, que seguía escrutándolo. No prestó atención a Benno, cosa que éste interpretó como un cumplido: estaba demasiado ligado a su señor para ser tenido en cuenta. Por lo demás, Benno aún no había «digerido» del todo la impactante revelación de que Dion se hallaba en el estudio, y de que había muerto.

—Mmm... Quizá no haya peligro en hacerlo ahora que ha muerto Ermolin. Aunque queda Isabella...

—¿Ésa? ¡Si sólo es una muchacha, y además viuda!

—Y una víbora —añadió el maestro Valentino como quien no quiere la cosa, al tiempo que daba un paso atrás para admirar el vendaje—. Se las arreglaría para envenenaros. Dicen que sus padres murieron de forma repentina, y sospecho que fue ella quien envenenó a Marco Ermolin, no el gondolero.

Segismundo asintió.

—Ahora es la única heredera, aparte de lo que corresponda en dote a la hija de Niccolò. Espero que donna Claudia ya no tenga que temer por Beatrice. La víbora debería tener suficiente para ella y su futuro hijo.

Segismundo se agachó para coger algo de su jubón, hecho un amasijo en el suelo. Era un libro encuadernado en piel, con un cerrojo de latón abierto y una mancha oscura sobre la tapa.

—El registro secreto de Niccolò Ermolin. Su hermano ha tenido la amabilidad de abrírmelo y, como veis —dijo, pasando las páginas con pedacitos de papel intercalados—, de añadir su traducción de la clave empleada por Niccolò.

—¿Te lo ha enseñado él?

—Mmm. Era un cebo. La idea no era que lo leyese. En cuanto empezara a hacerlo Dion tenía que clavarme un estilete.

A Benno le bastó imaginar la escena para que el corazón le diera un vuelco, por mucho que el peligro hubiera quedado atrás. Por no saber no sabía siquiera que Segismundo se hubiera puesto la chaquetilla de cuero hervido, prenda que siempre llevaba en su equipaje. Debería haber reparado en que Segismundo se veía más corpulento de lo habitual; pero no, estaba demasiado ocupado pensando en los peligros que aguardaban a su señor. Éste debía de haber dado la espalda a un armario que creía vacío, atento a una posible agresión...

—¿Qué secretos crees que contiene?

Attilio tocó el libro y apartó la mano, como si mordiera.

En un acto de provocación, Segismundo cerró el libro y volvió a esconderlo. Miró de nuevo a sus oyentes y les habló con gravedad.

—Los suficientes para destruir a los Ermolin.

En cuanto Segismundo hizo ademán de levantarse, Attilio lo sujetó por el hombro derecho.

—De aquí no sales hasta que hayas dicho algo más. ¿Qué secretos son éstos que pueden destruir a los Ermolin? ¡Adelante, hombre! Aquí no hay nadie que hable más de la cuenta.

La oscura mirada de Segismundo pasó revista a los reunidos. De sus distinguidos pacientes, el maestro Valentino había obtenido secretos que no tenían precio; su discreción era absoluta. A esas alturas Brunelli había renunciado a escuchar, absorto como estaba en dibujar el perfil de Attilio; y aunque cogiera algo al vuelo, las posibilidades de que intercambiara chismorreos con sus futuros clientes era muy remota. Además, tras la espectacular disolución del encargo Ermolin en agua de borrajas, todo apuntaba a que no tardaría mucho en abandonar Venecia.

En cuanto a Attilio, era veneciano, pero había pasado casi toda su vida lejos de Venecia. En calidad de capitán general no le iría mal guardar en la manga algún que otro secreto, por si un día la victoria dejaba de serle propicia. Segismundo sonrió.

Attilio se apoyó en el respaldo.

—Empieza.

—¿Por dónde?

—¿Qué hay en ese libro? ¿Qué es eso de que tiene poder para acabar con los Ermolin? De todos modos hay dos que han muerto; ya no se puede acabar con ellos.

—Mm... mmm. Podría decirse que este libro los mató a los dos.

Amor fraterno

—Este es un libro escrito en clave, como el que usan muchos mercaderes para llevar un registro secreto de inventarios o transacciones. Ahora bien, si un registro de esa clase podía destruir a Niccolò Ermolin, cabe preguntarse con quién había estado negociando. —Segismundo cubrió el libro con su ancha mano—. ¿Y si os dijera que con el difunto Papa? ¿Y con el duque de Montano?

Para indignación de Brunelli, que con un bufido puso freno al suave deslizarse del carboncillo sobre el papel, Attilio se golpeó la frente con la palma de la mano y exclamó:

—¡Virgen santa! ¡Ese hombre navegaba muy cerca de los escollos! Si los Diez hubieran llegado a sospecharlo... ¿o sí lo hicieron? ¿Prefirieron un estilete en el ojo a la soga del estrangulador? ¿Prefirieron actuar de tapadillo a exponer su cadáver en la Piazzetta?

—Es lo que pensé al principio, al ver su cadáver, mucho antes de saber lo que sé ahora. Pero no. —Segismundo negó con la cabeza y tomó el medicamento que el maestro Valentino había mezclado mientras escuchaba. Una vez apurada la copa, lo amargo del compuesto, sin gota de miel que lo endulzara, le hizo apretar los labios—. No, la República no intervino en la muerte de Niccolò. Al contrario; su muerte sirvió para evitar un crimen de Estado.

—Para evitar... ¡No! Basta ya de acertijos. ¿Quién querría proteger a un traidor de ser sometido a público castigo?

—Eres un navegante muy sagaz, Attilio. Y veneciano, además. No puedes ignorar cómo se llevan los asuntos de tierra. ¿Quién protegería a un traidor del castigo?

—¿Los que salieran perdiendo con su muerte?

—¿Y quién perdería los bienes y el patrimonio de un traidor confeso? Otro Ermolin. ¿Y quién había tenido una hija unida en matrimonio a Niccolò, y seguía manteniendo con él relaciones de lo más estrechas? Hablo de un hombre cuyo objetivo principal era convertirse en dux, y que no podía permitir que lo relacionaran con un traidor.

—¿Vettor Darin? —Los cambios de expresión de Attilio irritaban a Brunelli, que una y otra vez tiraba trozos de papel al suelo o giraba su libreta para aprovechar las esquinas vacías—. ¡Eso es pura fantasía! ¿Pretendes que el viejo zorro apuñaló a Niccolò para salvar su reputación? Y dime, ¿cómo había llegado a enterarse de los tejemanejes de su víctima?

Segismundo empezó a mover los hombros y, torciendo la boca en una mueca, se

llevó la mano al que tenía vendado. El maestro Valentino le hizo un gesto admonitorio con el dedo. Él se volvió hacia Benno y le dijo:

—Antes de marcharnos habrá que comprar algo de *teriaca*, el remedio veneciano para heridas y achaques.

—¿Nos iremos pronto? —preguntó Benno con súbita alegría. Attilio se puso en pie, amenazadoramente rojo, y Segismundo sonrió de modo burlón.

—Sí, ya sigo... Nadie tiene tanta intimidad como cree. Un zorro viejo puede actuar por instinto, guiado por su olfato. Tenía espías por todas partes. El cardenal Pantera me habló de ciertos tratos entre Niccolò y el Papa anterior, y aunque estuviera al corriente en calidad de consejero papal, estoy convencido de que Vettor también tenía informadores en Roma. Quizá oyeran rumores... o descubriesen que el Santo Padre estaba más informado de lo normal acerca de las sesiones a puerta cerrada de la Señoría.

—¿Qué ganaba Niccolò de pasar esa información a los enemigos de Venecia? Yo nunca haría algo así sin haber obtenido la promesa de una gran recompensa, aunque el riesgo sólo fuera la mitad.

—Esa recompensa quedó en nada al morir el Papa. —Segismundo acarició el libro—. Un matrimonio fabuloso, el de Marco con una heredera romana. Ni más ni menos que una hija ilegítima de Su Santidad.

Sordo a las protestas de Brunelli, Attilio empezó a pasearse por la habitación. De pronto giró sobre sus talones y miró fijamente a Segismundo.

—La Serenísima nunca habría tolerado semejante matrimonio. Debes de estar en un error.

—Pregúntaselo a su eminencia. El objetivo que perseguían las negociaciones de Niccolò con la Santa Sede era acelerar el proceso de paz dando ventaja al Papa en sus tratos con la República. Y una vez lograda la paz, ya nada impedía el matrimonio.

Un tirón de mangas de Brunelli hizo que Attilio volviera a sentarse.

—No has dicho cómo lo mató Vettor, ni por qué nadie sospechó que había sido él.

—No fue Vettor. —Segismundo atajó con una mano las objeciones de Attilio—. Te he dicho antes que Rinaldo contrató a un asesino para que me matara. Cuando uno contrata a esa gente suele ser porque se la ha recomendado otra persona. Antes de morir, Dion me ha dicho que en principio Vettor lo había contratado para matar a Niccolò, pero que alguien se le adelantó.

—¿Quién? —preguntó Attilio con un rugido de impaciencia, haciendo que el maestro Valentino interrumpiera el proceso de cerrar su valija de medicamentos y que el mismísimo Brunelli, prácticamente sordo a lo que estaba sucediendo, dejara de dibujar para mirar a Segismundo.

—¡Pero si ya te lo he dicho! La otra persona que salía perjudicada del descrédito de la familia y la confiscación de sus bienes. Su hermano Rinaldo.

Secretos a la hoguera

—Esto es lo que yo llamo un bonito paisaje.

Benno miró alrededor con satisfacción. El sol del mediodía iluminaba el lejano perfil de las montañas, desdibujado por el calor. Una leve brisa movía la copa de los árboles, proyectando sombras cambiantes sobre la tela extendida delante de sus pies. Segismundo estaba sentado sobre una roca cubierta de musgo, Benno y *Biondello* en la hierba, y no muy lejos de ahí, en medio de un bosquecillo, borboteaba el agua juguetona de un arroyo. Por todo el prado había gente tendida a sus anchas, disfrutando de la comida y la bebida que servían criados con librea del cardenal Pantera. El propio cardenal descansaba bajo una tela de colores hábilmente tendida por las ramas de manera que proporcionase la máxima cantidad de sombra; comía pollo frío y ciervo caliente, mientras su capellán le leía en voz alta un libro de devoción y Brunelli, sentado a su lado sobre la hierba, hacía apuntes de su rostro.

Segismundo escupió un hueso de aceituna y se echó a reír.

—Supongo que lo dirás porque no hay canales.

Benno asintió sin dejar de masticar con fuerza, y dio un golpe en el suelo.

—Un día ese sitio se hundirá, y ojalá sea pronto.

Era fantástico estar viajando a Roma con el séquito del cardenal, lejos de Venecia y sus peligros, lejos de sus siniestros reflejos y sus horribles habitantes.

—Esos Ermolin merecían vivir ahí.

Benno avanzó a gatas para coger una botella de vino puesto a enfriar en el arroyo. *Biondello* fue tras él con intención de beber, hecho lo cual salió en busca de cuantos restos lograra encontrar.

De vuelta a su sitio, Benno llenó la copa de Segismundo y después la suya.

—¿Qué os parece, se habrán dado cuenta ya de lo sucedido? ¿De por qué no podían encontrar la llave de la puerta, lo que hizo Dion y todo lo demás?

Segismundo, sonriente, alzó la vista para contemplar el cielo a través de las ramas.

—¿Sabe alguien qué piensan los venecianos? Les gusta ser misteriosos. Yo les he planteado un misterio.

Imitando a su señor, Benno se tendió en el suelo y miró los árboles. Manchas de sol bailaban por su cara. Las hojas empezaban a ponerse amarillas. Caviló que en Venecia no había llegado a percibir la inminencia del otoño. Dejando de explotar la debilidad que el secretario del cardenal sentía por los animalillos con sólo una oreja, y que lo había impulsado a alimentar a *Biondello* con trozos de carne, el pequeño

perro husmeó la barba de Benno y le lamió la cara, demostrando así no haberse olvidado de él.

—Supongo que tuvieron que creer en tus palabras, eso de que el señor Rinaldo os había hecho llamar en busca de protección porque creía que lo perseguían. A fin de cuentas, el cardenal podía haber dado fe de que en otros tiempos habíais ayudado a gente importante, mucho más importante que el señor Rinaldo.

—Su eminencia es un diplomático. Nunca diría que hay gente más importante que un noble veneciano. Por lo demás, debieron de pensar que había fracasado estrepitosamente en mi trabajo. ¡Sólo salir de casa y ya asesinan a Rinaldo!

Benno se incorporó con indignación, haciendo caer a *Biondello*.

—¿Cómo ibais a prever que un asesino entraría por la ventana justo después de que os marcharais? —Benno consideraba aquella historia casi tan cierta como los hechos reales, máxime habiéndola oído de labios de su señor—. Además, ¿no era eso lo que pensaban que había sucedido a su hermano Niccolò? Y todos los albañiles se habían marchado dejando las herramientas, después de que Brunelli pegara al capataz; cualquiera podía subir por esa cuerda sin ser visto. Seguro que en el convento que hay delante del palacio Ermolin no dejan a las monjas mirar por la ventana. Y aunque hubieran visto a alguien (y eso que no lo vieron, porque todo eso no sucedió), lo habrían tomado por un albañil. No podían culparos de nada.

—Fue una suerte que no lo hicieran. Prefirieron la idea que les metí en la cabeza, una venganza personal contra los Ermolin.

—Alguien que quería quitarlos de en medio, y también al dux Darin por la relación que tenía con ellos.

—Llegué a plantearme si no les parecería demasiado extravagante. El que sí estaba predispuesto a creerlo era Pico Gamboni.

—¿Era uno de los miembros de la Señoría que os hicieron preguntas?

—Sí, y les dio su opinión: que el mal de ojo es una maldición que puede recaer sobre la persona de quien proviene.

—Como cuando uno se mira al espejo, ¿no?

Hacía pocos años que Benno se había visto en un espejo por primera vez, y le había dejado una honda impresión.

Entre risa y risa Segismundo arrojó a *Biondello* un trozo de pichón asado, que el perro cogió al vuelo.

—Algo parecido. Pero la Señoría tiende todavía a creer que el dux fue asesinado por un agente de *il Lupo*. Cuando los enviados de Montano llegaron pidiendo la paz, hizo falta toda la diplomacia del cardenal Pantera para que no se marcharan con las manos vacías.

Benno se dedicaba a limpiarse los dedos grasientos sobre la hierba; he ahí un lujo que no se encontraba en Venecia. Se preguntó si podría pedir otra ración para su señor —y también, obviamente, para él mismo— a los criados que vigilaban la cocción del ciervo, cuyos restos, ensartados en un asador, seguían dando vueltas no

muy lejos de ahí.

—Supongo que ese pobre duque se cansaría de luchar contra Venecia sin llegar a ninguna parte.

—Había recuperado Piombo, o lo que queda de Piombo, que no puede ser mucho. Aunque parece que todo era un arreglo entre *il Lupo* y Ottavio Marsili.

Benno recordó en silencio el desagradable espectáculo que había visto dos veces entre las columnas de la Piazzetta: primero el desventurado capitán general, y después Ottavio Marsili, más merecedor de acabar de ese modo si era cierto que había hecho tratos con *il Lupo*.

—Ese Niccolò Ermolin corría un riesgo tremendo, ¿no? —dijo, retomando el tema de la traición—. Supongamos que se sentía a salvo escribiéndolo todo en clave y ocultándolo bajo llave en ese libro. ¿Cómo pudo averiguarlo su hermano?

Segismundo contempló el azul del cielo entre el vaivén de las doradas hojas, y silbó con suavidad.

—Sin duda se debió a un mensajero de *il Lupo* cuyas instrucciones no eran lo bastante explícitas, y que llegó al palacio para entregar una carta al «señor Ermolin», así, sin más. Si Rinaldo recibió la carta, si la leyó y averiguó que Niccolò hacía tratos con el enemigo... o también pudo haber oído el mismo silbido que oíste tú junto al canal, y espiado los encuentros de Niccolò con el agente de *il Lupo*. Quizá supiera de las negociaciones que Niccolò había entablado con el anterior Papa para casar a Marco con la heredera romana.

—Lo que no entiendo —dijo Benno con gran seriedad, escogiendo una de tantas cosas que se le escapaban, e inclinándose para dar énfasis al asunto— es que el señor Rinaldo llegara al extremo de querer matar a su hermano por haber tenido tratos con *il Lupo* y los demás. ¡Su propio hermano! ¿Por qué no se limitó a pedirle que lo dejara?

Segismundo sonrió y tendió el brazo para pellizcarlo en la mejilla.

—¿Quién dice que no lo hizo? Además, ya sabes que Rinaldo lo había dado todo por su familia, como tantos venecianos; había sacrificado mujer e hijos para concentrarse en la fortuna de los Ermolin. Y a cambio ¿qué recibía?

Benno pensó en ello.

—Sí, bueno... Marco era un inútil, y caso de hacerse con la herencia seguramente la habría gastado enseguida.

—A menos que Rinaldo pensara que una vez muerto Niccolò él podría educar a Marco mejor que su hermano en tantos años. Hay muchos padres que miman demasiado a sus hijos. Lo que Rinaldo ganaba con la muerte de Niccolò era la seguridad de la familia.

—¡Pero su hermano era parte de esa familia!

—Mmm... Si se averiguaba que Niccolò era un traidor, todo lo que Rinaldo había conseguido, toda esa maravillosa fortuna de los Ermolin, habría quedado en manos del Estado. Habría sido el fin de la familia Ermolin, incluyendo a Rinaldo.

Benno miró el arroyo sin verlo, como si el movimiento del agua reflejara los acontecimientos en los que estaba meditando.

—Debió de conseguir la llave del estudio de alguna manera; entonces entró y clavó un estilete en el cuello a su propio hermano. Y también en el ojo. ¿Por qué?

—Quizá para orientar las sospechas hacia Pico Gamboni, que pasaba por ahí a diario prediciendo a gritos la muerte de Niccolò, y delirando acerca del mal de ojo. Era el principal sospechoso. El segundo debía de ser Cosmo, supuestamente resentido con su padre por haberlo sacado de casa.

Benno, pensativo, se rascó la oreja, manchándose las manos otra vez.

—Cosmo le vino al dedillo a Isabella, ¿verdad? Después de librarse de Marco, cuando le hacía falta alguien a quien culpar... ¡Vaya gentuza! Digo, vaya «familia». Me alegro de que Cosmo y Zenobia hayan ido a trabajar para la señora da Silva. Los cuidará bien. ¡Gracias a Dios el Consejo no creyó a Isabella! Quiero decir lo de que Cosmo había envenenado a Marco. Como que el señor Gamboni dijo que había comido lo mismo, y que de hecho lo había comprado el propio Marco... Pero vamos a ver, si el hombre a quien apuñaló la señora Isabella aquella noche era un mensajero de *il Lupo*, ¿quiere decir que ella estaba al corriente?

—Piensa un poco. ¿La viste con tus propios ojos? No. Oíste un roce de seda y viste una linterna. ¿No te parece que después de descifrar la clave, o de oír los silbidos, Rinaldo sabría a qué atenerse? ¿Crees que habría dejado con vida a un hombre capaz de delatarlo, a un mensajero del enemigo?

—Entonces también debería haber hecho matar a *il Lupo*, viendo que estaba enterado de todo. Aunque eso ya habría sido más difícil, ¿no? Ah, y otra cosa... —Miró a Segismundo, que solía reprenderle por sus preguntas. Vio en sus ojos una mirada divertida, y en su mano un gesto incitador—. La bolsa de escombros que encontró la cocinera en el desembarcadero. ¿Para qué servía?

—Los escombros pesan mucho. Podían tomarse por oro, quizá para pagar a *il Lupo*. Rinaldo tenía que engañar al mensajero durante un minuto nada más. —Segismundo se señaló el cuello—. Cuando a uno lo mandan de pronto a ver a san Pedro, no tiene mucho tiempo de preguntarse si le han dado lo que venía a buscar.

Benno resopló.

—Pero bueno, ¿qué quería el señor Niccolò del condotiero de Montano, de *il Lupo*? ¿Qué podía hacer por él el duque de Montano?

Segismundo bebió un trago de vino antes de contestar.

—Eso está en el libro secreto. Niccolò tenía no uno, sino dos hijos a quienes casar de la mejor manera posible. Quería lo mejor para ambos. Si *il Lupo* planteaba bien la guerra y Montano recuperaba Piombo (como de hecho sucedió), la cesión de la ciudad a Venecia se convertía en posible argumento para las negociaciones de paz. Los hermanos Marsili la habían reducido a un montón de cenizas y cadáveres, pero Venecia habría vuelto a construir y la habría utilizado...

—¡Seguro que habrían colocado un león en postura triunfal! Con un libro en que

pusiera eso que me leísteis de ir en paz.

Benno soltó un bufido. Sólo había un león que le cayera simpático, el que había atacado a Dion en el momento adecuado.

—No lo dudes. Y Venecia gusta de sujetar al enemigo con lazos difíciles de romper. A la hora de cerrar el trato la Señoría se habría puesto a buscar a alguna muchacha veneciana de buena familia y generosa dote. Niccolò estaba dispuesto a ofrecer a su hija en sacrificio.

—¿Sacrificio? ¡No será tanto! Vaya, que eso la haría duquesa. Pero ¿no dijo el cardenal...?

—Que si donna Claudia aceptaba, cuando se firmase el acuerdo entre Venecia y Montano su nieta se convertiría en esposa del duque. —Segismundo dirigió una afectuosa mirada al hombre vestido de rojo que escuchaba con atención la lectura del capellán—. Quizá para Niccolò haya sido un consuelo (si es que hay consuelos en el lugar donde debe de haber ido) que al menos en este aspecto sus planes hayan salido bien. Nadie fue capaz de presentar a otra chica como ella, en edad de casarse pero libre de compromisos, hermosa y de buen talante, con una dote espléndida adjudicada en el testamento de su padre, y procedente además de una familia tan aristocrática. Además, tengo entendido que el Estado consideró que se lo debía a los Ermolin, por todas las tragedias que habían sufrido.

En cambio, no había habido compensaciones de Estado para la tragedia del pobre dux Scola; aunque quizá fuera una bendición que Pasquale, favorecido al fin por la fortuna, hubiera muerto en el naufragio del barco que lo llevaba a Venecia, y al suplicio. Antes de abandonar la ciudad Segismundo había ido a visitar al anciano, y había aliviado un poco sus penas haciéndole saber parte de la verdad: que su hijo no había sido el causante de la muerte de Niccolò.

Menos consuelo habría proporcionado al anciano Scola saber que Vettor había hallado la muerte ordenando la suya. Cuando pensaba en ello Benno seguía asombrándose de que Vettor hubiera tenido la sangre fría de encargarse a Segismundo la búsqueda del asesino de Niccolò, cuando él mismo había contratado a Dion para que matara a su yerno. Lo que ya no estaba en su mano era adivinar que Rinaldo se le había adelantado.

Según Segismundo, el objetivo de Vettor al hacer lo que nadie esperaría de un asesino, es decir, contratar a alguien para que lo descubriera, era cubrirse las espaldas. El fallo residía en que Vettor había subestimado a su señor.

Benno se puso en pie y tendió una mano para que le diera el plato. La curiosidad satisfecha le había devuelto el hambre.

—Traeré más comida, si os parece. ¡Hay que ver! Si hubierais enseñado aquel libro con la traducción de todo lo que había estado haciendo el señor Niccolò su hija no habría podido llegar a duquesa, ¿eh?

De pronto, Benno cayó en la cuenta de que el silencio de Segismundo en torno al libro podía deberse a un deseo de no perjudicar a personas inocentes. Aunque afligida

por el asesinato de un padre y el inexplicable envenenamiento de un hermano, Beatrice Ermolin se había ahorrado la deshonra de conocer las fechorías de su familia. Podía salir de Venecia para rehacer su vida, y ojalá fuera feliz. Incluso podía llevarse a Montano a su abuela viuda —y no tendría que ver nunca más a su madrastra, Isabella.

Después de entregar el plato a Benno, Segismundo se levantó.

—Voy contigo. Tengo una cosa pendiente.

Menos mal que no se refiere a librarse de Dion, pensó Benno. ¡Qué suerte más nefasta la de aquel hombre! Matar por error a dos de sus clientes, molestar a un león y, sobre todo, la desgracia de topar con Segismundo. Pico Gamboni lo habría atribuido al mal de ojo.

Al cerrar la puerta del estudio del palacio Ermolin y dejar dentro dos cadáveres, Segismundo había planteado un enigma todo lo complicado que podía desear un veneciano, con la esperanza de que nunca llegara a ser resuelto. Benno sonrió, burlón y feliz, mientras seguía a Segismundo hacia el lugar donde los criados se disponían a sacar del asador lo que quedaba del ciervo. Estaban sofocados, y el sudor que goteaba de sus caras hacía silbar las brasas.

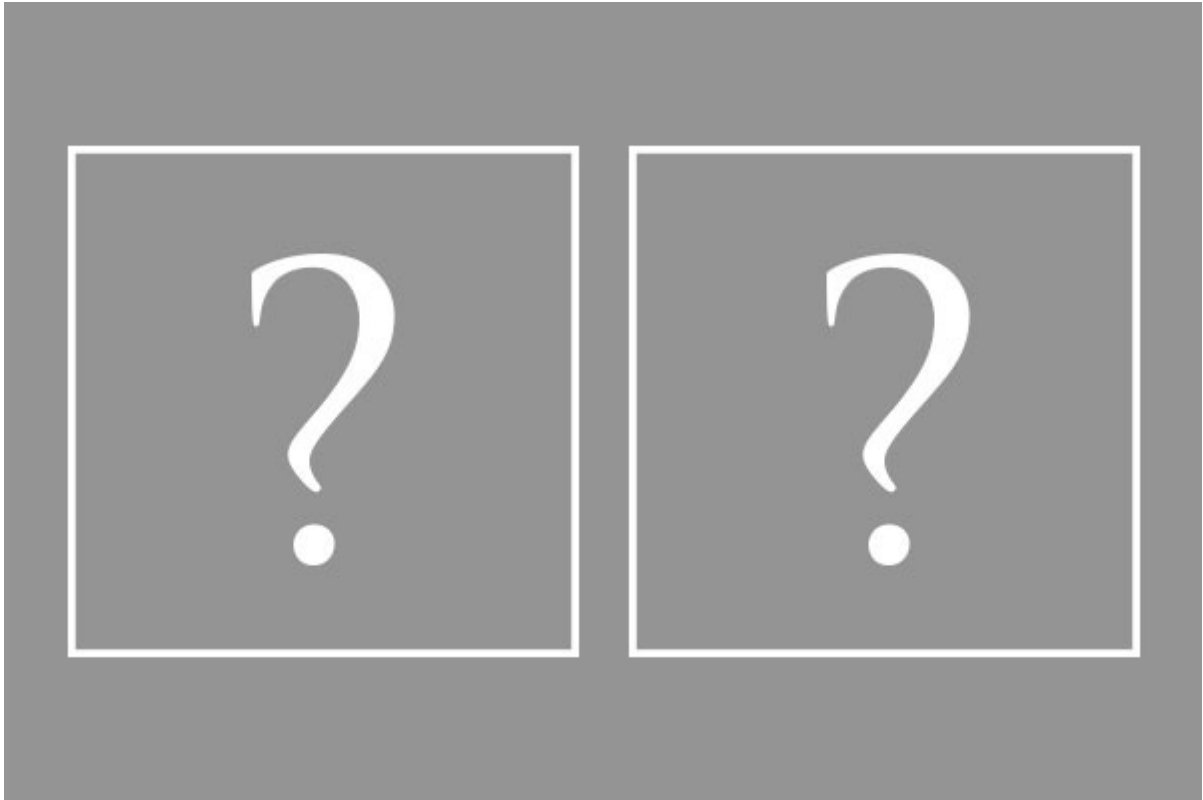
Benno esperó a que Segismundo señalara el trozo que le apetecía más. Uno de los sirvientes dio un paso adelante, cuchillo en mano, pero se llevó una sorpresa.

Segismundo hurgó en su jubón y, extrayendo el *libro secreto*, lo arrojó al ardiente lecho de brasas. Los criados prorrumpieron en exclamaciones; uno de ellos propuso recuperarlo con el rastrillo. Segismundo negó con la cabeza.

—Que se queme. Hay cosas que merecen ser destruidas.

Fascinado por la rapidez con que se consumían las tapas de cuero, retorciéndose y carbonizándose como un cuerpo en el suplicio, Benno pensó en el maestro de Padua y rezó por que nunca volvieran a cruzarse en su camino.

Segismundo ya había echado a andar hacia el cardenal Pantera, que, sonriente, le hacía señas. Benno fue tras él después de llenar su plato. No creía que su señor tuviera la intención de seguir a su eminencia hasta Roma; por suerte, fueran donde fuesen pisarían tierra firme, lejos, Dios mediante, de todos los leones de piedra o de carne y hueso.



ELIZABETH EYRE es el seudónimo de Jill Staynes y Margaret Storey. Juntas han escrito numerosas obras, empleando este seudónimo en la serie Segismundo. Eran alumnas de la misma escuela, en la que inventaban personajes extraños e intercambiaron series de episodios acerca de ellos. Su primer libro conjunto, fue escrito cuando contaban con quince años, se llamaba *Bungho, or why we went to Aleppo*, que nunca vio la luz. Han publicado numerosas obras para público infantil, y juntas crearon al Superintendent Bone, protagonista de novelas de detectives modernas, así como esta serie de novela policíaca italiana del Renacimiento, Segismundo.

Las novelas de Segismundo están caracterizadas por sus coloridos personajes, y su ambientación en la Italia del Renacimiento. Las historias se están cuidadosamente estructuradas y bien pensadas.

Los libros de esta serie han contribuido al subgénero de misterio histórico, que surgió en la década de 1990 con el éxito de Ellis Peters y la serie Cadfael, y Lindsey Davis y la serie de Marco Didio Falco.